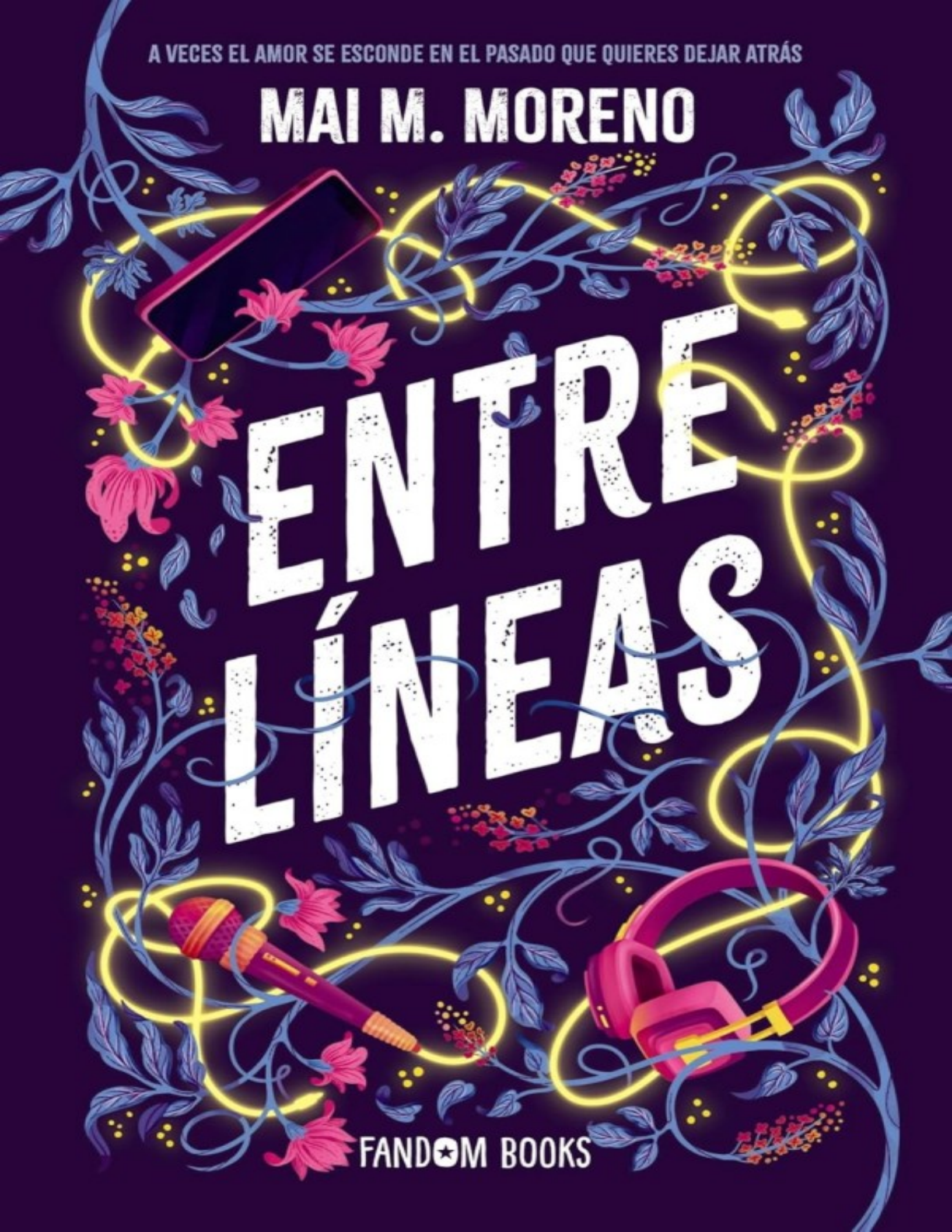
A VECES EL AMOR SE ESCONDE EN EL PASADO QUE QUIERES DEJAR ATRÁS

MAI M. MORENO



ENTRE LÍNEAS

FANDOM BOOKS

MAI M. MORENO

ENTRE LÍNEAS

FANDOM BOOKS

Para quienes saben que a veces perderse
es la única forma de encontrarse.

Y para Carmen, por ser la fan número uno de Dan
y nunca dejar de creer en mí.

«La música expresa aquello que no puede decirse con palabras pero no puede permanecer en silencio.»

VICTOR HUGO

«I had the time of my life fighting dragons with you.»

Long Live, TAYLOR SWIFT

1
El reencuentro

DANIEL

—Dan, que te estoy hablando.

La voz de James se alza por encima de la música, cerca de mi oído. No puedo evitar sobresaltarme porque, para sorpresa de nadie, no le estaba prestando atención.

—¿Qué has dicho?

—Que Beth está guapísima, ¿no crees?

—Ah, sí. Está mona.

James asiente con efusividad y comenta algo acerca de lo bien que le sienta ese vestido blanco. Yo le doy la razón, aunque no recuerdo haber visto a la chica en toda la noche.

Mi mejor amigo me pasa un botellín de cerveza y me lo llevo a los labios para darle un trago. Me prometo que esta es la última; luego tengo que conducir hasta casa.

Nunca he sido demasiado fan de las fiestas; no son lo mío. No es nada personal. De hecho, durante un rato incluso llego a pasarlo bien. Me gusta la música, saludar a la gente y bailar, pero, tras un par de horas, tengo el cerebro tan sobreestimulado que no sé dónde meterme.

James sigue hablándome, pero para cuando me he terminado la cerveza apenas he escuchado dos frases al respecto: «Estoy hasta los cojones de esta canción de Bad Bunny» y «¿Esa no es Hannah?».

Lo más probable es que no hayan ido una seguida de la otra, por supuesto. De todos modos, después de la segunda me he perdido por completo; me he puesto a mirar alrededor para comprobar si esa persona a la que James ha visto es, efectivamente, Hannah. Y no es ningún secreto que soy incapaz de hacer dos cosas a la vez.

A Hannah, por otro lado, no me cuesta nada reconocerla en cuanto la veo. Da igual cuánto tiempo haya pasado, es inconfundible. Lo primero que me llama la atención es que se ha teñido el flequillo de morado, así como algunos mechones de los que le enmarcan la cara. El resto de su pelo sigue siendo del mismo negro de siempre, liso y hasta la mitad de la espalda.

Esto último debe de ser lo único que no ha cambiado en todos estos años. Por lo demás, lleva botines, medias de rejilla y un vestido corto de tirantes con cuadritos negros y grises que acompaña cada uno de sus movimientos. Se mece de un lado a otro despreocupada, y la veo dar pequeños saltitos junto a sus amigas y cantar a pleno pulmón, como si estuviese a solas y el mundo entero fuera su pista de baile personal.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que estuvimos en la misma sala?

Baila a unos metros de donde estamos, en la otra punta del salón de Beth (que no es precisamente pequeño). Parece que se lo está pasando genial y no debe de haberse dado cuenta de que estamos aquí, así que me dirijo hacia ella para saludarla.

Antes de poder dar dos pasos, sin embargo, James me agarra de la camisa.

—¿A dónde crees que vas?

—¡A decirle hola! —exclamo, intentando hacerme oír sobre una música que está demasiado alta para mi gusto—. ¿Vienes?

—¡Ni de coña! ¡Y tú tampoco! ¿No ves que pasa de nuestro culo?

—Creo que no nos ha visto.

—Sí lo ha hecho; antes nos ha mirado.

—Puede que le haya dado vergüenza acercarse o…

Los ojos verdes de James me piden que no ponga más excusas, y sé que en el fondo lleva razón: si Hannah no se ha acercado, es porque no quiere hablar con nosotros.

El pinchazo de decepción que me atraviesa el pecho no tiene sentido a estas alturas. Fue mi mejor amiga hasta que cumplimos los

trece. Ahora, cuatro años más tarde, ni siquiera nos dirige una segunda mirada.

Aun así, no acercarme a saludarla requiere de toda mi fuerza de voluntad.

—¿Estás bien? —me pregunta James—. ¿Quieres salir?

Meneo la cabeza, dejándolo con la duda de a cuál de las dos preguntas estoy respondiendo. Me revuelvo el pelo rubiojusto cuando un *mix* más electrónico de *Something Just Like This,* de Coldplay y The Chainsmokers, comienza a sonar por los altavoces. James canturrea y menea la cabeza de arriba abajo, marcando el ritmo a descompás.

Lleva el pelo rapado a los lados, pero lo bastante largo en la parte de arriba como para recogerse un moñito, que ahora se balancea por sus movimientos. Está convencidísimo de que le queda genial. Ni su madre ni yo estamos del todo de acuerdo, pero mientras le haga feliz, supongo que allá él.

Me burlo de su inexistente sentido del ritmo e intento olvidar que Hannah está ahí, al igual que ella ha decidido ignorar nuestra presencia. Dejarme llevar por la música siempre ayuda, aunque la prefiera un poco menos estridente. Ni James ni yo somos particularmente buenos bailando, pero cuando la canción rompe no dudamos en saltar y hacer el tonto juntos, lo cual se nos da bastante mejor. Así que, aunque las fiestas no sean lo mío, consigo pasarlo bien.

Bailamos durante un buen rato, en el que me acabo una cervezaque, se suponía, no me iba a tomar. Y, entre saltos y risas, no es difícil olvidar todo lo demás.

Algo más tarde, cuando el bochorno del salón comienza a ser insoportable, le digo a James que voy al baño. Él responde algo parecido a que estará aquí o quizás a que irá a hablar con Beth. La verdad es que no me entero.

Me abro paso entre la gente hasta estar lejos del bullicio del salón y la cocina. Es la primera vez que estoy en casa de Beth —y eso que hace años que vamos a la misma clase—, pero encuentro unas

escaleras y asumo que, si hay un baño en la segunda planta, a estas horas estará más limpio que el de abajo.

Subiendo los escalones me doy cuenta de que he debido de beber más de lo que planeaba, porque siento el suelo inestable y el cuerpo me pesa más de lo normal. Me agarro de la barandilla hasta llegar arriba, donde la música suena más lejana y las luces brillan menos. Suspiro, y todos mis saturados sentidos agradecen el respiro.

Las puertas están cerradas, pero no soy el único aquí arriba. Un grupito pequeño de gente está sentado en la escalera, y, un poco más alejadas, una chica rubia con el pelo por los hombros besa a otra con un moño pelirrojo deshecho. Camino por el pasillo en busca del baño y, justo cuando voy a abrir una puerta al azar, alguien choca conmigo por detrás. Estoy a punto de perder el equilibrio, pero me recompongo justo a tiempo de mantener la dignidad.

—¡Ay, perdón! —exclama una voz que hace que el corazón me dé un vuelco incluso antes de ver de quién se trata—. ¡No te había visto!

Me giro y veo cómo la expresión de la chica de rasgos asiáticos que tengo delante cambia: pasa de la preocupación por haber golpeado a un extraño a la sorpresa de haber chocado *conmigo*.

—Hannah —digo, y su nombre suena familiar en mis labios—. Hola.

—¿Daniel? Vaya, cuánto tiempo. ¿Qué haces aquí?

—Busco el baño. —Sonrío, y el gris de sus ojos hace que el pulso se me acelere. Han pasado años desde la última vez que Hannah estuvo frente a mí—. ¿Sabes dónde está?

—Creo que es esa puerta —señala la del fondo del pasillo—. Bueno, voy a bajar, que me están esperando. Nos vemos.

Se gira para bajar las escaleras y pienso a toda prisa en algo más que decir. Cuatro años sin hablar y nuestra primera conversación consiste en cruzar dos frases acerca de dónde está el baño. Genial. Por lo general, tengo la mala costumbre de abrir la boca antes de pensar, pero, justo ahora que quiero decir *algo* que alargue este momento unos segundos más, me quedo totalmente en blanco.

—¿Y cómo te va en…?

—Oye, tú eres el chico de los tiktoks, ¿no? —me interrumpe otra voz femenina que hace que Hannah se detenga antes de bajar el primer escalón.

Por primera vez me fijo en que no iba sola. A su lado, una chica alta de piel tostada y cabello ondulado me mira con sus grandes ojos almendrados, esperando mi respuesta. En su rostro se dibuja una mezcla de curiosidad y emoción.

—Eh… ¿Supongo? —respondo, cohibido.

Hannah frunce el ceño con cara de no saber de qué hablamos. No, claro que no lo sabe. No le importa nada que tenga que ver conmigo.

—¡Buah! ¡Cantas genial! Te sigo casi desde que empezaste, desde que subiste ese *cover,* el de… —chasquea un par de veces los dedos en un intento de que se le venga el nombre a la cabeza—. El que hiciste justo después de cantar con tu hermana. Era una canción de Harry Styles, pero no recuerdo si *Matilda* o *Little Freak*.

Me pongo rojo hasta las orejas, pero intento disimularlo con una risa.

—¡Qué memoria! Yo ni siquiera me acuerdo de qué he desayunado esta mañana.

—Es que he visto tus vídeos muchas veces. —Se pasa un mechón de pelo tras la oreja, extiende la mano en mi dirección y le correspondo el gesto—. Soy Kylie, por cierto.

—Dan, encantado.

Kylie nos mira a Hannah y a mí alternativamente antes de hablar:

—¿Y de qué os conocéis?

Hannah, que todavía parece muy perdida en cuanto a por qué su amiga me ha saludado con tanto entusiasmo, se acerca un poco más a nosotros.

—Del colegio —explica ella, sin darle mayor importancia—. Íbamos a la misma clase.

—¿En serio?

Asiento con la cabeza. Ese escueto «del colegio» hace que me dé cuenta, todavía más, de que para Hannah ya tan solo soy alguien que iba a clase con ella. Que nuestra amistad ha quedado relegada por completo a un recuerdo del pasado. Por algún motivo, sus palabras me sientan peor de lo que deberían.

—¡Qué fuerte! ¡Vaya coincidencia!

Kylie parece a punto de decir algo más, pero de pronto me siento tan incómodo con la conversación que soy yo quien tiene ganas de irse. Tendría que haberle hecho caso a James, que me lo ha repetido hasta la saciedad: a Hannah ya no le importamos. Les dedico una sonrisa amable antes de excusarme:

—Y tanto. Bueno, voy al baño. Hasta luego.

Cruzo una última mirada con Hannah y, cuando sus ojos rasgados se encuentran con los míos, doy media vuelta y me encamino al baño.

Paso como diez minutos sentado sobre la tapa del váter, mirando Instagram y haciendo tiempo; no me apetece volver a bajar.

A lo largo de estos años, he perdido la cuenta de cuántas veces me he preguntado cómo sería encontrarme de nuevo con Hannah, que me mirase y hablar con ella aunque fueran quince minutos. En mi cabeza, la conversación siempre era muy sincera, y ella acababa por admitir que también me echaba de menos.

Nada podría distar más de cómo ha sido la realidad, ahora que nos hemos visto. Como de costumbre, James tenía razón. Debería escucharlo más a menudo.

Alguien llama a la puerta del baño con insistencia una segunda vez. Aunque no respondo, sí tiro de la cisterna para fingir que estoy aquí por algún motivo más que esconderme del resto de la fiesta y, sobre todo, de Hannah. Salgo y bajo las escaleras más que dispuesto a pedirle a James que nos vayamos a casa. Es casi la una y media de la madrugada, ya va siendo hora.

Busco a mi amigo entre la gente y no tardo en encontrarlo en la cocina, hablando con Beth. Beth es la razón por la que estamos aquí, una chica de nuestra clase por la que James está coladísimo

desde hace meses. Ella está sentada sobre la encimera, con el pelo afro recogido en un moño alto. Lleva un vestido blanco que contrasta con el marrón oscuro de su piel, y balancea las piernas regordetas mientras gesticula con las manos para enfatizar algo que no escucho. Él la mira embelesado y ambos empiezan a reírse.

No quiero cortarle el rollo a mi amigo, así que decido volver por donde he venido. Antes de poder hacerlo, Beth se percata de mi presencia y me saluda con la mano, haciendo que James se fije también en mí. Luego, ella hace un gesto para que me acerque.

—¡Beth! ¡Feliz cumpleaños!

—¡Muchas gracias! —Me da un abrazo sin levantarse de donde está—. ¿Qué tal el verano?

—Bien, aunque demasiado corto —le respondo—. ¿Y el tuyo?

—El verano siempre es demasiado corto. —Se ríe—. Pero tampoco puedo quejarme, porque he estado de viaje con mi familia. En el fondo, ya me apetece volver a la rutina, sobre todo ahora que es el último año.

Le dedico una sonrisa a Beth. Queda poco más de una semana y media para empezar de nuevo las clases, y el último año de instituto se me antoja tan amenazante como si me lanzaran en medio del océano sin bote ni salvavidas. Y este curso no es lo peor; lo peor es lo que viene luego, porque no tengo ni idea de qué voy a hacer con mi vida.

Algo frustrado de pronto, me aparto unos mechonesque se me han ido a la cara. El pelo me ha crecido bastante en estos meses, pero entre una cosa y otra he olvidado ir a la peluquería. No está demasiado largo, pero el flequillo se me mete en los ojos de vez en cuando y me molesta.

James se ha ofrecido a cortármelo, pero no pienso cometer el error de dejar que me acerque la maquinilla a la cabeza; se sentiría demasiado tentado de llevar a cabo alguna masacre capilar como la que se ha hecho a sí mismo. Ni de coña, vaya.

Me fijo de nuevo en el cabello de James. Algunos pelos se le han soltado del moño, aunque no parece haberse dado cuenta. Voy a

decirle que se peine, pero entonces me doy cuenta de que me están mirando los dos.

—¿Pasa algo?

—Que si queréis veniros con mis amigas —repite Beth con amabilidad, al ver que no la estaba escuchando—. En un rato se tienen que ir, pero mientras, podemos estar todos juntos. ¡Así las conocéis!

—Ah, yo es que me voy ya. Estoy cansado.

—¿Qué dices? —protesta James—. Todavía no puedes irte, tío. Va, aún es temprano. Nos quedamos un rato con sus amigas y después nos vamos.

—Tú puedes quedarte, no tienes que…

James alza ambas cejas y sus ojos me ruegan que lo haga por él. Estoy seguro de que no me necesita para ligar con Beth, pero al final resoplo y asiento.

—Pero solo un rato.

Mi amigo cierra un puño en señal de victoria y sonríe. Beth, por su parte, se baja de la encimera de un saltito y se coloca bien el vestido, que le cae por las voluminosas caderas. Luego, se encamina hacia el salón en busca de sus amigas y nosotros la seguimos.

A pesar de la expresión triunfante de James, no puedo apartar la sensación de que debería haberme marchado a casa.

Así que, por si acaso, cojo otra cerveza antes de salir de la cocina.

2
Una propuesta inesperada

DANIEL

Para encontrar a las amigas de Beth, nos toca abrirnos paso entre gente que baila muy pegada, da saltitos o se lía con otra bajo las brillantes luces.

Atravesamos el salón hasta la otra punta, donde la música retumba con más fuerza por la cercanía a los altavoces. Del techo cuelga un proyector que emite destellos de colores como en las discotecas, uno de esos que parpadean y que, lejos de proporcionarme esa adrenalina para la que están diseñados, me dificultan aún más el mantener la concentración.

—¡Estas son! —exclama Beth, inclinándose hacia nosotros.

En cuanto miramos en la dirección que señala, noto cómo James se tensa tanto como yo, pero en su caso es porque no quiere ver a Hannah ni en pintura. Todavía está enfadado con ella por habernos dado de lado sin ninguna explicación en cuanto se fue a otro instituto.

«Íbamos a la misma clase», ha dicho antes. Y ya está, supongo que eso es todo lo que ahora nos une: el recuerdo de habernos sentado en mesas cercanas. Como si no hubiese sido muchísimo más.

Tanto Hannah como Kylie parecen sorprendidas de vernos allí; la primera se queda seria, mientras que la segunda esboza una sonrisa que le ilumina la cara. Están con una tercera chica, de media melena rubia y brillantes ojos azules. Creo que es la misma a la que he visto arriba liándose con la pelirroja, aunque el rojo rojísimo de sus labios está tan intacto que puede que esté equivocado.

Esta última es la primera en hablar:

—¡Beth! ¿Dónde te habías metido?

—¡Saludaba a unos compañeros de clase! Chicos, estas son Hannah, Kylie y Phoebe —las señala a medida que pronuncia sus nombres—, y ellos son Daniel y James.

A modo de saludo esbozo una sonrisa que me queda un poco tensa, mientras que James se limita a fruncir el ceño en dirección a Hannah.

—¿«Compañeros de clase»? —La pregunta de Kylie va acompañada de cierta intencionalidad que no logro entender del todo, pero Beth se limita a asentir con su naturalidad de siempre.

—¿Queréis algo? —ofrece Phoebe, que levanta una botella de ginebra y otra de vodka de las que había en la cocina y de las que se ha debido de adueñar en algún momento. Al lado del sofá, en el suelo, hay un par de botellas de refresco, aunque están casi vacías.

Mi amigo asiente y la chica nos llena dos vasos altos de plástico. Le muestro la cerveza que he cogido antes de salir de la cocina, pero ella se levanta y me la quita de las manos. «Esto está mejor, confía en mí», me dice, tendiéndome el vaso. No debería porque ya he bebido bastante, pero lo acepto igual. James se sienta a hablar con Beth en el extremo del sofá más alejado de Hannah, no sin antes lanzarle una mala mirada.

Kylie da un par de palmaditas sobre el sofá para que me siente con ella. Al principio quiero negarme, porque de verdad tengo ganas de irme, pero tampoco me apetece quedarme aquí de pie como un idiota.

—¡Nos hemos vuelto a encontrar! —La chica sonríe en cuanto me pongo a su lado—. ¡Debe de ser el destino!

Le devuelvo el gesto.

—Eso parece. ¿De qué conocéis a Beth?

—¡Íbamos juntas a natación hace unos años! Una vez la invité a mi cumple, conoció a mis amigas del instituto y se hizo parte del grupo. Es supersimpática.

—Lo es, Beth se lleva bien con todo el mundo.

Kylie se ríe, coqueta, y se pasa de nuevo un mechón de pelo tras la oreja. No me había dado cuenta hasta ahora, pero, por su forma

de moverse, creo que está borracha. Aunque quizás la razón por la que no lo he notado antes es porque yo también lo estoy.

Bebo del vaso que me ha dado Phoebe y el alcohol hace que me arda la garganta. Arrugo la nariz; la copa está demasiado cargada.

Kylie me habla de algo relacionado con su instituto, o quizás sea sobre sus clases de natación. Quiero prestarle atención porque parece muy agradable, pero la vista se me va continuamente hacia la chica que está a su lado, charlando con Phoebe. Ambas se ríen y, de nuevo, Hannah ni siquiera me dedica dos miradas seguidas.

Escucho un carraspeo y me doy cuenta de que Kylie me observa, expectante.

—Perdona, no te he oído. —Me llevo un dedo a la oreja para culpar de mi despiste al volumen de la música.

—No te preocupes, te preguntaba si…

Los altavoces emiten un corto chasquido justo al cambiar la canción. La siguiente que suena la he escuchado tantas veces y por todas partes este verano que he terminado por cogerle manía. El aparato falla durante otro segundo, con un nuevo chasquido que solo parece molestarme a mí.

Mierda. He vuelto a no escuchar a Kylie.

Tener déficit de atención es muy divertido (pista: no), sobre todo cuando se le suma la hiperactividad y me hace parecer tonto cada, más o menos, tres segundos.

Empiezo a sentirme cada vez más disperso, pero como me da vergüenza pedirle que me repita de nuevo lo que ha dicho, me limito a sonreír y a esperar que eso sea suficiente. Al parecer lo es, porque se le ilumina la cara más todavía.

Kylie se pone de pie y me tira del brazo para que la imite. Cuando me levanto, el suelo se tambalea unos segundos bajo mis pies mientras ella empieza a moverse al ritmo de la música.

«Te preguntaba si quieres bailar». Eso ha sido lo que ha dicho, claro. Y de pronto me suena que ha ido seguido de un muy entusiasta «me encanta esta canción». Así que decido ser consecuente con mi sonrisa-respuesta y bailo con ella.

Hago lo posible para que no se note que me estoy agobiando y que lo que de verdad quiero es largarme, pero es complicado ahora que estamos tan cerca de uno de los altavoces. Debe de estar rompiéndose, porque de vez en cuando emite un desagradable chasquido que siento como un arañazo en el cerebro y que me pone los nervios de punta.

La música es demasiado estridente y me retumba en el pecho. Las luces azules, rojas y verdes colorean el rostro de Kylie, cambiando en cada parpadeo. Ella mueve las caderas, cada vez más pegada a mí. No pierde el tiempo: me pasa las manos por la nuca y sonríe, acercándose más a mi cara. Creo que es cuestión de tiempo que me bese, o quizás espera a que sea yo quien dé el paso.

Sin embargo, hay tantos estímulos requiriendo mi atención al mismo tiempo que tengo la cabeza aturullada, y cuando el agobio se suma al mareo del alcohol, todo empieza a ser *demasiado*.

Necesito que me dé el aire.

—Ahora vengo —me excuso y, sin esperar la respuesta de Kylie, me voy de allí con el corazón latiéndome con fuerza contra la caja torácica. Me cuesta abrirme paso entre la gente que se amontona en la entrada del salón y el pasillo, y a cada segundo que pasa estoy más seguro de que voy a vomitar.

Salgo de la casa y cojo una bocanada de aire. Paso entre dos chicos sentados en los escalones de la puerta principal y cruzo la calle. Una arcada me hace doblarme sobre mí mismo, sujeto a una farola, pero no llego a vomitar. Aun así, la sensación es tan angustiante que tarda unos minutos en desaparecer. Cuando me siento en el bordillo, tengo los ojos llenos de lágrimas y la espalda cubierta en sudores fríos.

Me paso las manos por la cara. Poco a poco, la saliva deja de amargarme y las náuseas se calman. No puedo culpar del todo al alcohol —que también—, sino que a veces el cerebro se me satura tanto que mi cuerpo reacciona de la forma más exagerada y dramática que encuentra; entonces necesito unos minutos para vaciar mi cabeza de tanto estímulo.

Es algo de familia, creo, porque a papá y a Carol también les pasa. Aunque sé que les ocurre menos que a mí, y que mi hermana mayor se ha librado de la hiperactividad.

Cojo aire y lo suelto varias veces hasta que me encuentro mejor. La brisa nocturna en la espalda húmeda me provoca un escalofrío. Desde aquí, la música se oye distante y amortiguada por las paredes.

Escondo la cabeza entre las manos, sintiéndome ridículo por haber salido corriendo de esa manera. El mareo se me ha pasado un poco, pero el simple pensamiento de entrar hace que se me ponga mal cuerpo de nuevo.

Resoplo. Quiero irme a casa.

—Oye, ¿estás bien?

Alzo la cabeza y me encuentro a Hannah, con un vaso de plástico en la mano, mirándome desde arriba con esos ojos rasgados que parecen un mar de plata fundida. Me obligo a dedicarle media sonrisa y asentir.

—Solo necesitaba un poco de aire.

—Toma —me tiende el vaso—. Es agua.

No puedo esconder mi gesto de sorpresa, pero lo acepto y me lo bebo del tirón. Está fresquita, y mi garganta irritada lo agradece.

Creía que había dejado el salón con más o menos disimulo, pero, por otro lado, resulta casi natural que Hannah entienda por qué he tenido que irme corriendo sin necesidad de palabras. Esto no es nuevo, a pesar de que con la mayoría de personas trate de disimularlo.

—No quiero volver —digo no sé por qué, si tampoco me lo ha preguntado—; me voy a ir a casa.

Hannah se sienta a mi lado en el bordillo y se abraza las rodillas.

—¿Quieres que avise a James? Le puedo decir que salga.

Niego con la cabeza sin mirarla. James parecía muy a gusto hablando con Beth, y me voy a sentir el doble de mal si encima le estropeo el momento.

—No hace falta, me puedo ir solo. He traído el coche de mi padre.

—Se supone que no hay que conducir si bebes, ¿no lo has oído?

—Voy bien —digo. Luego pienso en lo mareado que estoy y clavo la vista en el asfalto—. No sé, a lo mejor pido un taxi. ¿Y tú?, ¿qué haces aquí fuera?

—También quería tomar el aire. —Hannah hace una pausa en la que apoya la mejilla en una de sus rodillas, mirándome de lado. Los mechones teñidos le enmarcan la cara y no puedo evitar pensar en lo guapa que está. Ahora que la tengo más cerca, puedo fijarme mejor en lo bien que le sientan los labios pintados en morado y la sombra de ojos con purpurina—. ¿Quieres que te lleve a casa? Solo me he bebido una cerveza, y ha sido al llegar.

Pestañeo un par de veces, sorprendido. Por su gesto, creo que he estado mirándola más rato de la cuenta.

—¿Por qué?

—¿«Por qué» qué?

—¿Por qué te estás ofreciendo a llevarme a casa?

—Ah, no sé. —Se encoge de hombros—. A ti te vendría bien, y a mí me apetece salir un poco de aquí.

Me revuelvo el pelo y miro la casa frente a nosotros: la habitación al otro lado de la ventana cambia de color continuamente, y casi puedo sentir cómo la música retumba en las paredes. Son ya las dos de la mañana y estoy muy muy cansado.

—¿Podemos ir en mi coche? —pregunto.

—¿Quieres que conduzca tu coche?

—Bueno, es el de mi padre, pero es que lo va a necesitar mañana.

En cuanto lo digo, me siento más irresponsable todavía por haber bebido más de la cuenta. Dios, vaya desastre de noche. Si es que soy idiota.

Aun así, Hannah se encoge de hombros de nuevo y asiente con la cabeza.

—Vale, vamos.

3
La nostalgia huele a sábanas limpias

HANNAH

Daniel se tambalea un poco al ponerse en pie, y lo imito antes de echarnos a andar hacia donde dice que está su coche. La casa de Beth está a las afueras de Hawthorn Bay, por eso la calle está prácticamente vacía a estas horas de la noche, apenas iluminada por el resplandor de unas cuantas farolas.

El eco de la música se atenúa a medida que nos alejamos de la casa. Al girar una esquina, el aire frío me hace estremecer y me froto un poco los brazos para recuperar algo de calor. Estamos ya a finales de verano, y aunque durante el día aún hace buena temperatura, por el oeste de Inglaterra ya refresca cuando el sol comienza a caer.

—¿Tienes frío? —pregunta Daniel.

—Un poco.

Parece dudar durante un par de segundos, pero se detiene a quitarse la chaqueta y me la ofrece.

—¿Qué haces? No hace falta.

Sigue tendiéndome la chaqueta y alza las cejas, a la espera de que la coja.

—Yo no tengo frío, cógela.

Otro escalofrío me recorre la espalda y acepto tras un escueto «gracias». Agarro la chaqueta vaquera y me la pongo. El interior, que aún guarda el recuerdo de su calor corporal, es muy agradable. Me queda bastante grande, pero no digo nada al respecto.

El coche del padre de Daniel es un Opel Corsa gris que, a pesar de tener ya unos cuantos años y salvo por un tenue arañazo en la parte delantera, está como nuevo.

—¿Me pasas las llaves? —le pregunto.

—Están en el bolsillo.

Meto ambas manos en los bolsillos y rozo el metal con los dedos. Una vez abro, nos sentamos dentro, el uno junto al otro. Introduzco la llave en la ranura y enciendo el contacto. Se me hace raro conducir un coche que no sea el de mi madre, así que no puedo evitar que la tensión se me acumule en los hombros.

Lo primero que hace Daniel es poner la calefacción para que entremos en calor. Loagradezco porque, incluso con la chaqueta, tengo las manos heladas.

—¿Estás listo?

Él asiente con más entusiasmo de la cuenta, pero en el último momento parece darse cuenta de algo.

—Espera —dice, muy serio—. No puedes llevarme a mi casa.

—¿Por qué no?

—¿Cómo te vas a ir luego a la tuya?

Se me escapa una risa. Aunque lo ha negado antes, está más borracho de lo que él mismo piensa. No es que sea de mi incumbencia lo que Daniel Hudson haga o deje de hacer a estas alturas, pero me alegro de que no se le haya ocurrido irse solo.

Arranco y salgo del aparcamiento marcha atrás, mirando por los retrovisores para asegurarme de que no le doy a ningún coche.

—Tendré que quedarme a dormir contigo.

Daniel se alarma al instante.

—¿Qué dices?

—Lo que has oído. Duermo en el suelo y por la mañana salgo por la ventana, como cuando éramos pequeños.

No contesta. Lo miro de reojo un momento y veo el gesto de preocupación aún más marcado en su rostro. Está valorando el plan como si lo hubiera dicho en serio, y a mí me cuesta aguantarme la risa.

—Es una broma —le explico—. Te acerco y doy un paseo hasta casa.

—Ni de coña; no puedes ir andando sola. Es muy tarde, y esa zona está fatal iluminada.

—No te agobies, anda. Ni que fuera la primera vez que camino de noche por Hawthorn.

De su casa a la mía no hay más de quince minutos a pie, he hecho el trayecto las suficientes veces como para saberlo. Además, el paseo me vendrá bien, aunque eso no se lo digo. Ha sido una noche muy larga, y quiero despejarme. Las cosas no han ido del todo bien, aunque parece evidente si se tiene en cuenta que he preferido llevar a casa a un chico borracho con el que llevo años sin hablar a quedarme con mis amigas. No es así como esperaba que acabase el día, desde luego.

—No, no, no —dice, meneando la cabeza—. Mira, vamos hasta tu casa y conduzco yo desde ahí, ¿vale? Serán solo cinco minutos, y ya estoy mejor.

—Ya, olvídalo. Eso no va a pasar —niego con rotundidad—. No quiero muertes sobre mi conciencia; te llevo hasta la puerta.

Empieza a juguetear con un anillo de esos que dan vueltas y que lleva en el índice y a mover la pierna de arriba abajo, tal y como hace siempre que está nervioso.

Es curioso que sepa *ese* tipo de cosas. Es decir, no sé cómo le va en el instituto, cuánto hace que se sacó el carné de conducir ni si está saliendo con alguien. Y, desde luego, no tengo ni idea de a qué venía eso que hablaba con Kylie acerca de unos vídeos.

En cambio, sí que sé otras, como que se rompió la muñeca izquierda a los siete años saltando de un tobogán, que la comida favorita de su hermana mayor son los espaguetis al pesto y que a los diez preparó un PowerPoint para convencer a sus padres de que *necesitaban* adoptar un perro a pesar de ser alérgico (espóiler: no funcionó).

Pongo el intermitente antes de girar a la derecha y pasamos por un parque. En él, un grupo de unos quince chavales hace botellón con la música a todo volumen.

—No me importa que duermas en el suelo —añade Daniel, y me doy cuenta de que lleva todo este rato dándole vueltas—, pero mis padres no te pueden ver.

Me río.

—Te he dicho que era broma; no voy a dormir en tu casa.

—Ni que fuera la primera vez.

Me encojo de hombros.

—Aun así.

—Pero no puedes volver tú sola. —Resopla frustrado y sube una pierna al asiento sin pensar en que lleva los zapatos puestos. Está tan preocupado que resulta hasta tierno.

Daniel vive también en las afueras de Hawthorn, solo que en el otro extremo de donde lo hace Beth. Mi casa no está muy lejos de la suya, pero es verdad que no me encanta la idea de atravesar el parque donde están todos los borrachos de fiesta.

—Pues decidido —me rindo—: fiesta de pijamas por los viejos tiempos.

Él asiente conforme, y parece que le han quitado un peso de encima al ver que no voy a irme andando.

Meneo la cabeza con cara de «no tienes remedio, Daniel». Por unos momentos, siento que no ha pasado ni un segundo desde que éramos unos críos que hacían los deberes a toda prisa para pasar el resto de la tarde jugando al Mario Kart en casa de James.

Y odio la forma en la que el corazón se me llena de nostalgia.

Una vez frente a su casa, aparco y detengo el motor. En cuanto lo hago, siento cómo el cuerpo se me relaja. Dentro de la ciudad no me importa tanto conducir, pero aun así sigue poniéndome tensa.

Daniel se asoma por la ventana, imagino que asegurándose de que tanto la luz del salón como la del dormitorio de sus padres estén apagadas. Cuando comprueba que es así, ambos salimos del coche.

El contraste de temperatura hace que me encoja dentro de la chaqueta, pero a él no parece molestarle el frío. Cruzamos la calle y el jardín delantero. Vive con su padre y su madre en una casita suburbana de dos plantas y paredes color crema en la que, de pequeña, solía pasar más tiempo que en mi propio hogar.

Ya en la puerta, rebusca las llaves en el pantalón y se le pone cara de susto al creer que las ha perdido. Las saco yo del bolsillo de

la chaqueta y se las paso para que abra.

Pasamos al interior. El recibidor está oscuro, tan tranquilo que incluso desde aquí puedo oír los ronquidos de su padre, lo cual siempre es buena señal cuando te estás colando a hurtadillas en una casa.

Subo las escaleras por detrás de Daniel, que va casi de puntillas, intentando no hacer ruido. Cada sonido nos hace parecer elefantes en una cacharrería y no puedo evitar sentir que su madre se asomará de un momento a otro por la puerta del dormitorio.

Al llegar al último escalón, él se tropieza y lo sujeto antes de que se dé una hostia con el suelo. Luego, me mira y se le escapa una risita. Yo me llevo un dedo a los labios para que se calle. Asiente, muy serio, y termina de subir hasta llegar a su habitación.

Cada vez estoy más segura de que la culpa de esto la tiene Phoebe, porque siempre le parece divertidísimo preparar las copas de los demás bien cargadas.

Cierro la puerta detrás de mí y miro alrededor: las paredes pintadas de celeste con un montón de pósteres de grupos de música, el escritorio algo desordenado, la ropa amontonada en una silla y una guitarra guardada en su funda que se apoya en una esquina del cuarto, junto al armario. También hay un poto verde, una crema para el dolor muscular que también tiene mi madre en casa y un teclado con un banquito delante.

Ni siquiera sabía que tocaba el piano.

—Puedo dejarte algo de ropa para que estés más cómoda — susurra.

Se dirige al armario y saca una camiseta verde de mangas cortas y unos pantalones grises de chándal que me deja sobre la cama. Luego, anuncia que irá al baño y sale del cuarto con su propio pijama entre las manos. Al cambiarme, compruebo que la ropa me queda anchísima y parezco un saco de patatas.

¿En qué momento ha crecido tanto?

Tiro una manta y un par de cojines al suelo, preguntándome por qué he accedido a esto. Me siento sobre ellos y les escribo un

mensaje a las chicas para contarles que he tenido que irme a casa. ¿Se habrá acordado Daniel de avisar a James de que se iba?

Vuelve con un pijama que consiste en una camiseta negra de algodón y unos pantalones largos a cuadros amarillos y negros. Apaga la luz del techo, dejando tan solo el anaranjado brillo de la lámpara de la mesita de noche. Después, se sienta en el colchón.

—Me sabe fatal dormir en la cama y que tú estés en el suelo.

—No voy a quitarte la cama, Daniel.

—Pero tú me has traído a casa…

Suspiro y meneo la cabeza una vez más. Estoy dispuesta a ignorarlo y tumbarme a intentar dormir encima de la moqueta, pero entonces se pone muy recto y baja de la cama, arrodillándose en el suelo frente a mí.

—Mira, mira. Vamos a hacer una cosa —dice, muy convencido de haber tenido una idea estupenda. Alza una mano y me observa con atención, como si estuviese a punto de explicar algo muy complicado—. Tú eres la invitada, así que deberías dormir en la cama. Y yo duermo en el suelo, que para eso soy el… *¿invitador?*

Intento aguantarme la risa. Dios, qué tonto es.

—«Anfitrión» —le corrijo.

Él chasquea los dedos y me señala, como si hubiese tenido la palabra en la punta de la lengua y yo fuera una genio por haberla adivinado.

—Eso, eso.

—Soy yo quien ha propuesto lo de dormir en el suelo. Venga, no te rayes más, ¿quieres? Vamos a dormir.

Lo agarro de los codos y me levanto, invitándolo a imitarme. En cambio, lo que hace es sujetarme de los brazos y hacer un puchero.

—Pero es que vas a estar incómoda.

—¿Siempre te preocupas tanto por todo el mundo cuando vas borracho? —suspiro resignada, dejándome caer de nuevo al suelo.

—No —dice él con rotundidad. Luego, inclina un poco la cabeza—. Bueno, no lo sé. A lo mejor sí. Es que no quiero cagarla, Hannah.

—¿A qué te refieres?

—A que llevamos cuatro años sin hablar, y no quiero hacer las cosas mal otra vez.

Ese «otra vez» se me clava bien adentro. La luz anaranjada se refleja en sus ojos castaños, de pronto llenos de preocupación y tristeza. Quiero decirle que él no es el problema; nunca lo fue. Pero implicaría que se formularan más preguntas que no quiero contestar.

De pronto, Daniel está muy cerca de mí, pero creo que ni siquiera se está dando cuenta de ello. Solo me mira como si esperara una respuesta, o como si quisiera observarme con más atención, no estoy segura. El aliento le huele a alcohol, algo cubierto por la menta de la pasta de dientes.

Esa cercanía repentina me pone nerviosa, así que me echo para atrás.

—Venga, está bien. Duermo yo en la cama, ¿vale?

Él asiente con efusividad y sonríe. No se iba a dar por satisfecho hasta que no accediera a su propuesta, así que me pongo de pie y subo al colchón. Me acomodo entre las mantas mullidas, dándole la espalda, y suspiro. Estar aquí tiene tan poco sentido que me resulta casi irreal.

Daniel apaga la luz. Al principio, ninguno de los dos dice nada más, y tan solo llenan la habitación nuestras respiraciones desacompasadas, casi contenidas.

—Buenas noches, Hannah —termina por decir, y aun sin mirarlo sé que se está moviendo para encontrar una postura cómoda—. Que descanses.

Cuatro años atrás, mi nombre en sus labios habría sido algo completamente normal. Ahora, en cambio, sus palabras hacen que el pecho se me inunde de un pasado al que no quiero volver, al igual que lo hace el estar en esa habitación, y la intensidad con la que el olor de su suavizante de toda la vida está impregnado en la ropa que llevo y las sábanas que me rodean.

Ha pasado mucho mucho tiempo.

—Buenas noches, Daniel.

Y aunque pronto su respiración se ralentiza, yo aún tardo un buen rato en quedarme dormida.

4
De tiktoks y desayunos

HANNAH

Lo primero en lo que pienso al despertar es que esta cama es muchísimo más cómoda que la mía.

Luego, me estiro y abro los ojos. No sé qué hora es, pero, por la luz que se cuela por la ventana, no parece muy temprano. Busco el móvil a tientas y lo encuentro a un lado del colchón: las nueve y media de la mañana.

Me asomo al borde de la cama. Con el edredón cubriéndole los hombros y abrazando un cojín, Daniel duerme sobre la manta que yo misma tiré anoche sobre la moqueta.

Lo observo algo mejor, ahora que está dormido. Su rostro está relajado por completo, su expresión se ha suavizado y algunos mechones rubios le caen por la cara; tiene el pelo lo bastante crecido como para que se le comiencen a formar unos suaves rizos. Y la línea de su mandíbula está más definida de lo que recordaba.

Sería imposible negar que Daniel Hudson se ha vuelto más guapo con los años. *Mucho* más guapo.

Se mueve en sueños, porque ni siquiera dormido es capaz de quedarse del todo quieto.

No lo puedo evitar: me quedo un poco embelesada con las pequitas que le cubren la nariz y las mejillas. Son tan claras que apenas se notan, pero, de pequeña, a veces me entretenía contándolas. Con un poquitín de maldad, le pedía que se quedara muy muy quieto para no perder la cuenta. Él hacía lo que podía, pero no pasaba ni un minuto hasta que se desesperaba y necesitaba moverse, y yo protestaba por tener que empezar de nuevo.

El timbre de la casa suena y me incorporo de golpe, sobresaltada. Daniel no se inmuta ni cuando se abre la puerta principal.

—James, buenos días —dice una voz masculina que reconozco como la del padre de Daniel—. Creo que Dan sigue dormido.

—A eso he venido, a despertarlo.

Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda.

—Daniel, *pss* —lo llamo—. Eh, despierta.

Me levanto de un salto e incluso le doy con el pie en el muslo, pero nada. No se cosca.

En la planta de abajo, su padre se ríe. Me apresuro a ponerme los botines negros. Como James me encuentre aquí, a ver cómo coño se lo explicamos sin que piense algo que no es. No parece tenerme mucho aprecio ahora mismo, así que prefiero que no me pille en la cama de su mejor amigo.

Uf, eso ha sonado fatal.

—Pues ya sabes dónde encontrarlo.

La puerta de abajo se cierra y los pasos de James resuenan al subir por la escalera.

Me subo a la cama casi de un salto, abro la ventana y salgo de allí con menos cuidado del que debería. Menos mal que no se me ocurrió ponerme tacones, pues fijo que me habría roto un tobillo.

Ya sobre el tejadito de la planta baja, oigo cómo se abre la puerta de la habitación, y apenas tengo el tiempo justo de pegarme a la pared para que James no me vea.

—¿Qué cojones…? Tío, ¿qué haces en el suelo?

—¿Uhm?

No puedo creer que, con todo este jaleo, en serio acabe de despertarse.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Daniel, con la voz ronca por el sueño.

—Coño, que estaba preocupadísimo. ¿Cómo se te ocurre largarte sin decir nada, pedazo de burro? Te he escrito como veinte mil mensajes.

Así que no le avisó. Muy bien, Daniel.

—¿En serio has venido tan temprano solo para echarme la bronca?

—¡Oye…! Menudo desagradecido, encima que me preocupo por ti y te traigo el desayuno… Pero de verdad, ¿qué haces durmiendo en el suelo? ¿Tan borracho estabas?

Aunque me siento tentada a escuchar la respuesta, decido que es hora de irme. No quiero que James me descubra; ya anoche no necesitó palabras para dejar claro que prefiere no volver a verme.

Tampoco puedo culparlo. No después de cómo acabaron las cosas entre nosotros.

Me muevo por el tejado haciendo el menor ruido posible y evitando resbalar con las tejas, húmedas por el rocío de la noche. Han pasado años desde la última vez, pero lo he hecho las suficientes veces como para que mi cuerpo recuerde los movimientos. Antes, siempre que me hartaba de estar en casa, me escapaba a hurtadillas y me colaba en el cuarto de Daniel por la ventana. Le daba un par de golpecitos en el cristal y él me dejaba estar allí el rato que hiciera falta.

Su ventana da a la parte trasera de la casa, por lo que me dirijo hacia un lateral, donde hay unos pequeños contenedores pegados a la pared. Me cuelgo del borde del tejado y caigo sobre la tapa de uno de ellos. De ahí, al suelo.

No me ve nadie, así que me voy con el móvil en la mano y vestida con una ropa que me queda enorme. Huele mucho a él. Huele *demasiado* a él, y no puedo esperar a quitármela, pero con las prisas no he cogido ni el vestido ni las medias. Me doy una palmada en la frente y maldigo en voz baja.

«Estupendo, Hannah».

Son casi las diez cuando me planto frente al portal de mi mejor amiga para recoger mi mochila. Llamo al timbre, porque Phoebe vive en una quinta planta y no estoy tan mal de la cabeza como para intentar colarme por la ventana. Ya en el ascensor, me miro al espejo y aprovecho para quitarme algunos restos de máscara de pestañas y legañas, y me peino con los dedos. El morado del flequillo se ha ido apagando y brilla menos que al principio, por lo que tendré que teñírmelo pronto.

El ascensor se abre de par en par con un suave pitido, dejándome en el rellano de mi amiga. No llego a llamar a la puerta cuando la cara de Phoebe aparece frente a mí, despeinada y adormilada. Al verme, sin embargo, parece espabilarse un poco.

—Espero que estés aquí para contarme con detalle dónde te metiste anoche. —Me señala con un dedo acusador—. Y ni se te ocurra decir que en tu casa.

Su gata ya vigila la puerta con ganas de darse un paseíto, así que me apresuro a entrar.

—Perdón por venir tan temprano, no podía volver a casa sin la mochila.

—Ni tu casa ni la mochila se van a mover de donde están, Hannah Park. Así que ya puedes empezar a contármelo todo. — Me mira de arriba abajo antes de esbozar una sonrisilla pícara—. ¿Y ese *outfit* de dónde ha salido?

Antes de poder abrir tan siquiera la boca, Kylie aparece por el pasillo. Se ha quedado en casa de Phoebe a dormir, igual que se suponía que iba a hacer yo. Por cómo tiene el pelo de revuelto, diría que se acaba de despertar.

—¡No me puedo creer que no me dijeras que ibas al colegio con Daniel Hudson! —exclama, su voz un par de octavas más agudas de lo habitual—. ¡Y lo de Beth es peor todavía…! ¿Cómo no sabía que lo conocéis?

Al mencionar a Daniel, en el rostro de Phoebe se dibuja un gesto de comprensión que le hace abrir la boca y tapársela con una mano. Por suerte, Kylie no se da cuenta, pero solo me hace falta verla para saber que en su cabeza ha relacionado que, uno, Daniel y yo nos fuimos a la vez, y dos, esta mañana llevo ropa de chico.

Ah, estupendo. Ahora piensa que me he acostado con él.

Decido ignorar su cara de asombro y, por suerte, ella tampoco dice nada. En cambio, miro a Kylie:

—¿Tenía que pasarte un informe de todos mis compañeros del colegio? —pregunto, entre sarcástica y extrañada—. Además, ¿de qué vídeos hablabas con él anoche?

—Madre mía, Hannah, en serio vives en una cueva. —Kylie resopla indignada, sin dar crédito a lo que oye—. ¿No llevo como medio año hablándoos del chico *tan guapo* que hace *covers* en TikTok?

—Tía, ¿y yo qué sé? Solo abro TikTok para ver gatos cuando estoy triste. ¿En serio hace vídeos cantando?

Phoebe suelta una carcajada mientras que Kylie menea la cabeza, decepcionada por mi escasez de «cultura general», como siempre llama a mi desinterés por este tipo de información.

—Hace los *covers* más bonitos del mundo. No, *mejora* las canciones, más bien. Espera, que te lo enseño. Tiene una voz increíble.

Saca el móvil del bolsillo del pijama. Mientras lo busca, Phoebe y yo acordamos preparar el desayuno. Ahora que cree haber descubierto toda la historia detrás de mi misteriosa desaparición, se debe de estar reservando más o menos un millón de preguntas para cuando estemos a solas.

Menos mal, porque no sé si puedo soportar un interrogatorio a dos bandas ahora mismo.

Estoy sacando la leche de la nevera cuando del móvil de Kylie comienza a sonar una voz masculina que me resulta muy familiar.

—¡Escucha, escucha!

Me pone la pantalla delante de la cara. Es Daniel, de perfil, tocando el piano y cantando *Atlantis,* de Seafret. Se ven de fondo la pared de su habitación, la funda de la guitarra y la planta. El mismo lugar, las mismas cosas que he visto esta mañana al despertar.

Su voz es dulce y clara. Sus tonos viajan de unos graves a otros más agudos según lo requiere la canción, siempre en el momento adecuado. Lleva el peloun poco alborotado, una camiseta blanca de mangas cortas y una pulserade macramé. Sus dedos se deslizan sobre las teclas con naturalidad, como si el instrumento fuera una extensión más de su cuerpo.

Incluso a través de la pantalla, se palpa la forma en que siente la música, el modo en que vive cada nota y cada verso de la canción.

Ya cuando éramos pequeños tenía una voz bonita, pero ahora que esta se ha vuelto más grave y ha dejado atrás aquel tono aniñado, me sorprende lo mucho que ha mejorado en estos años.

—Lo sigue un montón de gente —comenta Phoebe sin tan siquiera mirar los números. Al parecer también estaba al día de la situación—. ¿En serio no lo sabías?

A Daniel siempre le ha apasionado la música, pero no tenía ni idea de que lo compartiera con la gente. Con mucha gente, de hecho, porque cuando miro veo que esa canción tiene nada menos que quince mil visualizaciones. Y ni siquiera es su vídeo más popular.

Al parecer, sí que vivo en una cueva.

♪ ♫ ♩

DANIEL

«Qué dolor de cabeza».

Cuando James me despierta dando voces, tengo la sensación de que me he quedado sin una sola gota de agua en el cuerpo; es como si me hubiesen estrujado el cerebro hasta dejármelo seco del todo.

Me incorporo y miro alrededor para descubrir que Hannah ya no está. Debe de haberse ido por la ventana al despertar, tal y como hablamos.

Con ese pensamiento, llegan los recuerdos de cómo llegué a casa anoche.

Menos mal que ya se ha ido, porque no sería capaz ni de mirarla a la cara ahora mismo. Dios, qué vergüenza.

Al levantarme, siento el cuello dolorido por haber pasado la noche en el suelo. Cada vez que lo muevo, noto un pinchazo entre las vértebras que asciende hasta la base del cráneo.

Mierda, ahora que lo tenía mejor…

Me siento con James en la cama y él saca los sándwiches que ha comprado para desayunar.

—Bueno, ¿me vas a contar por qué te fuiste o qué? —insiste, cruzándose de brazos.

—Estaba mareado y necesitaba tomar el aire. Había mucho ruido —digo, porque me conoce lo suficiente como para que no hagan falta más explicaciones. Cojo una botella de agua a medias del escritorio y me la bebo de golpe—. No quería volver a entrar, así que me vine a casa.

—Sí, muy bien, pero podrías haberme enviado un mensaje o algo, no sé. Me habría ido contigo.

—Es que te veía tan a gusto hablando con Beth que no quería cortaros el rollo.

A él se le dibuja una sonrisilla en el rostro y celebro mentalmente que mi intento por desviar la conversación esté funcionando. No quiero contarle que Hannah se ofreció a llevarme a casa y que, como soy un pringado de narices, le pedí que se quedara a dormir. ¿Por qué estaba tan preocupado de que volviese sola a casa?

Cuanto más lo pienso, más ganas tengo de meter la cabeza debajo de la tierra como un avestruz y no hablar con nadie nunca más en la vida.

Muerdo el sándwich de jamón y queso que me ha traído James, pero estoy a punto de atragantarme cuando veo el vestido de Hannah doblado sobre el escritorio.

—No pasó nada anoche —dice, todavía con la sonrisa dibujada en la cara—, pero creo que tengo posibilidades. ¿A ti qué te parece?

Mientras habla, me levanto como quien no quiere la cosa y cojo entre los brazos toda la ropa que se amontona en la silla. James le da un bocado a su sándwich y, cuando se distrae, agarro también el vestido y las medias y las junto con el resto de ropa. Nunca me había alegrado tanto de ser tan desordenado.

—Yo también lo creo —respondo, abriendo el armario. Tiro la ropa en la cesta para la ropa sucia, y la cierro—. Se la veía interesada.

—¿Verdad? Bueno, y tú con la chica esa… ¿Cómo era?… ¿Kathy?

—Kylie.

Me siento de nuevo en la cama y suspiro con disimulo; crisis evitada.

—¡Eso! Pues es muy guapa, ¿no?

—Me sigue en TikTok desde hace mucho, por lo visto.

Hace casi un año que comencé a subir *covers* a TikTok. Al principio no los veía nadie, pero por algún motivo —uno que seguramente nunca entenderé— a finales del curso pasado se viralizó un vídeo mío cantando *Fix You,* de Coldplay, y desde entonces los seguidores no han parado de aumentar. En parte estoy contento de llegar a más gente, aunque al mismo tiempo me da vértigo que me vean tantas personas.

Y más ahora, con el curso a punto de empezar. Sé que todos mis compañeros de clase se han tropezado con mi cuenta. Estoy orgulloso de lo que hago, pero de vez en cuando incluso yo mismo me doy vergüenza ajena, así que no puedo evitar preocuparme por las posibles reacciones y comentarios al respecto.

—¿De verdad? —se sorprende James—. Buah, pues luego la buscamos y la sigues también; no dejaba de mirarte.

—Ya, claro, qué vergüenza, después de desaparecer de pronto.

—No seas tonto, que no fue para tanto. Dices que te pusiste malo y ya, o que te llamó tu madre por teléfono. Puede que le rayara un poco que te fueras así, pero ese es otro motivo más para escribirle y que se quede tranquila.

Me lo pienso durante un segundo, pero termino por asentir. Sí, a lo mejor no la he cagado del todo.

—Después la buscamos entre los seguidores de Beth —continúa James—. Aunque espero que no sea demasiado amiga de Hannah, porque eso sería una *red flag* que te cagas. ¿Has visto lo cambiada que está, con el flequillo morado y esas pintas? ¡Estuvimos literalmente con su grupo de amigas y ni siquiera nos habló! —Pone los ojos en blanco y resopla—. Qué subidita está desde que se cambió de instituto, uf.

Está tan indignado como si él hubiese tratado de entablar conversación con ella —cosa que no hizo— y lo hubiese ignorado.

Quiero decir algo para defenderla, porque conmigo sí que se portó muy bien. Sin embargo, sé cómo es James, y cualquier cosa que Hannah haga le parecerá mal.

No importa que hayan pasado ya cuatro años, porque él sigue tan enfadado con ella como lo estaba al principio.

5
Lo agridulce de las despedidas

DANIEL

—Va, Carol, por favor.

—Por última vez: ¡que no!

Hago un puchero y pongo mi mejor cara de pena. Mi hermana, sentada frente a mí en la mesa de la cocina, se limita a poner los ojos en blanco, menear la cabeza y llevarse la taza de té a los labios.

—¿No te apetece hacer algo con tu hermano antes de irte?

—Claro que sí, pero no eso.

—La última vez te lo pasaste genial. Va, porfa.

—La última vez te seguían veinte personas; ahora, sesenta mil.

Y es verdad. El *cover* que hice con ella de *Little Talks* fue de las últimas que grabé antes de subir esa que se hizo viral. Pero desde hace meses me llegan mensajes preguntándome si voy a volver a cantar con mi hermana, y eso es, precisamente, lo que estoy tratando de conseguir.

—No tiene que ser la canción entera; solo el estribillo. No será ni un minuto de vídeo, Carol. Por favor.

Mi hermana mayor deja escapar un suspiro muy largo y me analiza con sus ojos azules. Yo la miro expectante; creo que la estoy convenciendo.

—¿Tan importante es para ti?

—Muchísimo —me apresuro a decir, con mi tono más dramático.

—Vale, está bien. Pero un vídeo corto.

—¡Bien! —Alzo un puño a modo de celebración y sonrío de oreja a oreja—. ¡Gracias, gracias, gracias!

Me levanto de un salto a abrazar a mi hermana. Ella protesta por lo fuerte que la achucho, pero también se ríe. Al momento, entra mi padre y nos mira alzando una única ceja.

—¿Qué es esta escandalera tan temprano?

—Que tendríais que quitarle el móvil al niño este si no queréis que se os termine de volver idiota.

—¡Oye!

Papá, en cambio, suelta una carcajada ante el comentario de Carol, que se está arreglando los rizos rubios, despeinados por mi abrazo. Luego se rasca la barba, castaña y entremezclada con algunas canas, y su vista se pasea desde el tazón de cereales hasta mí.

—Daniel, el desayuno, que tenemos que irnos.

—Sí, señor —digo en un tono exageradamente formal y me siento a terminar los cereales a toda prisa; no quiero llegar tarde el primer día de clase. Me giro de nuevo hacia mi hermana mayor—: Entonces, ¿cuándo quieres que lo grabemos?

—Ya veremos, enano.

Sonrío de nuevo y me levanto para aclarar el bol y meterlo en el lavavajillas, aunque está ya tan lleno que tengo que mover algunos platos para hacerle hueco.

A pesar de que Carol me llame enano, hace ya tiempo que soy bastante más alto que ella. Aunque eso no es que sea muy difícil, porque es bajita. También es seis años mayor que yo; el lunes pasado cumplió los veintitrés. Ha venido un par de semanas a casa para pasar su cumpleaños con nosotros, ahora que tiene vacaciones. Es enfermera en Toulouse, y en unos días regresará a Francia para empezar la especialidad de matrona, así que está aprovechando los últimos días de descanso antes de volver a irse.

—¿Lo llevas todo? —me pregunta mi padre cuando subimos al coche, mirándome con unos ojos del mismo marrón que los míos.

—Sí, ya he mirado.

Aun así, me pongo la mochila sobre el regazo y la abro para asegurarme de que está todo dentro. Después, me pongo el cinturón y mi padre arranca el coche para llevarme al instituto. Este año le han cambiado el horario y ahora entra al trabajo casi a la misma

hora que yo a clase, así que no tengo que ir en bus y, encima, puedo dormir un rato más. Todo ventajas.

Está sentado en el mismo lugar en que lo estuvo Hannah una semana y media atrás. Todavía me quiero morir de la vergüenza cada vez que recuerdo las cosas que dije delante de ella, cómo actué. Es la primera vez en todos estos años que me alegro de que no me hable; a saber qué pensará ahora de mí. Seguro que nada bueno. Seguro que piensa que soy un idiota y un inmaduro.

Me echo hacia atrás y me llevo la mano a la nuca para intentar aliviar la tensión.

—¿Todavía te duele? —me pregunta mi padre al notar el gesto.

—Un poco, pero ya menos.

El cuello no ha dejado de molestarme desde que tuve la brillante idea de pasar la noche en el suelo. Los primeros días fueron los peores y apenas podía moverlo sin rabiar de dolor. Ahora es más soportable, pero sigo incómodo.

—A ver si entre los dos nos acordamos y te pido luego cita en el fisio, ¿vale?

Asiento con la cabeza, aunque sé de sobra que lo más probable es que ambos lo olvidemos.

Poco después, me despido de mi padre y bajo del coche. James está donde siempre, apoyado en la pared blanca junto a la entrada. Lleva, al igual que yo, el uniforme del instituto: camisa blanca, pantalones azul oscuro y corbata a juego.

—Buenos días.

—Buenas —me saluda—. Uf, parece que nunca nos hemos ido. Oye, ¿y la mochila?

Lo miro un poco confuso y me doy cuenta de que no la llevo colgada. Abro mucho los ojos. ¿Me la he dejado en casa? ¿No la tenía cuando subí al coche?

Un claxon suena a mi espalda y, cuando me doy la vuelta, veo el coche de mi padre al otro lado de la calle.

—¡Te dejas algo! —exclama.

Voy corriendo a recoger mi mochila y me despido de nuevo de mi padre. Después, vuelvo con mi amigo y resoplo, frustrado; empezamos bien.

—Ay, ay, esa cabecita. —James se ríe, y me da un manotazo cariñoso en la coronilla. Aunque suave, me hace protestar por mi cuello dolorido—. Venga, vamos dentro.

A la primera persona que veo al entrar es a Beth, que está sentada en segunda fila mientras mira el móvil, distraída. Es el primer día y todavía no están los asientos asignados, así que doy un suave tirón de James para que nos sentemos justo detrás.

—¡Hola, chicos! —exclama al notar nuestra presencia, dejando el móvil a un lado—. ¿Qué tal?

Me fijo en que James se ha puesto un poco rojo de pronto, pero intenta disimularlo.

—Pues con pocas ganas de estar aquí, la verdad —responde aun así—. Solo espero que hoy sea más introductorio que otra cosa.

Beth se ríe con suavidad, pero antes de que diga nada, la silla a su lado chirría y Evan se sienta en ella del revés, abrazando el respaldo para mirarnos.

—Y tanto. Hoy madrugar ha dolido el doble.

—A ti nunca te duele madrugar, no seas mentiroso. —Beth alza una ceja, divertida—. ¿Y en serio te ha dado tiempo de ir a entrenar antes de venir? Madre mía, pero ¿cuándo duermes?

Noto cómo James se queda un poco más serio ante el nuevo integrante de la conversación. Evan no le cae muy bien, y el principal motivo es que se lleva fenomenal con Beth. Tiene el pelo castaño un poco húmedo y, aunque incluso desde aquí huelo su champú de menta, a veces su ropa desprende un olor como a piscina. Creo que estuvo en un campeonato europeo de natación el año pasado, o algo así, por lo que debe de tomárselo muy en serio.

No hemos hablado nunca demasiado, pero a mí me parece buen tío.

Evan deja escapar una risa escueta.

—¿Dormir? Sobrevalorado. —Beth menea la cabeza con un suspiro y Evan se gira hacia mí—: Tío, no sabía que eras famoso.

Siento una repentina oleada de calor en la cara, pero me río para intentar disimularlo.

—No soy famoso.

—¿Que no? Imagínate mi cara cuando me escribió mi prima desde Alemania para preguntarme si conocía a un tal Daniel Hudson que vive en Hawthorn Bay.

—Tu primera fan internacional —comenta James, y asiente con cara de amigo orgulloso—. De aquí a la gira mundial hay un paso.

—Hablando de fans… —interviene Beth, que parece haber recordado algo de pronto—. Me ha dicho Kylie que la has seguido por TikTok, y creo que está esperando a que le hables.

Pongo cara de circunstancias.

—Es que no sabía si ella quería hablar conmigo después de…

—¿Estás de broma? —se sorprende—. Ella no te ha escrito porque le preocupa que a ti te moleste o que te parezca una pesada… Vaya par, voy a tener que intervenir.

—*Vamos* a tener que intervenir —corrige James con un suspiro—. Llevo casi dos semanas intentando convencerlo de que le diga algo.

—¿Estamos hablando de la Kylie en la que estoy pensando? —pregunta Evan, sorprendido. Claro, si Kylie y Beth se conocen de las clases de natación, es lógico que Evan también sepa quién es.

Beth asiente sin darle más explicaciones y Evan me lanza una mirada que no consigo descifrar. Luego, la chica me mira, me dedica un suspiro como si fuera un caso perdido, y me pone una mano en el brazo.

—No te preocupes, Dan, yo me encargo. Este finde te consigo una cita con ella.

Estoy a punto de protestar cuando el profesor entra por la puerta y Beth y Evan se giran hacia delante.

Frente a la pizarra, el señor Baker nos informa de que será nuestro tutor. Es un hombre alto, moreno, que rondará los cuarenta y que ya nos ha dado clase en cursos anteriores. Como ya nos

conoce, no pierde el tiempo en presentaciones: insiste en la importancia de esforzarnos este último año, en que los exámenes de acceso a la universidad llegarán más rápido de lo que creemos y en los plazos de solicitud de cada trámite.

No tengo ni la menor idea de qué haré cuando acabe el instituto, y cada vez que pienso en ello acabo agobiadísimo. No hay ninguna carrera que me llame la atención, y tampoco soy particularmente bueno en ninguna asignatura. He estado a punto de repetir curso más veces de las que estoy dispuesto a reconocer, y si no lo he hecho ha sido porque llevo media vida yendo a academias y clases de refuerzo.

Estudiar no es lo mío, eso está claro. El problema es que tampoco sé qué es «lo mío», además de la música.

Pronto me gano una mirada de reojo de parte de James por mover la pierna arriba y abajo, pero no dice nada. Sabe que no lo hago queriendo y que, si intento parar, me pondré más nervioso todavía. Aun así, intento al menos no sacudir la mesa para no molestarlo.

Solo estamos a primera hora, y el día ya se me está haciendo eterno.

♪ ♫ ♩

HANNAH

El principio de nuestro último año se parece más de lo que esperaba al primer día de otros cursos. Y, al mismo tiempo, es totalmente distinto.

La tutora entra en clase, se presenta y da una breve charla sobre los próximos meses: clases, horarios, exámenes. Nada nuevo. Sin embargo, en el ambiente flota la promesa de que, aunque queden nueve meses de clase, este es el final. El último primer día. La última charla de inicio de curso. El último año que pasaremos entre estas paredes.

Siempre me han obsesionado esas «últimas veces», y la agridulce sensación que va unida a ellas. Vivir algo sabiendo que es la última vez amplifica todas las emociones. Para muchos puede ser triste, pero hace mucho que dejé de creer en los «para siempre», y saber que todo comienzo tiene un final trae consigo una certeza que me calma: esa que asegura que ni siquiera las peores tormentas son eternas, que siempre existe la posibilidad de escapar.

Despedirte de algo es mucho mejor que darte cuenta demasiado tarde de que aquella fue la última vez. No tener la oportunidad de hacerlo es la agonía de clavar un dedo en una herida continuamente y esperar a que así sane; es que todo lo que no llegaste a decir se te enquiste en el pecho hasta pudrirse.

Pero decir adiós es arrancar una tirita: duele un momento, pero luego se pasa.

Quizás es por eso por lo que ahora soy tan buena diciendo adiós. Hace años que soy mejor huyendo que quedándome.

La primera mitad del día pasa más bien rápido, y pronto me reúno en la cafetería con mis amigas, que están ya en la cola. Como he traído mi propio almuerzo, me uno a ellas solo para hacerles compañía.

Cuando llego, Kylie está prácticamente dando saltitos como si fuera un conejo, con una radiante sonrisa en la cara.

—¿Y toda esa energía? —pregunto.

—¡Hannah, no te vas a creer lo que ha pasado!

—¿Qué ha pasado?

—Beth le ha propuesto quedar con el chaval de los tiktoks. Al parecer a él también le moló en la fiesta.

—¡Phoebe! —protesta Kylie, muy indignada—. ¡Que se lo iba a contar yo!

—Nena, lo siento, es que te has tirado media hora para contármelo a mí. O le daba la versión corta o se nos acaba el descanso.

Contengo una carcajada. Quiero mucho a Kylie, pero Phoebe tiene razón: siempre que quiere contar algo da más vueltas que una

peonza.

Ella hace un puchero.

—Bueno, pues como ya ha dicho la aguafiestas de Phoebe, Beth me está organizando una cita con Daniel para este finde.

—Qué bien, tía, me alegro mucho —le digo, a pesar de que, por algún motivo que no logro entender, no estoy tan feliz por ella como debería—. Espero que vaya genial.

—¡Gracias! Por ser la primera vez, puede que no vayamos a solas; Beth dice que es un poco tímido. Seguramente irán ella y el amigo de Daniel.

—¿El de la fiesta? —quiere saber Phoebe.

—Sí, el del moñito.

—Vaya, vaya, pues suena a cita doble, ¿no?

Kylie abre la boca con sorpresa ante las palabras de Phoebe, como si no hubiera pensado antes en ello.

—¡Ay, ojalá sea una cita doble! ¡Qué ganas de que llegue el sábado!

La cola de la cafetería ha avanzado a medida que hablábamos y por fin es el turno de mis amigas. Mientras piden, busco una mesa donde sentarnos las tres y ocupo una de las sillas. Miro el móvil y veo una notificación de TikTok de esta mañana, aunque seguramente el vídeo sea de ayer porque, por algún motivo, siempre me llegan con retraso.

«Daniel Hudson, una cuenta que has visto, acaba de publicar un vídeo. ¡Míralo ahora!».

Hablando del rey de Roma…

Ni siquiera lo sigo, pero no puedo extrañarme de que la aplicación me lo recomiende; en estos últimos días he debido de tragarme casi todos sus vídeos. Al volver a casa tras la fiesta, sentí tanta curiosidad que lo busqué y me pasé al menos una hora buceando entre los *covers* que ha subido a lo largo de los meses, casi hipnotizada por lo melódico de su voz.

Cuando canta parece otra persona distinta: tan calmado, tan concentrado en lo que hace… Lo más cerca que he estado de ver a

un Daniel así de tranquilo es cuando duerme —y casi que ni eso—; el resto del tiempo es un manojo de nervios.

Ya desde pequeños, la música siempre ha sido lo único que le ayuda a concentrarse. Me gusta verlo así. Me gusta ver que le va bien, que sigue teniendo a James a su lado y que incluso hay una chica tan mona como Kylie interesada por él.

Lo que me incomoda es ser consciente de que, pese a lo bien que se me da decir adiós, con él siempre ha sido diferente. Hace años que salí de su vida y, aun así, parte de mí echa de menos que forme parte de mi día a día. Esa parte que se llena de nostalgia cada vez que lo miro, que me acuerdo de él.

Pero regresar significaría retomar un pasado al que no quiero enfrentarme; meter el dedo en una herida que a estas alturas ya debería haber cicatrizado.

Y estoy dispuesta a cualquier cosa con tal de que no vuelva a sangrar.

6
Para dejar de ser cobarde

DANIEL

[8 de septiembre]

Beth, 18:05

Hola, Daniel! Qué tal?

Nervioso por lo de mañana?

Daniel, 18:05

Hola! Bueno, un poquito sí jajajaja

La semana se ha pasado volando

Beth, 18:06

Tú tranquilo, que Kylie es un sol!

Verás, te escribía porque sé que te dije que iba a ir con vosotros, pero resulta que al final no puedo ir…

Daniel, 18:06

De verdad?

No te preocupes, podemos dejarlo para otro finde

Beth, 18:06

También podéis ir los dos a solas

Daniel, 18:07

Uf, Beth, no sé

Llámame cobarde, pero es que apenas la conozco jajajaja

Prefiero pensar en esto como una quedada entre amigos

Y ya vemos cómo sale

Beth, 18:08

Bueeeeno, voy a ver qué puedo hacer, vale?

Kylie tiene muchas ganas de lo de mañana, y la peli que dijimos de ver la quitarán pronto de la cartelera

Daniel, 18:08

Está bien, pues ya me avisas!
Y si no, la semana que viene hacemos otra cosa, no pasa nada

Beth, 18:08

UY, ESPERA

Ahora que lo pienso…

Tengo entendido que James
y tú conocéis a Hannah, no?

Voy a preguntarle si puede ir ella

Daniel, 18:08

A Hannah???

—¿Entonces qué? —me pregunta mi hermana, que acaba de volver del baño, haciéndome levantar la cabeza.

—¿Eh?

Se sienta a mi lado en el banquito del piano.

—Que si lo repetimos.

—La última ya ha salido bien.

—Sí, pero lo puedo hacer mejor.

Resoplo. Le dije que sería un momento; ni un minuto de vídeo. Sin embargo, llevamos aquí casi una hora entre prácticas e intentos fallidos. Si hay algo en lo que puedo concentrarme tanto que pierdo la noción del tiempo, es en la música, pero después de tantas repeticiones de lo mismo sí que estoy cansado. Además, desde que me cambiaron la medicación para el TDAH hace unas semanas, ando un poco más disperso de lo normal.

Y con la conversación que acabo de tener con Beth mientras Carol estaba en el baño, más aún.

Veo que ha visto el mensaje, pero no me contesta. Siento una punzada de nervios en el estómago al pensar en ver a Hannah mañana.

—¿Pasa algo? —me pregunta Carol.

—No, nada. Venga, lo repetimos. Pero ya la última, que quiero bajar a merendar.

Mi hermana asiente con la cabeza. Cojo aire un par de veces y la veo hacer lo mismo antes de comenzar la grabación. Empiezo, una vez más, a tocar en el piano la melodía de *Lovely,* de Billie Eilish, justo después del primer estribillo.

Miro la pantalla y nos veo de frente a ambos: nos parecemos, pero tampoco podría decirse que seamos dos gotas de agua. Los dos somos rubios, aunque ella tiene el pelo mucho más rizado y unos brillantes ojos azules allí donde los míos son castaños. Su cara es más fina y recuerda más a la de mamá, mientras que yo he heredado más rasgos de papá.

Empiezo a cantar yo solo, pero apenas en el segundo verso mi hermana se une a mí, cantando más flojito para hacer los coros y acompañándonos al piano y a mí. Nuestras voces se entrelazan la una con la otra: la suya, más ligera y aguda; la mía, grave y suave.

Voy subiendo el tono a medida que la canción lo pide y, en cuanto llegamos al estribillo, soy yo quien se calla para cederle el protagonismo.

Incluso con todas las repeticiones, de nuevo los vellos se me ponen de punta con la forma en que su voz rompe el silencio de la habitación con ese *«isn´ t it lovely?»,* y durante medio segundo incluso olvido que tengo que seguir tocando. Reacciono a tiempo y, tras un par de versos más, me uno a ella para terminar juntos la estrofa. Después, nuestras voces se apagan y tan solo el piano continúa durante unos segundos más hasta evaporarse entre las paredes.

Se me escapa una sonrisa tonta; esta vez sí que ha salido perfecto. Carol detiene la grabación. Más tarde recortaré un poco el vídeo y, en unos días, lo subiré a TikTok.

—Me niego a repetirlo más —digo con rotundidad—. Ya no creo que podamos mejorarlo.

Sonríe, conforme. Carol siempre ha sido más de cantar bajito y tararear (excepto cuando va borracha), y no fue hasta que me

interesé en la música y la obligué a practicar conmigo que ella fue consciente de la voz tan bonita que tiene. Sin pulir, tal vez, pero preciosa.

—Esta vez no tengo quejas. Aunque me sigue dando vergüenza que lo vea tanta gente.

—Va a gustar mucho, ya verás. Gracias por hacer esto conmigo, sé que no te hacía mucha ilusión.

—Ha sido divertido. Cuando vuelva podemos repetir. —Se levanta de la banqueta—. Bueno, enano, me voy. He quedado con Debbie para despedirnos.

—¿Ella también se va el domingo?

—Sí, su vuelo sale un poco más tarde que el mío.

Carol se despide y sale de la habitación. Debbie es la mejor amiga de Carol y, además, la hermana mayor de Hannah. Ambas vivenfuera de casa desde que empezaron la universidad, hace unos años. Cuando éramos más pequeños, las dos se lo pasaban bomba riéndose a costa de Hannah y de mí, bromeando con que de mayores seríamos novios y ellas se convertirían en familia.

Por supuesto, eso ni ha pasado ni pasará nunca. Y cuando Hannah dejó de hablarme a los trece años, lo pasé tan mal que Carol tuvo que parar con las bromas.

Vuelvo a mirar el móvil. Aún no hay noticias de Beth, lo cual hace que me ponga más nervioso todavía.

No es que me intimide la idea de estar con una chica a solas. El problema es que no la conozco de nada y me preocupa que la tarde esté llena de silencios raros que no sepamos llenar. Si van un par de personas más, parecerá menos forzado. Si no conectamos, no nos sentiremos tanpresionados a cumplir con lo que se espera de una cita.

Pero si esa persona extra es Hannah, va a ser mil veces más incómodo.

Vuelvo a mirar el móvil con impaciencia y lo dejo sobre la cama de mi habitación. Seguro que me estoy preocupando por una

tontería: Hannah no aceptaría ni en un millón de años. Al fin y al cabo, para ella solo soy un antiguo compañero del colegio.

Nada más que eso.

¿Es que se le ha olvidado todo lo que hemos vivido juntos? ¿O es que simplemente no le importa?

—Daniel, tesoro —la voz de mi madre me saca de mis pensamientos—. ¿Me has escuchado?

Me giro hacia la puerta y la veo apoyada en el marco. Hoy debe de haber vuelto pronto del trabajo, porque tiene el pelo rubio y rizado húmedo y ya lleva puesto el pijama: una camisa de seda color burdeos con botones y unos pantalones largos.

—No, ¿qué has dicho?

—Que he llamado al fisio y no tiene cita hasta el martes por la tarde, así que te recojo yo cuando salgas de clase y te acompaño, ¿vale?

—Ah, sí, perfecto. Gracias, mamá.

—No hay de qué. —Me dedica una cálida sonrisa—. Por cierto, voy a poner una lavadora de ropa oscura, ¿tienes algo?

Todas mis alarmas saltan en cuanto se acerca al armario.

—Creo que sí. —Me levanto de un salto—. Voy a mirar.

Mi madre se sorprende un poco ante mi reacción, pero no dice nada. Abro la puerta del armario y veo, en el fondo de la canasta, el vestido y las medias de Hannah convertidos en una bola arrugada. Lo tapo con una camiseta blanca y unos vaqueros y saco un jersey azul oscuro, unos calcetines y unos pantalones negros que le tiendo a mi madre.

—Tengo esto.

Asiente y, en cuanto se va, me permito suspirar con alivio. He pensado varias veces en intentar contactar con Hannah y devolverle su ropa, pero tengo la sensación de que si no me la ha pedido ella es porque prefiere no recuperarla a volver a verme. Así que no sé qué hacer, porque no voy a tirarla, pero llevo más de dos semanas escondiéndola para que mi madre no la encuentre. Aunque no pasó

nada con Hannah, sé qué es lo que pensaría cualquiera, incluidos mis padres.

Así que, por el momento, le toca quedarse al fondo de la cesta de la ropa sucia.

♪ ♫ ♩

HANNAH

Desde el sofá, veo a mi hermana mayor corretear de un lado a otro de la casa, recogiendo las cosas que ha ido dejando desperdigadas por un lado y otro durante las últimas semanas que ha estado aquí.

Debbie es de las personas más responsables que conozco y, aun así, siempre pospone el hacer la maleta hasta que no le queda más remedio.

Supongo que, para ella, decir adiós siempre ha sido más complicado que para mí.

—¡Hannah, ayúdame a cerrar esto!

Suspiro y me levanto para atravesar el pasillo y ayudar a mi hermana. Por el camino, escucho mi móvil vibrar, abandonado en el sofá, pero no vuelvo a por él. En la habitación, todo está por medio y hay una maleta con demasiadas cosas encima de mi cama. En medio del caos, está mi hermana con el pelo negro recogido en un moño despeinado que se ha sujetado con un lápiz.

—No se te ocurrirá dejarme el cuarto así.

—¡Que no, que no! No sé por qué no entra, si cuando vinecabía todo.

—Porque no traías tantas cosas —observo—. ¿Ya lo tienes todo dentro?

Debbie asiente con la cabeza e intenta cerrarla, sin éxito. La cara se le poneroja por el esfuerzo, y estoy bastante segura de que es misión imposible. Aun así, me siento encima, empujo y echo todo mi peso encima, aunque no parece marcar mucha diferencia.

—¿En serio lo necesitas *todo?*

—Es mi ropa, claro que la necesito.

—Como mire en el armario y vea que te has llevado algo mío…

—Sí, con esas pintas de macarra que llevas ahora. Totalmente mi estilo.

Me río de la mueca que pone mi hermana y de su comentario mientras ella sigue intentando cerrar la maleta. Resopla frustrada y vuelvo a reírme. Luego, miro alrededor: espero que de verdad no me deje el cuarto patas arriba, porque si no me va a tocar a mí ordenarlo.

Nuestra casa tiene tres habitaciones, por lo que, cuando éramos pequeñas, Debbie y yo teníamos que compartir, y la única con cuarto propio era la mayor, Eunju (también la única nacida en Corea y con nombre coreano). Cuando Eunju se fue de casa y nació Nora, nuestros padres le asignaron la habitación individual para que, en teoría, no nos molestaran sus llantos de bebé.

De todos modos, hace ya tiempo que Debbie se fue de casa y el dormitorio se quedó entero para mí, aunque estas semanas hayamos tenido que compartirlo de nuevo.

—¡Por fin! —exclama a modo de celebración, y se levanta de un salto con la maleta ya cerrada—. Sabía que entraba todo; la carrera tenía que servirme de algo.

A pesar de la sonrisa de satisfacción de mi hermana, la pobre maleta parece estar a punto de reventar en cualquier momento como una olla a presión. No estoy muy convencida de que una carrera y un máster en Física sirvan para cerrar una maleta, pero qué sé yo. Tampoco me apetece cuestionar sus procesos mentales.

—¿Cuándo decías que salía el vuelo?

—El domingo a las doce. Me acercas tú, ¿no?

En cuanto lo pregunta, me tenso.

—¿Yo?

—Sí, mamá dice que no puede, pero que seguro que a ti no te importa.

Se me revuelve el estómago de los nervios, y pese a que mi primer impulso es enfadarme con mamá por haber ideado esta encerrona, también sé que mi reacción no tiene mucho sentido. ¿Por

qué la mera idea de coger la autopista hasta el aeropuerto hace que se me acelere el corazón?

—No sé, Debs. Tengo que estudiar.

Ella pone cara de decepción y me siento muy mala hermana. No es que no quiera llevarla, es que no sé si serécapaz de conducir por carretera. Solo de pensarlo ya me están temblando las piernas.

Por la ciudad y sitios conocidos no tengo ningún problema, pero…

Debbie, por supuesto, lo nota. En parte, sé que incluso lo entiende.

—Bueno, no te preocupes, no pasa nada —añade al final—. El avión de Carol sale un par de horas antes, y supongo que la llevará su madre, que tiene un coche grande. Igual puedo ir con ellas. ¿Te vienes, aunque sea para ayudarme con las maletas?

El alivio es tan abrumador que se me hace un nudo en la garganta. Y, al mismo tiempo, me siento una cobarde.

Odio sentirme una cobarde.

—Sí, claro.

—Genial. Pues me voy, que he quedado. Luego termino de ordenar todo.

Dicho esto, sale por la puerta. La sigo un minuto después, pero para sentarme en el sofá. Me cubro las piernas con una manta, porque la ansiedad que me ha provocado pensar en conducir me ha dejado el cuerpo cortado, y me froto el pecho para aliviar la presión. Cojo el móvil para distraerme, y entonces veo el mensaje que he recibido antes: es de Beth.

[8 de septiembre]

Beth, 18:15

Hannah, tengo que pedirte un favor!!

Hannah, 18:45

el qué?

Beth, 18:46

Puedes ir mañana con Kylie??

Es que tengo que acompañar a mi abuelo al médico

Hannah, 18:46

a su cita??

ni de coña, no voy a ir de sujetavelas

Beth, 18:47

Que no es de sujetavelaaaas

Es una quedada de amigos para ir al cine

Además a James y a Daniel ya los conoces, no?

Hannah, 18:49

tía, que no

que vayan ellos dos solos, que para eso es una cita

Beth, 18:49

Eso le he dicho a Daniel!!

Su respuesta ha sido que lo dejemos para otro finde 🤬

Hannah, 18:53

muy bien, pues dejadlo para otro finde

Beth, 18:54

Eso quieres?? Romperle el corazón a Kylie y que esté de los nervios otra semana más?

Leo el mensaje y me lo pienso. Es verdad que una semana más escuchando a Kylie hablar sin parar sobre la futura cita parece más de lo que puedo soportar sin perforarme a mí misma los oídos.

Hannah, 18:58

hace mucho que no hablo con ninguno

y a james le caigo fatal

Beth, 19:02

Anda, anda! Pero si James es supersimpático, seguro que son imaginaciones tuyas

Además, míralo así: un rencuentro y una oportundad de retomar el contacto

Va, porfa, hazlo por Kylie y por mí

Suspiro. No estoy segura de que «retomar el contacto» con ninguno de ellos dos sea buena idea. Y tampoco sé si quiero hacerlo, porque ello conllevaría acercarme demasiado a una versión de mí misma de la que no quiero saber nada. A una Hannah que hace años que intento dejar atrás; una a la que intento enterrar pero que, cada vez que pienso en mi infancia, se asoma un poco más desde la tumba.

Y eso sí que es algo a lo que no quiero enfrentarme.

Pero tampoco puedo pasar la vida siendo una cobarde. Ni, por otro lado, seguir escuchando las protestas de Kylie.

Hannah, 19:06

vale, está bien

pero que sepas que me debes una

Beth, 19:06

Por supuesto!

Si es que eres la mejor 🩶

7
Certificado de santo

HANNAH

El sábado, la lluvia consigue que medio Hawthorn Bay decida reunirse en el centro comercial para pasar la tarde a cubierto. En cuanto entro, la calefacción me da un bofetón en la cara y apenas avanzo unos metros antes de quitarme la chaqueta.

Cuando accedí a sustituir a Beth el plan no parecía tan mala idea, supongo. Ahora, a cada paso que doy, tengo más claro que debería haberme quedado en casa. Me siento tentada un par de veces a dar media vuelta y largarme por donde he venido; no pinto nada aquí.

Aun así, sigo caminando hasta que distingo de lejos el pelo rapado a los lados y el moñito en lo alto de la cabeza de James. Me sorprendió mucho su nuevo *look* cuando lo vi en la fiesta, pero no le queda mal. Lo que no me extraña en absoluto es que esté allí el primero porque, a diferencia de Daniel, siempre ha sido muy puntual.

Espera de brazos cruzados, con la espalda apoyada en la pared junto a la ventana. Se ha arreglado como si fuera él quien tiene la cita.

Aminoro el paso según me acerco y descubro que se ha pasado con la colonia; huele incluso a metros de distancia. Él se percata de mi presencia y frunce el ceño.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, cortante.

—Lo mismo que tú: sujetarles las velas a los futuros tortolitos.

Las cejas de James se alzan, extrañadas.

—¿Qué? Se suponía que iba a venir Beth.

—Ya, bueno, al final no puede —me encojo de hombros—. Vengo de sustituta.

Su risa incrédula es más bien un resoplido. Abre la boca y creo que va a decir algo, pero justo entonces aparece Kylie entre la gente.

—¡Hola! —saluda con una radiante sonrisa—. ¿Lleváis mucho rato esperando?

—Qué va, yo acabo de llegar —respondo—. Todavía falta Daniel.

—No pasa nada, lo esperamos. Aún queda tiempo hasta que empiece la peli.

Le devuelvo la sonrisa. Ha venido monísima para la ocasión: con una minifalda plisada de color gris y un jersey marrón con el cuello alto y muy ancho. Lleva un semirrecogido en el pelo, que le cae formando ondas por la espalda, y se ha maquillado lo justo como para que resulte natural.

Kylie es muy guapa; siempre lo ha sido. Tiene una belleza dulce, inocente, con grandes ojos castaños y la cara redondeada. La conozco desde que me cambié de instituto, con trece años, aunque al principio no nos llevábamos muy bien. Una parte de mí no confiaba en que toda esa ternura no fuera más que una apariencia, pero supongo que la juzgué antes de tiempo.

Durante los siguientes diez minutos Kylie y yo hablamos de cosas del instituto mientras que James se limita a mirarme con cara de culo (algo que a mí también se me da genial, así que se las devuelvo todas).

Mi amiga, sin previo aviso, ahoga un gritito emocionado en plan *fangirl* que intenta disimular al instante. Al girarme, distingo la mata de pelo rubia y algo alborotada de Daniel, que junta las manos a modo de disculpa y se planta frente a nosotros.

—¡Perdón por tardar tanto! Había mucho tráfico con la lluvia.

—No te preocupes. —Kylie hace un gesto con la mano para quitarle importancia y se le escapa una risita tonta—. Acabamos de llegar.

—¿En serio? Uf, menos mal. Bueno, ¿qué queréis hacer primero? ¿A dónde vamos?

—Habíamos pensado en ir a comprar algo de comer antes de entrar al cine.

Está de acuerdo, así que echamos a andar hacia alguno de los restaurantes de comida rápida de los que hay en la planta baja y los dos chicos se adelantan un poco, dejándonos a Kylie y a mí detrás.

—¿Te has tirado el bote de colonia encima o qué? —le pregunta Daniel a James en voz baja, aunque no lo bastante como para que no se le escuche.

—Mira, vete a la mierda. ¿No se te ha ocurrido avisarme del *cambio de planes?*

Por supuesto, con «cambio de planes» se refiere a mí. Incluso me señala un poco con la cabeza, el muy descarado, pero finjo no haberlo visto.

Daniel coge aire con fuerza, como si acabara de darse cuenta de algo.

—Hostias —responde, y casi puedo ver su cara de circunstancias—. James, tío, lo siento. Te lo iba a decir ayer cuando me habló Beth, pero…

James resopla.

—Ya, bueno. Déjalo.

—Tengo muchas ganas de ver la película —me dice Kylie, mientras Daniel sigue disculpándose con James unos pasos por delante—. Mis padres vinieron la semana pasada y les gustó mucho. Estuve a punto de ir con ellos, menos mal que no lo hice.

—¿Qué vamos a ver, por cierto? Beth no me dijo nada.

—La de Marvel, la nueva.

Se me escapa un «uhm» por lo bajo y me regaño a mí misma mentalmente por no haberle preguntado a Beth antes de aceptar. Aunque también es verdad que debí imaginarlo, porque se ve que ni James ni Daniel han cambiado lo más mínimo en todos estos años.

No es que no me gusten las películas de superhéroes; de pequeña me encantaban. Eran las favoritas de mi padre y siempre nos traía a los tres al cine. Desde que él no está, supongo que han perdido la gracia.

—Te siguen gustando, ¿no? —me pregunta Daniel, dándose la vuelta. Parece que me haya leído la mente—. Si no, podem…

—A mí me encantan —se adelanta Kylie, sonriente, y da un par de pasos algo más veloces para ponerse entre ambos chicos—. Soy superfán desde que logré ponerme al día.

Daniel se ríe.

—Yo porque las he visto desde pequeño, porque si tuviera que ponerme al día *ahora*… No sabría ni por dónde meterle mano, con tantas películas y series. Qué va, sería incapaz.

—¡Dímelo a mí! Tardé meses en verlas todas. Por cierto, en un par de semanas sale una serie nueva, ¿no?

—Sí, creo que sí.

—Podríamos quedar para verla juntos. A mis amigas no les hace mucha gracia.

Al hablar, Kylie solo se dirige a Daniel, a pesar de que James también está ahí mismo. Este último, al verse desplazado por completo de la conversación, aminora el paso hasta acabar caminando junto a mí.

Los observo desde atrás: es innegable que harían buena pareja. Ambos son muy dulces, y supongo que a base de ver juntos todo el universo cinematográfico de Marvel podrían cubrir suficientes citas como para decidir casarse.

Esa última frase no debería sonar con el resentimiento con el que lo hace en mi cabeza, y ni siquiera entiendo por qué es así. De todas formas, las miradas que me dedica James mientras camina a mi lado no me dejan pensar demasiado en ello.

—¿Quieres una foto? —le pregunto—. Igual te dura más.

James resopla y pone los ojos en blanco.

—Oh, ¿de pronto soy digno de que me dirijas la palabra?

—Nunca he dejado de hacerlo.

—Ya, claro —farfulla por lo bajo—, y una mierda.

Me muerdo la lengua para no soltar una bordería. Por supuesto, llevaba razón al decirle a Beth que James no me soporta. No voy a fingir que es porque lo conozco mejor que ella ni nada por el estilo,

no después de tanto tiempo. Y sé que con el resto de personas es mucho más agradable.

Lo que ocurre es que a mí, en concreto, me odia.

Poco después, entramos a un restaurante de comida rápida y Daniel se dirige directo al mostrador:

—¡Hola! ¿Tenéis comida sin gluten?

El corazón se me salta un latido al escucharlo. Me sorprende que se acuerde, después de tantos años. Incluso mis propias amigas lo olvidan de vez en cuando.

Cuando le dicen que sí, se gira hacia mí sonriente, pero no dice nada. Compramos unas hamburguesas para llevar y las escondemos en las mochilas por si acaso nos dicen algo en la entrada. Luego, nos encaminamos hacia la parte superior, donde están las salas de cine.

—¿Es tu perro? —le pregunta Daniel a Kylie cuando subimos por las escaleras mecánicas. En una breve mirada hacia atrás, veo que le está enseñando una foto en el móvil—. Dios mío, es adorable. Es un *bulldog* francés, ¿no? ¿Cómo se llama?

—Cherry —sonríe ella—. Tiene solo un año, aún es pequeñita. ¿A que es preciosa?

—¡Lo es! Me encantan los perros, pero mis padres nunca me han dejado tener uno —suspira con dramatismo—. Solo tuve un pez, pero no vivió mucho. Se llamaba Goldie.

Aunque ninguno de los tortolitos me ve, se me escapa una sonrisita cuando menciona a Goldie. El pobre pez solo duró dos semanas, pero durante todos y cada uno de esos días Daniel se desvivió por cuidarlo lo mejor que pudo.

—¿Goldie? ¿No será el pez con el nombre más original del mundo?

—¡Eh! —se ríe él—. Las reclamaciones a Hannah, que se lo puso ella.

Me giro para descubrir que me está señalando a mí y me encojo de hombros con cara de circunstancias. «Culpable».

A Kylie, en cambio, se le borra la sonrisa de la cara durante un segundo. Cuando se recompone, su expresión no es ni la mitad de sincera que antes.

—¿En serio?

—Sí, lo consiguió en una feria y me lo dio. ¿Qué teníamos?, ¿nueve años?

Lo dice con una sonrisilla orgullosa y me mira buscando confirmación. Después de conseguirle a Goldie, los tres nos pasamos tardes enteras mirando al pez y hablando con él como si pudiera entendernos. Eso sí, pocas veces he visto a Daniel llorar tanto como el día en el que se lo encontró flotando en la pecera, incapaz de comprender quéera lo que había hecho tan mal como para que algo así ocurriera.

—Ocho —puntualiza James, sin dejar de andar—. Y como no nos demos prisa, no vamos a llegar a la película.

Así que apretamos el paso.

♪ ♫ ♩

DANIEL

A pesar de las quejas de James, llegamos con tiempo de sobra para comprar las entradas y tener que esperar un par de minutos en la puerta. A la hora de sentarnos, a Kylie y a mí nos dejan en el centro, con Hannah junto a su amiga y James a mi lado. Por supuesto, esos dos preferirían ver la película entera haciendo sentadillas a ponerse el uno junto al otro.

Aun así, la tarde está yendo bastante bien; Kylie es muy agradable y tenemos mucho en común. Sin embargo, al igual que en la fiesta, la vista se me va continuamente hacia otra persona. La he sentido incómoda todo el rato, y no me extraña: James no ha dejado de mirarla fatal.

Con cada tráiler que sale, Kylie hace algún comentario sobre la buena pinta que tiene y lo bien que estaría venir a verla, a lo que asiento por darle la razón más que nada. No suelo venir mucho al

cine, porque lo de estar sentado tanto tiempo sin moverme lo llevo regulín.

Además, ¿por qué cada vez hacen las películas más largas?

Me muevo en el asiento para encontrar una buena postura, aunque sé que cuanto más rato pase, más incómoda me resultará la butaca.

La película empieza y saco la hamburguesa de la mochila, envuelta en la bolsa de papel. A pesar de que ya ha pasado tiempo desde el estreno, hay mucha gente en la sala. En la fila de delante hay un hombre con un niño pequeño, y al entrar he visto, en las primeras filas, a una chica con una banda con un *«birthday girl»* escrito con purpurina, rodeada de todos sus amigos.

Deben de tener unos doce o trece años, más o menos la edad que teníamos nosotros cuando Hannah se fue al otro instituto y dejó de hablarnos sin dar explicaciones. O quizás sí que las dio y es que nunca fui capaz de entenderlas. A lo mejor dejó un millón de señales delante de mis narices, pero soy demasiado despistado como para darme cuenta.

La pantalla de mi móvil se ilumina con un mensaje:

[9 de septiembre]

James, 19:08

Está yendo genial, eh?

Aunque sobra una persona,
la verdad

Daniel, 19:08

Dale un respiro

Que estás siendo superborde
con ella

James, 19:08

Yo??

Ella tampoco es que esté siendo unas castañuelas

Podrías haberme dicho que venía

Daniel, 19:09

Ya te he dicho que lo siento, no ha sido a propósito!:(

James, 19:10

Bah, lo sé, no te rayes

Pero más te vale que no desperdicies la oportunidad con Kylie

Al menos que valga la pena aguantar a Hannah hoy

Daniel, 19:10

Bueno, bueno

Lo intentaré jajajaja

A mi lado, James asiente con la cabeza, satisfecho, y bloquea la pantalla del móvil para mirar hacia delante. Lo imito y me como la hamburguesa con queso mientras la película avanza.

Al rato, cuando hago una bola con el papel que envolvía la comida y me dispongo a guardarlo para tirarlo más tarde, veo que tengo una notificación en Instagram: Kylie me ha seguido.

La sigo también al momento y entro a su perfil, en el que tiene un montón de fotos y de seguidores. Miro algunas de ellas: Kylie posando en bikini con el atardecer de fondo en una playa de arenas claras y agua transparente; Kylie sonriendo y haciendo el signo de la paz con los dedos; Kylie con un vestido muy bonito que resalta su piel tostada en lo que parece una boda; Kylie con sus amigas posando en un *photocall*.

El corazón me da una voltereta en el pecho cuando veo, sin previo aviso, a una Hannah tan sonriente en la foto. Me apresuro a poner el móvil bocabajo y miro la pantalla del cine, temiendo que la sala entera se dé cuenta de que se me ha acelerado el pulso; como si cometiera un crimen solo por mirar esa foto.

Menos mal que estamos a oscuras, o no habría sabido cómo explicar por qué acabo de ponerme como un tomate, además de porque soy ridículo, claro.

Cuando me calmo, veo que Kylie está totalmente concentrada en la película y desbloqueo de nuevo el móvil. Veo otra vez la cara de Hannah, que también está etiquetada en la foto. Entro a su perfil y compruebo que, para sorpresa de nadie, lo tiene privado.

Mi dedo actúa por impulso antes que mi sentido común y le doy a «seguir», que al instante cambia a «pendiente». Ni siquiera sé si va a aceptarme.

Pero lo hace casi al momento.

Y no solo eso, sino que me escribe un mensaje.

@hannahpark505

pero bueno, qué haces en instagram?

que te pierdes la película

@dxnielhdson_

Jajajaja es que me ha salido tu @ en recomendados después de seguir a Kylie

@hannahpark505

eso no responde a mi pregunta

@dxnielhdson_

Me has pillado

Es que me he distraído y ya no sé por qué se están paleando:(

peleando*

@hannahpark505

quieres que te haga un resumen?

@dxnielhdson_

Por favor jajajaja

Si es que te juro que me encantan estas películas, Hannah

Pero en el cine nunca me entero de nada y luego tengo que verlas de nuevo en casa

@hannahpark505

ni que lo jures

si me acuerdo de cuando nos tiramos 3 sábados viendo esa de spiderman en tu cuarto porque o te ponías a hacer otra cosa o te quedabas sopa y te perdías la mitad

y al final ya las poníamos a trozos como si fueran capítulos

@dxnielhdson_

A la gente que me aguanta durante 2 días seguidos viene el papa desde Roma y le da el certificado de santo, lo sabías?

Te lo digo por si aún no has podólogo el tuyo

podólogo no, perecido*

PEDIDO**

socorro no sé escribir

@hannahpark505

jajajajaja se puede ser más exagerado??

sabes que nunca me costó ningún trabajo «aguantarte»

por cierto, tengo en la mochila
la ropa que me dejaste

@dxnielhdson_

Buah, casi ni me acordaba

Yo tengo el vestido
que te dejaste en mi
casa, está en el maletero

Recuérdame luego que te lo dé

—¿Quieres? —la voz de Kylie llama mi atención y bloqueo la pantalla al instante.

Cuando la miro, veo que me ofrece una bolsa de chuches de las que hemos comprado antes de entrar.

—Sí, gracias. —Meto la mano para coger dos o tres de mis favoritas.

—¿Te está gustando la película? —me pregunta después, acercándose más a mí para que la escuche.

—Es muy interesante.

Me cambio de postura por décima vez. No estoy cómodo de ninguna manera, así que me pongo a jugar con el anillo que llevo en el índice y que da vueltas para intentar regularme un poco.

—¿Estás incómodo? —quiere saber Kylie.

—Estoy bien. Es que me muevo mucho.

Apoyo los codos en el reposabrazos y creo que le doy a entender algo por accidente, porque empieza a acariciarme el brazo con la yema de los dedos, haciéndome un poco de cosquillas.

—A mí esto siempre me relaja —comenta en voz baja.

Le dedico una escueta sonrisa y, como la sensación es agradable, me dejo hacer. Al poco, sus caricias pasan a mis dedos y al dorso de

mi mano y, de manera sutil, acerca su palma a la mía hasta juntarlas por completo.

Entrelazamos los dedos y me tenso; los tiene un poco fríos, pero gracias al contacto con los míos no tardan en entrar en calor.

No me atrevo a mirarla, sino que mantengo la vista fija en la pantalla y trato de recuperar el hilo de la película. Sin embargo, lo que de verdad me apetece es coger el móvil y preguntarle a Hannah si lo que ha dicho antes iba en serio y de verdad nunca le costó trabajo aguantar mis rarezas.

Porque a la mayoría de gente sí que le cuesta.

8
Unos segundos más

DANIEL

Cuando salimos de la sala del cine y escucho a los demás comentar la trama, descubro que me he perdido más cosas de las que creía, y eso que juraría que solo me he dormido cinco minutos. Diez, como mucho. Aunque, gracias a la conversación, al menos me entero un poco mejor.

No es que tenga problemas en entender *de qué* va la película, pero a veces me desconcentro en mitad de una conversación y paso por alto puntos importantes. O me aburro en las partes lentas y acabo por dormirme. Lo bueno de las pelis de Marvel es que, aunque me pierda partes, más o menos puedo intuir lo que está pasando.

Hoy es distinto, claro. Hoy ha habido más distracciones de la cuenta.

—¿Queréis que os lleve a casa? —ofrezco cuando bajamos por las escaleras mecánicas—. Se ha hecho un poco tarde.

—Sí, guay. No me apetece andar —dice James.

—¿De verdad no te importa? —pregunta Kylie muy sonriente; parece encantada con la idea—. Aunque mi casa igual te pilla un poco lejos…

—No te preocupes, me gusta conducir.

—Entonces genial. ¡Muchas gracias!

Miro hacia Hannah, esperando una confirmación también de su parte. En cuanto nuestros ojos se encuentran, acude a mi mente un vago recuerdo de la noche de la fiesta de Beth y de lo insistente que fui con que no se volviera sola.

¿En qué estaba pensando?

Disimulo como puedo la vergüenza que me doy a mí mismo y ella asiente antes de musitar un «vale, gracias».

Nos dirigimos al *parking* del centro comercial y me subo en el coche. Kylie, sin dudar, va al asiento del copiloto. No me pasa desapercibido que James, que iba para el mismo lado, se queda pillado un momento. Luego, va a la parte de atrás con Hannah.

Antes de arrancar, muevo un poco el cuello y me llevo la mano a la nuca para aliviar la tensión. No ha dejado de darme la lata en estas dos semanas, si bien el dolor ya ha disminuido.

—¿No se te quita? —pregunta James desde atrás al verme.

—Qué va. El martes tengo cita en el fisio.

—¿Te pasa algo? —se preocupa Kylie.

Arranco el coche y quito el freno de mano antes de sacarlo del aparcamiento.

—No es nada. Tuve un golpecillo con el coche un poco después de sacarme el carné, y desde entonces tengo el cuello un poco tocado. Pero vaya, estoy bien.

Aunque ha dejado de llover, fuera hace rato que ya ha oscurecido, así que me aseguro de llevar puestas las luces y me encamino a casa de Hannah, que es la que más cerca queda de aquí.

—¿Fue grave? —pregunta Hannah, y su voz suena tensa—. El golpe, me refiero.

Miro por el retrovisor interior durante un segundo y me encuentro con su mirada gris. Para mi sorpresa, sus ojos parecen llenos de angustia.

—Fue más el susto que otra cosa —digo, quitándole toda la importancia posible—. Un idiota quiso salir de una rotonda desde donde no le tocaba y no lo vi a tiempo. La reparación sí que fue cara. —Suspiro—. Me sorprende que mi padre siga dejándome usar el coche.

—Y menos mal —comenta James—. Si no, a ver quién me hace de chófer.

El resto nos reímos, incluso Hannah, que de pronto se había quedado muy seria. Su padre murió en un accidente de tráfico, así

que entiendo que no sea un tema fácil para ella.

Cuando nos acercamos a su casa, de pronto soy consciente de que no le he devuelto el vestido, pero tampoco puedo hacerlo sin tener que dar explicaciones a James y Kylie.

Detengo el coche frente a su portal.

—Bueno, gracias por traerme —dice ella—. Nos vemos.

Kylie se despide de su amiga lanzándole un beso con la mano.

Mi mirada se cruza una vez más con la de Hannah en el retrovisor y le dedico una sonrisa que me devuelve, pero mucho más escueta. Luego, se apea del vehículo.

La observo alejarse, con la melena lisa y oscura deslizándose bajo sus hombros, cayendo sobre la pequeña mochila negra que le cuelga de los hombros.

—¿Nos vamos? —pregunta James.

—Espera a que entre, que está muy oscuro.

Él se limita a suspirar. Por mi parte, no pongo el coche en marcha ni le quito la vista de encima hasta que saca las llaves y se pierde tras el portal, abandonando mi campo de visión.

Es verdad lo que he dicho: está oscuro y quiero asegurarme de que llega bien. Pero, por otro lado, no sé cuándo volveré a verla, y me hubiera gustado decir algo más. Ni siquiera sé qué; tan solo hablar un poco más con ella, arañar unas cuantas palabras, unos segundos más de tiempo.

Así que suspiro, pongo primera y suelto el freno en dirección a casa de James.

♪ ♫ ♩

Para llegar a la urbanización de Kylie hay que atravesar un tramo boscoso de unos cuatro o cinco kilómetros. A pesar de haberme criado aquí, creo que nunca he estado en esta zona de la periferia, así que es ella quien, tras dejar a James en casa, me indica cómo llegar.

Por el camino se pone a chispear de nuevo, y el parabrisas se llena de diminutas gotas de agua. Vamos en silencio, con la música del reproductor en un volumen bajo. La carretera apenas está iluminada más que por algunas farolas sueltas, cuya luz se pierde tras los árboles que nos acompañan a ambos lados.

—No sabía que conocías tanto a Hannah —comenta Kylie.

—¿Tanto?

—Pensaba que solo erais compañeros de clase.

Se me escapa una media sonrisa que termina por ser algo más triste de lo que había planeado.

—Es lo que te ha dicho, ¿no?

—Sí, pero ni siquiera ha tenido que decirte dónde vive. Y lo del pez, y cómo habláis… Todo eso suena a que erais amigos.

—Lo éramos —murmuro—, pero hace tiempo que perdimos el contacto.

—¿James también? Parece que se odian.

—Es complicado —dejo que mi voz muera a medida que hablo. No quiero seguir con el tema.

—¿En qué sentido?

Me encojo de hombros.

—No sé. En realidad, supongo que no lo es. Se cambió de instituto y dejamos de ser amigos.

Y así fue. No hubo una g ran d iscusión, ninguna causa evidente. Solo un par de mensajes de texto y el silencio que les siguió durante años. Ese silencio que me hizo cuestionarme cada decisión que había tomado en la vida y analizar cada palabra que le había dirigido alguna vez.

Todo en busca de una razón, del punto en el que las cosas se torcieron. De algo que me explicase qué había hecho *tan mal* como para que Hannah no quisiera saber nada de mí.

—Es por ahí. —Kylie señala la siguiente salida—. Esa casa, la tercera.

Giro por donde me indica y detengo el coche a un lado de la carretera para que se baje. Ella, en cambio, no lo hace. Se queda

donde está, observándome como si esperara algo más.

—Me lo he pasado genial. —Kylie esboza una sonrisita nerviosa y se pasa un mechón de pelo tras la oreja—. Tenemos que repetir.

—Yo también he estado muy a gusto.

—¿El finde que viene estás libre? Podemos dar una vuelta o ir a merendar, por ejemplo.

—Creo que sí puedo, pero lo podemos ir hablando esta semana.

Ella saca el móvil del bolso y me lo pasa con la aplicación de los contactos abierta.

—Apúntame tu número y te escribo después.

Lo hago y, al devolverle el móvil, soy consciente de que se ha pegado más a mí para ver cómo lo escribía. Cuando lo coge de nuevo, nuestros dedos se rozan y ninguno de los dos se mueve.

He visto suficientes películas como para saber qué está esperando que pase. Al fin y al cabo, por más que yo quiera darle otros nombres, esto es una cita.

Kylie se acerca un poco más. Tiene la mirada bonita, con unos ojos oscuros y almendrados que rebosan curiosidad. Se acerca un poco más a mí con los labios entreabiertos.

Siento nervios en el estómago, pero es porque no estoy seguro de querer besarla. Es una chica muy guapa, y James me mataría por desaprovechar la oportunidad, pero es que no estoy de humor. Preguntarme por qué Hannah desapareció de nuestras vidas siempre me pone un poco triste.

Antes de poder apartarme, ella da el paso y me besa.

Y no siento nada. Al menos, nada de eso que se supone que tienes que sentir cuando te besan. Ni mariposas, ni cosquilleo, ni calor.

Siempre me ha pasado lo mismo: hasta que no tengo una conexión emocional con alguien, no soy capaz de sentir *esas cosas*. Y a Kylie acabo de conocerla.

Ella, en cambio, no debe de vivirlo del mismo modo que yo, porque sus besos cada vez son más intensos, y su respiración se

agita a medida que se pega más a mí. No es la primera vez que me lío con alguien sin más, pero no me importaría que se fuera ya.

Dios, soy un capullo por pensar algo así mientras me besa.

Sin embargo, ella no parece tener intención de detenerse, porque solo se separa para hacer contorsionismo y sentarse encima de mí a horcajadas, con las rodillas apoyadas a ambos lados de mi cuerpo. La postura es incomodísima. Me besa el cuello y me coge una mano para meterla debajo de su camiseta.

—Kylie —la llamo. Me ignora, se pega más todavía y me tenso; esto está yendo más rápido de lo que esperaba—. Kylie…

—Dime —susurra contra mi boca, y me mira con los ojos llenos de deseo. Me muerde el labio inferior y tira un poco de él.

—¿Te importa si…? ¿Te importa si vamos más despacio?

De pronto, su expresión se llena de preocupación.

—¿He hecho algo mal?

—¿Qué? No, claro que no. Es solo… —balbuceo. No quiero hacerla sentir mal, y tampoco me gustaría que se tomara de forma personal eso de que no voy a sentir atracción sexual por ella hasta que, como mínimo, la conozca un poco—. Prefiero ir con calma. Además, me duele el cuello.

Ella respira hondo y me dedica media sonrisa.

—Vale, no te preocupes. Aquí no es muy romántico, de todos modos —se ríe—. Me he dejado llevar un poco. Entonces, ¿vamos hablando

—Sí, por supuesto.

—Genial —su sonrisa se ensancha—. Pues voy a irme ya. Gracias por traerme.

Antes de poder responder, me coge la cara con las manos y me da un último beso en los labios. Luego, vuelve a su asiento con algo de torpeza, sale del coche y nos despedimos antes de que se marche.

También espero a que ella atraviese el camino hasta el porche y, antes de desaparecer tras la puerta, me dice adiós con la mano.

Le devuelvo el gesto, y luego me marcho a casa.

9
De autopistas y aeropuertos

HANNAH

Cuando el timbre suena a la mañana siguiente, mi hermana Debbie se despide de nuestra madre y le da un fuerte abrazo a Nora, a la que mamá llevará a casa de una amiga antes de ir a trabajar. Luego, se cuelga una abultada mochila sobre los hombros y agarra una de sus maletas.

Cojo la otra y me dirijo a la puerta con un «hasta luego». Bajamos al portal en el ascensor y al salir vemos que Carol nos espera en el coche de su madre, en el asiento del conductor.

No es hasta que me acerco que veo que hay alguien más en el asiento trasero: Daniel.

Carol se baja y abre el maletero. Lleva una sudadera rosa y unas horquillas del mismo color que le apartan los rizos rubios de la cara.

—Creo que hay suficiente hueco —dice, muy sonriente—. Si no, podemos meter alguna mochila delante.

—Menos mal que el maletero es grande —responde mi hermana.

Ayudo a Debbie a subir las maletas y me meto en el coche, en la parte de atrás. Mi mirada no tarda en encontrarse con la de Daniel, que parece sorprendido de verme.

—Hola —saluda con media sonrisa.

Le devuelvo el gesto.

—Hola.

—¡Dan, cuánto tiempo! —exclama Debbie en cuanto cierra la puerta del copiloto—. ¿Cómo estás? Hace un montón que no te veo. No sabía que venías también.

—Sí —dice él—, para llevar el coche de vuelta.

—Es verdad, me dijo Carol que te habías sacado ya el carné. Hannah también se lo sacó hace unos meses, al poco de cumplir los

diecisiete.

—¡Míralos, Debs! —Carol deja escapar un suspiro nostálgico—. Hace nada que nos tocaba hacer de niñeras en sus cumpleaños y ahora fíjate, ya conducen y todo.

—¡Cómo crecen…!

—Vaya dos abuelas rememorando la juventud. —Pongo los ojos en blanco, aunque ninguna pueda verme desde su asiento—. Que tenéis veintitrés años, madre mía.

—Pues eso mismo —se burla Daniel—: dos abuelas.

Su hermana farfulla algo parecido a «mimimí» en señal de protesta, pero luego arranca y nos ponemos en marcha.

—Oye, ¿el único con carné en nuestra clase no era William?

—Y Tina también —puntualiza Carol—, pero suspendió seis veces el examen; entonces nadie quería subirse con ella.

—¡Es verdad, no me acordaba!

No tardamos en salir de Hawthorn Bay y nos metemos en la autopista de camino al aeropuerto de Bristol, que es el que queda más cerca. El trayecto son unos cuarenta minutos, así que me echo para atrás mientras Debbie y Carol continúan hablando de sus cosas, con la música sonando suave por los altavoces.

El coche de la madre de Daniel me trae muchos recuerdos de tardes yendo a la playa o a la bolera, de noches en los que se hacía tarde y me acercaban a casa. Daniel mira por la ventanilla como hacía entonces, observando distraído los coches mientras, disimuladamente, sigue el ritmo de la canción con el pie.

La luz de la mañana inunda el coche y se enreda en sus mechones dorados. Lleva un jersey beis de cuello alto y unos vaqueros rotos en las rodillas. Parece cansado.

—Qué callados vais —comenta Carol—. Pensaba que tendríais algo más que contaros. Hace mucho que no os veis, ¿no?

Daniel mira en mi dirección y se le escapa una sonrisilla que trata de disimular.

—Sí, un montón —dice, y noto sus ojos clavados en mí.

En estas últimas semanas, nuestros caminos se han cruzado más veces que en los últimos cuatro años. Supongo que, si empieza a salir con Kylie, coincidiremos aún más.

Y tiene toda la pinta de que es lo que pasará, porque esta mañana había al menos quince mensajes en el grupo detallando cómo él se lanzó a besarla y pasaron más de media hora metiéndose mano en el coche con las ventanas empañadas y la lluvia de fondo.

Eso explicaría lo cansado que parece.

No debería importarme —más allá de alegrarme por mi amiga—, pero es lo que pasa. Por algún motivo, no quiero saber más del tema; tan solo de imaginar la escena hay algo que me quema un poco por dentro.

—¿Entonces? —pregunta Debbie, girándose en el asiento para mirarnos—. ¿No deberíais estar poniéndoos al día o algo? Antes no había quien os callara cuando estabais juntos.

Me limito a encogerme de hombros. Daniel, por su parte, vuelve a mirar por la ventana.

Y Carol deja escapar un suspiro acompañado de un «adolescentes» por lo bajo.

♪ ♫ ♩

Algo después, llegamos al aeropuerto y dejamos el coche en el *parking*. Luego, sacamos las maletas y Daniel y yo las acompañamos hasta la cola que se ha formado frente al mostrador de facturación.

Pronto es el turno de nuestras hermanas, así que Dan las ayuda —o más bien se encarga él solito mientras nosotras miramos— a subir las maletas a la cinta.

—¿Cómo es posible que parezca que vais a mudaros de nuevo? —pregunta él con un resoplido—. Solo habéis estado aquí unas semanas.

Ambas ponen cara de circunstancias y se miran divertidas antes de encogerse de hombros. Él se agacha para coger la última maleta, que es de su hermana y parece la más pesada de todas.

Doy un paso hacia él.

—¿Quieres que te…?

Mi ofrecimiento se ve interrumpido en cuanto, un momento después de enderezarse con la maleta, esta cae al suelo con un golpe sordo. Daniel coge aire con fuerza y, aunque no dice nada ni se mueve, un gesto de dolor se le dibuja en la cara.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta Carol, con el rostro descompuesto—. ¿Te ha dado un tirón?

Daniel asiente de manera casi imperceptible, pálido de pronto. Su hermana se le acerca y le pone las manos en los hombros.

—Tranquilo, tranquilo. Respira hondo. —Mira a la chica tras el mostrador, que observa la escena un poco preocupada. Luego, se dirige a mí—: Hannah, sentaos los dos por ahí, porfa. Nosotras vamos en cuanto terminemos.

Esta vez soy yo quien asiente. Daniel coge aire un par de veces y echamos a caminar —él muy recto y con los hombros un poco encogidos— hacia unas sillas que hemos visto por el camino.

—¿Estás bien? —le pregunto en cuanto nos sentamos—. ¿Te duele mucho?

Resopla y, con cuidado, se masajea con los dedos la base del cráneo, hasta donde debe de estar extendiéndose el dolor.

—Me estoy mareando un poco —dice a modo de respuesta.

Es verdad que se ha quedado tan blanco que no me extrañaría que se cayera al suelo de un momento a otro. Le pongo una mano en la espalda con suavidad y, poco a poco, parece que se le pasa.

—Joder —termina diciendo, sin mirarme—. Ya lo tenía bien, qué rabia.

—¿Tu madre no te lo ha mirado?

—Mi madre es neumóloga —me recuerda—. Pero la semana que viene voy al fisio.

—Entonces ya verás que pronto te mejora.

Veo a Carol y Debbie sortear con paso ligero a la gente que avanza con prisas y maletas por el aeropuerto.

—¿Se te pasa? —le pregunta Carol, sentándose junto a su hermano.

—Me quiero ir a casa —responde él, con los ojos enrojecidos.

—Llamo ahora mismo a papá, a ver si puede venir a por vosotros.

—Tía, no hace falta —interviene Debbie—. Hannah puede llevar el coche de vuelta.

En cuanto lo dice, la sangre se me hiela dentro de las venas.

—Pero…

Me trago mis quejas en cuanto mi hermana me dedica una mirada severa.

—¿No te importa? —Los ojos azules de Carol brillan esperanzados.

La miro a ella y después a Daniel, a quien el más mínimo movimiento de cabeza parece resultar insoportable.

—No, claro. No me importa —digo despacio, y cada palabra me escuece en la garganta.

—Uf, muchas gracias, Hannah. Menos mal que has venido. —Me pone las llaves en la mano y se vuelve hacia su hermano mientras rebusca algo en el bolso—. Lo único que tengo es un ibuprofeno. Tómatelo, que algo te aliviará. Y en cuanto llegues a casa se lo dices a mamá, ¿vale?

—Sí, vale.

Carol mira la hora y en el móvil se le dibuja un gesto de alarma.

—Tenemos que pasar ya el control. En cuanto lleguéis me mandas un mensaje. Hannah, por favor, que no se le olvide.

—No tengo cinco años —se queja él.

—Lo sé, lo sé. —Ella le da un beso en la cabeza—. Me voy, ¿vale? Nos vemos para Navidad, enano.

Debbie me da un abrazo que se alarga hasta que protesto, aunque lo hago más por costumbre que por otra cosa. Sé que va a tardar un tiempo en volver por casa y, en realidad, no me molesta tanto que me abrace.

—Sé buena, ¿eh? —me dice, achuchándome un poquito más fuerte antes de soltarme.

—¿Cuándo no lo soy?

Debbie se ríe, le dice adiós a Daniel y este se despide con la mano. Cuando ambas se pierden entre la multitud de gente, me pongo de pie.

—¿Quieres que nos vayamos?

—Sí, por favor.

Echamos a andar, él intentando mantener la cabeza lo más recta posible y resoplando cada pocos pasos.

Por suerte, no tardamos en llegar al coche, donde lo veo entrar con dificultad en el asiento del copiloto mientras que yo me pongo frente al volante. Al instante, empiezan a sudarme las manos.

Desde que me saqué el carné solo me he atrevido a conducir una vez por la autopista, y lo pasé tan mal que no he sido capaz de volver a hacerlo. Ahora, sin embargo, no me queda otra opción.

—Esta es la segunda vez que me llevas a casa con el coche de uno de mis padres —comenta Daniel, apoyándose contra el respaldo.

—Al menos esta vez no vas borracho.

—Pues no sé si es una mejora, la verdad.

Cojo aire y lo suelto despacio antes de meter la llave en la ranura. Al girar la llave, la radio comienza a sonar más fuerte de la cuenta y ambos nos sobresaltamos. Daniel se ríe y baja el volumen.

Pongo el coche en marcha y salgo del aparcamiento. Es muy estrecho y hay que maniobrar, pero eso no es lo que me preocupa, sino lo que viene luego.

No tardamos en encontrarnos con la entrada a la autopista. Respiro hondo. Me digo una y otra vez que saldrá bien, que solo es un rato y que millones de personas conducen cada día sin que les pase absolutamente nada.

«Hasta que sí les pasa».

Aparto el pensamiento al fondo de mi cabeza y me centro en conducir. Después de lo de mi padre, pasé seis meses sin ser capaz de acercarme a un coche. Ya no me importa para nada ir de

copiloto, así que pensaba que lo tenía superado. No fue hasta que empecé las clases de conducir que conocí esta nueva fobia.

Ni siquiera iba con él cuando ocurrió, pero sí que recuerdo el camino al hospital después de que nos llamaran y cómo tuvimos que pasar junto a aquel amasijo de hierros retorcidos que antes había sido nuestro coche; el olor a goma quemada y las marcas negras sobre el asfalto.

A mi padre ya se lo habían llevado al hospital, y en el quirófano trataron de arreglar aquello que se había roto, reponer la sangre y cerrar las heridas. Sin embargo, ya había muerto cuando llegamos.

Él ni siquiera hizo nada mal: no iba borracho, no corría más de la cuenta. Solo regresaba del trabajo.

Trago saliva para deshacerme del nudo que se me ha hecho en la garganta. Quiero mucho a mi padre, pero odio que los detalles más pequeños me lo recuerden. Odio que haya olores que me transporten a momentos que no podré revivir; que haya canciones que no puedo escuchar desde hace años porque él las cantaba a todo pulmón; que aún queden ciertas prendas de ropa en mi armario muy parecidas a las que él me compraba; que haya facciones en mi cara que recuerdan un poco a las suyas.

Lo odio tanto como lo echo de menos, porque cuando murió me obligó a dejarme atrás a mí misma y buscarme en otros lugares, porque todas mis raíces llevaban su nombre.

Porque la Hannah que día a día trato de enterrar se parecía mucho a él. Porque me obligó a cortar con todo y con todos. Un instituto nuevo con nuevas amigas; un lugar donde nadie sabía nada de esa Hannah con el duelo enquistado en el pecho ni de su padre muerto.

Empezar de nuevo, pisando mi casa lo menos posible, fue la única manera de no ahogarme entre recuerdos.

Suspiro e intento que no me tiemblen las manos. No quiero pensar en nada de esto.

Me fijo en que el coche del carril contiguo va casi en paralelo a nosotros. Sin previo aviso, nos adelanta y se mete en nuestro carril,

sin apenas guardar distancia de seguridad.

Lo veo tan cerca que se me para el corazón. Aprieto el pedal del freno y casi puedo vernos estampados contra el coche de delante. Durante un segundo, juro que contemplo mi propia muerte, que puedo ver la sangre y los hierros y oler la goma quemada.

En cambio, no pasa nada de eso.

El coche de delante sale por la salida y seguimos nuestro camino, con otros vehículos reprochándonos con estridentes pitidos el haber reducido tanto la velocidad de golpe.

—¿La gente no sabe poner los intermitentes o qué? —resopla Daniel.

Su voz, sin embargo, me llega lejana, como si proviniese del exterior del coche. Lo único que escucho con claridad son mis propios latidos en los oídos y mi respiración, demasiado fuerte y acelerada.

—Hannah, ¿estás bien?

No puedo contestar. Me agarro al volante con fuerza y pestañeo como una loca para evitar que las lágrimas que salen sin control de mis ojos me nublen la vista. El corazón me late con fuerza dentro de la caja torácica, más aún al preguntarme si ese terror que me trepa por la garganta fue el que sintió mi padre segundos antes del impacto.

—Hannah —vuelve a llamarme—. Hannah, para el coche en el arcén.

Asiento con la cabeza, luchando por que el aire me llegue a los pulmones. Él pulsa el botón que enciende la luz de emergencia y detengo el vehículo en el arcén.

Una vez nos detenemos y Daniel pone por mí el freno de mano, me tapo la cara con manos temblorosas y rompo a llorar como si tuviera cuatro años.

O trece, y acabara de perder a mi padre una vez más.

—Eh, tranquila —dice él—. Solo ha sido un susto, ¿vale? Estamos bien. Mira, no ha pasado nada. De una pieza.

Se me escapa un gemido muy penoso e intento calmarme. Odio llorar delante de la gente. Y, de todas las personas posibles, odio estar llorando delante de Daniel.

Alarga la mano en mi dirección y, a pesar de todo, se la agarro. La mía está helada por los nervios. La suya, en cambio, es cálida y agradable. En las yemas noto que tiene algunas asperezas, seguramente por la guitarra, pero el resto de la mano se sigue sintiendo suave.

—Está bien, tranquila. No pasa nada —continúa, en voz baja y dibujando círculos en el dorso de mi mano con el pulgar—. Ya ha pasado.

Daniel no deja de repetir con su tono más calmado que todo va bien, que no pasa nada. Cuando me calmo un poco, me sorbo la nariz y dejo escapar un tembloroso suspiro.

—Qué vergüenza, lo siento mucho —murmuro—. No quería ponerme así.

Bajo la mirada a mi regazo y odio lo temblorosa que ha sonado mi voz; lo vulnerable que me siento en este momento.

—¿Te acuerdas de cuando nos revolcaron las olas en la playa? —pregunta él de pronto, llamando mi atención.

Levanto la cabeza para mirarlo. Entre las últimas lágrimas, se me escapa una media sonrisa. Su madre nos había dicho quince veces que no nos bañáramos; pero era verano, teníamos nueve años y mucho calor, así que aprovechamos cuando ella se distrajo hablando por teléfono para entrar a refrescarnos.

La marea tiraba un montón y James, como siempre, tuvo más sentido común que nosotros dos y se quedó en la orilla, juzgándonos desde lejos.

—Lo único que hizo que no acabásemos cada uno en una punta de la playa fue que entramos agarrados de la mano —sigue él—. Como si esa fuera la única protección que necesitábamos.

—Me acuerdo, pero no sirvió de mucho.

—Sí sirvió —me corrige—. Cuando vino esa ola enorme, no nos soltamos ni un segundo, y llegamos juntos a la orilla.

Lo miro, algo más tranquila. Respiro hondo antes de hablar:

—¿Qué tiene eso que ver ahora?

Dan esboza una sonrisa de medio lado y yo lo observo mientras los coches pasan veloces, con el ruido del tráfico al otro lado del cristal, ajeno a nosotros y a nuestras palabras.

—Pues que podían arrastrarnos las olas, revolcarnos y hacernos tragar agua, pero soltarse no era una opción. No hasta el final. —Mira nuestras manos agarradas—. Siempre éramos así, no solo ese día.

Durante los siguientes segundos ninguno de los dos dice nada. Tan solo nos miramos el uno al otro, en silencio. Su mano sostiene la mía como aquella tarde en la que acabamos tirados en la orilla con el pelo y los bañadores llenos de arena.

Lo de no soltarnos ni siquiera fue a propósito. En aquel momento de desesperación en la que el agua tiraba de nuestros cuerpos con violencia, tan solo nos aferramos a lo más familiar que conocíamos.

Ahora supongo que estoy haciendo lo mismo.

—Va, anda, bájate por este lado —me dice, dándole un último apretón a mi mano antes de soltarla y abrir su puerta, que da a la parte interna del arcén—. Conduzco yo hasta casa, que todavía estás temblando.

—Pero ¿y tu cuello?

—Se me ha pasado un poco con el ibuprofeno, no te preocupes.

Le dedico una sonrisa, e intentando no clavarme la palanca del freno en la espalda, me paso al asiento del copiloto antes de salir del coche. Él hace el recorrido a la inversa para sentarse frente al volante sin entrar por el lado que da a la autopista, y una vez estamos sentados de nuevo, Daniel pone el coche en marcha.

10
Tu risa en cualquier multitud

DANIEL

—¡Diez años! —exclamo—. Llevo diez años intentando que adoptemos un perro, Hannah. Ya debería haber funcionado, aunque fuera por aburrimiento.

Consigo que Hannah se ría, aunque sea bajito, y a mí también se me escapa una sonrisa. Ya estamos a punto de llegar a Hawthorn y llevo todo el camino sin callarme, intentando distraerla y animarla.

No callarme se me ha dado bien siempre.

Y, al menos de pequeños, también era bueno en la parte de animarla.

—¿De verdad tengo que recordarte que eres alérgico a los perros?

—¡Lo sé! —protesto, exagerando un puchero—. Pero he estado investigando y hay perros que son, eh…, *subalérgicos*. O sea, que su pelo da menos alergia, o algo así.

—Hipoalergénicos.

Chasqueo la lengua.

—Ea, pues eso. Lo que he dicho yo.

—Sí, es verdad, perdona. —Se ríe de nuevo—. ¿Tampoco quieren uno de esos?

—Qué va. Si lo de la alergia ya lo usan como excusa; lo que pasa es que no se fían de mí. Mi madre cree que le tocará a ella encargarse de todo o «se morirá de hambre igual que el pobre Goldie».

Por el rabillo del ojo, veo cómo Hannah se gira hacia mí, sorprendida.

—¿En serio dice eso? Goldie no se murió de hambre —afirma con rotundidad—. Estabas obsesionado con no olvidarte de darle la

comida y con cuándo cambiarle el agua. Se murió porque seguramente vendría ya enfermo y maltratado de tanto viaje, Dan.

Dan.

En cuanto me llama así, siento una punzada en el pecho que me corta el aire. Mucha gente me dice Dan, pero cuando lo hace ella, en su voz se cuelan rastros de mi infancia, de algo que echo tanto de menos que James no dudaría en darme una colleja si lo admitiera en voz alta.

Lo disimulo como puedo, y sonrío.

—Bueno, da igual. Cuando viva solo, le demostraré a todo el mundo que sí puedo ser responsable. Ya encontraré la manera, así sea poniéndome veinte alarmas al día y dejando notas por cada rincón de la casa.

—Estoy segura de que lo cuidarás muy bien. Si quieres te ayudo a elegir el nombre, ya sabes que soy toda una experta.

Se me escapa una carcajada.

—Con lo original que eres, seguro que se acaba llamando Max o Coco.

—Había pensado en Toby, ¿no te gusta?

—Mucho pelo de colores, pero en el fondo eres una básica, ¿eh?

—Habló el chico de la guitarra —resopla, divertida—. Seguro que vas por todas las fiestas tocando *Wonderwall*.

Abandonamos la autopista por la salida que lleva a Hawthorn Bay. Desde aquí, no tardaré más de cinco minutos en dejar a Hannah en la puerta de su casa, igual que anoche.

—No necesito ir a fiestas para eso —bromeo, haciéndome el digno—, puedo hacerlo desde mi cuarto en TikTok; me ve más gente. Y también sé tocar *Riptide* con el ukelele, por si había dudas.

—Habría puesto la mano en el fuego por ello.

Intento ocultar la sonrisa que me tira de los labios y disminuyo un poco la velocidad. Solo un poquito, lo suficiente como para que apenas se note. No quiero volver a despedirme de ella; no ahora que por fin estamos hablando y riéndonos juntos.

Aun así, su casa está cada vez más cerca y sé que se aproxima el inevitable momento de la despedida.

—Ayer me lo pasé muy bien —digo, por no dejar que la conversación muera—. Fue muy divertido.

Hannah tarda unos segundos en responder que se me hacen eternos. Al hablar, su tono se vuelve más serio:

—Sí, no estuvo mal. Sobre todo la parte en la que os dejamos a solas por fin, ¿no?

Me agarro un poco más fuerte al volante. Sé cuál es la respuesta correcta. O al menos la respuesta normal que daría cualquier chico que acaba de tener una cita con una chica muy guapa. Y, sin embargo, se aleja bastante de la verdad.

—Estaba cansado, así que tampoco tardé en dejarla en casa.

Ella no responde. Imagino que Kylie ya le habrá hablado sobre el tema. Al fin y al cabo, son amigas.

Muy a mi pesar, meto el coche de morro en un aparcamiento frente a su edificio.

—Pues ya hemos llegado —digo, como si no fuera evidente. Me giro para mirarla—. ¿Estás más tranquila?

—Sí, solo… No sé, me he agobiado de golpe, se me ha venido todo encima. No me gusta conducir por la autopista. Siento que hayas forzado el cuello así, se suponía que te iba a traer yo.

—No te preocupes, de verdad. Es normal, yo también me he dado un susto; ese coche se ha metido por medio sin avisar.

Ella coge aire y lo suelta despacio. Luego, me mira como si quisiera decir algo más, pero termina bajando la vista.

Al ver su expresión vulnerable, una certeza cae sobre mí como un jarro de agua fría: no solo ha sido el susto. Ha sido mucho más que eso.

En su cara está dibujado el mismo gesto de impotencia y dolor que tenía cuando su padre murió. Aún éramos amigos, y aunque no fue mucho más tarde cuando se alejó, sí que pude estar ahí para ella durante los primeros meses, esos en los que no dejó de llorar y tener pesadillas.

Esos en los que medía la fuerza con la que la abrazaba porque sentía que, si lo hacía demasiado fuerte, Hannah se rompería como el cristal. Y, al mismo tiempo, si no era lo bastante firme, no podría sujetar sus pedazos y estos acabarían desparramados por el suelo.

Ahora me pregunto si el problema fue que nunca encontré el punto medio. Tal vez nunca pude hacerla sentir que estaba ahí, que habría hecho cualquier cosa por apoyarla. Tal vez darle la mano mientras todo el oleaje pasaba no fue suficiente, y no pude ser el ancla que ella necesitaba en medio de la tormenta.

Pero antes de poder decir nada al respecto, Hannah vuelve a mirarme:

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

—Conducir después de haber tenido un accidente —dice, y me mira como si en mí estuvieran todas las respuestas que busca—. Yo no sería capaz de volver a acercarme a un coche.

Me echo hacia atrás en el asiento y miro a través del cristal del parabrisas.

—No fue grave, me puse más nervioso por el susto que otra cosa. Aun así, las primeras veces después de que ocurriera sí que lo pasé un poco mal a la hora de conducir —explico, mirando una nube que de pronto parece muy interesante—, pero mi madre insistió en que no dejara de hacerlo. Por un lado, porque las clases habían costado un pastón, y sobre todo porque dice que la mejor forma de superar una fobia es enfrentarse a ella, aunque sea poco a poco.

—¿Ibas solo? Cuando pasó, me refiero.

Asiento con la cabeza.

—Un coche salió de una rotonda y le dio al mío, se me fue el control y choqué con una farola. Me hice daño en el cuello por el golpe, pero lo peor fue ver que el coche no arrancaba después —me río, aunque en el momento no me hizo ninguna gracia—. El otro tío se largó y no supe qué hacer. Creo que a mi padre casi le da un infarto cuando lo llamé llorando.

Me vuelvo una vez más hacia Hannah y ella me dedica una sonrisa algo triste.

—Ya, menudo susto debió de llevarse.

—Y tanto. Pero de verdad, Hannah, no te preocupes. Estoy seguro de que con el tiempo dejarás de pasarlo tan mal. Es cuestión de ir paso a paso e ir enfrentándote a ello a tu ritmo, ya verás.

Ella deja escapar un largo suspiro. Finalmente, asiente, se quita el cinturón y abre la puerta.

—Muchas gracias por traerme, Dan. Voy a subir ya a casa.

—No hay de qué. Nos vemos.

Hannah sale del coche y, cuando creo que está a punto de cerrar la puerta e irse, se gira hacia mí:

—Ahora que lo pienso, tengo tu ropa arriba. ¿Quieres subir a recogerla?

—Vale, claro.

Salgo del coche y sigo a Hannah hasta su portal. Hace años que no recorro este camino, pero lo he hecho tantísimas veces en mi vida que de pronto me parece tan natural como respirar.

Entramos al portal y subimos por las escaleras hasta la segunda planta. No me quejo en voz alta, pero aún siento pequeños calambres desde la cabeza a la columna. Al menos, ya no veo puntitos negros ni tengo la sensación de estar a punto de desmayarme como cuando me ha dado el tirón.

Hannah saca las llaves una vez llegamos al rellano y pronto estamos en el pequeño recibidor que da directamente al salón de la casa. Me asaltan un montón de recuerdos de fiestas de cumpleaños, globos por todos lados y tardes de juegos y risas.

—Buah, cuánto tiempo —digo, mirando alrededor. La imito cuando se quita los zapatos en la entrada y acepto las zapatillas para invitados que me tiende—. ¿Está tu madre?

—No, está trabajando hoy. Ha llevado a Nora a casa de una amiga suya.

—¿Cuántos años tiene Nora? Ya debe de estar supermayor.

—Tiene siete —Hannah alza la barbilla y, al mencionar a su hermana pequeña, detecto un brillo de orgullo en su mirada—, pero ya es la más lista de la casa.

—Y eso que tenía el listón alto.

Me parece ver cómo Hannah se sonroja un poco por el cumplido. Creo que va a hacer algún comentario al respecto, pero me hace un gesto con la cabeza para que le siga a su habitación.

—¿Sabes ya qué harás el año que viene, por cierto? —me pregunta por el pasillo.

—Comprarme una nariz de payaso y unirme al circo.

En el último año, esa se ha convertido en mi respuesta automática siempre que alguien saca el tema. Y aunque me río para que sepa que bromeo, cada vez lo digo un poco más en serio.

Entramos a su habitación y lo primero que veo son dos camas perfectamente hechas con algunos cojines encima. La pared de su cuarto está pintada de un suave lila y hay algunas fotos con sus amigas pegadas en ella, cerca de un escritorio blanco sobre el que descansan varios cactus y libros.

—¿Puedo apuntarme? —se ríe—. Puedo aprender a hacer volteretas.

—Por supuesto, pero deberías ir entrenando ya.

—Mañana mismo empiezo. Ahora en serio, ¿qué vas a hacer?

Mi sonrisa flojea, porque creía haber esquivado el tema con éxito.

—Ya te lo estoy diciendo. —Me encojo de hombros—. ¿Y tú?

—Estudiar algo de economía, o esa es la idea.

Asiento con la cabeza, porque por supuesto, y al contrario que yo, Hannah tiene claro lo que quiere en la vida.

—El circo exige un compromiso, ¿sabes? —continúo bromeando—. Economista y trapecista no son muy compatibles.

Alza las manos en señal de rendición y se deja caer sobre la cama.

—Tendré que pensar a cuál de las dos renuncio. —Cuando vuelve a hablar, su tono se vuelve más serio—: Entonces, ¿aún no lo tienes claro?

Suspiro, me echo un poco hacia atrás y apoyo las manos en el colchón. Sé que ha notado que estoy evitando hablar de ello. Mi respuesta de graciosillo suele contentar a casi todo el mundo, pero a Hannah no, claro.

—No —admito—. No tengo ni idea.

—Si lo piensas en frío, es muy complicado escoger ya qué es lo que quieres hacer el resto de tu vida. Pero todavía tienes tiempo para decidir. ¿Cómo sigue el cuello?

—El ibuprofeno ha hecho algo, pero ningún milagro. Cuando llegue a casa me echaré una crema que compra mi madre en la farmacia.

—¿Es una que viene en un bote morado?

—Sí, ¿cómo lo…?

Hannah se pone de pie casi de un salto y sale de la habitación. Me quedo mirando la puerta con las cejas alzadas en un gesto de sorpresa y, segundos más tarde, reaparece con un bote en la mano.

—¿Este?

Me río, perplejo.

—¿Me lo robaste cuando te quedaste a dormir, o qué?

—Claro que no, idiota. Es que lo vi en tu cuarto y me llamó la atención porque mi madre también la usa. Te puedo echar un poco, si quieres.

—No te preocupes, puedo esperar a llegar a casa.

—Es lo mínimo después de hacerte conducir con dolor de cuello.

Acepto. Como no puedo moverme bien sin hacerme daño, Hannah me ayuda a quitarme el jersey. Debajo llevo una camiseta blanca de manga larga, así que me sujeto el cuello para dejar la piel al descubierto y ella se pone de rodillas en la cama, detrás de mí. Se echa un pegote de crema en la mano y no tardo en notar el frío inicial en la nuca. Cuando me toca, me tenso tanto que creo que podría provocarme otra contractura.

Intento relajarme. Ella, con delicadeza, reparte la crema por mi cuello en una especie de masaje que me alivia bastante. Tiene las manos suaves y finas, y cuando mete una de ellas por dentro de mi

camiseta, hasta los omóplatos, me alegro de poder culpar al efecto calor de la crema por lo roja que me siento la cara.

—Por ahí no me duele —murmuro.

—Ya, perdón, es que me he pasado con la crema; tienes menos cuello del que creía.

Trago saliva y me quedo todo lo quieto que puedo mientras Hannah sigue con las manos en mi espalda. No quiero que note lo mucho que se me han disparado las pulsaciones. Pero ¿qué me pasa?

—Listo —anuncia, dejándose caer a mi lado de nuevo—. ¿Mejor?

—Sí, gracias. —Me vuelvo a poner el jersey, aunque la sensación del algodón en la piel con crema de por medio se me hace tan desagradable que me pregunto si no valdrá la pena pasar frío—. Debería irme ya, mi madre se estará preocupando.

—Y mándale un mensaje a tu hermana.

—Mierda, es verdad. —Me apresuro a sacar el móvil y escribirle un rápido «estoy aquí» a Carol, aunque ya debe de estar subida al avión—. Menudo desastre.

—A cualquiera se le pasa —se ríe. Luego, se pone de pie para coger una bolsa del suelo, junto al escritorio—. Aquí está tu ropa. Me hubiera gustado lavarla, pero mi madre habría hecho preguntas raras.

Agarro la bolsa de papel. Dentro, la camiseta y el pantalón que le dejé están perfectamente doblados. Al recordar su vestido hecho de nuevo una bola arrugada en mi armario, me siento un poco culpable.

—No te preocupes. Yo también tengo algo tuyo, si hubiera sabido que venías hoy, te lo habría traído.

—Ya me lo darás otro día. —Hannah me dedica una sonrisa y yo me pongo también en pie para salir.

—Claro, lo vamos hablando.

Nos quedamos unos segundos en silencio en los que ambos nos miramos sin saber bien qué decir, pero sin que ninguno de los dos se mueva. En realidad, no quiero irme. Preferiría quedarme aquí el

resto del día; preguntarle si quiere ir a dar una vuelta y seguir hablando de lo que sea; contarle todas las cosas que he querido decirle a lo largo de estos años en los que no nos hemos visto; improvisar una merienda en el suelo de su cuarto, o llamar a James y pedirle que se deje de estupideces y malas caras para que todo vuelva a ser como antes.

Pero me muerdo la lengua, porque las cosas han cambiado. Porque la chica que tengo delante no es la misma que protagoniza los mejores momentos de mi infancia. Porque ambos hemos tomado caminos en direcciones distintas y no puedo fingir que todo es igual que siempre.

A pesar de los momentos de complicidad y las montañas de nostalgia que amenazan con sepultarme cada vez que la miro, y aunque podría reconocer su risa en cualquier multitud, ella ya no me considera su amigo. Hace años que dejó de hacerlo. Solo está siendo agradable porque siente que me lo debe, pero un momento de vulnerabilidad no hará que todas las barreras se disipen.

—Bueno, que te mejores del cuello —me dice finalmente.

Le doy las gracias y me despido una vez más antes de bajar por las escaleras.

Mientras lo hago, siento un extraño vacío en el pecho que sospecho que lleva ahí más tiempo del que creía.

11
Bromas privadas

HANNAH

—Oye, este finde podríamos ir a dar una vuelta —propone Phoebe el miércoles mientras nos cambiamos en el vestuario.

—¿No daba tormenta para finales de semana? —pregunto, terminando de desabrocharme la camisa blanca del uniforme para cambiarla por la de Educación Física.

Mi amiga hace una mueca contrariada.

—¿En serio? Bueno, si hace buen día salimos por ahí. Si no, os venís a mi casa y vemos una peli.

—Suena bien. —Kylie se ata una coleta bien alta—. Luego le escribo a Beth, a ver si se apunta. Aunque también depende del día, porque he quedado.

Phoebe alza ambas cejas, cierra la mochila y la deja en la taquilla del vestuario.

—¿Con el chico de los tiktoks?

—Con Daniel, sí. —La sonrisa de Kylie se ensancha más aún—. Hemos quedado el sábado por la tarde.

—El finde pasado también os visteis, ¿no?

—Sí, para ir a merendar —asiente, entusiasmada—. Esta vez le he dicho que se venga a mi casa, que no habrá nadie.

—¡Uy, uy! No perdéis el tiempo, ¿eh?

—¡Solo vamos a ver una serie, no seas malpensada!

Phoebe se ríe y yo guardo mi mochila también en la taquilla, escuchando la conversación en silencio, esperando a que cambien de tema. No sé por qué, pero sus palabras me están haciendo sentir rara.

Es extraño oírlas hablar de Daniel. En mi cabeza, él y ellas forman parte de dos vidas diferentes, de dos mundos aislados el uno del

otro. Y ahora que han colisionado, siento que han desenterrado uno de mis secretos en contra de mi voluntad, que las líneas y los límites que marqué hace años de pronto se vuelven borrosas. Y me hace sentir expuesta, vulnerable.

En el gimnasio, la pelota de baloncesto rebota contra el suelo y las voces de nuestros compañeros llenan el aire. Huele a goma y a sudor, y apenas hay un par de ventanas que dejan entrar la luz del exterior.

El profesor de Educación Física entra justo después que nosotras, y agradezco no tener que seguir con la conversación de antes.

El señor Roberts hace sonar el silbato, nos guía por los estiramientos y nos manda dar unas vueltas a la cancha para calentar.

—Podríamos ir de compras a Bristol —sugiere Kylie cuando apenas hemos dado la primera vuelta—. Un finde que haga buen tiempo.

—Uf, tía, pero qué pereza coger el bus hasta allí, ¿no?

—Hannah puede llevarnos.

Estoy a punto de tropezar, pero me recompongo a tiempo.

—No sé, mi madre suele necesitar el coche.

Con el viajecito al aeropuerto del otro día ya tuve bastante para una temporada, y aunque Kylie y Phoebe sean mis mejores amigas, no estoy dispuesta a tener otro ataque de pánico en medio de la autopista igual que hace un par de semanas con Dan. Ellas saben que mi padre murió antes de que nos conociéramos, pero nunca les he dado detalles. Prefiero que sea así.

—Nos adaptamos —dice Kylie con naturalidad—. Pregúntale cuándo puedes cogerlo y nos dices.

El corazón se me acelera, y no es por la carrera. Casi puedo escuchar a Daniel decirme que es cuestión de tiempo y práctica que lo supere, que tengo que intentarlo poco a poco. La cuestión es que cuarenta minutos de autopista no parece un primer paso.

Trato dedisimularlo, pero Kylie debe de leer algo en mi expresión.

—No sé para qué te sacaste el permiso de conducir si nunca quieres coger el coche. Si no quieres gastar gasolina, dilo y ponemos dinero entre todas.

—No es por la gasolina —me apresuro a decir—. Y sí que lo cojo; te he llevado a tu casa un montón de veces.

—Pero nunca fuera de Hawthorn. El otro día igual, con lo del viaje.

—Ya te lo dije en el cumple de Beth. Me parece genial la idea del *roadtrip,* pero no es justo que tenga que conducir todo el tiempo por ser la única con carné.

—Eso es verdad, Kylie. Cuando alguna más lo tengamos podemos volver a hablarlo y así nos turnamos.

Kylie mira a Phoebe como si no esperara que saliera a defenderme y suspira como si el mundo entero estuviera en su contra.

—Si yo tuviera carné, ya me habría recorrido media Inglaterra, aunque fuera sola.

—Muy bien, pues ya sabes lo que tienes que hacer. —Mi voz suena más cortante de lo que pretendo, pero es que estoy harta de escucharla decir lo mismo una y otra vez—. Ni que me hubiera sacado el puto carné para pasearos a vosotras, joder. No soy vuestra chófer.

Resoplo, aprieto el ritmo y no tardo en dejarlas atrás. Me tiemblan las manos y tengo un nudo en la garganta que disimulo lo mejor que puedo.

Con Kylie, desde hace meses, siempre es la misma discusión: propone que las lleve a algún sitio, me niego por la razón que sea, y ella insiste y protesta hasta que pierdo los nervios. Después, suelta un par de lagrimitas y no me queda otra que pedirle perdón o ser la mala de la película.

Y de verdad que la quiero mucho, pero no soporto cuando se pone así.

♪ ♫ ♩

Al salir de la ducha, tras haberme quitado el sudor del cuerpo y con la ropa interior ya puesta, me dirijo a mi mochila para sacar el uniforme. Después del calentamiento he decidido que no quiero dramas innecesarios y me he acercado a Phoebe y Kylie como si no hubiera pasado nada. La segunda ya empezaba a tener los ojos un poco húmedos por «mi forma de tratarla», pero ante la promesa de que me pensaré lo de Bristol, ha sonreído y se le ha pasado el disgusto.

Me subo la falda y escucho una voz muy familiar que suena desde el móvil de Kylie. Mi amiga ahoga una exclamación, y al hacerlo consigue que casi todas las chicas de la clase se giren hacia ella durante un segundo. Cuando ven que no pasa nada, siguen a lo suyo.

—¡Mirad, mirad! —nos pide, pausando el vídeo que ya había comenzado—. ¡Anoche subió una canción nueva, no la había visto!

Phoebe se acerca casi de un salto a mirar y yo hago lo mismo, pero con más disimulo y menos entusiasmo. Lo pone desde el principio y el corazón me da un salto al ver a Daniel sentado sobre su cama, con la guitarra acústica entre los brazos, una sudadera azul cielo y el pelo un poco húmedo, como si acabara de salir de la ducha. La guitarra tiene una cejilla en el segundo traste y los dedos de su mano izquierda forman un acorde. Le dedica a la cámara una sonrisa algo traviesa antes de rasgar las cuerdas con una púa de color violeta.

En cuanto reconozco la canción, me dan ganas de reír, pero aprieto los labios para evitar que las comisuras me tiren hacia arriba. Aguantarme me cuesta más todavía cuando leo la descripción del vídeo: «POV: estás en una fiesta y el chaval de la guitarra toca *Wonderwall* por décima vez consecutiva».

—¡Me encanta Oasis! —exclama Bianca, todavía desde la ducha, y empieza a tararear en voz baja una versión bastante desafinada de la canción.

Solo entonces me permito reírme, pero no aparto los ojos del vídeo. Kylie lo observa embelesada, mientras que Phoebe asiente

con aprobación antes de hablar:

—No me van los hombres, pero admito que en este caso en particular puedo entender por qué te gusta.

Daniel mira un momento a la cámara cuando canta *«there are many things that I would like to say to you, but I don't know how»* y, aunque es tan solo un momento y de manera muy natural, hay algo en sus ojos que me roba toda la risa y la respiración de golpe. El corazón me da otro bote en el pecho.

—¿La habrá grabado por mí? —pregunta Kylie, mordiéndose el labio inferior con ilusión—. O sea, sé que los *covers* que sube no tienen por qué ser indirectas, y estoy segura de que la mayoría no lo son, pero después de nuestras citas… tendría sentido que la haya cantado pensando en mí, ¿no?

No respondo, y Phoebe hace un ruidito que podría interpretarse como «sí, puede ser». Cuando el vídeo termina y Kylie minimiza la aplicación, lo hace con una radiante sonrisa en los labios.

De camino a la siguiente clase, no dejo de pensar en el vídeo. Kylie lleva razón en que *esa* canción sí que es una indirecta, pero se equivoca de destinataria. Si lo tuviera delante, le daría un puñetazo en el hombro. Debería estar grabando canciones románticas para Kylie, y no bromas privadas para mí.

Pero, al mismo tiempo, no puedo evitar sentirme bien, como si en cierta manera regresara esa complicidad que siempre existió entre ambos. Y eso hace que me enfade conmigo misma. ¿En qué cosas estoy pensando?

Por algún motivo, cuando estoy con él soy incapaz de respetar los límites que me paso la vida marcándome a mí misma. Hay algo en su forma de sonreír, en el brillo que reflejan esos ojos castaños, que vulnera todas mis defensas, que hace que todas las líneas se vuelvan borrosas. Una vocecilla que me tienta y me susurra que no pasa nada si lo dejo entrar en mi vida de nuevo.

Lo del otro día fue peligroso: el viaje en coche, la forma en la que me consoló durante el ataque de pánico y las risas durante el resto

del camino. El rato a solas en mi habitación, como si nada hubiese cambiado; como si fuéramos los mismos de siempre.

Pero no puede ser, porque no somos los que éramos. Yo no soy la misma Hannah que él todavía cree que soy.

Además, debería alegrarme más por Kylie. Daniel es un buen chico, y estoy segura de que la hará muy feliz. Eso es lo único que debería importar.

Así que, en cuanto me siento en el pupitre de la siguiente clase, lo hago con la promesa de que haré algo con respecto a Daniel, con que mi corazón dé un salto cada vez que lo veo o lo mencionan de forma inesperada.

No sé cómo lo haré, pero necesito mantener las distancias.

12
Una conclusión

DANIEL

[29 de septiembre]

@dxnielhdson_

Hola, Hannah! Qué tal?

Verás, es que tengo un problemilla

@hannahpark505

qué pasa?

@dxnielhdson_

Kylie me ha invitado a su cumpleaños

@hannahpark505

y eso es un problema?

@dxnielhdson_

No, bueno, eso no jajajaja

Es que… no sé si debería ir??

@hannahpark505

como tú veas

se supone que estáis empezando a salir, no?

@dxnielhdson_

Hoy será la tercera vez que quedemos, en realidad, y aunque aún quedan un par de semanas, siento que no pinto nada en su cumpleaños

Tú también vas, verdad?

@hannahpark505

sí, claro

si te ha invitado es porque quiere que vayas

pero haz lo que veas, si vas a estar incómodo…

@dxnielhdson_

Me lo pensaré, entonces

Si voy, recuérdame que eche tu vestido en el metalero, que cualquier día de estos lo ve mi madre

maletero*

@hannahpark505

vale!

@dxnielhdson_

Oye, estás bien?

@hannahpark505

sí, por?

@dxnielhdson_

No, nada, es que
te noto muy seria

@hannahpark505

soy seria jajaja

@dxnielhdson_

Ya, pero… estás segura
de que estás bien?

No tienes que contarme
qué pasa si no quieres, claro

Es que me he preocupado un poco

@hannahpark505

todo bien, tranqui

@dxnielhdson_

Estás enfadada conmigo o algo?

@hannahpark505

y por qué iba a estarlo?

@dxnielhdson_

No sé, por eso te pregunto

Por si he hecho algo mal

O no sé jajajaja olvídalo, igual me estoy rayando yo solo

@hannahpark505

solo estoy un poco ocupada, estoy estudiando

@dxnielhdson_

Ah, vale, lo siento

Te dejo estudiar, entonces

Yo debería ir saliendo, que voy ahora a casa de Kylie

De hecho, parece que ya voy un poco tarde, mierda

@hannahpark505

que lo paséis bien!

@dxnielhdson_

Gracias! 😊

Que cunda con el estudio!

♪ ♫ ♩

Al igual que la primera vez que vine a casa de Kylie, esta vez también llueve.

Aparco el coche junto a la acera frente a su casa. Cruzo la calle a toda prisa, intentando no resbalarme por el camino, y me refugio bajo su porche. Habíamos quedado hace más de quince minutos, pero como de costumbre me he distraído. No lo hago queriendo, de verdad, solo que por lo general se me da mal calcular los tiempos que me van a llevar ciertas tareas y me creo que voy a ser capaz de ducharme, vestirme y sacar los platos del lavavajillas como le he prometido a mi madre en cuestión de cinco minutos. «Ceguera temporal», lo llama mi psicóloga, aunque yo prefiero llamarlo «o me pongo quince alarmas o llego tarde a todos lados, y a veces ni con esas». Y lo llame como lo llame, sigue siendo una mierda.

Llamo al timbre y, menos de un minuto después, la cara de Kylie aparece frente a mí, muy sonriente. Me planta un beso en los labios a modo de saludo y me coge de la mano para guiarme al interior.

—Empezaba a pensar que te habías perdido por el camino —bromea ella, cerrando la puerta.

Me río y pongo cara de circunstancias.

—No, no. Me acordaba bien de la última vez, es que he salido un poco tarde, perdón.

—No te preocupes. Ven, que hay alguien que te quiere saludar.

Alzo las cejas con curiosidad y la sigo hasta el salón, abierto al recibidor. Ahora que estoy dentro, descubro que la casa parecía más

pequeña desde fuera de lo que en realidad es: tiene solo una planta, pero es más alargada de lo que creía y las paredes blancas le dan mayor sensación de amplitud.

El salón tiene un sofá celeste pegado a la pared, así como unos sillones del mismo color y algunos cojines grises y blancos. Recostada sobre uno de ellos, una pequeña *bulldog* francéssaca la lengua y menea su diminuta cola al vernos. Se levanta y baja de un salto del sofá, corriendo en nuestra dirección.

—¿Esta es Cherry? —pregunto.

Kylie sonríe con entusiasmo justo cuando la perrita se acerca a olisquearme. Sé que es una idea horrible y, aun así, me falta tiempo para tirarme al suelo a acariciarla y decirle lo monísima que es.

—¡Hola, bonita! —le digo, hablando como lo haría con un bebé—. ¡Pero qué guapa eres, Cherry!

Cherry parece encantada con mis mimos, porque se pega más a mí e incluso me da un lametazo en la mano. Me voy a arrepentir de esto en cuestión de diez minutos, pero ahora mismo vale la pena.

Kylie se pone en cuclillas a nuestro lado, con una sonrisa radiante.

—Sí que te gustan los perros.

—Ya te lo dije. —Me río, y cuando Cherry me da un lametazo en la cara me obligo a ser responsable: la rasco solo un par de veces más y me pongo de pie—. ¿Te importa si voy al baño un momento?

—Es esa puerta. ¿Quieres algo de beber? Hay batido de vainilla, zumo de naranja y Coca-Cola. Bueno, también hay cerveza y tal, pero igual es temprano.

Me decanto por el batido y, mientras ella va a la cocina, me encamino al baño a lavarme las manos y la cara lo mejor posible. Sin embargo, no tardo en descubrir que hay pelos de perro por buena parte de la casa, y para cuando regreso ya me noto la nariz congestionada.

Kylie ha puesto en la mesita del salón un par de vasos altos con pajitas de metal y un paquete de galletas. Cherry ha vuelto a subirse al sofá y, por muy mona que sea y muchas ganas que tenga de

seguir haciéndole carantoñas, esta vez me siento en el extremo opuesto.

Cojo uno de los vasos y sorbo por la pajita. El dulzor de la vainilla me inunda el paladar al instante.

—¿Tus padres han salido? —le pregunto después de tragar.

—Ah, están trabajando —responde, y por un momento su voz es un poco tensa, como si fuera un tema del que no le gustara mucho hablar—. No suelen estar mucho tiempo en casa, así que casi siempre la tengo toda para mí.

—¿No tienes hermanos?

—Qué va, soy hija única. ¿Y tú?

—Una hermana mayor. Pero lleva años viviendo en Francia. Bueno, ¿y tu día qué tal?

—¡Genial! Esta mañana he ido a una clase de zumba con una amiga. Ha sido la primera vez, pero me lo he pasado genial. —Kylie sonríe tanto que sus ojos se convierten en dos medias lunas—. Me encanta bailar, ¿sabes? De pequeña, antes de empezar con natación estuve en una academia de danza contemporánea. Igual un día de estos vuelvo a apuntarme.

Sonrío y me sorbo la nariz, que me pica desde que he estado jugando con Cherry. También me noto los ojos un poco irritados, pero pese a que me he lavado las manos, no creo que sea buena idea que me los frote.

Una parte de mí debe darle la razón a mi madre: si tuviéramos un perro, me ahogaría en mocos continuamente, aunque también es que los *bulldogs* franceses sueltan más pelo del que parece.

Cuando me doy cuenta, Kylie me está mirando, esperando una respuesta de mi parte.

—Perdona, ¿qué has dicho?

La sonrisa le flojea, algo decepcionada.

—Llevo un rato hablando —murmura—. ¿En serio no me estabas escuchando?

—Sí, sí. La academia de danza.

—¿Por ahí te has quedado?

El tono de su voz suena tan desilusionado que me siento la peor persona del mundo.

—No es queriendo —me apresuro a decir, sentándome más recto. No quiero que piense que la ignoro o que no me interesa—. Es que me distraigo muy rápido. Tú dame un codazo o algo cuando veas que me despisto, que no te dé corte.

Kylie deja escapar un suave «ah» no muy convencido.

—¿Te estoy aburriendo?

—No, claro que no —meneo la cabeza, sintiendo que, como de costumbre, he vuelto a meter la pata.

—¿Entonces?

Me revuelvo el pelo, incómodo. Si bien no es algo que *esconda,* sí que me cuesta hablar del tema cuando no hay la suficiente confianza.

—Es que soy hiperactivo. Entonces, me…

—Qué va, tampoco digas eso, que es una cosa seria. —Kylie habla como si acabase de insultarme a mí mismo, lo cual me parece casi ofensivo.

—No, o sea, *soy* hiperactivo —repito—. Me diagnosticaron TDAH de pequeño. En el médico y eso. Mi hermana tiene déficit de atención, y mi padre también tiene muchos de los síntomas, pero dice que no le interesa ir a hacerse las pruebas. Siempre me pasa que o me distraigo con una mosca y no paro quieto, o me obsesiono y me concentro tantísimo en algo que soy incapaz de hacer cualquier otra cosa.

Detecto lástima en los ojos de Kylie.

—Vaya, lo siento mucho. —Me coge una mano, como si tras mis palabras necesitara infundirme ánimos. Quiero preguntarle qué es eso que tiene que sentir, pero antes de poder hacerlo, sigue hablando—: Si sirve de algo, no pareces hiperactivo. Además, eso se quita cuando te haces mayor, ¿no? Así que seguro que ya no te queda casi nada.

Parpadeo un par de veces, atónito. Estoy a punto de explicarle que no es un virus que expulsar de mi cuerpo antes de «ser

normal». Que en algunos casos los síntomas sí que desaparecen o cambian al hacerte mayor, pero en otros muchos simplemente aprendes a encontrar estrategias y llevar la sensación de inquietud por dentro. Con diecisiete años no voy a ir de un lado a otro dando saltitos como un conejo, si es a lo que se refiere con «parecer hiperactivo».

Sin embargo, tengo la impresión de que no lo entenderá, así que me quedo callado.

—¿Quieres que veamos la serie mientras merendamos? — continúa ella, como si nada. Luego, se echa hacia delante y coge el mando de la televisión.

—Sí, como quieras.

Kylie enciende la tele y entra en la aplicación de Disney para buscar la serie que hemos quedado en ver, la nueva de Marvel. Mientras tanto, cojo una galleta e intento relajar los hombros, ahora tensos. Estoy seguro de que no lo ha dicho con mala intención, así que no debería enfadarme. Pone el primer capítulo y, cuando empieza, se pega más a mí como si la conversación de antes no hubiera existido, y mira la pantalla.

Durante un rato, yo también lo hago.

En algún momento, miro de reojo la pantalla de mi móvil y veo que Hannah no me ha dicho nada más. Comprensible, claro, no había nada más que decir, pero al mismo tiempo siento un pinchazo de decepción, sobre todo cuando pienso en lo seca que me ha contestado, en lo mucho que he sentido que la molestaba. Sé que ha dicho que está ocupada, pero…

¿Y qué pensará acerca de que me esté viendo con su amiga? Quizás le molesta, porque nadie querría que un chaval al que decidiste dejar de hablar hace años reaparezca en tu vida saliendo con una de tus mejores amigas.

Aunque, siendo sinceros, a estas alturas ni siquiera creo que le importe lo suficiente. No debería darme tanta importancia a mí mismo.

Sin pretenderlo, la vista se me desliza hasta Kylie. Es una chica muy guapa, con el pelo castaño que le cae en ondas sobre el pecho redondeado. Sus ojos oscuros y almendrados miran con interés la serie, y sobre los labios gruesos lleva una capa de *gloss* que hace que brillen. Los *leggins* se le ajustan a las caderas, siguiendo sus curvas, y estoy seguro de que cualquiera se sentiría atraído por ella.

Yo también podría, con el tiempo. Cuando la conozca más; cuando estemos más cómodos el uno con el otro. Podría intentar explicarle en un rato todo lo que no le he dicho sobre el TDAH. A lo mejor sí que lo entenderá. Kylie es una buena chica que está interesada en mí y que quiere conocerme; debería esforzarme por que las cosas entre nosotros funcionen.

Quizás soy yo el que se ha puesto a la defensiva con el tema.

La mano de Kylie sobre mi rodilla me hace dar un leve respingo que intento disimular. Sus dedos hacen círculos cada vez más amplios y que acaban por subirme por el muslo. Lanzo una breve mirada a la pantalla de la tele, donde los personajes conversan sobre algo que hace rato he dejado de escuchar.

Por supuesto, quedar para ver una serie nunca es quedar para *ver* la serie.

—Tenía muchas ganas de verte —murmura, y se muerde el labio inferior—. No he dejado de pensar en ti desde la última vez.

La semana pasada quedamos para ir a merendar los dos solos en una cafetería del centro, y lo cierto es que estuvo bien. Pasamos un buen rato y nos reímos mucho. Luego, dimos un paseo y la acompañé al autobús de vuelta a casa.

—Sí, fue muy divert…

Me interrumpe a media frase al unir sus labios con los míos. Tardo un momento en reaccionar, pero nuestras lenguas no tardan en encontrarse. Kylie enreda las manos en mi pelo, y yo pongo las mías en su espalda. Tengo la nariz congestionada por la alergia y ella apenas me da margen para respirar. Cuando intento separarme un poco, el movimiento de sus labios se intensifica y me atrae más contra sí.

Empiezo a darme cuenta de que, o bien no le gustan demasiado los besos suaves, o no soporta perder el tiempo.

Me mete una mano por debajo de la camiseta y, de pronto, me asalta el recuerdo de Hannah recorriendo mi espalda con los dedos.

Desde entonces no he dejado de pensar en ello, y en cuanto vuelvo a hacerlo, mi cuerpo entero reacciona ante el recuerdo. La cercanía de hacerla reír en el camino a casa; la suavidad con la que me extendió la crema después de preocuparse por mí; el tacto de sus manos en mi espalda; la intimidad que nos envolvió mientras hablábamos de sus miedos. Puede que hoy haya vuelto a subir los muros y a dejarme fuera de ellos, pero no lo hizo el otro día, cuando se abrió a mí y permitió que su fachada de chica dura se resquebrajara.

Me doy cuenta de que esto no está bien. No puedo estar pensando en Hannah mientras me lío con Kylie. No está bien que el motivo por el que me estoy excitando ahora mismo no sea pensar en la chica que tengo encima.

«Dan, imbécil, céntrate».

Por suerte o por desgracia, Kylie no puede leerme la mente, e interpreta las señales de otro modo. Así que se pega más a mí y su respiración se agita.

Esto no está bien, y no puedo elegir ignorarlo porque eso estaría peor todavía.

—Kylie —la llamo, pero no debe de escucharme, porque, en lugar de responder, me besa con más intensidad—. Kylie, espera…

Me agarra del cuello de la camiseta y me empuja hacia atrás para acabar encima de mí. La mano que había metido debajo de mi camiseta se mueve hasta mi entrepierna y noto sus dedos tocarme por encima de la ropa. Una incómoda sensación de malestar me sube desde la barriga hasta el pecho. No. Esto no está bien. No quiero hacer esto ahora.

Estoy a punto de pedirle que pare cuando, de pronto, el picor en la nariz se intensifica y tengo que apartarla de golpe para no llenarle

la cara de mocos. Me tapo con el interior del codo y estornudo. Una. Dos. Tres veces seguidas.

Se me escapa una risita nerviosa cuando vuelvo a mirarla. Ella tiene las mejillas sonrojadas y un leve gesto de desconcierto dibujado en el rostro.

—Perdón. —Vuelvo a reírme—. La alergia. Ahora vengo.

Me levanto con torpeza y me voy directo al baño, sin mirarla más. Allí, me sueno los mocos que estaban a punto de caérseme y me miro al espejo. Me tiemblan un poco las manos.

Si solo fueran besos, supongo que estaría bien. Me he liado con más gente antes y ha estado bien, pero no quiero pasar de ahí. *No quiero*. Y James me daría una colleja y me diría que esa mierda da igual, que le estoy dando más importancia de la cuenta. Pero no quiero que mi primera vez sea con alguien que ni siquiera me atrae y mientras pienso en las manos de otra persona.

No sería justo. Ni para ella ni para mí.

Me revuelvo el pelo, frustrado. Casi cualquier otra persona estaría ilusionada con la idea de dar un paso más, de que se le presente la oportunidad de tener algo con una chica tan guapa como Kylie.

Pero, a pesar de que la merienda fue bien y pareció más una cita que la quedada para el cine, la verdad es que la sentí más una amiga que una futura pareja. Quizás me hace falta más tiempo para que los sentimientos se transformen en algo distinto.

Cierro los ojos y respiro hondo porque yo, sea como sea, tan solo quiero irme a mi casa.

Aun así, salgo de nuevo y le dedico la sonrisa más sincera que soy capaz de componer.

—Tendría que haberme tomado un antihistamínico —me excuso—. Es que se me había olvidado que tenías perro.

—Le pasa a cualquiera —responde, un poco seria—. ¿Quieres seguir viendo esto?

Asiento y me dejo caer a su lado, aunque dejando algo de distancia entre ambos. Ella mira al frente y reanuda la serie, aunque no sé en qué momento la ha pausado.

—¿Todo bien?

—Sí, claro —sonríe, aunque el gesto no le llega a los ojos—. Oye, no me has contestado antes. ¿Qué harás al final?

La miro, perdido por completo.

—¿Cómo?

—Mi cumple. Lo celebraré aquí, en casa. A mis amigas ya las conoces, pero Phoebe tiene ganas de que os presente en condiciones. También vendrán algunos compañeros del instituto; nos lo vamos a pasar genial.

Dudo. Es verdad que no le he contestado al mensaje, y es que no sabía qué decir. Como ha dicho Hannah, se supone que estamos empezando a salir, así que no debería sorprenderme que me invite.

Si quiero intentar que esto funcione, solo hay una respuesta posible:

—Sí, claro, cuenta conmigo. Iré buscándote el regalo.

Con esa frase, toda la ilusión regresa a los ojos de Kylie.

—No hace falta que traigas nada —dice, meneando una mano para quitarle importancia—. Con que vengas, está bien.

Apoya la cabeza en mi hombro y se me agarra de un brazo para continuar viendo la película.

13
Mantener las distancias

HANNAH

—Qué harto estoy del profesor de Francés, de verdad. —El suspiro de Owen me saca de mis pensamientos mientras bajamos las escaleras del segundo piso, una vez finalizan las clases—. Os juro que me tiene manía.

—Nos tiene manía a todos —lo apoya Bianca con un mohín, dándole a su hermano mellizo una palmada en el hombro—. Pero solo tendremos que aguantarlo unos meses. ¿Tú cómo lo llevas, Hannah?

—Tampoco es mi asignatura favorita, pero me han dichoque siempre repite los exámenes de años anteriores.

Owen alza las cejas, sorprendido.

—¿De verdad? Pues esta tarde hablaré con los que se graduaron el año pasado, a ver si aún los tienen.

—Si te los pasan más te vale compartir—le digo, y él me guiña un ojo a modo de respuesta.

Hace años que comparto algunas clases con Owen y Bianca, pero no fue hasta el curso pasado que nos hicimos amigos, hasta que tuvimos que hacer grupos de tres en clase de francés y — como ni Kylie ni Phoebe ven esa asignatura— me acogieron en el suyo. No estamos siempre juntos, ni mucho menos, pero nos llevamos muy bien.

Cuando llegamos al pie de la escalera, Bianca clava sus ojos castaños en mí:

—Oye, he escuchado que Kylie está saliendo con el chico ese famosillo de TikTok, ¿no? El que canta, que es también de Hawthorn.

—¿Con Daniel Hudson? ¿En serio?

—Salir no sé, pero sí que han quedado varias veces.

—¡Qué fuerte! —A juzgar por su reacción, no sé si Owen está indignado u horrorizado. Quizás las dos—. Y qué pena, tenía esperanza de que fuera gay.

—Y de que se enamorara de ti a base de darle «me gusta» en silencio a sus vídeos, ¿no?

Él da una cabezada entusiasta tras las palabras de Bianca y a mí no me queda otra que reírme.

—Si te sirve de consuelo, las personas bi existimos —me río—. Además, ¿qué os pasa a todos?, ¿de dónde ha salido esa obsesión con él?

—Es muy guapo y tiene mucho talento. —Owen se encoge de hombros.

—¿Tú lo conoces, Hannah?

—Sí, más o menos. Nos llevábamos bien de pequeños.

«Llevarnos bien» no es, ni de lejos, algo que resuma de verdad nuestros años de amistad. Sin embargo, no voy a entrar en más detalles.

Recuerdo a Daniel en el coche, sentado junto a mí, rememorando aquel día en la playa en el que nos revolcaron las olas. Lo bien que me sentí a su lado y lo difícil que es mantener las distancias ahora que ha vuelto a aparecer en mi vida.

Salimos por la verja negra y recién pintada del instituto, y Owen se pasa los dedos entre los mechones teñidos de un negro azulado y resopla, frustrado:

—Joder, pues pobre chico. Que yo no estaré más bueno que Kylie, pero si se llevara lo de dentro por fuera, al menos yo no estaría podri…

Owen cierra la boca de golpe ante la mirada que le dedica Bianca, y sé que se acaba de acordar de que Kylie es mi amiga. Sé que no les cae muy bien, pero me sorprende lo que ha estado a punto de decir de ella.

—¿Tan poco la soportáis? —pregunto aun así, intentando sonar casual.

Ambos comparten una nueva mirada, esta vez cargada de incomodidad.

—Es mutuo —acaba por decir Bianca, y se pasa un mechón anaranjado por detrás de la oreja. Se da un suave pellizco en el lóbulo, como suele hacer cuando la hacen hablar en público o se siente expuesta—. Solíamos ser amigas.

Pestañeo un par de veces, sorprendida.

—¿De verdad? Creo que no os he visto hablar jamás.

—Ya, nos peleamos más o menos cuando tú llegaste. Ella fue la que me convenció para que nos apuntáramos a clases de natación, para ir juntas. Luego hubo drama y se cambió de hora.

—¿Qué tipo de drama?

Bianca y Owen vuelven a mirarse el uno al otro. Nunca deja de sorprenderme esa conexión mental que parecen tener.

—Se dice el pecador, pero no el pecado —dice Owen tras unos segundos.

—Es al revés —señalo, sin poder contener una sonrisilla.

—Bueno, pues digamos que se portó muy mal con varias personas, sobre todo con Bianca.

Me gustaría insistir y saciar mi curiosidad, pero no parece que quieran hablar del tema, así que no los presiono.

Entonces, pegado en la fachada del instituto, algo llama mi atención: un cartel. Es verde y blanco, y tiene notas musicales por los bordes superior e inferior. La palabra «concurso» destaca en el centro junto al resto de datos sobre la participación. Me fijo en los premios: una beca para estudiar en una escuela de artes y música.

No me detengo mucho a mirarlo, porque Owen y Bianca comienzan a mirarme un poco raro. Bien saben que una beca para estudiar artes no me interesa lo más mínimo; siempre me he llevado mejor con los números que con la creatividad. Aun así, le hago una foto y, cuando me preguntan, me limito a decir que tengo una prima a la que le interesaría. Todos mis primos viven en Corea, excepto uno que tiene dos años y que no podría hacer nada con esa información, pero ellos tampoco tienen por qué saber ese detalle.

Me recuerdo la promesa que me hice: tengo que mantener las distancias con Daniel. Alejarme todo lo posible. Ya me había convencido de que esa era la opción correcta, de que si Kylie nos ponía en la misma habitación, me limitaría a ser cordial y evitarlo en cuanto pudiera.

Y aun así, le he tomado una foto a un cartel porque a él podría interesarle. Porque sé que Dan ama la música con todo su corazón y que quizás esto le ayude a decidir qué hacer con su vida después de la graduación.

Paso el resto del trayecto debatiéndome entre si debería o no mandarle la foto del cartel y, cuando llego al portal, decido que solo voy a compartírsela, eso es todo. Sería egoísta guardármela para mí cuando vi con tanta claridad en su mirada lo mucho que le agobia el futuro.

[3 de octubre]

@hannahpark505



hola! he visto esto en el instituto y he pensado que a lo mejor te interesaba

por si lo del circo no va bien

@dxnielhdson_

Hola!

Jajajaja en mi instituto también hay carteles de eso, pero es para canciones originales, y yo no compongo

@hannapark505

en serio?

pensaba que sí lo hacías

@dxnielhdson_

Qué va, no es lo mío

Solo hago covers, ya sabes

@hannahpark505

bueno, pues entonces nada!

@dxnielhdson_

Ya jajajaja

Pero gracias por acordarte de mí 😊

@hannahpark505

es difícil no hacerlo cuando me sale un vídeo tuyo nuevo cada vez que entro en tiktok

Unos puntos suspensivos aparecen en la pantalla y al momento desaparecen. Aparecen de nuevo, y vuelven a irse. Durante más de un minuto, observo cómo Daniel escribe y borra una y otra vez lo que sea que está tratando de decirme.

Cuando un «jajajaja lo siento por tus oídos» sale en mi pantalla junto a su nombre, me dan ganas de darme un cabezazo contra la pared y atinarle una colleja.

@hannahpark505

acaba lo que estabas escribiendo, daniel hudson

no seas cobarde

@dxnielhdson_

Oye!!:(

Nada, era una tontería

@hannahpark505

pues dímela, no me gusta quedarme a medias

@dxnielhdson_

No era nada, en serio jajajaja

Es que ando un poco plof hoy y me había puesto a soltarte la chapa de la nada

@hannahpark505

un poco «plof»?

@dxnielhdson_

Sí, no sé, como de bajón

Pero que estoy bien, de verdad! En un rato se me pasa

Dudo. Podría acabar la conversación ahora. Fingir que le creo, responder alguna tontería para quitarle importancia y listo. Es la opción más sencilla, la opción segura.

Al fin y al cabo, ya no soy su amiga. Ya no hay ningún motivo para que me cuente sus problemas ni yo tengo por qué escucharlos.

Sin embargo, una parte de mí no puede dejar así las cosas.

@hannahpark505

pues tanta tontería no será si te está haciendo sentir mal

@dxnielhdson_

No te creas, muchas veces me siento mal por las cosas más estúpidas

Pero no te preocupes, porfa, que está todo bien

@hannahpark505

todo no, tú no lo estás

@dxnielhdson_

Que da igual, en serio, solo estoy teniendo un mal día

Mañana irá mejor

Siento un pinchazo en el pecho. Por algún motivo, no soporto la idea de que Daniel esté triste. El chico que me hacía reír en los días más grises y siempre tenía una sonrisa llena de ilusión y amabilidad para quien la necesitara.

Así que lo mando todo a la mierda y tomo la decisión más estúpida de todas:

@hannahpark505

queda mucho rato para mañana

va, en el parque del barco en 20 minutos

no llegues tarde

@dxnielhdson_

Hannah que no hace faltaaaaaa que estoy bieeeeen

@hannahpark505

que me da iguaaaaal, que muevas el culoooo!!!

@dxnielhdson_

Vale, vale, voy

Gracias

Es probable que vaya a arrepentirme de esto. Si está triste, ¿no debería decírselo a Kylie, que para algo están empezando a salir? Es ella quien debería animarlo, no yo. O James, que es su mejor amigo.

Y, aun así, algo en mi interior se alegra de que me lo haya contado *a mí*. Quizás es por lo mucho que él me animó cuando volvíamos del aeropuerto, por la forma en que pasó casi media hora sacando un tema de conversación tras otro con tal de hacerme reír y distraerme del ataque de pánico. Quizás es porque, en el fondo, siento que le debo algo.

Pero esta vez, quiero ser yo quien esté ahí para él.

Supongo que no me está saliendo bien del todo eso de mantener las distancias.

14
De globos y cactus

DANIEL

El parque del barco, tal y como su nombre indica, tiene un barco pirata de madera en el que juegan los niños, con toboganes, redes y escaleras por las que trepar, así como diferentes pasarelas y escondites. El suelo del parque es de caucho azul, con ondulaciones que simulan olas y algunos peces dibujados en él.

En realidad, estoy bastante seguro de que no se llama «parque del barco», pero así es como todos lo conocemos en Hawthorn Bay.

Esta debe de ser la primera vez en mucho tiempo que soy puntual; quince minutos tras el mensaje de Hannah, ya estoy sentado en el suelo, sobre una de las olas. Hace mucho que no paso por aquí, pero al hacerlo la nostalgia me invade el pecho sin previo aviso e inunda mi mente de tardes jugando a ser piratas que quedan tan lejos y, al mismo tiempo, tan cerca.

El parque está casi vacío a estas horas, con excepción de dos niños que juegan a las peleas de espadas con dos ramitas secas en lo alto del barco y sus padres, que los observan desde un banquito.

Hannah aún no ha llegado, pero yo ya he empezado a mover la pierna de arriba abajo. La idea de verla me pone nervioso, casi tanto como pensar en responder a las preguntas que sé que me hará. Siempre ha sido fácil hablar con ella, pero ahora… ahora las cosas son diferentes. Ya no sé qué esperar.

Noto su presencia cuando ya está a dos metros de mí, con una sudadera blanca un poco ancha y unos *leggins* negros. Sin decir nada, se deja caer a mi lado y cruza las piernas.

—Hola —la saludo, pero la sonrisa me queda más tristona de lo que quería.

—Hola —responde—. ¿Qué ha pasado?

—Nada importante. —Me encojo de hombros. De pronto, me siento mal por haberla hecho venir hasta aquí por nada. Aun así, sigo hablando—: Hemos tenido los primeros parciales del curso y me ha ido fatal. Ya te he dicho que era una tontería.

—Solo son los primeros, tienes todo el curso para remontar.

—Sí, supongo —murmuro—, pero es que no es tan fácil. Ya he empezado con mal pie, y…

Me callo. Supongo que para ella, y para la mayoría de la gente, sí que es así de fácil. Solo tienen que ponerse las pilas y todo se soluciona. Para mí nunca ha sido tan simple, porque quiero que me vaya bien, quiero ser capaz de pasarme toda una tarde estudiando y no sentir horas después que no ha servido de nada; que solo he estado mirando una hoja llena de letras, perdiendo el tiempo.

Pero a veces no puedo evitarlo. Tengo mil cosas que hacer y, por más que me digo a mí mismo que tengo que ponerme, mi cerebro se sobrepasa tanto por no saber qué priorizarque me paralizo y ni siquiera puedo empezar. No es que no quiera, no es que me cueste. Es que *no puedo*.

—No pasa nada por empezar con mal pie. Aunque también es normal que te sientas mal. Y no me parece ninguna tontería.

—Es que a veces me siento un idiota, ¿sabes? —confieso, con los ojos clavados en el suelo. La vergüenza de admitirlo en voz alta me arde en las mejillas—. No solo por lo de hoy, sino en general.

—¿Por qué dices eso?

—No sé. Es que todo el mundo sabe qué quiere hacer y tiene ganas de terminar el año, y yo estoy… perdido. Siento que en unos meses tendré que dar un salto al vacío sin saber qué hay al otro lado.

Hannah inclina levemente la cabeza hacia un lado, como si así pudiera observarme mejor.

—Estoy segura de que la mayoría de nuestros compañeros se sienten así, yo incluida. Es un cambio de etapa muy importante, lo raro sería no tener ni un poquito de miedo, Dan. No todo el mundo tiene las cosas tan claras como parece.

—Pues igual no, pero… Aun así, a mí no me gusta nada, Hannah. No se me da bien nada. Sé que la universidad no es para mí, pero tampoco sé lo que sí es para mí; no sé si me explico…

Miro hacia otro lado y suspiro. En el tiempo que Hannah se toma en responder, noto cómo me tiemblan las manos. No sé por qué le cuento esto a ella. Quiero convencerme de que es solo porque está aquí, porque ha mostrado interés y porque llevo todo el día —días, más bien, o incluso semanas— dándole vueltas a lo mismo, al miedo que me da el fin de esta etapa, y por fin puedo sacármelo del pecho. Pero la verdad es que parte de mí sabe que no podría haberme abierto así con nadie más. Ni siquiera con James, con las ganas que tiene de acabar el instituto y cambiar de aires.

Por algún motivo, sabía antes de empezar a hablar que la persona que me está escuchando es la que mejor puede entenderme. La que siempre lo ha hecho.

Y a pesar de todo el tiempo que ha pasado, cuando vuelvo a mirarla, sé que sigue siendo así.

—Sí hay cosas que se te dan bien —dice finalmente—. La música, por ejemplo. En TikTok te va genial.

Meneo la cabeza.

—No sé ni leer un pentagrama. Estuve un verano en clases de guitarra y todo lo demás lo he aprendido en YouTube.

—¿Y qué? También tiene mucho mérito haber aprendido solo, ¿no crees?

—Supongo. —Suspiro, no muy convencido—. Pero no sé prácticamente nada de teoría, y tiene pinta de ser importante.

—Nunca es tarde para aprender. Y no eres ningún idiota, Dan, de verdad. Eres más listo de lo que crees; que no sepas qué quieres hacer o que estudiar no sea tu punto fuerte no quiere decir que seas tonto, ni mucho menos. Un examen no define quién eres ni tu inteligencia.

Se me hace un nudo en la garganta que me lleva a preguntarme cuánto tiempo llevo necesitando escuchar eso. Toso un par de veces para intentar deshacerlo y me esfuerzo en sonreír.

—Es que me cuesta no compararme, y… —La voz se me rompe un poco y carraspeo de nuevo. Miro hacia arriba, a la bandera pirata que ondea en lo más alto del mástil del barco, para evitar que se me salten las lágrimas. Me siento tan ridículo ahora mismo que no puedo evitar reírme—. A veces me siento como un globo, ¿sabes?

Hannah me dedica una mirada llena de curiosidad.

—¿A qué te refieres?

—A que tan pronto estoy en lo más alto como que me pincho con el menor inconveniente. Aunque tampoco creo que te sorprenda mucho a estas alturas.

—Pues a lo mejor deberíamos mantener las distancias. —Se ríe con suavidad tras una breve pausa—. Porque yo soy un poco cactus, y como te acerques mucho igual te pincho.

Alzo las cejas, sorprendido.

—Eso no es verdad; no eres ningún cactus.

—Yo no me arriesgaría. —Esta vez, su sonrisa es algo más tensa, más amarga. Aparta la mirada—. Por lo que pueda pasar.

—No te veo las espinas por ningún lado, y conmigo jamás has sido un cactus. Al contrario: siempre has sabido cómo ponerme parches y llenarme de aire cuando lo he necesitado.

Hannah se vuelve hacia mí, con las mejillas un poco rojas y algunos mechones morados en la cara. Cuando soy consciente de lo que acabo de decir, mis propias palabras me descolocan por completo y siento un intenso calor en la cara que espero que no se note demasiado.

—Ha pasado mucho tiempo —dice ella, antes de que yo pueda seguir metiendo la pata; luego, su gesto se ensombrece y una nota de tristeza aparece en sus ojos grises— y he cambiado mucho. Ya no soy la Hannah con la que jugabas todas las tardes, Dan. Ni lo soy, ni quiero volver a serlo.

No tiene que jurármelo: sé que no lo es. Sé que las cosas han cambiado, y no soy tan estúpido como para no darme cuenta.

—Nadie te está pidiendo que lo seas.

—Tú lo haces. —Nuestros ojos se encuentran y mi corazón decide saltarse un latido o dos—. Cada vez que me miras, lo haces esperando ver a alguien que ya hace mucho tiempo que no soy.

—Todos cambiamos, Hannah. Yo tampoco soy el mismo que con trece años, e igual te sorprende, pero la Hannah de ahora me cae muy bien. —Le dedico media sonrisa—. Es más segura de sí misma y tiene más claro lo mucho que vale.

Siempre fue al contrario. De pequeños, yo era quien tenía más confianza en sí mismo, y ella solía ser más reservada. Más callada, más tímida. Yo era el que iba por ahí dando saltos sin miedo a nada, y ella, la que me seguía hasta donde hiciera falta para asegurarse de que no me metiera en un lío. O para unirse a la trastada.

La vista se me va a sus labios entreabiertos y pintados con un suave lila casi rosáceo. La Hannah de ahora destila confianza, valor. Ahora soy yo el que se cuestiona miles de veces sus propias decisiones. El que ha perdido el rumbo y buena parte de la autoestima.

Antes le he mentido: sí que escribo canciones. El problema es que nunca terminan de gustarme, y el miedo a exponer una parte tan íntima de mí me paraliza por completo a la hora de compartirlas. Una cosa es que a alguien no le guste cómo versiono una canción de Ed Sheeran, por ejemplo, y otra muy diferente es entregar un pedazo de mi corazón abierto en canal y recibir un pisotón.

Hannah me mira como si mis palabras la hubiesen descolocado por completo y no supiera cómo reaccionar a ellas. Me río, un poco incómodo por la forma en que me observa, y aparto la vista hacia otro lado: al sol que ya comienza a descender, a los críos de antes que ahora se tiran por el tobogán, a una chiquilla pelirroja que, desde los columpios, le pide a su madre que la empuje más alto.

—Gracias —dice ella finalmente, tan bajito que casi podría pensar que habla consigo misma—. No sé si es del todo así, pero es en lo que estoy trabajando.

Una ráfaga de aire frío nos sacude el pelo, y cuando un mechón se me mete en los ojos, soy consciente una vez más de lo mucho

que necesito un corte.

—Debería irme, hace un poco de frío —añade, antes de que yo pueda responderle, y se pone de pie—, y mi madre me está esperando. ¿Estás mejor?

A pesar de que me quedaría aquí hablando con ella hasta que la noche se cierre sobre nosotros, se me escapa una sonrisa.

—Me ha venido bien hablarlo. —Me levanto también. De pronto, me doy cuenta de algo—: Por cierto, esto es tuyo.

Abro mi mochila y saco de ella la misma bolsa de papel que me entregó Hannah días atrás, en su casa. Dentro, su vestido y sus medias, arrugados.

—Perdón —me disculpo incluso antes de que lo vea—. Ha pasado semanas en el fondo de mi armario. No habría sabido qué decirle a mi madre si lo hubiese visto.

Ella coge la bolsa y sonríe.

—No te preocupes, lo entiendo. Aunque siempre puedes decirle que estás rompiendo con los roles de género o algo así.

Me río y empezamos a caminar hasta el exteriordel parque, el uno junto al otro.

—Podría ser creíble, pero ese vestido no es muy de mi estilo, y además no me serviría ni de camiseta. Al final te has quedado bajita, ¿sabes?

—¡Eh! —protesta, y alza la barbilla—. Eres tú el que ha dado un estirón de más.

—Puede ser. —Me encojo de hombros. Ya en la salida, donde nuestros caminos se separan, nos detenemos—. ¿Nos vemos la semana que viene en el cumple de Kylie?

Hannah asiente.

—Sí, claro. Allí estaré.

Mi sonrisa se ensancha ante su respuesta y ella acaba por contagiarse, aunque de manera más sutil. Nos miramos el uno al otro durante unos segundos en los que la vista se me vuelve a ir a sus labios sin querer.

Trago saliva y me obligo a centrarme en esos ojos rasgados que tantas veces he mirado a lo largo de los años, esos que hacía tiempo que solo veía en recuerdos y fotografías viejas. Es ella quien da el paso de marcharse, como siempre. Esta vez, al menos, sé que no es para siempre. Sé que volveré a verla en unos días.

—Nos vemos —dice, inclinando levemente la cabeza hacia un lado—. Y que no sea Phoebe la que te llene las copas, no queremos que acabes vomitándole a alguien encima.

Asiento con la cabeza con energía.

—Lección aprendida.

Ella alza la mano a modo de despedida y da media vuelta antes de irse. En lugar de imitarla, me quedo ahí plantado y la veo alejarse. La calle está vacía casi por completo, con el sol ocultándose tras algunos edificios y el cielo moteado por pomposas nubes rosáceas. Si esto fuera una película, ella se giraría justo antes de girar la esquina y compartiríamos una última mirada que diría mucho más de lo que ninguno de los dos está dispuesto a admitir en voz alta.

Pero como no lo es, Hannah no mira atrás. Sospecho que no tiene costumbre de hacerlo, que prefiere mantener la vista puesta en el frente: en el horizonte, en el futuro, donde no hay espacio para el pasado.

Yo llevo años siendo parte de su pasado, pero ahora que nuestros caminos se han vuelto a cruzar, me gustaría volver a ser, al menos, parte de su presente.

Así que, cuando la pierdo de vista, también doy media vuelta y voy a mi casa.

15
El cumpleaños de Kylie

HANNAH

Desde que la conozco, Kylie siempre ha celebrado su cumpleaños en casa. En nuestro primer año de amistad, sus padres todavía se quedaban a echarnos un ojo, pero hace ya mucho tiempo que los convenció de que pasaran ese fin de semana fuera.

Siempre que pienso en ello no puedo evitar que me haga gracia. ¿Echar a mi madre de casa para celebrar mi cumpleaños? Ja, me lloverían zapatillazos en la cabeza durante tres meses con tan solo sugerirlo. Ella, en cambio, está tan acostumbrada a salirse siempre con la suya que ni siquiera lo aprecia.

Phoebe y yo llegamos a casa de Kylie mucho antes de que empiece la fiesta para ayudarla a preparar. Con la llegada del otoño, el camino de tierra que atraviesa su jardín delantero hasta el porche está cubierto de hojas secas que crujen bajo nuestros pies.

Phoebe llama al timbre. Segundos después, Kylie nos abre la puerta, sonriente. Beth ya está allí, subida a una silla e intentando colgar una cadena de banderines en la pared del pasillo.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamamos nosotras, a coro.

—¡Hola, chicas! —Kylie nos rodea a ambas con los brazos—. ¡Muchas gracias! Pasad, pasad. Beth y yo estamos con las decoraciones.

—¿Y tu novio? —pregunta Phoebe—. ¿No ha llegado aún? ¡Que soy la única que no lo conoce!

—Sí que lo conoces. Estuvo en la fiesta de Beth, tonta.

—¿Y tú crees que me acuerdo mucho de la fiesta de Beth, nena?

Según entramos al salón, se me escapa una risa. Tampoco estoy segura de que él se acuerde mucho de ella, a pesar de —y también debido a— la copa que le puso.

—Bueno, no te preocupes. En cuanto llegue te lo presento.

—¿Y Cherry? —pregunto—. ¿Dónde está?

—Se la han llevado mis padres, para que no se ponga nerviosa con tanta gente.

—Qué pena, la echaremos de menos. —Phoebe se encoge de hombros, pero su tono de voz deja claro que no lo siente ni un poquito. Siempre ha sido más de gatos—. Bueno, ¿con qué ayudamos?

—Pues… —Kylie mira alrededor, como si así pudiese ver todo lo que queda por hacer—. Falta hinchar algunos globos, y poner las chuches y las patatas en los platos. También tengo que ducharme, ¿podéis estar pendientes del timbre?

El resto asentimos, así que Kylie se dirige al baño y Beth a la cocina. Una vez nos quedamos a solas, me dejo caer en el sofá de terciopelo celeste. Junto a este hay un radiador cuyo calor agradezco al instante. Cojo la bolsa de los globos y le paso uno a Phoebe.

Empiezo a hinchar el primero, pero pronto me doy cuenta de que mi amiga se me ha quedado mirando, analizándome.

Agarro el extremo para que no salga el aire mientras lo anudo, y alzo ambas cejas.

—¿Qué?

—¿Qué de qué?

—Tú sabrás, que no dejas de mirarme.

Phoebe se ríe.

—Solo intento averiguar cómo te sientes con todo esto, perdona que me preocupe.

—¿Qué quieres decir… con «todo esto»?

—Ya sabes… —dice, como si fuera algo obvio. Al darse cuenta de que de verdad no sé de qué habla, suspira con dramatismo y baja el tono de voz—: El invitado especial de Kylie.

—¿Daniel? —Ella asiente con la cabeza y frunzo el ceño—. ¿Por qué debería *sentirme* de alguna manera al respecto?

—Nena, con las demás te puedes hacer la tonta, pero a mí no me engañas.

Empiezo a intuir hacia dónde se encamina la conversación. No me gusta un pelo, así que cojo otro globo para mantenerme ocupada y ganar tiempo en caso de necesitarlo.

—¿Por qué iba a querer engañarte?

—No me hagas deletreártelo, Hannah Park. Os reencontráis en el cumple de Beth después de años sin veros —empieza a enumerar, contando con los dedos—, desaparecéis casi al mismo tiempo, y al otro día llegas a mi casa con ropa de tío. Sé sumar dos más dos. Así que menos rollos, que se te notan los celos desde lejos.

—Entiendo lo que insinúas, pero estás equivocadísima, lo siento.

—Ya, claro. No pasa nada si no quieres darme detalles, pero… En fin, solo quiero que sepas que comprendo que no te sientas cómoda si el chico con el que te has acost…

—¡Shh! —le chisto para que se calle. Me da igual que estemos susurrando o que no haya nadie más aquí; no quiero oír la frase completa—. No ha pasado nada entre nosotros, joder. Estaba borracho, quería irse y lo llevé a su casa, ¿vale? Fin de la historia, no hay nada más que contar. —Veo cómo está a punto de abrir la boca para añadir algo y la señalo con el dedo índice, amenazante—. No acepto preguntas ni comentarios. Y menos aquí y ahora.

Le tiro un globo vacío a la cara y doy por finalizado el tema antes de comenzar a inflar otro. Lo último que necesito es que empiece a pensar cosas raras y, lo que sería peor, que Kylie o Beth la escuchen.

Phoebe, por su parte, levanta las manos con cara de no haber roto un plato en su vida.

—Vale, vale. Está bien.

Me llevo la boquilla del globo a los labios para seguir con nuestra tarea, pero entonces recuerdo la conversación que tuve con Owen y Bianca días atrás, y cómo he seguido dándole vueltas a la forma en la que hablaron de Kylie.

Cuando me cambié de instituto, aunque no tardé en hacerme amiga de Phoebe y Kylie, estaba tan sumergida en mi dolor y en mis propias movidas que, aunque hubieran estado en medio de una

batalla campal con Bianca, ni me habría enterado ni, de hacerlo, me habría importado lo más mínimo.

Pero a Phoebe sí.

—Oye, ¿sabes por qué se pelearon Bianca y Kylie? —lo pregunto en voz baja, porque no quiero que me escuche Beth desde la cocina.

La cara de mi amiga me deja claro que era la última pregunta que habría esperado.

—Joder, nena. Sé que no sueles ser la primera en enterarte de los chismes, pero llegas cuatro años tarde a la fiesta.

—Lo sé. Es solo que Bianca mencionó que eran amigas y que hubo un drama en natación. Me sorprendió, nada más.

—Uf, pues es que fue hace muchísimo. —Phoebe se echa hacia atrás en el sofá, como haciendo memoria—. Lo que recuerdo fue que Bianca los puso a todos en su contra porque les gustaba el mismo chico, o algo así.

Frunzo el ceño. Me cuesta imaginarme a Bianca elaborando un complot para hacerle *bullying* a nadie, a decir verdad. Phoebe debe de leérmelo en la cara, porque se encoge de hombros.

—Solo sé la versión de Kylie, y ya sabes cómo es. En su momento me lo creí de principio a fin porque era mi amiga y no tenía ningún motivo para dudar de ella, claro, pero a saber. Quizás no pasó exactamente así. Después de eso empezó a ir en otro horario distinto y ahí fue cuando conoció a Beth, así que igual ella sabe algún detalle más.

Asiento despacio y, antes de decir nada más, suena el timbre. Me pongo de pie y voy a abrir la puerta.

Al otro lado del umbral, Daniel espera con una bolsa pequeña de regalo en la mano. Nuestros ojos se encuentran y me sonríe. Le devuelvo el gesto y me aparto para dejarlo pasar.

—Pasa, pasa, que se sale el calor. Kylie está en la ducha, pero ahora sale.

Daniel entra y se quita el abrigo. Le indico que lo deje donde vea y él lo cuelga de una silla. Está muy guapo, con unos vaqueros

claritos y una camiseta blanca sobre la que lleva una cazadora verde militar.

La silla de Beth protesta desde la cocina cuando esta se levanta de un salto y viene hacia nosotros.

—¡Dan! Creo que es la primera vez que te veo sin James al lado. —Le da un abrazo corto, que él le devuelve, y lo mira de arriba abajo—. Qué guapo vienes, ¿no?

Daniel sonríe, un poco cohibido.

—Gracias. Vosotras estáis todas muy guapas.

Sus ojos se detienen un momento de más en mí, en mi blusa de media manga de color burdeos, en mis vaqueros negros, en las medias de rejilla que me devolvió días atrás y que se ven a través de los rotos del pantalón. Cuando vuelve a mirarme a la cara y me sonríe, no puedo evitar algo de calor en las mejillas.

—¿Nos ayudas a inflar globos? —pregunta Phoebe.

—Sí, claro.

Beth regresa a su tarea en la cocina y Phoebe se acomoda en un sillón orejero, con las piernas cruzadas. Nosotros dos nos sentamos en el sofá y le doy un globo deshinchado a Dan.

Durante unos minutos, permanecemos los tres en un silencio solo roto por el murmullo del agua de la ducha y la goma de los globos al estirarse. Nuestras piernas se rozan por la estrechez del sofá.

Cuando he llenado un globo de color morado y me separo para hacerle el nudo, noto que Dan no deja de mirarme mientras infla el suyo. Al ver que lo observo, me sonríe antes de hablar:

—Va a juego contigo.

—¿El qué?

—El globo. —Mira el que yo tengo entre las manos—. Es del mismo color que tu flequillo.

Phoebe se ríe por la nariz y nos dedica una mirada cargada de intención. Aunque no dice nada, me dan ganas de darle una colleja.

—De esos no hinchéis más —comenta Phoebe—, que, como se llene la sala de globos morados, igual te perdemos, Hannah.

Él se ríe, pero yo no puedo evitar pensar en nuestra conversación de días atrás. En los globos y los cactus. En su expresión cuando le dije que debería mantener las distancias si no quería arriesgarse a que lo pinchara. Nunca lo haría. No a propósito, al menos. Pero, por supuesto, ningún cactus lo hace queriendo, las púas no son más que una defensa.

Y, sin embargo, a veces herir a quienes se acercan más de la cuenta es inevitable, incluso cuando no tienes malas intenciones.

—Oye, ¿sabéis si viene mucha gente? —pregunta Daniel, sacándome de mis pensamientos.

—De nuestro insti, sobre todo —le explica Phoebe, asomando la cabeza desde detrás de un globo amarillo. Luego, me mira buscando confirmación—. ¿Unas… quince personas, además de nosotras?

—Sí, más o menos.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Te preocupa que te acorralen las fans?

Daniel se pone rojo, pero lo disimula riéndose.

—No tengo fans. Es solo que no conozco a nadie, y, como es el cumpleaños de Kylie, querrá estar con todo el mundo.

—No te preocupes por eso. —Phoebe menea una mano para quitarle importancia—. Si Kylie te abandona, pégate a nosotras; yo te lleno las copas.

Alzo una ceja, suspicaz.

—Tienes que dejar de emborrachar a la gente.

—¡Pero bueno! —protesta, haciendo un mohín—. Ni que yo obligase a nadie a beber nada. Daniel, mejor quédate cerquita de mí, que Hannah es una aburrida.

—Está bien, yo también soy un poco aburrido de vez en cuando.

—¡Uf! Menos mal que tengo a Beth. En fin, voy a buscarnos algo de beber antes de que empecéis a hacer una manta de ganchillo o algo así. —Phoebe se levanta con un suspiro—. ¡Vaya dos!

Suelto una carcajada ante su comentario mientras ella se aleja hacia la cocina.

—¡Te guardamos un ovillo de lana, no te preocupes!

Ella menea la cabeza y bufa con dramatismo.

Daniel y yo nos reímos y no tardamos en quedarnos a solas en el salón.

—Me cae bien —comenta él.

—Está como una cabra, pero hay que quererla.

Él deja escapar otra risita y se echa hacia atrás en el sillón. Sus ojos castaños se posan en mí, y de pronto parece darse cuenta de algo:

—Te has cortado el pelo.

—Sí, el otro día.

Dan alarga el brazo y me coge un mechón de pelo con delicadeza, que ahora apenas me llega a la altura de los hombros. Me hace cosquillas sin querer, pero el gesto me pilla tan por sorpresa que no soy capaz de decir nada.

—Ya está; se te había despeinado. —Aparta la mano y yo me alejo un poquito por miedo a que se dé cuenta de que se me ha acelerado el pulso—. Te queda muy bien. Yo también tengo que cortármelo, aunque llevo diciéndolo un mes.

La puerta del baño se abre y Kylie aparece ya vestida para la fiesta: con un top blanco con lentejuelas que le deja el ombligo al aire y una falda negra con vuelo. Le queda por la mitad del muslo y, aunque no hace calor, no lleva medias debajo. Aún tiene el pelo algo húmedo pese a habérselo secado, y sus suaves ondas oscuras le caen por la espalda.

—Qué guapa estás —le digo, porque es verdad.

Ella mira en mi dirección con una amplia sonrisa, que se ensancha aún más al ver a Daniel.

—¡Has llegado!

Dan sonríe.

—Estás guapísima, Kylie. Feliz cumpleaños. Te he traído esto.

—¡Ay, no hacía falta! ¡No tenías por qué!

A pesar de sus palabras, Kylie no tarda en coger la bolsa y sacar del interior un regalo un poco mal envuelto y con más cinta adhesiva de la necesaria. Lo abre como puede y pronto tiene en las manos un peluche pequeñito de Groot. Es adorable, pero la cara de Kylie es de

circunstancias total. No sé qué esperaba encontrar mientras lo abría, pero está claro que no era esto.

Dan también se da cuenta, y de pronto me siento fatal por él.

—Es una tontería, pero es que con las clases no he tenido tiempo y…

—No, no. Me encanta —se apresura a decir ella, componiendo una sonrisa—. ¡Me encanta, es muy mono! ¡Gracias!

Se lanza sobre él en el sofá y le rodea el cuello con los brazos. Le da un beso apasionado como si fuera la protagonista de una película adolescente y él le pone las manos en la cintura.

Me levanto para ir a la cocina con Phoebe a por algo de beber. En parte, para dejarles sitio en el sofá, que ya es lo bastante estrecho, y en parte también porque no sé si el beso es incómodo de ver o soy yo la que se siente así sin motivo.

Seguramente sea esto último.

—Oye, Hannah, ¿habéis guardado el hielo en el congelador? —me pregunta Kylie, sentada en el regazo de Daniel, en cuanto me ve levantarme.

—¿Qué hielo?

Ella alza las cejas, y su mirada pasa de mí a Daniel, que de pronto abre mucho los ojos y se echa una mano a la cabeza.

—Mierda, el hielo. Lo siento.

—¿En serio no lo has traído? ¿Por qué has tardado tanto en llegar, entonces?

Él esboza una sonrisa nerviosa.

—Es que he salido un poco tarde, y con las prisas se me ha pasado ir.

—¿Un poco tarde? —Kylie frunce el ceño, y se pone de pie—. Hace más de media hora que se suponía que ibas a llegar, y pensé que tardabas porque habías ido a por el hielo que ayer te pedí expresamente que trajeras.

—Es que soy muy despistado. Perdón, sé que no es excusa. —Se levanta, y saca las llaves del coche del bolsillo del pantalón—. Voy ahora mismo a comprarlo.

—¿No será que no me escuchas nunca cuando hablo?

—Sí te escuché cuando me pediste comprar el hielo, Kylie, es solo que…

—¡Pues si me escuchaste, no sé por qué no lo has hecho!

Él se queda callado y la culpabilidad que aflora en su mirada me hace sentir un desagradable calor en la boca del estómago. ¿Por qué coño le está hablando tan mal?

—Tampoco te tienes que poner así —intervengo, intentando mantener la calma—. No pasa nada, solo es hielo. Se puede ir a comprar.

—El hielo es lo de menos, Hannah, joder. Es que nunca me presta atención.

—Te dije el otro día que no lo hago queriendo —murmura él—. No te enfades, va. Lo siento. Voy a comprarlo en un momento y ahora vuelvo.

Kylie tuerce el gesto, contrariada. Luego, sin embargo, suspira y su expresión se suaviza.

—No hace falta, con el que hay creo que nos apañamos. Pero tienes que esforzarte un poco, ¿vale? Si no, no se te va a terminar de quitar.

—¿Quitar el qué? —Parpadeo un par de veces, perpleja. No puede referirse a lo que creo que se está refiriendo.

—Lo de la atención y eso, ya sabes.

—Kylie, ¿qué dices? Eso no se quita, es…

—Está bien —me interrumpe Daniel, y me mira con una débil sonrisa, como pidiéndome que lo deje ya—. No pasa nada, tendría que haberme acordado. La culpa ha sido mía.

«Pero no tiene derecho a hablarte así», quiero contestar. En cambio, me muerdo la lengua, porque conozco a Kylie lo suficiente como para saber que está a medio reproche de ponerse a llorar y acusarme de arruinar su cumpleaños entero.

Y eso era lo que me faltaba.

—Voy a por algo de beber.

Me giro para dirigirme a la cocina y, por el camino, no puedo evitar poner los ojos en blanco.

16
En la misma página

DANIEL

En la fiesta de Kylie bebo mucho menos que en la de Beth. En parte porque todavía no se me ha olvidado la resaca del día siguiente, pero sobre todo porque no quiero volver a hacer el ridículo como la otra vez.

Y aun así parece que no he parado de cagarla una vez tras otra desde que he llegado.

Solo tengo que disculparme un par de veces más con Kylie por haberme olvidado del hielo para que se le pase por completo y actúe como si nunca hubiese estado molesta. Cuando llega la gente, se pasa un buen rato arrastrándome de un lado a otro para que conozca a sus amigos, y todo el mundo parece muy simpático.

Aun así, me cuesta sacudirme la sensación de malestar. Ese «tienes que esforzarte un poco» de Kylie se me ha clavado en el pecho. Lo ha dicho como si no lo hiciese ya. Como si hiciera en la vida algo que no fuera intentar una y otra vez no ser un completo desastre.

Tras un rato sentados en el sofá hablando con unos cuantos de sus compañeros de clase a los que no he visto jamás —y que conocen una cantidad sorprendente de juegos de beber—, Kylie se pega un poco más a mí.

—¿Te traigo algo más de beber? —me pregunta, muy cerca de mi oído.

—No, estoy bien. Luego tengo que conducir.

—¡Quédate a dormir! Mis amigas también van a pasar la noche, hay sitio de sobra. ¡Va, porfa, que es mi cumple!

Se separa de mí para mirarme con las mejillas sonrojadas por el alcohol y una sonrisa llena de ilusión dibujada en el rostro. Me

agarra de la camiseta y tira de ella con gesto infantil. Luego, pone ojos de corderito y termino por ceder:

—Está bien, me quedo.

Kylie da una palmada de alegría y me rodea con los brazos.

Algo después, cuando alguien sube el volumen de la música y empiezo a sentirme más sobrestimulado de la cuenta, voy a la cocina a por un vaso de agua. Hannah y Beth han desaparecido hace rato, y aunque Kylie no me ha dejado solo, sí que agradecería tener un par de caras más familiares a mi alrededor. Ya en la cocina me encuentro con Phoebe, que está sentada en la encimera junto a la misma chica pelirroja que vi en la fiesta de Beth. Las dos hablan junto al fregadero, copa en mano y sonriéndose tan cerca la una de la otra que me da a entender que o bien están a punto de besarse, o acaban de hacerlo.

En cuanto me ven entrar, sin embargo, Phoebe se gira hacia mí.

—¡Daniel! ¿Qué?, ¿cómo te lo estás pasando?

—Muy bien. ¿Y vosotras?

Ambas comparten una mirada cómplice y los ojos de Phoebe brillan con picardía.

—Mejor imposible. Ella es Erin, por cierto. —Señala a la chica pelirroja—. Erin, él es Daniel.

—¿El novio de Kylie?

Lo pregunta con cierto retintín que no sé bien cómo identificar y, pese al desconcierto inicial, no puedo evitar una risita nerviosa.

—No sé si estamos en ese punto todavía. —Me encojo de hombros.

—Y tampoco hay prisa, ¿verdad? —me pregunta Phoebe, que se baja de la encimera de un saltito y me da una palmada en el brazo—. ¿Has venido a por algo de beber?

—Sí, a por agua.

Aunque creo que Phoebe está a punto de confirmar que sí que soy un aburrido y ofrecerme algo «mejor», se limita a asentir con la cabeza.

—Muy bien, muy bien. El agua es buena. Erin, dale un vaso de ahí atrás.

Erin, obediente, gira el torso para coger un vaso de cristal de uno de los armarios y me lo tiende. Le doy las gracias, pero la chica no deja de mirarme con los ojos miel algo entornados, como si intentara descifrar algo que ni siquiera yo sé qué es. A lo mejor le molesta que las haya interrumpido.

Lleno el vaso y me lo bebo casi sin respirar. Noto alivio cuando el agua fresca me baja por la garganta.

—Bueno, no os molesto más. —Sonrío, dejando el vaso vacío sobre la encimera—. Nos vemos luego.

Estoy a punto de salir de la cocina, pero Phoebe me detiene:

—Daniel, espera. —Al escucharla, doy media vuelta e inclino levemente la cabeza hacia un lado, con curiosidad. Ella continúa hablando, más seria que antes—: Sabes que a Kylie le gustas, ¿verdad? Solo te lo digo porque, si hay cosas de las que no estás seguro, deberías hablar con ella. Porque lo de que no hay prisa te lo he dicho en serio, pero creo que es importante que estéis los dos en la misma página.

Alzo ambas cejas, un poco sorprendido. Beth lleva toda la semana en clase repitiéndome lo buena pareja que hago con Kylie, lo contenta que está con que empecemos a salir y cosas por el estilo. Apenas conozco a Phoebe, y sin embargo me parece que es una persona mucho más intuitiva de lo que aparenta a simple vista. Y no sé si eso me alivia o me pone nervioso.

Aun así, sonrío.

—Sí, lo sé. Tienes razón.

—Siempre la tengo. —Phoebe se encoge de hombros con naturalidad y me da otro par de golpecitos en el brazo—. Bueno, si necesitas más consejos románticos o te aburres, aquí estamos.

Erin se ríe de fondo y Phoebe vuelve a sentarse a su lado, sobre la encimera. La pelirroja le pone una mano en la rodilla con cariño y sé que es el momento de irme y dejarles un poco de intimidad.

♪ ♫ ♩

Para las dos y media de la mañana ya se ha ido casi todo el mundo y Kylie me arrastra de la mano hasta una habitación que parecer ser la de sus padres. Ni siquiera tengo tiempo de cerrar la puerta del todo cuando me echa los brazos al cuello y me besa. Se quita los tacones a medida que me empuja hacia la cama. Me da un suave empujón en los hombros para que me siente y se pone a horcajadas sobre mí, sin separarse de mis labios.

Esta vez sus besos son distintos a los anteriores: más intensos, más hambrientos. Enreda una mano en mi pelo y la otra la mete debajo de mi camiseta, acariciándome el abdomen. Me besa con hambre y deseo, y lo único en lo que puedo pensar es en que estoy un poco mareado y que quizás sí he vuelto a beber algo más de lo que creía.

No sé en qué estaba pensando cuando he aceptado quedarme a dormir. ¿Qué creía?, ¿que nos iríamos a dormir y ya está?

«Idiota. Idiota. Idiota».

Supongo que lo único que esperaba era no seguir arruinando la noche. Desde que fui a su casa hasta ahora nos hemos visto varias veces, para pasear o merendar, y ha estado bien. Pero hoy tengo la impresión de que cada vez que abro la boca, meto la pata con ella.

Kylie se quita el top de lentejuelas y se queda sin sujetador. Sus labios se deslizan por mi cuello, sube al lóbulo de mi oreja y lo muerde, juguetona. Su respiración cada vez está más agitada y pega su pecho al mío, desesperada por el roce.

Me pregunto si no debería seguirle el rollo solo por ahorrarme explicaciones, por no hacerla sentir mal. Sin embargo, el corazón se me acelera por la ansiedad y sé que, si quiero que lo que sea que haya entre nosotros tenga alguna oportunidad, debo ser sincero con ella:

—Kylie —la llamo. Esta vez, reconoce mi tono y me mira muy seria—. No es que no me esté gustando, es que…

—¿Otra vez?

—Es que yo…

—¿No te gusto? Si no te gusto, dímelo de una vez.

Se le llenan los ojos de lágrimas y me dan ganas de ponerme a llorar.

—No he dicho eso —balbuceo.

—¿Entonces? Si te gusto, ¿por qué no quieres que hagamos nada? ¿Por qué te querías quedar a dormir?

Trago saliva y bajo la vista, pero no puedo evitar sentir alivio cuando se pone de pie y me devuelve parte de mi espacio personal.

—Mira, es que soy demisexual —empiezo a explicarle, más tenso todavía, esperando que lo comprenda—. Entonces para sentir… atracción sexual por alguien, necesito que haya cierta conexión emocional primero.

Kylie me mira muy triste y vuelve a ponerse el top. Una lágrima le cae por la mejilla y me siento un cabrón por hacerla llorar, y más aún en su cumpleaños.

—Está bien, da igual. Lo siento si te he hecho sentir incómodo.

Otra lágrima le cae por la mejilla sin que se moleste en apartarla. Me levanto e intento cogerle la mano, pero me da un manotazo con tanta rabia que me pica la piel.

—Kylie…

—No, déjame en paz.

Sale por la puerta y me siento la peor persona del mundo. Un imbécil, un capullo, un insensible. Y, sobre todo, me siento un egoísta por hacerle daño. La sigo, preocupado, pero se encierra en el baño.

—Vamos a hablar, por favor. Lo siento mucho. Solo quería explicarte cómo me siento y ser sincero contigo.

Se me rompe la voz un poco al hablar. Joder, soy gilipollas.

Llamo un par de veces, pero me grita que me largue de allí y no se me ocurre qué más hacer. Así que me siento en el suelo a un lado de la puerta y la escucho llorar, sintiéndome peor cada vez.

Lo de quedarme quieto sin hacer nada lo llevo fatal, así que toco a la puerta de nuevo. Ojalá no hubiera dicho nada. Si me hubiese

quedado callado ahora estaríamos en la habitación, ella estaría contenta y las cosas estarían bien. No habría herido sus sentimientos. A lo mejor solo estoy exagerando.

—Por favor, Kylie. Eres una chica estupenda y quiero seguir conociéndote. Porfa, sal y hablamos.

Al principio, no hay respuesta. Un poco después, escucho el pestillo deslizarse y la puerta se abre. Me levanto casi de un salto para mirarla.

—¿Lo dices de verdad? —pregunta con los ojos brillosos.

Asiento con energía y ella sonríe.

—Vale, está bien. ¿Volvemos al cuarto?

Vuelvo a asentir, abrumado por el alivio. Ella me da un abrazo y un suave beso en la mejilla. De la mano, volvemos a la habitación y nos tumbamos sobre la cama.

Kylie me besa, esta vez con la dulzura de una reconciliación fugaz.

A mí todavía me tiemblan las manos por el mal rato, pero le acaricio la cara. Creo que se va a separar y nos vamos a dormir, pero en cambio se pega más de nuevo y un suave gemido escapa de sus labios, que de pronto se mueven con más firmeza.

El malestar vuelve a apoderarse de mí, porque, en vista de cómo se ha puesto antes, no sé cómo repetirle que no quiero. No quiero herir sus sentimientos. No quiero seguir haciendo las cosas mal.

Pero Phoebe tiene razón, no estamos «en la misma página». El problema es que ni siquiera sé en qué página estoy yo.

—No tenemos que hacer nada —susurra, con la respiración agitada—, pero es que tengo muchas ganas. No me voy a poder dormir así, y es mi cumple.

Me coge la mano y la mete por debajo de su falda, entre las piernas. Empieza a mover la cadera, mirándome con los ojos llenos de deseo y mordiéndose el labio inferior mientras se roza contra mi palma.

Balbuceo algo sobre tener que ir al baño, pero ella me ignora y entonces lo comprendo: no le ha importado nada de lo que le he

dicho antes; no le importa una mierda lo que yo sienta ni que esté incómodo con esto. Así que me trago el nudo que tengo en la garganta e intento desconectar de mis propias emociones todo lo posible. Me limito a esperar a que termine.

Cuando lo hace, Kylie me abraza y, con una sonrisa relajada en el rostro, no tarda en quedarse dormida.

En cuanto escucho su respiración pausada, me alejo de ella y voy directo al baño. Con jabón olor a coco, me lavo unas manos que todavía tiemblan y las froto hasta que se me ponen rojas. Al mirarme al espejo, me siento tan patético y estúpido que se me empañan los ojos.

Resoplo y me sorbo la nariz, evitando que las lágrimas caigan. No es para tanto. Es una tontería. Es algo que debería haberme gustado, que debería haberme resultado *sexy*.

En cambio, estoy tan nervioso que solo tengo ganas de ponerme a llorar como un niño pequeño. Vaya noche de mierda. Ojalá me hubiera quedado en casa.

Respiro hondo y me echo agua fría en la cara y la nuca hasta que me tranquilizo.

—Ya está —me digo a mí mismo en un susurro, y vuelvo a coger aire y soltarlo despacio—. Ya está, estoy bien. No pasa nada.

Me lo repito hasta que me convenzo a mí mismo de que es verdad, de que estoy bien, y me froto el pecho para aliviar la ansiedad que me estruja el corazón.

Salgo del baño y paso por el salón. Ya se ha ido todo el mundo y las luces están apagadas. Hannah duerme en el sofá, y Phoebe está acurrucada en un sillón, en una postura que parece muy incómoda y que es, probablemente, la causa de sus ronquidos.

Me acerco a Hannah y me pongo en cuclillas frente a ella para subirle la manta que la cubre y taparle los hombros, con cuidado de no despertarla. La luz de la luna se cuela por la cortina entreabierta y veo su rostro en la penumbra, sus facciones relajadas y algunos mechones de pelo que le caen por la cara. Despacio, muy despacio,

acerco la mano a su mejilla, queriendo acariciarla solo por comprobar si tiene la piel tan suave como parece.

Tan suave como recuerdo.

No es ningún cactus. Al menos no para mí.

Me detengo justo antes de llegar a rozarla y aparto la mano, arrepintiéndome. Phoebe ha dejado de roncar en algún momento, sin que me diese cuenta, y ahora lo único que se oye en la habitación es la respiración acompasada de ambas chicas y la mía, casi contenida. Hannah se mueve un poco y, alarmado, me levanto haciendo el menor ruido posible.

A pesar de que Kylie está dormida, no quiero volver con ella. Por muy agotado que esté, sé que no voy a pegar ojo en toda la noche, y noto un vacío raro en la boca del estómago que me hace sentir inquieto, desamparado. Pero he bebido, es muy tarde y no quiero conducir a casa así.

Por ello, salgo del salón y vuelvo a la habitación, aunque cambiaría todas las camas del mundo por dormir en el suelo junto a Hannah una sola vez más.

17
Invierno en las venas

HANNAH

Como cada vez que paso la noche con mis amigas, soy la primera en despertarme.

No sé si es mi reloj interno, que está programado para nunca, bajo ningún concepto, dejarme dormir más allá de las diez, o si es cosa de tener una madre a la que parece que le molesta verme sin hacer nada durante más rato de la cuenta. Sin embargo, al abrir los ojos, el salón de Kylie está lleno de luz y sé que no volveré a dormirme.

Sí que me acurruco un poco más para mantener el calor que se ha acumulado a lo largo de la noche. Phoebe, en el sillón de al lado, se ha convertido en un bulto gris y no se le ve ni el pelo, tapada hasta la cabeza con la manta.

En el salón, todo está de por medio. La fiesta no estuvo mal. Me pasé parte de la noche con Beth y luego salí con otro par de compañeros de clase a la terrazapara estar más tranquilos y tomar el aire. No me molesta la música fuerte, pero, por algún motivo, no estaba cómoda viendo a Kylie tan pegada a Dan, y menos después de cómo le habló por haber olvidado el hielo.

No entiendo por qué una parte de mí es tan protectora con él. Siempre lo fui, de pequeña, pero ¿qué sentido tiene después de tantos años? Tampoco es como si él necesitara que yo lo protegiera de nada, claro. Pero aun así no lo puedo evitar.

La barriga me ruge de hambre, así que decido levantarme para desayunar. Al hacerlo, me debato durante unos segundos sobre si tirarme en plancha encima de Phoebe, pero decido dejarla dormir un rato más y recorro el pasillo en silencio de camino al baño.

Me lavo la cara para quitarme las legañas, mojándome sin querer el flequillo en el proceso. Al salir, casi me doy de bruces con un Daniel de pelo revuelto y ojos medio pegados que acaba de dejar la habitación de los padres de Kylie.

—Buenos días —lo saludo en voz baja, reponiéndome del sobresalto.

Él me dedica una mirada inundada de la confusión propia de quien se acaba de despertar y me fijo en las ojeras que oscurecen sus párpados inferiores.

—Buenos días —repite, con la voz algo ronca del sueño. Me dedica una sonrisa cansada y cierra la puerta de la habitación para que no despertemos a Kylie—. ¿Qué tal has dormido?

—Todo lo bien que se duerme en un sofá. ¿Y tú?

—Me cuesta dormir si no es en mi cama —admite, pero algo en su voz me hace sentir que no me está diciendo toda la verdad. Eso, y que no necesitó ni cinco minutos para dormirse en el suelo de su habitación—. Pero bueno, bien. Voy a irme ya a casa.

—Yo voy a hacerme un té, ¿quieres uno antes de irte?

Mientras duda, se le escapa un bostezo que intenta contener como puede.

—Sí, vale. Gracias.

Me hago a un lado para dejarlo pasar al baño y voy a la cocina. He estado tantas veces en casa de Kylie que me manejo por ella como si fuera la mía; enciendo el hervidor de agua y cojo de mi mochila un paquete de galletas de chocolate sin gluten que me traje para tener hoy algo que desayunar. Las dejo sobre la mesa de la cocina y, en lo que tarda Daniel en volver, agarro una bolsa de basura para tirar vasos de plástico y latas de cerveza que se quedaron anoche por medio.

—¿Te ayudo? —La voz de Dan me sobresalta y me giro en su dirección. Está apoyado en el marco de la puerta y, aunque parece un poco más despierto, todavía se lo ve cansado.

No puedo evitar mirarlo un poco de más; la camiseta blanca arrugada y los mismos vaqueros celestes con los que llegó. Supongo

que no ha traído más ropa, y no puedo evitar preguntarme —con cierto pinchazo inesperado en el pecho— si habrá dormido así o se la habrá quitado para acostarse.

—Déjalo, solo estaba adelantando. —Le sonrío—. ¿No tienes frío, así descalzo?

—No voy descalzo, llevo calcetines.

—Sí, con un agujero —añado, con la vista fija en sus calcetines con dibujos de dinosaurios.

—Es que son mis favoritos, me da pena tirarlos. Tengo que ir a comprar unos nuevos, de todos modos; tengo la mayoría desparejados.

—En tu línea de siempre, ¿eh?

—¿Qué culpa tengo yo de que la lavadora se los trague?

—¿Y solo se traga los tuyos, por casualidad?

Lo veo esbozar una media sonrisa y me giro para verter el agua en dos tazas. Daniel siempre ha sido un poco desastre con la ropa; el tipo de niño que nunca se daba cuenta de que llevaba la camiseta del revés o calcetines de distinto color. James y yo siempre nos burlábamos, pero a él nunca le importó demasiado. De pronto, me sorprendo a mí misma echando de menos los días en los que existía esa complicidad entre los tres.

Termino de preparar el té para los dos y él saca del pantalón un blíster de pastillas, del cual coge una y se la toma con el té. No tengo que preguntarle qué es, porque sé que lleva años tomándolas para que le ayuden a mantener la atención.

—¿Te lo pasaste bien en la fiesta? —Cojo una galleta y le acerco el paquete. Él no duda en sacar una.

—Estuvo bien —contesta, pero la mirada que me dedica me dice que, de nuevo, no está siendo del todo sincero—. ¿Y tú? Apenas te vi en toda la noche.

—Estuve entrando y saliendo, pero me lo pasé bien.

Daniel me dedica otra sonrisa y le da un sorbo a su té. No sé si es porque está cansado, pero lo veo igual de tristón que el otro día, cuando quedamos en el parque.

—¿Estás bien? —me preocupo—. Estás muy callado.

Me mira un poco sorprendido, como si no esperase la pregunta, pero al momento se recompone y asiente con la cabeza.

—Sí, todo bien, es que… ¿Puedo hablar contigo de una cosa?

Estoy a punto de decirle que sí, que puede hablarme de lo que quiera, pero antes de poder abrir la boca, Kylie aparece en la cocina.

—¡Qué madrugadores! —Bosteza. Luego, mira a Daniel con una sonrisa de oreja a oreja y le da un beso en los labios. Yo me limito a apartar la vista y coger otra galleta. Cuando Kylie se separa de él, mira el paquete con cara de asco y vuelve a girarse hacia Dan—. No cojas de esas sin gluten, que saben a paja.

—Están buenas, a mí me gustan —responde él, un poco tenso.

—Qué va. Mira, estas son mejores. —Se vuelve hacia el mueble para rebuscar un paquete de galletas que deja encima de la mesa—. Por cierto, Hannah, he pensado que podríamos ir hoy a Bristol.

Me tenso al instante.

—No sé, mi madre hoy trabaja; le hará falta el coche.

—No digo en tu coche, podemos ir en el de Daniel, ¿no? —Lo mira, sonriente, y hace un puchero de lo más adorable—. ¿Nos llevas a Bristol? ¿Porfa?

—¿A Bristol? —se extraña él.

—Sí, hace unas semanas estuvimos hablando de ir, pero es que Hannah nunca quiere llevarnos en coche a ninguna parte. Podemos ir los cinco juntos, ¿no?

Ignoro el reproche de mi amiga y miro a Dan, que rodea las manos con la taza, no muy convencido.

—No sé, es que estoy cansado de anoche. Me apetece ducharme y cambiarme de ropa.

—Va, venga, que así seguimos celebrando mi cumple. Te puedes dar una ducha aquí antes de salir.

—De acuerdo, está bien —termina aceptando él—. Pero volvemos pronto.

Kylie da una palmada con entusiasmo.

—¡Sí, genial! ¡Voy a despertar a las demás!

Se va en dirección a su habitación para levantar a Beth, que se ganó a suertes el dormir en su cama el día anterior.

—No tienes que hacernos de chófer solo porque Kylie haga pucheros —le digo, una vez ella se va.

—No pasa nada, no me importa llevaros a Bristol. —Me mira fijamente, y siento que esa mirada quiere decir algo más de lo que él pone en palabras.

—¿De qué querías hablarme antes?

Dan sacude una mano para restarle importancia.

—Nada, era una tontería.

Esboza una sonrisa de lado y, a pesar de que Kylie le ha puesto el paquete de galletas delante, él lo ignora y alarga el brazo para coger otra de las mías.

♪ ♫ ♩

Casi dos horas más tarde, estamos los cinco paseando por Bristol. Kylie, agarrada del brazo de Daniel y con una radiante sonrisa en la cara, camina unos metros por delante de nosotras. Dejamos espacio a los tortolitos, aunque de vez en cuando no puedo evitar mirarlos.

—¿Qué tal anoche con Erin? —le pregunta Beth a Phoebe—. ¿Habéis hecho ya las paces?

Phoebe se encoge de hombros.

—No habíamos discutido.

—¿No? Pensaba que sí, hacía tiempo que no quedabais.

—Nos gusta nuestra independencia, pero estamos bien. No queremos nada serio.

Beth la mira de soslayo, suspicaz.

—¿Independencia o miedo al compromiso?

Ante su pregunta, Phoebe deja escapar una carcajada, pero no responde. Por mi parte, miro más allá del pequeño muro que nos separa de la playa mientras paseamos, a las olas golpeando la orilla. Unas gaviotas revolotean en lo alto y el día, aunque soleado, es más bien fresco.

Siempre he tenido la teoría de que, dentro de nuestro grupo de amigas, cada una de nosotras podría ser una estación: Beth sería el verano, cálida y amable con todo el mundo; Kylie, una alegre primavera llena de flores y renaceres; Phoebe, un otoño de labios rojos y hojas secas bajo los zapatos; yo sería más bien el invierno.

Sospecho que esa es la razón por la que Phoebe y yo nos llevamos tan bien: ambas somos un poco más frías, un poco más duras. Beth no lo entiende. Para ella, nuestra necesidad de tener espacio no es más que «miedo al compromiso».

La brisa marina me eriza la piel de la nuca y me encojo dentro de la chaqueta.

—¿Tienes frío? —me pregunta Daniel, mirando hacia atrás.

—Estoy bien. —Sonrío.

—Podemos entrar en alguna cafetería y tomar algo, si queréis.

Las demás asienten ante la propuesta de Dan, aunque Kylie me dedica una mirada algo seria que no sé bien cómo interpretar.

Buscamos una cafetería y, al entrar, la calefacción es tan agradable que me hace soltar un suspiro. Ser el invierno del grupo no me libra de ser la más friolera. O quizás es por eso mismo que siempre tengo tanto frío, porque lo llevo circulando en las venas.

Nos sentamos en una mesa rectangular. Kylie y Phoebe piden un café; los demás, chocolate caliente.

—Oye, Dan —empieza Beth, en cuanto nos ponen las bebidas por delante—, ¿vosotros habéis empezado ya con el trabajo de Historia?

Él pone cara de circunstancias y niega.

—Qué va, todavía no. Hemos quedado mañana, que James se está poniendo ya un poco nervioso.

—James se pone de los nervios muy rápido. —Beth se ríe—. En mi grupo sí que hemos empezado ya, pero quería saber cómo lo estáis enfocando, que estamos un poco perdidos…

Daniel y Beth continúan hablando de ese trabajo un poco más, mientras que comento con Phoebe anécdotas de la noche anterior y ella me habla de sus planes de ir mañana a comer a casa de su abuela.

Kylie, aunque participa de manera esporádica en nuestra conversación, pasa la mayor parte del tiempo mirando de reojo a los otros dos, que ahora bromean sobre algo de clase, y me alegro de ver que Dan ha recuperado parte de su energía habitual y está de mejor humor que esta mañana. A pesar del buen ambiente que hay en la mesa, noto cómo Kylie cada vez se pone más de morros sin explicar por qué.

Phoebe y yo compartimos una mirada y, sin decir nada, sé que también se ha dado cuenta. Intentamos incluirla un poco más en la conversación, pero ella va poniendo peor cara a medida que pasan los minutos.

Estoy a punto de preguntarle qué pasa cuando, de pronto, se pone de pie con tanta rapidez que casi tira la silla.

—Ahora vuelvo —anuncia, y deja que un par de lágrimas le corran por la mejilla sin molestarse en apartarlas. Luego, sale de la cafetería.

—¿Qué ha pasado? —se preocupa Beth.

Phoebe se limita a encogerse de hombros con cara de circunstancias. Daniel, en cambio, me mira con una expresión a medio camino entre la preocupación y la sorpresa, y después se gira hacia la puerta.

—Debería… —empieza a decir, pero se levanta y va detrás de Kylie, dejando su taza de chocolate a medias.

Yo también estoy a punto de ir, pero Beth me pone una mano en el brazo.

—Deja que hable con ella. Si tardan mucho en volver, salimos a ver.

Tuerzo el gesto, incómoda. Phoebe deja escapar un largo suspiro que me parece algo cansado y mueve el café con una cucharilla antes de darle un sorbo. Las tres permanecemos en silencio, incómodas.

Lanzo una rápida mirada hacia la puerta. No los escucho porque, además, se han alejado un poco de la entrada, pero aún puedo verlos hablar y darme cuenta de que Kylie está llorando.

No parece que la conversación esté yendo del todo bien.

Beth, por otro lado, nos mira como si nosotras tuviésemos que saber qué es lo que le pasa a Kylie. Ese detalle hace que me hierva la sangre. Ni siquiera hemos abierto la boca, pero de pronto es culpa nuestra que Kylie se haya puesto de morros por nada.

No soporto que me culpen de cosas que no he hecho, así que ignoro el consejo de Beth y me encamino a la salida.

—… no sé por qué eres así —escucho a Kylie decir, entre sollozos, y me quedo donde estoy; donde no pueden verme—. A ellas bien que las escuchas, pero cuando soy yo la que habla, siempre me ignoras.

—No te ignoro —responde él, y en su voz se cuela una nota de desesperación—. No ignoro a nadie, Kylie, ya te dije que no lo hago queriendo, que…

—¡Que sí, que lo sé! ¡Pero tienes que esforzarte un poco, joder! ¡Si no lo haces, nunca se te va a quitar! ¿Es que no quieres ser normal, o qué?

Daniel se queda callado y yo siento tal calor subirme por el pecho que tengo que contenerme para no intervenir y gritarle cuatro cosas a Kylie. ¿Qué coño le pasa? ¿Quién se cree que es para hablarle así?

—No se me va a quitar —dice finalmente, con un tono comprensivo que no sé de dónde saca en un momento así. Las manos le tiemblan cuando se echa el pelo para atrás—. Es una parte de quien soy, y eso no cambiará por «intentarlo más». ¿Tienes idea de lo complicado que es esforzarse por funcionar como el resto, cuando tu cabeza no colabora, y adaptarse a las exigencias de todo el mundo? Y, aun así, ¿crees que no lo intento? ¿Crees que no me paso el día entero intentándolo?

—¡Pues está claro que no lo suficiente! No conmigo, al menos. Y supongo que soy una idiota por no darme cuenta de que no te importo lo más mínimo —deja escapar una amarga carcajada—. Me siento superutilizada, joder.

—No es que no me importes, yo…

—¡Cállate! Eres muy diferente a lo que imaginaba, ¿sabes? Mira, ojalá no te hubiera conocido nunca, porque era mucho más feliz cuando estaba enamorada de lo que veía en los vídeos. Está claro que esto no va a ir a ninguna parte, porque eres un falso y un mentiroso. ¡Que si TDAH, que si demisexualidad, que si alergia…! ¡No haces más que poner excusas! ¿Qué eres?, ¿una lista del supermercado? ¿Qué es lo siguiente?

—Kylie, tía, ya vale, ¿no? —Doy un paso al frente, llamando su atención. No puedo seguir escuchando esto en silencio—. Te estás pasando un huevo.

Ella se gira hacia mí, con las cejas alzadas por la sorpresa y los ojos, que antes habían estado húmedos, ahora llenos de rabia.

—¿Te vas a poner de su parte? ¿No has escuchado cómo me ha hablado?

Señala a Daniel, que nos observa muy serio, como si solo quisiera salir corriendo de allí.

—Lo siento —murmura él, antes de que me dé tiempo a responder—. No quería hacerte daño.

—Ya, claro. Déjalo. En realidad sí que tengo que darte la razón en una cosa: ayer sí que te esforzaste de lo lindo, pero en arruinar mi cumpleaños. Y veo que no tuviste bastante; que no te pareció que me hiciste llorar lo suficiente.

Él recibe el golpe como puede, y a mí la rabia me sube por el pecho hasta la garganta, tan ardiente que casi me quema. No soporto verlo así, parpadeando para ahuyentar las lágrimas. No soporto que Kylie esté tratándolo de este modo.

—Mira, si quieres hablar de lo que te pasa, lo hablamos. —La miro a la cara, y mi voz suena tan fría que apenas me reconozco—. Pero será mejor que empecemos por calmarnos todos antes, porque como vuelvas a hablarle así, te juro que no respondo. ¿Te queda claro? Estás siendo una mierda de persona ahora mismo.

Kylie abre mucho los ojos, sorprendida por mis palabras. Cómo no, la mirada se le inunda de nuevo. Pero ahora mismo me niego a hacer lo que hago siempre; me niego a pedirle perdón.

Entonces veo a Beth y Phoebe plantadas en la puerta, con la boca entreabierta y más desconcertadas incluso que Kylie. Esta última balbucea algunas cosas y corre a abrazar a Beth, que, por supuesto, tan solo ha debido de escuchar la última parte; esa en la que era yo quien estaba tratándola mal.

Incluso Phoebe me mira como si no pudiese asimilar lo que le he dicho a Kylie; sin creer que de verdad me esté portando así, como si no me importasen las lágrimas de mi amiga.

Abro y cierro la boca un par de veces, buscando las palabras. La cabeza y el corazón me van a toda máquina y no soy capaz de encontrarlas, así que me vuelvo hacia Daniel, que sigue plantado en el sitio, y le pongo una mano en la espalda.

—Ven, vamos a dar un paseo.

18
Mi cable a tierra

DANIEL

El pecho me duele tanto que siento que me va a reventar.

Noto la mano de Hannah en la espalda y dice algo de un paseo, pero es que apenas puedo escuchar nada que no sean los latidos de mi propio corazón, acelerado. Esta vez, de quien no puedo apartar la mirada es de Kylie. Quiero salir corriendo, pero no lo hago. No puedo.

Todas sus palabras se me han clavado en el pecho sin piedad, y aunque ahora mismo lo último que quiero es estar con ella, me duele que piense así de mí. Que se arrepienta tanto de haberme conocido.

Beth y Phoebe rodean a Kylie, que llora desconsolada. Quiero romperme de la misma manera, pero sé que este no es el sitio ni el momento, así que me trago todo lo que se me está amontonando en la garganta.

—Me voy a ir a casa —anuncio, y me sorprende lo firme que suena mi voz—. Si queréis os llevo, pero me voy ya.

—No hace falta —dice Phoebe, que me mira desde la puerta con el ceño fruncido. A pesar de su gesto, no me habla con brusquedad, así que no sé si está enfadada o no conmigo por hacer llorar a Kylie. Lo que sí parece es desconcertada—. Cogemos el autobús.

Aunque me sabe fatal dejarlas tiradas en Bristol, siento que me quitan un peso de los hombros. No quiero encerrarme con ellas en un coche durante cuarenta minutos.

—Yo sí voy.

Escuchar la voz de Hannah a mi lado me pilla por sorpresa, porque si bien no había olvidado que estaba allí, no esperaba que dijera algo así.

Beth se limita a torcer un poco el gesto a modo de respuesta; debe de pensar que está mal que Hannah venga conmigo en lugar de quedarse a consolar a su amiga. Sin embargo, yo asiento con la cabeza, y el alivio de que sea ella la que me acompaña es tan abrumador que tengo que apretar la mandíbula para no llorar.

—Vale, vámonos —le digo.

Hannah regresa al interior a por nuestras cosas, de las que yo me había olvidado por completo. Me quedo allí, mirando al suelo mientras el llanto de Kylie me rompe el corazón.

Me siento la peor persona del mundo por hacerla llorar así. No quería herir sus sentimientos. No quería meter la pata. No quería estropearlo todo por ser *así*.

Estoy muy harto de cagarla todo el tiempo.

Y, aun así, no puedo evitar estar algo enfadado. Lo que pasa es que no sé si es con ella por hablarme como lo ha hecho o conmigo mismo por no actuar diferente.

—¿Vamos? —me pregunta Hannah, aunque ni siquiera la he visto salir. Cuando alzo la vista, veo que las otras tres han entrado a la cafetería.

Asiento con una cabezada y echamos a andar en silencio, el uno junto al otro. La brisa fresca en la cara me ayuda a calmarme y, al inspirar, el olor a sal me inunda la nariz y la garganta. Aun así, sigo sintiéndome fatal, y ahora que soy capaz de pensar un poco, soy consciente de lo mal que he reaccionado.

Debería haber intentado hablar con Kylie; aclarar las cosas con más paciencia en lugar de ponerme a la defensiva. Está claro que la he abrumado.

Pero también creo que sus palabras iban totalmente en serio; que preferiría no haberme conocido, que nada de esto hubiera pasado.

Y, en realidad, yo también.

—Dan. —La voz de Hannah vuelve a sacarme de mis pensamientos—. ¿Estás bien?

—Sí —respondo, aunque no sé por qué me molesto en mentir; no voy a engañar a nadie—, pero no quería hacerle daño a Kylie.

—Es ella la que se ha puesto hecha un bicho de pronto.

Me encojo de hombros.

—Ha sido mi culpa. Siento mucho haber arruinado el día, Hannah.

—No eres tú quien lo ha arruinado.

—En parte, sí. A veces soy demasiado.

Hannah bufa con incredulidad. Cuando habla, suena incluso ofendida:

—¿«Demasiado»? ¿Qué cojones significa eso?

Sonrío y bajo la mirada.

—Ya sabes a lo que me refiero. *Sabes* cómo soy y la paciencia que hay que tenerme. Kylie no es la primera persona que se frustra al conocerme más y darse cuenta de que no funciono como todo el mundo.

—Que alguien no te entienda ni quiera hacerlo no te hace ser… «demasiado», Dan. Y te puedo asegurar que, para la gente a la que le importas de verdad, jamás lo serás.

No contesto. Me froto los ojos, que de pronto me pican. A veces me siento así, *demasiado*. Y otras veces tengo la sensación de que haga lo que haga jamás será suficiente. No sé cómo dos conceptos tan contradictorios pueden coexistir a la vez. Sin embargo, me agarro a las palabras de Hannah, al hecho de que, a pesar de todo, esté aquí.

Nos detenemos ante un semáforo en rojo y entonces reúno el valor para mirarla a la cara.

—Gracias por acompañarme.

—No me las des; no iba a dejarte solo.

—Pero creo que tus amigas se han enfadado. Sería mejor para ti que volvieras.

Lo digo como si no importase, pero lo cierto es que me importa más de lo que quiero admitir. Si Hannah se da la vuelta y se larga, voy a terminar de romperme por completo aquí en medio.

—No voy a volverme —dice en cambio—. Si la ola nos revuelca, será mejor que no acabemos cada uno en una punta, ¿no?

El corazón me da un vuelco y nuestros ojos se encuentran de nuevo, aunque esta vez no aparto los míos. El olor a sal que nos envuelve me traslada de pronto a aquel día de playa en que la marea nos arrastró para luego escupirnos sin piedad en la orilla. El día en que, a pesar del pánico que me oprimía el pecho, lo más importante fue no dejar ir su mano. Que ella estuviese allí siempre lo hacía todo más fácil.

Ahora también lo hace.

El semáforo se pone en verde y echamos a andar hacia el coche. Cuando llegamos al lugar en el que habíamos aparcado, saco las llaves y me subo frente al volante, esperando a que Hannah se sitúe a mi lado.

—¿Podemos esperar un rato antes de irnos? Es que sigo un poco nervioso.

Y es verdad. Aunque ya no me tiemblan las manos, todavía tengo un pellizco cogido en el estómago que no parece tener intención de soltarse.

—Claro —responde, con una sonrisa tranquilizadora—, el tiempo que necesites. No hay prisa. Al menos aquí dentro hace menos frío.

—¿Pongo la calefacción?

—Ahora estoy bien. El problema era el viento.

Asiento. Luego, dejo escapar un hondo suspiro y me apoyo contra el reposacabezas. Tras unos momentos de silencio, esbozo una sonrisa triste.

—No quería que las cosas acabasen así con Kylie —murmuro, y Hannah guarda silencio—. Ya imaginaba que no sería para siempre, pero… En fin, en realidad no me importa que se haya terminado, pero sí me duele haberle hecho daño.

Hannah parpadea un par de veces, sorprendida.

—¿No te importa?

Tuerzo el gesto, sin saber bien qué decir, y empiezo a juguetear con el anillo que llevo en el índice.

—Herir sus sentimientos, sí —explico, nervioso—. No era mi intención.

—¿No te gusta Kylie?

—Es agradable estar con ella, la mayoría del tiempo —digo, porque es cierto. Cuando no me hace sentir que lo hago todo mal, al menos—, pero… creo que no. No quería ilusionarla, ni nada de eso. Es solo que pensé que podría gustarme, con el tiempo. Ahora me parece que queríamos cosas diferentes.

Hannah frunce el ceño y temo que ella también se enfade conmigo. Aparto la mirada, sintiéndome todavía peor. Por su parte, se limita a hacerme una pregunta que me pilla por sorpresa:

—¿Y qué querías tú?

No respondo de inmediato. Aunque me cueste reconocerlo, sé que la respuesta tiene mucho que ver con que, cada vez que Kylie me besaba, en quien pensaba era en la chica de ojos rasgados que ahora me observa desde el asiento del copiloto.

Por suerte, soy capaz de morderme la lengua a tiempo:

—Últimamente, ni siquiera yo lo sé. Lo que sí sé es lo que no quiero, y a Kylie no le han importado mucho los límites que he intentado poner. —Trago saliva al recordar el malestar de la noche anterior. Una parte de mí encuentra alivio en saber que no se repetirá y me trago el nudo en la garganta antes de seguir hablando—: Igual tampoco he hecho las cosas bien, pero de verdad que lo he intentado, Hannah.

Clavo los ojos en el volante, con el corazón más acelerado de la cuenta y sin dejar de jugar con mis propios dedos, que ahora vuelven a temblar.

Hannah no responde, y de pronto estoy seguro de que no lo hará. O de que me dirá que soy un estúpido, que soy tan tonto que ni siquiera puedo evitar hacerlo todo mal. O de que se bajará del coche y volverá con sus amigas porque se ha dado cuenta de que Kylie llevaba razón: que el capullo soy yo por ilusionarla sin querer.

En cambio, extiende la mano y agarra una de las mías. Mi piel agradece el frío que desprenden sus dedos finos y, cuando la miro, en sus ojos no encuentro el enfado ni el desprecio que esperaba, tan solo preocupación.

—¿Era de eso de lo que querías hablarme esta mañana? —me pregunta con suavidad—, ¿de «los límites»?

Me pilla por sorpresa, porque apenas recuerdo haberle dicho que quería hablar, si bien sí que quería sacar el tema. Asiento despacio.

—No quería hacer nada con Kylie —le explico—. No me… atrae. De manera sexual, digo. Podría querer acostarme con ella de todos modos, porque son cosas distintas, pero… en este caso no quería.

Una sombra atraviesa su mirada, como si acabara de darse cuenta de algo. Cuando habla, su voz suena tensa:

—Dan, joder, no me digas que…

—No —me apresuro a decir, y siento la cara tan roja que debo de parecer a punto de entrar en ebullición. Cuando sigo hablando, me cuesta no tropezar con mis propias palabras—: O sea, no hemos llegado a… Pero sí que ha estado insistiendo mucho, y se me da fatal decir que no. Anoche sí que… sí que pasaron cosas con las que estuve incómodo.

—¿Quieres hablarlo?

Hago una pausa antes de responder. Más que querer o no, lo cierto es que no estoy seguro de *poder* hacerlo.

—Ahora mismo no quiero pensar en ello —murmuro. Ni siquiera entiendo por qué me siento así, ni por qué de pronto el nudo que tengo en el pecho no deja que el aire pase con normalidad—. Solo quiero irme a casa.

—Está bien —dice con tono tranquilizador—. Quiero que sepas que, si no estabas cómodo, ella no tenía derecho a presionarte a hacer nada, ¿vale? Y si quieres hablar en cualquier momento, estoy aquí.

Trago saliva y echo la cabeza hacia atrás. Después, cojo aire y lo suelto muy despacio, con la vista clavada en el salpicadero, en la lucecita de color rojo que indica que está puesto el freno de mano. También le doy un suave apretón a la mano de Hannah, que aún sostiene la mía.

Me gustaría no tener que dejarla ir jamás, porque ahora más que nunca necesito un cable a tierra, y ella siempre ha sido una experta

en ponerme los pies en el suelo cuando el mundo se vuelve inestable.

Sin embargo, también tengo muchísimas ganas de ir a casa, meterme en mi cuarto e intentar dormir un rato. Ponerme delante del piano o abrazarme a la guitarra, perderme en la música y tocar hasta que me duelan los dedos. Hasta que se me olviden las últimas veinticuatro horas.

Así que, luchando contra esas partes de mí que me gritan que el resto del día me quede justo donde estoy, suelto la mano de Hannah. Luego, me froto la cara y los ojos y, por último, me pongo el cinturón.

—¿Estás seguro? —pregunta en cuanto arranco—. No tenemos prisa.

—Lo sé. —Esbozo la sonrisa más tranquila que puedo—. Ya me siento algo mejor.

Ella asiente, aunque no sé si del todo satisfecha. Aun así, enciendo el reproductor de música en modo aleatorio y suenan las primeras notas de *Circles,* de Post Malone. Mientras salimos del aparcamiento, tarareo en voz baja, siguiendo el ritmo de la canción con el índice sobre el volante.

No quiero pensar más en Kylie, en sus palabras ni en la rabia que estas destilaban. Así que la destierro al fondo de mi mente y me centro en la letra de la canción y en la presencia de Hannah, mucho más reconfortante.

Pronto salimos a la autopista; a estas horas, bastante despejada. Me alegro de que sea así, porque lo último que quiero es que Hannah tenga otro ataque de pánico como el del otro día. No parece agobiarse cuando va de copiloto, pero por si acaso.

La voz de Finneas comienza a sonar por el altavoz con *Shelter,* y Hannah coge aire con fuerza. Al mirarla de reojo durante un instante, la veo sonreír. El corazón me da un vuelco cuando esta vez es ella quien se pone a tararear, muy flojito.

La acompaño, aunque un poco más alto. Hannah se ríe y suena tan sincera que no puedo evitar que se me ensanche la sonrisa. Ella

sube el volumen de la canción, también el de su propia voz.

Hago un poco el tonto y desafino a propósito, porque quiero escucharla reír otra vez. Funciona, y para el segundo estribillo ya estamos los dos cantando a grito pelado dentro del coche.

Cuando esa canción termina y comenzamos a cantar la siguiente, me siento mucho mejor. Ya no tengo tantas prisas por llegar a casa, porque aquí ya tengo toda la música que necesito. Aquí me siento seguro, escuchando su risa, sintiéndola cerca de mí.

19
Donde los recuerdos no ahogan

HANNAH

Cuando llego a casa, lo hago con el corazón tan lleno de emociones que tengo ganas de llorar.

Paso junto a mi madre, que prepara la comida en la cocina mientras Nora mira un canal de dibujos en el salón. Saludo y voy a mi habitación para dejarme caer sobre la cama, en un intento de procesar todo lo que siento.

Ahora mismo, odio a Kylie por herir a Daniel. Por presionarlo, por humillarlo y hacer que se disculpe por cosas que no debe. Y me doy cuenta de que, en realidad, todo el mundo está siempre pidiéndole perdón a Kylie, yo incluida.

Aun así, esa rabia que siento hacia ella ha quedado reducida a nada después de cantar a todo pulmón en el coche con Dan. Como si estuviéramos solos sobre la Tierra, como si nada importase en esta vida más que gritar el siguiente verso.

Soy consciente de que, por mucho que trate de alejarme de mi propio pasado, una parte de mí siempre pertenecerá a aquellos días en los quesentíamos que el mundo eranuestro. Cuando la cima más elevada se encontraba en la rama más alta a la que podíamos trepar en el parque.

No recuerdo haberlo pasado tan bien como hoy en años. Esos años que he pasado buscándome a mí misma, tratando de encontrar a esa Hannah que fuera fuerte, más valiente; esa que no se ahogara en recuerdos. Y ha sido al agarrar su mano cuando, por una vez, he sentido que encontraba todo lo que estaba buscando.

Una lágrima se desliza por mi cara hasta la almohada, y me siento una estúpida. Esto es justo lo que no quería: anclarme al pasado. Sentir que, con lo duro que ha sido avanzar, ahora toca

retroceder. Supe que algo así podría ocurrir en cuanto Daniel reapareció en mi vida de nuevo y, sin embargo, ahora soy incapaz de dar un paso atrás, porque lo único que quiero es pasar otro rato más con él.

Qué tonta soy.

—Hannah —me llama mi madre, abriendo la puerta sin llamar—, pon la mesa, que vamos a comer.

Me incorporo tan rápido que me mareo un poco, pero me doy prisa en secarme con la mano los surcos húmedos que me recorren la cara, esperando que no se fije. Lo hace; lo veo en su expresión.

—Sí, voy —me apresuro a decir.

Ella me mira un poco extrañada antes de asentir con la cabeza y salir por la puerta. Quiero mucho a mi madre, pero nunca ha sabido bien qué hacer con los sentimientos, y en parte supongo que me parezco más a ella de lo que me gusta admitir.

Papá era diferente: más sensible, más cariñoso. No le costaba demostrar lo que sentía, y Debbie es la única que ha salido a él. Aunque, técnicamente, mi madre siempre ha estado aquí, ni a mí se me da bien apoyarme en otros ni ella sabría muy bien cómo responder si se me ocurriera hacerlo.

Hace tiempo que nuestra relación no es tan cercana como algún día lo fue. En parte, porque el fantasma de mi padre nos persigue a ambas a menudo, porque su ausencia pesa cada día entre estas paredes y flota sobre nosotras como un espeso manto. Un manto que mantiene nuestras bocas cerradas para que nunca, bajo ningún concepto, hablemos de él.

Porque hablar significa abrir heridas, y ello implica que afloren sentimientos que ninguna de las dos sabemos bien cómo manejar.

Respiro hondo un par de veces y salgo por la puerta para poner la mesa. Intento olvidar ese revoltijo de emociones a las que ni siquiera sé poner nombre; esas que me provocan tanto un cosquilleo en el estómago como una extraña angustia en el pecho.

Y eso último me transporta a recuerdos a los que no quiero volver: a tener trece años y pasar de estar en la cima del mundo al

agujero más hondo. Así que, como de costumbre, hago todas esas emociones a un lado.

Adonde los recuerdos no sean capaces de ahogarme.

♪ ♫ ♩

DANIEL

—Tendríamos que haber escuchado al sentido común: ser amiga de Hannah es una *red flag* tremenda.

James deja escapar un resoplido y yo tuerzo el gesto ante sus palabras.

—Hannah es la que me ha apoyado. —Frunzo el ceño—. Y la única que ha venido conmigo.

—Vale, vale. —Alza las manos con inocencia, pidiéndome que no me enfade. Luego, coge un trozo de *pizza* que hay en la mesa del salón de su casa—. Pero ¿tú estás bien?

Me inclino hacia delante y agarro también un pedazo de *pizza* cuatro quesos. Lo muerdo bajo la atenta mirada de mi amigo, haciendo tiempo antes de contestar.

La falta de sueño y los nervios me han dejado reventado, así que tampoco tengo muy claro cómo estoy, además de muy cansado. Sin embargo, en casa estaba empezando a comerme la cabeza más de la cuenta, así que, en cuanto James me ha dicho de quedar para cenar y jugar a algo, ni siquiera he dudado.

De momento, la «noche de videojuegos» ha consistido en meter un par de *pizzas* al horno y que le cuente lo que ha pasado en Bristol.

—Creo que sí. Sigo un poco rayado, pero estoy bien.

—Seguro, ¿no? Podemos hablarlo.

Asiento con la cabeza. Me preocupaba un poco que se burlara de mí por «desperdiciar» la oportunidad de tener algo con Kylie, pero James, a la hora de la verdad, siempre me entiende. Siempre he admirado mucho esa capacidad que tiene de leer entre líneas hasta

dónde puede llevar una broma, cuándo es el momento para hacerlas o, por el contrario, de tomarse las cosas en serio.

—Ahora mismo prefiero jugar a algo y distraernos.

—Muy bien. —James se ríe y se recoge el pelo, que había llevado suelto, en uno de sus característicos moños—. Aunque no te creas que me voy a dejar ganar porque estés de bajón; te voy a dar una paliza de todos modos, ¿eh?

—Inténtalo —le reto, divertido.

James me pasa un mando de la Play, agarra otro y empieza a preparar la partida. Un pitido inunda el salón, dando comienzo al partido de baloncesto virtual, y lo único que se escucha durante un rato es el sonido de los botones del mando, las voces grabadas de las gradas y el chirriar típico de las zapatillas contra el suelo de la cancha.

Entre un cuarto y otro aprovechamos para comer o dar un sorbo a unos refrescos cada vez más vacíos. Las noches de videojuegos son tradición entre nosotros, y son la mejor forma de desconectar de todo lo demás.

—Voy a pedirle salir a Beth —anuncia James tras un par de partidas.

Lo inesperado de su afirmación me hace apartar la vista de la pantalla durante el tiempo suficiente como para que él meta una canasta. Cuando escucho el sonido de celebración de la pantalla, pongo el juego en pausa.

—¿En serio?

—Creo que tengo posibilidades. —Se gira para mirarme también—. Siempre sonríe un poco más cuando le hablo, ¿te has fijado?

Asiento, despacio. Incluso yo me pongo un poco nervioso de preguntarme cuál puede ser la respuesta de la chica. A pesar de todo lo que ha ocurrido esta mañana, me parecería genial que Beth saliese con James. Creo que harían una buena pareja (si bien un poco extraña). Además, ella me cae genial y James estaría tan feliz que no podría ni creérselo.

—El martes estabas convencidísimo de que le gustaba Evan.

James pone cara de asco cuando menciono a nuestro compañero.

—¿Crees que le gusta Evan?

—No he dicho eso. He dicho que *tú* lo pensabas.

—Ya, bueno, pero es porque estaba rayado. Lo he pensado mejor y… no sé, creo que es verdad que solo son amigos.

—También lo creo yo —digo, porque en serio estoy de acuerdo; nunca me ha dado la impresión de que se miren de forma romántica, por bien que se lleven—. ¿Has pensado en cómo y cuándo se lo dirás?

—Todavía no lo sé, porque, con lo que acaba de pasar contigo y con Kylie, puede que no sea el mejor momento. Puedo esperar, no pasa nada. La decisión está tomada, así que en cuanto se calmen las cosas me lanzo.

—Te pondré una velita para que salga bien —digo, medio en broma, medio en serio.

James deja escapar una risita nerviosa y se echa hacia atrás en el sofá, acomodándose.

—Una docena, mejor. Por si acaso.

—Marchando una docena de velas para el día de la declaración. —Me río—. ¿Quieres otra partida?

James le da un sorbo a su refresco y asiente. Luego coge el mando de nuevo y continuamos jugando.

20
Tu mirada en la penumbra

HANNAH

[25 de octubre]

@hannahpark505

hola, dan!

qué tal estás?

@dxnielhdson_

Hola!:)

Bien, justo acabo de terminar de grabar un cover

Tú cómo estás?

@hannahpark505

se puede preguntar qué canción grababas? 👀

y yo estoy bien, también

acabo de llegar a casa, estaba haciendo un trabajo de mates con unos compis de clase

@dxnielhdson_

Uf, mates, qué horror

Y puedes preguntar lo que quieras, si te apetece oírla te la puedo pasar

Me vendría bien una opinión, que no estoy seguro de cómo ha salido

@hannahpark505

no entiendo mucho de música, así que no sé si mi opinión cuenta demasiado

@dxnielhdson_

Con que me digas si te suena bien, me vale jajajaja

Aunque por aquí igual no se va a mandar bien, no?

@hannahpark505

dime tu número y te mando un mensaje

que hace tiempo que cambié el mío

@dxnielhdson_

Anda, eso explica muchas cosas jajajaja

@hannahpark505

lo hace?

@dxnielhdson_

Sí, siempre pensé que me habías bloqueado y que por eso no te llegaban mis mensajes

@hannahpark505

...

@dxnielhdson_

Oh

Sí que me tenías bloqueado

@hannahpark505

fue al principio, solo

luego es verdad que me cambié de número

@dxnielhdson_

Bueno, no pasa nada

@hannahpark505

te has enfadado?

@dxnielhdson_

Qué va, no te preocupes

Lo entiendo

@hannahpark505

entendería que te molestase

no hice las cosas demasiado bien

@dxnielhdson_

Tranquila, sé que a veces soy un poco intenso

@hannahpark505

dan, no es eso

@dxnielhdson_

Que no pasa nada, Hannah, de verdad

@hannahpark505

… vale, está bien

me das tu número, entonces?

de verdad que me gustaría escuchar la canción

A pesar de que estoy bastante segura de que la he cagado al admitir que lo bloqueé cuando dejamos de hablarnos, Dan no duda en mandarme su número.

Todo el rato que he estado escribiéndole por Instagram, lo he hecho sentada en la cama, con el pijama ya puesto tras llegar a casa y una manta tapándome las piernas. Ya casi es noviembre, y el clima es cada vez más frío.

Cuando guardo su número y voy a escribirle un mensaje, me fijo en su foto de perfil: sale él sentado en una roca, con las piernas cruzadas y el mar de fondo. Lleva unos vaqueros y una sudadera blanca con la capucha subida. Mira a la cámara sonriente, con los ojos castaños brillando con esa ilusión que parece siempre acompañarlo a todas partes.

Qué guapo está.

Hannah, 19:14

hola! soy yo otra vez

Daniel, 19:14

Hola!

Te mando el vídeo

Pero con una condición

Hannah, 19:15

cuál condición?

Daniel, 19:15

Podemos hacer videollamada mientras lo ves?

Es que quiero ver tu reacción en directo

Me pongo más recta de la cuenta por lo inesperado de la petición. Quiero decirle que no estoy en mi momento más presentable, pero me contengo al preguntarme por qué debería importarme que Dan me vea en pijama. Me ha visto con peores pintas, de pequeña. Y, además, tampoco es como si tuviese que impresionarlo.

Así que acepto y él me llama al momento. Antes de contestar, sin embargo, me paso los dedos por el pelo para, al menos, adecentarme el flequillo. La cara de Daniel aparece en mi pantalla, sonriente, y me saluda con la mano con la que no sujeta el móvil. Detrás de él veo la ventana que hay junto a su cama, por la que me escapé la mañana después de la fiesta de Beth.

—¡Hola! —exclama, y la forma en que los ojos se le iluminan hace que el corazón me lata más rápido de la cuenta—. El vídeo se está enviando.

—Hola —respondo. Creía que se había enfadado conmigo por lo que le había dicho, pero, si ha sido así, no lo aparenta lo más mínimo—. Me acaba de llegar. Voy a ponerlo.

—Sé sincera, ¿eh? No me dejes hacer el ridículo, que me ve mucha gente.

—Que sí, que sí. —Me río—. Protegeré tu honor, no te preocupes.

Él asiente y esboza una mueca que me da a entender que, a pesar de su sonrisa, en realidad sí que está un poco nervioso. Aun así, he visto casi todos los vídeos que ha subido a TikTok —que no son pocos— y me cuesta creer que su voz pueda sonar mal; todas sus versiones me gustan más que las originales.

Le aviso de que voy a poner el vídeo y, al hacerlo, compruebo que es algo distinto a los que suele grabar: en lugar de estar frente al piano o con la guitarra, está sentado sobre la cama, con las piernas cruzadas y un ukelele entre los brazos. Entona *As It Was,* y su voz es tan dulce como de costumbre. Veo su cara llena de curiosidad y expectación en la esquina de arriba de mi pantalla, y compruebo que

es el mismo ángulo y que lleva la misma camiseta marrón de mangas cortas y el pelo igual de revuelto; sí parece que ha acabadode grabar ahora mismo.

Me quedo embobada viéndolo cantar, con el ritmo que sigue con una mano para rasgar las cuerdas, la forma en que sus dedos se mueven al cambiar de un acorde a otro. No entiendo cómo puede sentirse inseguro cuando convierte cada nota en una melodía hipnótica.

El vídeo termina y ese pedacito se me hace demasiado corto; quiero oírle cantar la canción entera. O quizás lo que quiero es escucharle todo el día.

—¿Y bien? —me pregunta, y lo escucho tragar saliva.

—Me gusta —digo, y al instante me doy cuenta de que no es suficiente, de que no abarca, ni de lejos, todo lo que estoy sintiendo—. Suena genial, Dan. Me ha encantado.

Su sonrisa se ensancha y la ilusión vuelve a inundar su rostro.

—¿De verdad?

—Claro que sí. Te quedan muy bien las canciones de Harry Styles. Bueno, y todas.

Nos reímos, y los dos sonamos un poco nerviosos. Yo, al menos, no puedo evitarlo si sus ojos castaños siguen mirándome de esa manera, con ese brillo. La manta que me cubre las piernas comienza a estorbarme un poco, así que me la aparto.

—Gracias —responde él—. En un par de días la subiré.

—Si necesitas más opiniones, ya sabes.

Se hace un breve silencio a ambos lados de la pantalla durante el cual nos limitamos a mirarnos el uno al otro. Luego, él se aclara la garganta y vuelve a sonreír.

—¿Y qué tal el trabajo de mates?

—Bien. —Me pongo un cojín en la espalda para estar más cómoda—. Ha sido divertido incluso, porque me llevo muy bien con mis compañeros de grupo. Te conocen de TikTok, por cierto. Uno de ellos está muy decepcionado con que seas hetero.

—No lo soy. Hetero, digo. No solo me gustan las chicas. —Se encoge de hombros, pero no añade nada más. Luego, se deja caer hacia atrás para tumbarse en la cama—. Y, bueno, estoy bien. Kylie no ha vuelto a hablarme después de lo que pasó, y no creo que vuelva a hacerlo nunca.

—Está muy enfadada. Yo tampoco he estado mucho con ella estos días, si te digo la verdad. Creo que siente que la he traicionado, o algo así.

La preocupación tiñe su mirada al instante. Es verdad que mis amigas han estado un poco distantes conmigo últimamente. Sé que Phoebe no está enfadada, pero tampoco quiere darle la espalda a Kylie ahora que está de bajón. Y como para Kylie soy parte del problema, he decidido apartarme un poco, dar un paso al lado hasta que se calmen las cosas.

—Joder, Hannah. Lo siento. No quería que tuvieras problemas con ellas.

—Fue mi decisión ponerme de tu parte. Y sigo creyendo que es lo correcto.

—Aun así —susurra—. Si quieres hablar, sabes que estoy aquí.

Asiento con la cabeza y le dedico una sonrisa. Luego, me tumbo también, sosteniendo el móvil en alto.

—Gracias. Lo mismo digo.

—Pues ahora que lo dices, sí que… he estado pensando en algo, ¿sabes? —admite, algo dubitativo—. No te dije la verdad el otro día, cuando me mandaste la foto del cartel. El del concurso. —Hace una pausa, como esperando a que diga algo. En su lugar, alzo las cejas para animarlo a continuar—. Bueno, en realidad sí que… En fin, que sí he intentado escribir algunas canciones, pero no son muy buenas.

—Si quieres participar, creo que aún quedan unas semanas para que acabe el plazo, ¿no? Tienes tiempo de pensar en algo.

—Es hasta finales de noviembre, sí. Se me había ocurrido escoger alguna de las más decentes, y trabajar en ella para mejorarla, pero creo que me vendría bien un poco de ayuda y alguna opinión. Así

que, si no te viene muy mal…, ¿te apetecería venir un día de estos a mi casa y escuchar lo que tengo?

Aunque la penumbra de su habitación lo disimula, puedo ver incluso a través de la cámara cómo la cara se le ha puesto más y más roja a medida que habla.

La luz del exterior ha ido disminuyendo durante este rato, según el sol desciende y se esconde tras los edificios más altos. En lo que tardo en responder a su sugerencia, Dan se estira para encender su lamparita de noche. Esta ilumina el dormitorio en un suave tono anaranjado que le colorea el rostro. Cuando me miro en el rectángulo superior de la pantalla, me fijo en que a mí apenas se me ve la cara.

—Me encantaría —respondo, con voz queda—. ¿El sábado?

—Perfecto, el sábado.

La sonrisa de Daniel se ensancha y el nerviosismo se transforma en ilusión. Una ilusión que le llega a los ojos castaños y que ahora parecen casi naranjas debido al tono de la luz que se refleja en ellos.

Desde su lado de la pantalla, escucho una voz femenina que suena como la de su madre.

—Tengo que bajar a cenar. —Daniel se incorpora—. Pero vamos hablando para la hora y eso, ¿no?

Asiento con la cabeza y ambos sonreímos. Después, nos despedimos y es él quien cuelga, mientras se levanta de la cama. En cuanto la luz del móvil desaparece, me quedo a oscuras en la habitación. Ni siquiera sé por qué sigo accediendo a estas cosas, cuando se supone que semanas atrás pretendía alejarme de él todo lo posible; cuando, con todo lo que está pasando con mis amigas, la decisión más inteligente sería mantener las distancias con él, si no quiero que el disgusto de Kylie termine por volverse del todo en mi contra.

Sin embargo, hay algo que me impide alejar la vista cuando Dan está cerca; algo en la luz que desprende en cada gesto que me obliga a mantenerme a su alrededor, a buscar pasar tiempo con él.

A lo mejor, no tiene por qué ser tan malo.

A lo mejor, recuperar a mi mejor amigo de la infancia no tiene por qué acabar mal; no tiene por qué ser una maldición ni el desencadenante que me lleve a romperme.

A lo mejor, volver a ser su amiga puede ser un golpe de suerte.

21
Razones para estar nervioso

DANIEL

El viernes por la mañana, durante las clases, soy incapaz de quedarme quieto. Y es que a los nervios de haber quedado con Hannah se suman los de que, en poco más de veinticuatro horas, voy a enseñarle algunas de mis canciones.

Nunca me he atrevido a dejar que nadie las escuche, y cuanto más lo pienso, menos claro tengo que esto sea buena idea. Aun así, quiero hacerlo. Quiero compartirlas con ella porque estoy seguro de que, aunque honesta, sabrá encontrar las palabras para no hacerme daño si le parecen malas. Siempre ha tenido esa habilidad, incluso sin ni siquiera ser consciente de ello.

Suspiro y, cuando levanto la cabeza, veo a James hablando con Beth a unos metros de distancia, en el otro extremo de la clase. Cuando llegue la profesora de Historia tenemos un parcial y, aunque he intentado repasar durante el recreo y estos últimos minutos, no he podido concentrarme demasiado.

—¿Ya hay que empezar a organizar el viaje de fin de curso? —escucho a mi amigo preguntarle a Beth, que es la delegada de la clase—. ¿Tan pronto?

—¡Pues claro! Si queremos encontrar algo decente y que no sea muy caro, hay que ir decidiendo ya. Al menos, estaría bien que pudiéramos ponernos todos de acuerdo.

James tuerce el gesto, pensativo, pero termina asintiendo.

—Sí, tienes razón. Si necesitas ayuda, avísame, y te echo una mano en lo que haga falta.

—Cuento contigo, entonces.

La sonrisa de Beth se ensancha, pero a quien se le ilumina el rostro es a James, que no podría estar más ilusionado con la idea.

Los observo en silencio y sin pensar tan siquiera en acercarme. En parte, por no cortarle el rollo a mi mejor amigo, pero sobre todo porque Beth lleva medio mes sin dirigirme la palabra. No la culpo por ponerse del lado de su amiga, pero me gustaría que las cosas fueran diferentes.

Al menos, puedo alegrarme de que no extienda el castigo de silencio también a James, porque él no me lo perdonaría jamás. De hecho, cada día los veo más a gusto juntos, charlando con más confianza.

Pienso en lo que me dijo el otro día acerca de pedirle salir, y a medida que pasan los días, más posibilidades veo de que salga bien.

—Oye, Dan. —Me llama Evan desde el asiento de delante, sacándome de mi ensimismamiento—. ¿Te sobra un boli? No sé dónde he metido el mío.

—Creo que sí, espera.

Rebusco en el estuche y encuentro un boli de más. Me aseguro de que pinte bien antes de dárselo a Evan, que me mira expectante.

—Gracias, luego te lo devuelvo. Oye, me ha comentado Beth que lo tuyo con Kylie no ha terminado de funcionar, ¿no?

Tuerzo el gesto. Después de la discusión que tuvimos en medio de Bristol, ese «no ha terminado de funcionar» resulta una forma muy suave de decirlo.

—Qué va. Buscábamos cosas distintas —repito las palabras que le dije a Hannah, porque de algún modo resumen bastante bien la situación. Sigo sin saber qué queríamos ninguno de los dos con exactitud, pero está claro que no estábamos en la misma página—. En fin, así es la vida.

—¿Y estás bien? —me pregunta, y de pronto me doy cuenta de que está un poco tenso, como preocupado. Me sorprende, porque no es que tengamos una relación cercana—. Las rupturas suelen ser difíciles.

—Me hubiera gustado que las cosas acabasen de otra manera, pero sí, estoy bien.

Asiente, como aliviado.

—Me alegro. Es que Kylie es un poco… Bueno, da igual. Igual sueno insensible, pero creo que te va a ir mejor teniéndola lejos.

Se ve que Evan conoce a Kylie de algo más que de vista, pero ni yo pregunto ni él me da más detalles. Tengo que admitir que lleva razón: parte de mí no puede evitar sentirse aliviado de que las cosas con ella hayan terminado.

Se me escapa una mirada de reojo hacia Beth, que sigue hablando con James. No me gustaría que la discusión con Kylie influyera en la visión que tiene Beth sobre mí, porque siempre nos hemos llevado muy bien.

Evan se da cuenta y suspira.

—Se le pasará el enfado —dice, refiriéndose a Beth—. El único motivo por el que sigue sin hablarte es porque Kylie debe de estar echando pestes todo el día, pero en cuanto a ella se le pase, a Beth se le olvidará. No es rencorosa.

Quiero decirle que espero que lleve razón, pero entonces entra la profesora de Historia y nos toca separar los pupitres para hacer el examen. Durante un momento, en la clase reinan el desagradable chirrido de las mesas y sillas contra el suelo que siento rechinar en el cerebro, los suspiros nerviosos y los comentarios de «buena suerte» entre aquellos que están más cerca unos de otros.

En las primeras filas, la profesora ya reparte los folios con las preguntas. El cuestionario de hoy no vale demasiado para la nota, pero, a pesar de haber estudiado, no puedo evitar que se una a la lista de cosas que me ponen hoy nervioso.

Cuando me pone el mío delante, escribo mi nombre sobre el folio y empiezo a leerlo. A pesar de los nervios y el agobio inicial, no parece demasiado difícil; hay unas cuantas preguntas sobre los apartados que más he estudiado, así que debería irme bien. O eso es lo que me digo cuando empiezo a escribir.

Delante de mí, Evan está ya metido de lleno en el examen, así que tan solo le veo la espalda. Me hace sentir muy incómodo pensar en que Kylie lleve dos semanas hablando mal de mí y odiándome por

una relación que ojalá nunca hubiese comenzado, porque desde el principio estaba destinada a no llegar a ninguna parte.

Dejo escapar un suspiro; estoy seguro de que nos habría ido muchísimo mejor como amigos.

—Psss. —La voz de James, desde el asiento de atrás y acompañada de una sutil patadita en mi silla, llama mi atención—. Espabila.

La profesora carraspea un par de veces para que no hagamos ruido y miro el examen. James siempre tiene tiempo de hacer sus tareas y, además, de fijarse en que yo no me quede embobado con otras cosas. No sé qué haría sin él. Y es que a pesar de que a veces nos frustremos el uno al otro y sea tan cabezota con todo lo de Hannah, al final siempre ha sido quien ha estado a mi lado. Siempre. En las buenas y en las malas. Cualquier discusión que hayamos podido tener nunca ha durado más de dos días, porque a estas alturas es tan imprescindible para mí que, más que un amigo, es mi hermano.

Un par de mesas a la izquierda, alguien estornuda, y me obligo a centrar la mirada en el examen y ponerme a escribir antes de quedarme sin tiempo.

Es agradable tener no solo su apoyo, sino también el de Hannah. Lo único que me fastidia es que todo esto de Kylie la esté afectando también a ella; no es justo que pague por algo en lo que no tiene nada que ver. Aun así, una parte egoísta de mí no puede evitar alegrarse por tenerla de nuevo de mi parte; como si una parte del universo estuviera sanando después de mucho tiempo y las cosas volvieran a su sitio, en donde siempre debieron estar.

Ahora, solo falta que James deje de poner cara de culo cuando Hannah está cerca. Aunque, a estas alturas, no estoy del todo seguro de que eso sea posible.

22
Magia

HANNAH

Esta vez, cuando llego a la casa de Dan, llamo al timbre en lugar de entrar a hurtadillas.

Diane Hudson siempre se ha alegrado mucho de verme, pero ahora ni siquiera puede disimular el gesto de sorpresa que se le dibuja en el rostro, y al instante sé que Daniel ni siquiera le ha dicho a su madre que vengo. Conociéndolo, no sé de qué me extraño, pero tampoco habría venido mal que le amortiguara el impacto de encontrarme en su puerta tras tantos años sin pasar por aquí. Siendo ella consciente, al menos, porque apenas hace un par de meses que me quedé aquí a dormir.

—Hannah, madre mía, cuánto tiempo. Pasa, pasa, tesoro. ¡Qué guapa estás!, ¡y qué mayor! ¿Cómo te va todo? ¿Qué tal tu madre? ¡Siempre que viene Debbie le pregunto por ti!

Sus ojos azules no se apartan de mí cuando doy un paso hacia delante, como si no pudiese creer que de verdad soy yo la que está cruzando el umbral de su casa. Incluso desde aquí escucho la guitarra de Daniel en la planta de arriba.

—Hola. —Sonrío, a pesar de la incomodidad que me produce saber que todo este desconcierto se debe a que un día desaparecí de la vida de su hijo sin dar explicaciones. Decido ser todo lo amable que ella merece que sea—. Bien, como siempre. ¿Y vosotros cómo estáis?

—Todos genial. Marvin y yo estábamos a punto de salir un rato con unos amigos, y Carol sigue en Francia, aunque vino de visita este verano. Me imagino que has venido a ver a Dan, ¿no?

—Sí, habíamos quedado esta tarde.

La sonrisa de la mujer se ensancha más aún y no puedo evitar que me sorprenda verla tan emocionada.

—Qué bien, no sabía que habíais retomado el contacto. Sube, que está en su cuarto, aunque para encontrarlo solo hay que seguir la música. —Se ríe de su propia broma, y yo también lo hago—. ¿Quieres que os prepare algo de merendar antes de irnos? ¿Un té? ¿Algún dulce?

—No hace falta, estoy bien. Muchas gracias.

—Bueno, pero si quieres cualquier cosa, se la pides a Dan. Ya sabes que estás en tu casa, siempre es un gusto tenerte por aquí.

Diane me da un inesperado abrazo y su ilusión me aprieta un nudo en la garganta. En parte, por el cariño que desprende con cada palabra, pero también por la culpa de haber desaparecido así de un lugar en el que me aprecian tanto. La familia de Daniel siempre me ha tratado con tanta cercanía que a menudo me sentía mejor recibida que en mi propio hogar, donde las distancias siempre han estado más marcadas.

La situación en casa y la relación con mi madre empeoró mucho tras la muerte de mi padre. Aunque al principio me refugié en la familia Hudson todo lo que pude, más tarde tuve claro que si quería sobrevivir a todo el dolor tenía que alejarme. Y es que la forma en que me miraban, aunque cálida, era un recordatorio constante de lo que había perdido.

Ahora, esa cercanía que un día me arropó vuelve a quemar. Deshago el abrazo, intento que mi sonrisa no se vea tan tensa como la siento, y me encamino escaleras arriba.

Tal y como ha dicho su madre, para llegar a Dan solo hay que ir tras la melodía. En este caso, las notas me llevan hasta una puerta cerrada que he cruzado montones de veces. Permanezco donde estoy por no interrumpirlo y trato de discernir la canción que está tocando.

Tararea algo, pero lo hace tan bajo que no entiendo lo que dice. Entorno los ojos como si eso pudiese ayudarme a reconocer la canción, que tan familiar me resulta. No tengo ni idea de cómo lo

hace, pero todo lo que toca suena genial, incluso así. Incluso a través de una puerta, con algún acorde desacompasado y entre los murmullos distraídos de quien canta sin pretensiones; tan solo por el gusto de crear música, de rodearse de ella, de empaparse en cada nota.

Ya casi al final de la canción, no puedo evitar una sonrisa al reconocer *The Great War*. Espero a que termine y, en cuanto se hace el silencio, llamo a la puerta.

—Pasa —dice, alegre.

Lo hago. Al entrar, lo encuentro sentado en el suelo con la guitarra entre los brazos y una sonrisa pintada en la cara.

—¿Ya son las cinco? —Se pone de pie, pero, a diferencia de su madre, no se sorprende de verme allí. Mira alrededor, deja la guitarra sobre la cama y trata de disimular un poco el desorden de su habitación; coge un puñado de ropa arrugada de la silla y la mete en una cesta del armario—. Ponte cómoda, siéntate donde quieras. Iba a ponerme a ordenar hace como una hora y al final me he distraído.

—Estabas cantando una canción de Taylor Swift —comento, aunque ni siquiera sé por qué; no pienso admitir en voz alta que he estado escuchándolo a escondidas desde el otro lado de la puerta—. A mí también me gusta.

Dan se ríe, encogiéndose de hombros.

—¿Hay gente a la que no le gusta Taylor Swift?

Me dejo caer sobre la cama, risueña.

—Eso he oído, al menos.

—Pues ellos se lo pierden. —Se sienta a mi lado, más cerca de lo que esperaba—. ¿Qué tal estás?

—Lista para hacer de crítica musical, por supuesto. ¿Y tú?

Él pone cara de circunstancias, y al momento empieza a juguetear con su anillo.

—No tan listo para las críticas musicales.

—No tienes por qué estar nervioso, solo soy yo.

—Sí, bueno, precisamente por eso.

Me dedica una media sonrisilla que parece esconder algo que no comprendo. No entiendo del todo a qué se refiere con ese comentario, pero ni yo pregunto ni él me lo explica. Se inclina hacia un lado para coger su móvil, que reposa sobre la almohada.

—He hecho un poco de trampa —continúa, desbloqueando la pantalla—. Anoche no podía dormir, así que grabé un trocito en audio. Creo que no suena muy fuerte, porque era tarde. Si ves que no es muy mala del todo, a lo mejor me atrevo a tocarla cuando se vayan mis padres.

Se le escapa una risita nerviosa, y me tiende unos auriculares inalámbricos. Me pongo los dos y él coge aire para después soltarlo de golpe.

—Vale, cuando quieras. —La sonrisa me flojea un poco al fijarme en que las manos le tiemblan—. Oye, no quiero que te sientas obligado, Dan. Si has cambiado de idea, no pasa nada.

—Está bien. Quiero que lo escuches. Venga, tres, dos, uno…

Toca la pantalla casi sin mirar y, cuando la primera nota empieza a sonar en mis oídos, deja escapar una exhalación de lo más dramática y se deja caer bocabajo sobre la cama para hundir la cara en la almohada y no ver ninguna de mis reacciones.

No puedo evitar reírme por lo tonto que es y le doy unas palmaditas en la espalda para infundirle ánimo. ¿Cómo puede subir vídeos a TikTok casi a diario para que lo vean miles de personas, y ahora darle tanta vergüenza? Dejo la mano ahí, haciendo líneas sin orden con el dedo sobre la camiseta gris que lleva puesta. La canción está tocada con la guitarra y, tal y como ha dicho, no suena muy alto, así que cojo el móvil —que él ha dejado tirado en la cama— para subir el volumen al máximo. La melodía es lenta, tenue como si tan solo hubiera estado acariciando las cuerdas, y la voz de Dan suena tan dulce como siempre, pero más contenido, supongo que por no despertar a sus padres.

Aunque esté jugando a ser una «crítica musical», no soy ninguna experta. Aun así, y tal vez sea por la cantidad de tiempo que he invertido en escuchar sus *covers* en TikTok, que en el ritmo

encuentro influencias de otros artistas que sé que le gustan, como Conan Gray, Finneas o Harry Styles. Y al mismo tiempo hay algo que lo hace totalmente distinto a todo lo demás, su propia aportación.

La letra, en cambio, es lo que más me sorprende: habla de esforzarte en querer bien a alguien, sin cadenas ni cerrojos; de ser el que siempre antepone los sentimientos ajenos a los propios; de olvidarse de uno mismo con tal de no hacer daño; de perder el rumbo y no saber cómo encontrarlo de nuevo.

«Sé que a veces soy un poco intenso», dijo el otro día, como si fuera un defecto. Pero ¿qué hay de malo en serlo? ¿Qué hay de malo en sentir?

¿Por qué tiene que ser negativo vivir con intensidad y ser apasionado en lo que te gusta?

Incluso entre susurros, su voz transmite tanto como siempre, y cuando la canción termina, lo único que quiero es escucharla de nuevo. Sin embargo, es probable que a Dan le dé un infarto si no le digo algo pronto, así que dejo de dibujarle con el dedo en la espalda, me quito los auriculares y le doy unos toquecitos entre los omóplatos.

Él se incorpora y se sienta a mi lado, con la mirada llena de expectación.

—Bueno —empiezo a decir, intentando ser todo lo objetiva posible y aportar algo útil—, diría que el último verso me ha sonado un poco… ¿desconectado? No sé cómo explicarlo, pero me ha parecido que no estaba del todo en consonancia con el resto.

Dan se mordisquea el labio inferior y asiente despacio.

—¿Y lo demás?

Finjo pensármelo solo por hacerme la difícil, pero no tardo en sonreír.

—Increíble. Me ha gustado muchísimo, de verdad. ¿Puedes enviármelo? Quiero escucharla más veces.

Su cara de preocupación da paso a una sonrisa tan radiante que no puedo evitar contagiarme.

—¡Claro que sí! Pero ¿lo dices en serio? ¿De verdad te ha gustado?

—Me ha encantado. La letra es buenísima, y tu voz… evoca muchos sentimientos. Por supuesto que se nota que el audio es casero, pero eso es normal, y…

Me interrumpe con un abrazo tan efusivo que me quita el aire de los pulmones. Es distinto al que me ha dado su madre al llegar, y esta vez no siento la necesidad de apartarme. En cambio, lo que hago es ponerle las manos en la espalda mientras él me entierra la cara en el pelo. Su olor se mezcla con el suavizante de la ropa y me devuelve a una niñez llena de risas y travesuras, de rodillas rasguñadas que dolían menos después de un rato juntos.

El abrazo no dura demasiado. Cuando se separa de mí, tiene la cara un poco roja, como si acabase de darse cuenta de lo que acaba de hacer.

—Gracias —dice, con los ojos brillantes por la emoción—. No sabes el miedo que me daba que te pareciese una mierda.

—¿Tan mal gusto crees que tengo? —Me río, pero luego me pongo algo más seria—. De todas formas, siempre habrá gente a la que no le guste lo que haces, ¿sabes? Pero eso no quiere decir que ni tú ni tu música valgáis menos.

—Lo sé, lo sé. Aun así, es que tu opinión me importa.

Siento un inesperado pinchazo en el pecho, aunque no sé si es ilusión o sorpresa. Después de tantos años, no debería importarle una mierda lo que yo pueda pensar, y aun así…

—Mi opinión es que la canción es increíble. ¿Tienes más? Puedo ayudarte a elegir alguna, hacemos un vídeo en condiciones y lo puedes presentar al concurso. Mi padre tenía una cámara de vídeo muy buena, ¿te acuerdas? Ya sabes que le gustaba grabarlo todo; puedo traerla otro día.

—¿En serio harías eso?

—Soy yo quien te sugirió que participases, ¿no? Es lo mínimo que puedo hacer.

Desde la planta de abajo, su padre nos informa de que ya se van y poco después la puerta principal se cierra. Dan me sonríe y no tarda en coger la guitarra de nuevo.

—Entonces, ¿quieres que te enseñe algunas más?

—Ya tardas —digo, y me echo hacia atrás para pegar la espalda a la pared. Cojo un cojín celeste y me lo pongo en el regazo para estar más cómoda—. Vamos, que los concursos no se ganan solos.

Él respira hondo un par de veces para deshacerse de los nervios iniciales y, en cuanto sus dedos rasgan de nuevo las cuerdas, la habitación vuelve a llenarse de magia.

23
Atardecer en el tejado

DANIEL

Resulta que elegir la canción perfecta es mucho más complicado de lo que parece.

Hannah y yo quedamos unas cuantas veces más a lo largo de la semana siguiente. Durante esas tardes, le enseño todo lo que he compuesto a lo largo del tiempo: las canciones completas, las inacabadas y otras de las que apenas tengo unas líneas o melodías. Las toco una y otra vez hasta que las descartamos o las ponemos en el «montón bueno». Algunas son simplemente absurdas, del tipo de canción que no se toma en serio a sí misma, y, aunque pasan al grupo de descartadas de inmediato, es con las que más nos reímos.

Los primeros días me daban taquicardias antes de enseñarle cada canción; ahora, en cambio, estoy mucho más relajado. Mucho más a gusto.

Además, pasar las tardes con Hannah es lo mejor del día, y cada rato que nos desviamos de la música y hablamos sobre cualquier cosa se parece tanto a un sueño que no me lo puedo creer.

Para el jueves siguiente, aprovecho un rato antes de que ella venga a casa para trabajar en una canción que lleva mucho tiempo guardada en un cajón. Esta no se la he enseñado a Hannah ni voy a hacerlo. Y es que esta es distinta, pues cada palabra y cada acorde tienen demasiado de mi corazón, demasiados sentimientos que ni siquiera yo me atrevo a admitir en voz alta.

Sentado delante del teclado, apunto en una hoja de papel palabras y notas que suenan bien, y pruebo a repetirla desde el principio para asegurarme de que el ritmo fluya. Estoy tan absorbido por lo que hago que apenas escucho el timbre. E n cuanto lo hago

meto el folio con poco cuidado en el cajón del escritorio, porque si Hannah se lo encuentra por ahí me moriré de vergüenza.

Abajo, la oigo hablar un poco con mi madre antes de subir por las escaleras. Puede que ya no me ponga nervioso tocar frente a ella, pero sí lo hace tenerla cerca.

Llama a la puerta antes de entrar y, al verla, el corazón se me acelera: está guapísima. Viene con un top negro de mangas largas pero que le deja una franja del abdomen al aire, unos vaqueros grises remangados y sus botines negros. Se ha pintado los labios en un tono burdeos que resalta contra la palidez de su piel y que me obliga a tragar saliva.

Si pensaba hacer que me diera un infarto, al menos podría haber avisado con antelación.

¿Cómo no me va a poner nervioso tenerla cerca?

—Hola —la saludo, en un esfuerzo por recomponerme.

—Hola —me responde, y se sienta frente a mí en la cama. Empieza a rebuscar algo en la mochilita negra que lleva a la espalda y al momento saca una cámara—. He pensado que quizás hoy podríamos intentar grabar algo.

Tuerzo el gesto.

—¿Hoy? Es que pensaba ir a cortarme el pelo este fin de semana —digo, y creo que es la excusa más estúpida que se me podría haber ocurrido; llevo tanto tiempo posponiéndolo que ya no me lo trago ni yo. Aun así, es verdad que no me gustaría dar mala imagen en un vídeo tan importante, y tengo ya el pelo tan crecido que los rizos han empezado a descontrolarse más de la cuenta.

—¿Quieres que te lo corte? Nora lo estuvo llevando corto un tiempo, y siempre era yo quien se lo arreglaba.

—¿Estás segura? —pregunto, poco convencido—. A ver si me vas a dejar un trasquilón, que tampoco quiero tener que raparme.

Ella suelta una carcajada.

—No te lo voy a cortar mucho, solo lo suficiente como para que no parezcas una fregona. Venga, confía en mí.

—Siempre lo hago —suelto sin pensar, y al instante me doy cuenta de lo que he dicho y desearía haberme mordido la lengua.

Para mi sorpresa, creo ver cómo Hannah se pone un poco roja. O quizás me lo he imaginado, porque no tarda en ponerse de pie casi de un salto.

—Pues vamos al baño.

Asiento con una cabezada y voy tras ella al cuarto de baño de la planta de arriba. Cojo unas tijeras que muy probablemente no serán las más adecuadas para cortar el pelo, pero que tendrán que servir.

Es verdad que no quiero raparme, pero siempre he sido lo bastante impulsivo como para que esto me parezca divertido. Si sale mal, será un problema del Daniel del futuro.

Bajo la tapa del inodoro y me siento sobre esta a horcajadas, mirando hacia la cisterna. Ella me pone la toalla que cuelga junto al lavabo sobre los hombros con delicadeza y me remueve un poco el pelo. Tiene los dedos tan fríos como siempre, pero me resultan muy agradables.

—Bienvenido a la peluquería Park. ¿Cómo lo quiere, señor? —pregunta con un tono tan formal que me tengo que reír.

—Con no acabar con el peinado de James, todo me parece bien.

Esta vez es ella quien se ríe. Luego, sus dedos vuelven a enredarse en mi pelo y me dejo hacer mientras corta los primeros mechones. El chasquido repetitivo de las tijeras y las caricias en la cabeza me relajan tanto que estoy a punto de dormirme en varias ocasiones.

Es verdad que confío en Hannah. Confío tanto en ella que incluso si no sé a ciencia cierta cuánta experiencia real tiene cortando pelo, estoy seguro de que quedará bien. Siempre se esfuerza en hacerlo todo lo mejor posible y, además, casi todo se le suele dar bien.

—Tierra a Daniel Hudson. —Su voz llama mi atención, y asumo que no es la primera vez que pronuncia mi nombre.

—¿Sí?

—Sujeta esto.

Me pasa un espejito que debe de ser de mi madre, y se echa a un lado para que pueda ver la parte de atrás de mi cabeza, que se refleja en el otro espejo, el del baño.

—¿Así o más corto?

—Un poco más corto, porfa. Pero no mucho.

Si alguna parte de mí aún se preocupaba lo más mínimo por que quedara mal, termino de relajarme del todo. Sí que sabe lo que hace.

Con el espejo aún sujeto frente a mí, la miro trabajar con las tijeras entre los dedos y toda la atención puesta en la tarea. De pronto, un pensamiento algo incómodo me asalta sin previo aviso, pinchándome el pecho. Si Hannah siempre hace las cosas bien, ¿qué fue lo que hice yo tan mal para que se largase así de mi vida?

—Oye, Hannah.

—Dime —dice, concentrada en cortar las puntas de un mechón que sujeta entre los dedos índice y corazón.

—¿Por qué me bloqueaste?

Esta vez, se detiene de golpe y nuestras miradas se cruzan en el espejito. Una sombra cruza sus ojos grises y me pregunto si no me va a hacer un trasquilón como venganza por hacer las preguntas equivocadas.

Por suerte para mí, no lo hace.

—Fue hace mucho tiempo, teníamos trece años.

—Lo sé. —Esbozo media sonrisa—. Lo que pasa es que nunca entendí cuál fue el motivo. Sé que te escribí mucho y me puse muy pesado, pero es que… No sé, no me esperaba que te cambiases de instituto sin decirnos nada. Ni tampoco que dejaras de contestar a nuestros mensajes.

Es algo que siempre me ha carcomido por dentro. El desconcierto inicial cuando dejó de hablarnos no tardó en convertirse en impotencia, y esta, en una rabia que me contagió James pero que, a diferencia de él, yo no supe más que dirigir hacia mí mismo. Luego, una vez me vacié de todas esas emociones, tan solo quedaron la tristeza y la culpa.

Bajo el espejo, porque de pronto me cuesta mantenerle la mirada.

—No fue culpa tuya —explica con voz pausada, y vuelve a su tarea de cortarme el pelo—. Ni de nadie, en realidad. Tan solo mía.

—Dijiste que no querías ser más nuestra amiga y te saliste del grupo —le recuerdo—. Está claro que sí que tuvimos que hacer algo, o si no…

—Pues no hicisteis nada, ¿vale? No te rayes por eso.

—¿Entonces? James lleva años pensando que lo hiciste porque pensabas que eras mejor que nosotros o algo así, pero yo nunca he estado de acuerdo. Sé que no pudo ser por eso; tú no eres así. Tuvo que pasar algo; tuvimos que hacer algo que te molestara o te hiciera sentir mal.

—Dan, déjalo. Lo digo en serio, no fue nada.

Frunzo el ceño, contrariado. Llevo tantos años preguntándome qué fue lo que ocurrió y pensando en cómo sería preguntárselo que ahora que he empezado soy incapaz de dejarlo ir sin tener una respuesta.

—Puedes decírmelo, no me va a sentar mal. Mira, le he dado tantas vueltas que es muy probable que la respuesta sea algo en lo que ya he pensado.

—Lo dudo. —Deja de cortarme el pelo y suelta una exhalación que suena como una risa amarga—. No quiero hablar de ello ahora mismo, ¿vale?

—Pero es que necesito saberlo. —Al hablar, mi voz suena casi desesperada—. Necesito saber qué hice mal; no puedo volver a cagarla. Por favor.

Trago saliva para deshacer el nudo que tengo en la garganta. Me pongo de pie y me sitúo frente a ella, dispuesto a pedirle respuestas. Sin embargo, la vulnerabilidad en su mirada me hace sentir un capullo. ¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué la estoy presionando así?

Recuerdo al Dan de trece años, golpeado por la certeza de que aquello no se trataba de una broma; de que Hannah no quería saber nada de él. Recuerdo a ese niño que le escribió entre lágrimas y con

el corazón encogido a su mejor amiga para pedirle que, por favor, le contase qué ocurría. Para rogarle por una oportunidad para arreglar lo que fuera que hubiese roto, tan solo para darse cuenta, poco después, de que ella lo había bloqueado. El niño que se plantó en su portal solo para encontrarse con una puerta cerrada y que se marchó de allí tan destrozado que apenas podía respirar.

Y tanto ese niño como yo llevamos años necesitando esa explicación. Es la única forma de cerrar la herida.

Pero tampoco puedo obligarla. No si sigue mirándome así, en silencio, con la impotencia dibujada en el rostro y los labios sellados por completo.

Así que respiro hondo y vuelvo a sentarme en la tapa del inodoro, dándole la espalda.

—Lo siento. No sé qué me ha pasado. No tenemos que hablar si no quieres.

Ella, sin responder, vuelve a sujetar las tijeras para terminar de arreglarme el pelo. Me quedo lo más quieto que puedo, con los ojos clavados en los azulejos celestes de la pared como si fueran lo más interesante que he visto en la vida.

—No hiciste nada mal —murmura, tan bajito que me cuesta escucharla—. No estaba bien después de lo de mi padre, ya sabes. Solo quería alejarme de todo, empezar de cero. Y sentía que para eso debía cortar con todo lo demás, James y tú incluidos. Mis formas no fueron las mejores, pero fue la única manera que encontré de sobrevivir a lo que sentía y seguir adelante.

Se sorbe la nariz, pero no me atrevo a darme la vuelta y encontrarme con sus ojos. Esta es la respuesta que tanto tiempo llevaba esperando, y aunque el alivio de saber que nunca me odió es tan abrumador que casi me hace llorar, sus palabras también me rompen un poquito por dentro.

—Pero estábamos ahí para ti —digo, y en mi voz no hay ningún atisbo de reproche, o eso espero—. Yo estaba ahí, quería ayudarte. Te habría entendido si me hubieras dicho que necesitabas espacio.

—Daniel, es que no necesitaba espacio. Necesitaba borrar el pasado.

—No se puede borrar el pasado.

—Lo sé, por eso siempre he tenido algo roto por dentro. —El dolor en su voz me corta el aire—. Por eso ni siquiera a día de hoy soy capaz de dejar de salir corriendo.

Entonces lo entiendo. Entiendo que ambos llevamos años cargando heridas que nunca han cicatrizado. Las suyas son las propias de la lucha contra el recuerdo; las mías, las de sentir que, haga lo que haga, jamás dejaré de meter la pata hasta el fondo.

Como ahora, porque de pronto siento un abismo extenderse entre nosotros, y la sensación no me gusta nada.

—Ya está —anuncia, y tardo un segundo en comprender que se refiere a mi pelo—. A ver si te gusta así.

Repito la acción de antes para verme en el espejo. Vuelvo a encontrarme con Hannah en el reflejo y, aunque está seria, no parece ni triste ni enfadada. Me miro a mí mismo tanto por delante como por detrás; no está corto, pero sí algo más de lo que lo tenía. Por lo menos ahora el pelo no se me meterá en los ojos.

—Está perfecto, muchas gracias.

Me giro y ella me dedica una sonrisa un poco incómoda antes de asentir con la cabeza. Me levanto y sacudo la toalla que tenía sobre los hombros para que los mechones rubios caigan a un suelo ya cubierto de ellos. Murmuro algo sobre ir a por la escoba y desaparezco escaleras abajo. Lo único que no quería era volver a cagarla, y ahora parece que es lo justo que he conseguido.

Eso, y que Hannah se aleje un poco más de mí, otra vez.

Cuando llego a la cocina, me noto la boca seca y me bebo un vaso de agua. Luego, regreso a la planta de arriba, dispuesto a disculparme otra vez. Sin embargo, ella ya no está en el baño, ni tampoco en mi habitación. Lo que sí encuentro es la ventana abierta de par en par, con las cortinas ondeando por el aire que se cuela entre ellas.

Se ha ido. Se ha ido de nuevo.

Me muerdo la mejilla por dentro y bajo la mirada al suelo. He vuelto a estropearlo todo; he vuelto a perderla. Me paso una mano por el pelo recién cortado y recuerdo que tengo que barrer el baño, y que antes he bajado a la cocina a por la escoba y al final se me ha olvidado cogerla. Así que cierro la ventana para que no entre más aire y me doy la vuelta, dispuesto a retomar la tarea que he dejado a medias.

Estoy a punto de salir de mi habitación cuando unos golpecitos en el cristal me sobresaltan.

Al volverme, Hannah me mira con las cejas alzadas desde el otro lado de la ventana. Sorprendido, abro de nuevo.

—¿Querías dejarme fuera?

—Pensaba que te habías ido. Esta suele ser tu alternativa a la puerta.

—Coge la guitarra y sal aquí fuera; la luz está preciosa ahora mismo.

Pestañeo un par de veces. ¿No está enfadada? En lugar de preguntárselo, obedezco.

—Ten cuidado —le pido al pasarle la guitarra, y me subo a la cama—, que si se cae o se rompe, me muero.

—Nunca te ha preocupado que yo me caiga del tejado y me rompa un brazo.

—Claro que sí, pero en algún momento uno se acostumbra a que no lo escuchen.

Ambos nos reímos, y aunque aún siento una leve tensión entre nosotros, esta comienza a disiparse. Fuera, tal y como ha dicho Hannah, la luz del atardecer lo baña todo en un resplandor dorado. No tengo por costumbre pasar tiempo en el tejado, así que camino con cuidado de no resbalarme con las tejas y me siento junto a Hannah, que me tiende la guitarra.

Desde aquí, veo más o menos lo mismo que desde mi ventana: las casas de los vecinos, muy parecidas a la mía, la carretera de la urbanización que suele estar tranquila y algunos árboles esparcidos por la calle.

—Podemos grabar algo ahora —dice ella—. Ya no hay excusa, ya te he cortado el pelo.

—Pero aún no hemos decidido qué canción voy a…

—Toca la que quieras, solo es un vídeo de prueba. Venga, prepárate.

Hannah saca la cámara de su padre de la funda y me apunta con ella. Estoy acostumbrado a grabarme en mi cuarto, donde puedo borrarlo si no me gusta y nadie tiene que verlo. Ahora es distinto.

Elijo la primera canción, la que le enseñé a Hannah en el móvil, porque es de las que más he practicado.

—Vale, estoy listo.

Ella asiente con una cabezada, acerca el ojo al visor y me hace un gesto al empezar a grabar. No miro a la cámara, sino que me centro en el mástil de la guitarra y me dejo llevar por la música, por el tacto de las cuerdas bajo las yemas de los dedos y la melodía que emiten al rasgarlas.

Escribí esta canción el curso pasado, unas noches antes de los exámenes finales. Estaba agobiado con los estudios, con el futuro, con la vida en general. Había escuchado a la hermana de mi madre llamarme «intenso» y «desconsiderado» cuando mis padres no estaban delante y creía que no la oía. Aunque no tengamos la relación más estrecha, dolió de todos modos. Puede que reaccione de forma desproporcionada en algunas situaciones, que no sea el más detallista o que olvide hacer algo que me han pedido, pero intento no herir nunca a nadie y poner los sentimientos de los demás por delante. Me paso el día intentando hacerlo *bien*.

El intenso fulgor del atardecer apenas dura; se pierde incluso antes de que termine la canción. El sol se oculta poco a poco en el horizonte y deja el cielo anaranjado y púrpura moteado por las primeras estrellas.

Cuando termino y ella deja de esconderse tras la cámara, me dedica una sonrisa de la que no puedo evitar contagiarme.

—¿Quieres ver cómo ha quedado? —me pregunta, pegándose más a mí para luego toquetear algunos botones.

—Sí, claro.

Hannah no tarda en poner el vídeo, que se reproduce en la pantallita de la cámara. A pesar de tener ya unos cuantos años, se nota que es de buena calidad. Por experiencia, sé que cuando lo pasemos al ordenador se verá y escuchará mejor todavía.

En la pantalla, veo una versión de mí más pequeñita vistiendo un jersey beis con finas líneas que lo cruzan horizontalmente, unos vaqueros y botines marrones. Tengo cara de concentración y el pelo un poco alborotado (para sorpresa de nadie), pero me sienta bien el nuevo corte. La luz naranja que me baña se atenúa a medida que lo hace también la canción, y aunque ahora me doy cuenta de que me he equivocado un par de veces, me gusta cómo suena.

El hombro de Hannah roza el mío y no nos movemos hasta que el vídeo acaba y alzo la vista para mirarla. Permanecemos unos segundos así, en silencio. Muy cerca el uno del otro. Quizás demasiado cerca, pero no quiero que se aleje.

En realidad, nunca quiero que se aleje.

—Nada mal, ¿no? —pregunta, sonriente—. No sé si vamos a volver a pillar un atardecer así de bonito, pero en realidad es lo de menos. Esta noche te lo paso para que lo tengas de recuerdo.

—¿De verdad no te molesta venir tantas tardes?

—Me lo paso muy bien. Y me gusta escucharte tocar, es como tener un concierto privado siempre que quiero.

Me río para disimular el calor que siento de pronto en la cara. Estiro las piernas y, al hacerlo, mi rodilla toca la suya, provocando que una pequeña descarga me suba por la espalda.

—Siempre que quieras. —Le sonrío y ella me devuelve el gesto. Tras ello se forma un extraño silencio entre ambos que no tardo en romper—: Oye, Hannah, perdón por haberte presionado antes a hablar de algo que no querías. No debería haberlo hecho.

—Está bien. —Me da un golpecito en el hombro con el suyo—. Merecías saberlo. No quiero que pienses que hiciste algo malo, ni tampoco James. Soy yo la que solo sabe huir de sus propios sentimientos, pero ya no sé si quiero seguir haciéndolo.

La forma en que me mira hace que el corazón se me salte un latido. Sus ojos grises se clavan en los míos con una intensidad que pocas veces he visto, y resultan tan hipnóticos que soy incapaz de dejar de mirarlos, a pesar de conocerlos ya de memoria. Podría dibujar con los ojos cerrados cada una de las motas oscuras que salpican ese mar de plata que rodea sus pupilas.

Ella me sostiene la mirada de la misma forma, como si no hubiese nada más que observar y todo lo que importara en el mundo se redujera al espacio entre nuestros rostros, ese que cada vez se siente más pequeño.

Intento que no se note que me cuesta un poco respirar por tenerla tan cerca. Los segundos parecen estirarse, deformarse. Estamos tan cerca que puedo sentir su aliento, y, cuando la vista se me va a sus labios, de pronto me muero de ganas de comprobar si son tan suaves como parecen.

—Dan, os he traído galletas.

La voz de mi madre, acompañada por unos porrazos en la puerta, nos sobresalta a ambos. La guitarra, que aún tengo entre los brazos, se da un golpe contra las tejas y un sonido hueco resuena desde el interior de la caja, como un gemido que hace que me descomponga. Ahogo una exclamación, apresurándome a comprobar que esté bien.

—¿Le ha pasado algo? —pregunta Hannah, con la voz teñida de preocupación.

Observo bien la guitarra en busca de grietas o arañazos. Al no encontrarlos, me llevo una mano al pecho. Por suerte, el susto se queda tan solo en un microinfarto.

—¿Qué hacéis ahí fuera? Dios mío, os vais a matar. Venga, para dentro. ¿Y por qué está el baño lleno de pelos?

Me giro para ver a mi madre, que ha entrado al cuarto y tiene una bandeja con galletas de mantequilla entre las manos y cara de susto.

—La que casi me mata eres tú. Vaya susto, mamá —protesto, todavía recomponiéndome.

Sin embargo, le hago caso y me pongo de pie para entrar, porque el olor a las galletas de mi madre siempre me abre el apetito. Y, además, como hace tanto que conoce a Hannah, ni siquiera tengo que preguntar para saber que las ha preparado sin gluten. Al verme mejor, hace un comentario sobre lo bien que me queda el nuevo corte, que ya era hora, y me pide que no se me olvide barrer el suelo.

Hannah se ríe y también se levanta. La dejo entrar primero, bajo la atenta mirada de mi madre, que trata de comprender qué hacíamos sentados en el tejado.

Ninguno de los dos intentamos tan siquiera explicárselo.

24
El corazón de James

HANNAH

Cuando días después salgo de la ducha del gimnasio, todavía no puedo dejar de pensar en que creo que el otro día Daniel y yo estuvimos a punto de besarnos.

No estoy segura, pero la forma en que me miró, cómo su vista bajó a mi boca… Si no hubiera aparecido su madre, ¿habríamos llegado a más o no habría ocurrido nada?

Lo peor de todo es que ni siquiera puedo mentirme a mí misma ni fingir que no me quedé con ganas de que ocurriera y poder sentir sus labios sobre los míos. Puede que lo esté malinterpretando. Tal vez solo estoy leyendo lo que quiero leer y no sus verdaderas intenciones; desde entonces he seguido yendo a su casa, pero no hemos vuelto a acercarnos *tanto*. Aun así, a estas alturas sería inútil decir que lo que siento cuando estoy cerca de él es lo mismo que cuando estoy con el resto del mundo.

—¿Nos vemos a la hora de la comida? —me pregunta Bianca cuando salimos juntas del vestuario. Lleva la melena pelirroja recogida en una coleta baja, y huele a gel de ducha y desodorante.

—Claro, que te vaya bien en Literatura.

Ella me sonríe y gira la esquina para dirigirse a su clase. Yo camino por el pasillo hacia la mía cuando escucho a Phoebe llamarme:

—Hannah. —No respondo ni dejo de andar—. Hannah, ¿podemos hablar?

Me detengo con un resoplido y espero hasta que Phoebe me alcanza, desprendiendo un dulzón olor a coco de su gel de ducha.

—Tengo que ir a clase.

—Será un segundo, es que últimamente apenas hemos hablado, y…

—No soy yo quien lleva casi un mes ignorándoos, Phoebe.

Sueno más cortante incluso de lo que pretendía, pero me mantengo firme. Desde la discusión con Kylie en Bristol, estar cerca de mis amigas se ha vuelto tan incómodo que he tenido que alejarme, y ellas tampoco han hecho demasiados intentos de tender puentes entre nosotras.

Siempre he sabido que todas las cosas tienen un final, y ahora no puedo evitar preguntarme si no ha llegado el momento de que nosotras nos despidamos, si, después de todo, no es aquí donde se separan nuestros caminos. Me duele, claro, porque las quiero muchísimo, pero nunca he sido de atarme a barcos hundidos ni de estancarme en callejones sin salida.

—Mira, tía, ya sabes cómo es Kylie… —empieza a explicar—. En fin, alguien tiene que mediar si no queremos que esto se convierta en una guerra, ¿no crees?

—¿Y ese alguien eres tú?

—Está claro que tú no. Y no es nada nuevo que Kylie solo tiene que soltar una lagrimita para ganarse el apoyo incondicional de Beth.

—Sí, muy bien. —Resoplo, porque, a pesar de que capto la buena intención de mi amiga, mi enfado no va a desaparecer por arte de magia—. Sigue sin ser justo, ¿sabes? Todo el mundo se pone siempre del lado de Kylie; no se le puede llevar la contraria.

—Joder, nena, ya. Pero tú también le hablaste fatal.

Pongo los ojos en blanco.

—Y lo hice porque sí, ¿no? Porque me apetecía, sin tener ningún motivo.

—Estoy segura de que sí lo tenías, pero ya…

—¡Sí, ya sé cómo es Kylie! ¡Pero ser de una forma no te da vía libre para hacer lo que te da la gana a costa de los demás! —exploto, y me siento la cara roja por la rabia. Phoebe se queda en silencio y mira al suelo como si fuera una niña pequeña a la que

acaban de regañar. No estoy acostumbrada a ver a Phoebe achantarse, pero supongo que esta vez sabe que llevo razón. De todas formas, suavizo el tono antes de volver a hablar—: ¿Era de esto de lo que querías hablar?

—No exactamente. También quería saber cómo estabas.

La sinceridad en su voz hace que me ablande un poco más.

—Bien, pero todavía estoy enfadada con vosotras.

—Ya, eso lo he notado.

—¿Y tú?, ¿cómo estás?

Phoebe tarda en responder, dubitativa. Cambia el peso del cuerpo de una pierna a la otra.

—He empezado a salir con Erin —murmura—. En plan formal y eso.

—¿De verdad? —Alzo ambas cejas, sorprendida—. Me alegro mucho, Phoebe. Hacéis muy buena pareja.

A pesar de que mi tono sigue siendo un poco serio, lo digo de verdad. Phoebe y Erin llevan yendo y viniendo más de un año, liándose en cada fiesta en la que coinciden e ignorándose después la una a la otra. Sé que se gustan, y me alegro de que al final se hayan atrevido a dar el paso.

—Gracias. —Sonríe, ilusionada—. ¿Tú qué tal con Daniel?

Que lo mencione de forma tan repentina hace que el corazón me dé un salto en el pecho. Aun así, me las arreglo para disimularlo.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, te gusta, ¿no?

—¿De dónde sacas eso?

—Vale, vale, no pongas esa cara. A él sí que le gustas tú.

Resoplo y doy media vuelta, dispuesta a ignorarla.

—Solo te digo lo que vi en el cumpleaños de Kylie —continúa, siguiéndome el paso—. Por la noche me desperté y lo vi echándote una manta por encima y mirándote embobado. Dicho así suena a película de terror, pero te prometo que en el momento fue tierno.

—No hizo eso. —Pongo de nuevo los ojos en blanco, sintiendo calor en la cara. Eso de preocuparse por que no pase frío incluso en

medio de la noche suena a algo que Dan haría, pero tratándose de él tampoco sé si significaría *algo más*—. Lo soñarías.

—Yo no sueño con tu vida amorosa, Hannah. Bastante tengo con la mía.

—Entonces deja de decir tonterías —bufo—. ¿No te he dicho que sigo enfadada contigo?

Entro en clase, dejando a Phoebe en la puerta con la palabra en la boca. La escucho reírse un poco, y es que la muy idiotanunca me toma en serio cuando me cabreo. Quizás los gritos de antes sí que la hayan pillado por sorpresa, pero que me haya ablandado justo después le habrá dado alguna pista de que, pese a todo, a ella soy incapaz de odiarla.

♪ ♫ ♩

DANIEL

Tras un puñado de días de sol, el viernes nos recibe con un intenso manto de lluvia que cae sobre la ciudad. El agua repiquetea contra el asfalto, creando charcos en cada bache y recoveco en el que es capaz de colarse. Los limpiaparabrisas del coche de mi madre hacen su mejor esfuerzo por apartar las gotas que golpean el cristal, y sigo su movimiento rítmico con la mirada mientras nos acercamos al instituto.

He faltado las dos primeras horas a clase. La primera por una revisión en el neurólogo; la segunda para ir al fisio. No me han dado más tirones en el cuello desde la última vez que fui, pero mis músculos se empeñan en contracturarse cuando tengo exámenes. O, más bien, por culpa de estos.

—Que vaya bien el día —es la despedida de mi madre cuando me deja lo más cerca posible de la verja.

—Igualmente. Nos vemos luego, mamá.

Cojo la mochila y corro hasta la entrada para mojarme lo menos posible. Una vez en el interior, camino hasta mi clase. Deben de estar en el intercambio, así que no voy a interrumpir nada.

Al subir las escaleras, sin embargo, escucho voces acercarse desde el pasillo.

—Es que no me lo puedo creer. —La voz de Beth suena contenida, llena de decepción—. Pensaba que era mi amigo, ¡pero no! Tan solo estaba buscando la forma de liarse conmigo.

—A veces los amigos, además de ser amigos, se gustan el uno al otro, Beth —responde Evan, tan comedido como de costumbre—. No significa que lo estuviera fingiendo.

Entonces lo comprendo: James se ha declarado.

Lleva días planeando decírselo a Beth, pero no me había contado que tuviese intención de hacerlo hoy, y menos en clase. Desde donde estoy miro la pantalla de mi móvil y veo que no tengo ningún mensaje de mi amigo.

—Muy bien, pero es que lo ha estropeado todo. Ahora va a ser incómodo y raro, él no querrá hablarme más, y aunque lo haga, no dejaré de preguntarme si no hay segundas intenciones. Y yo no voy a enamorarme. Ni de él ni de nadie, Evan. El amor me parece una cosa preciosa, pero yo estoy bien así, no quiero ninguna relación romántica. Solo quería ser su amiga.

Trago saliva y le escribo un «¿dónde estás?» a James, pero no lo lee.

—Díselo —propone Evan; cada vez suenan más cerca—. Dile que no estás interesada en ese tipo de relación, pero que podéis seguir siendo amigos. Si está de acuerdo, estupendo. Si no, mala suerte. Pero habla con él y díselo, por favor.

—¿Por qué te importa tanto mi amistad con James? Creo que ni siquiera le caes bien. Ah, ¿por eso ponía esas caras cuando hablabas conmigo?, ¿por celos?

—No me gusta cuando la gente lo pasa mal —responde él, y recuerdo de pronto la expresión con la que me preguntó si llevaba bien lo de Kylie. Supongo que, aunque parezca un poco serio y a pesar de que James no le haga mucha gracia, Evan se preocupa por la gente—. ¿Le has visto la cara al pobre?

Beth no llega a responder porque, justo entonces, aparecen por la escalera y me encuentran allí en medio.

—Hola, Dan —me saluda Evan, con la voz un poco tensa—. Pensábamos que estabas malo.

Me encuentro con la mirada húmeda de Beth, pero se limita a apartar la vista. No puedo evitar que me dé un poco de rabia. ¿Por qué parece que a la que le han roto el corazón es a ella?

—Tenía cita en el médico, pero estoy bien. ¿Sabéis dónde está James?

Evan asiente y esta vez la sombra de la comprensión aparece en su rostro: sabe que les he escuchado hablar.

—En el baño, creo.

—Vale, gracias.

Paso por su lado y continúo subiendo las escaleras para llegar al baño que hay en nuestra planta. Cuando entro, sin embargo, no hay nadie. O eso es lo que me parece a primera vista.

Tras unos segundos en silencio, alguien se suena la nariz desde uno de los cubículos.

—James —pruebo a decir, sin subir mucho la voz—. ¿Estás aquí?

Tarda en responder, pero finalmente lo hace con un escueto «sí». La puerta de una de las cabinas se abre despacio y, una vez me asomo, encuentro a mi mejor amigo sentado sobre la tap a del váter, con los ojos hinchados y las mejillas húmedas, aunque ahora no está llorando.

—¿Qué ha pasado?

—Beth se ha cabreado porque le he dicho que me gusta —explica, desganado—. No iba a decírselo hoy, pero la he acompañado a hacer fotocopias, nos hemos quedado a solas, y… —Aparta la mirada cuando los ojos se le inundan de nuevo de lágrimas.

—Si no se lo ha tomado bien, tampoco es culpa tuya. Tú solo le has dicho cómo te sientes. Y no es fácil, hace falta mucho valor para confesar tus sentimientos.

Se encoge de hombros y cruza los brazos, como abrazándose a sí mismo.

—No me arrepiento de habérselo dicho, pero… me gusta mucho. —Una lágrima le cae por la mejilla—. Y lo que más me duele no es que nunca vaya a pasar nada entre nosotros, si no que encima se ha enfadado conmigo y la he perdido del todo, incluso como amiga.

Termina de venirse abajo y una parte de mí también se rompe. James no llora a menudo, por lo que me cuesta pensar en qué hacer para que se sienta mejor. Me acerco para abrazarlo y dejar que se desahogue. Le froto la espalda y él se deja hacer, con los sollozos sacudiéndole el pecho.

Si el otro día hubiese besado a Hannah en el tejado, ¿habría reaccionado ella de la misma manera? ¿Le habría parecido también que nuestra amistad se arruinaba por completo?

Cuando el timbre que indica el inicio de la siguiente clase resuena entre las paredes, ninguno de los dos se mueve. Una vez se tranquiliza, me aparto para dejarle un poco de espacio.

—¿Te vienes después a mi casa y pedimos una *pizza?*

James se termina de secar las lágrimas con la mano y deja escapar un suspiro tembloroso.

—Prefiero KFC.

—Pues marchando una noche de videojuegos y KFC.

—Ve tirando para clase si quieres —me dice, y da un tirón del rollo de papel higiénico para sonarse los mocos—. Yo voy en un minuto.

—Te espero. Total, ya me he perdido dos horas.

—Lo que quieres es saltarte Literatura.

Se me escapa una sonrisilla.

—Bueno, eso también.

Saco de mi mochila una de las libretas, le arranco unas cuantas hojas y las pongo en el suelo para sentarme encima. Luego, hago lo que mejor se me da: no callarme. Le hablo a James sobre la cita en el neurólogo, de un vídeo de datos curiosos sobre nutrias que vi

anoche en TikTok y de un juego nuevo para la Play que han anunciado y que tenemos que probar en cuanto salga.

Pasamos la siguiente hora en el baño, hablando de cosas que nada tienen que ver con el amor o los corazones rotos, intentando contener la risa cada vez que escuchamos pasar a un profesor por el pasillo y tenemos que guardar silencio para que no nos pillen.

Y, cuando salimos de allí, al menos James ya está más animado.

25
Entre líneas

HANNAH

—Así que el viernes se quedó a dormir y he estado todo el finde intentando distraerlo para que no le dé muchas vueltas al tema.

Con un suspiro, Daniel da por finalizado su relato de cómo James se ha declarado a Beth y esta lo ha rechazado. Tal y como están las cosas, ninguna de mis amigas ha venido a contármelo, claro. Aun así, por mal que me sepa por James, no puedo decir que esté sorprendida.

No porque se trate de él, sino porque Beth jamás ha mostrado interés en tener ninguna relación romántica con nadie. Es la más ñoña del mundo cuando se trata de relaciones ajenas, y siempre se queda embelesada con las historias de amor. Simplemente, ella no siente ese tipo de atracción.

—Pobre, ¿está ya mejor?

—Sí, eso parece. Quiere volver a hablar con ella; le gustaría seguir siendo su amigo. Todavía le duele, claro, pero sé que lo superará.

—Me alegro. —Sonrío—. Sé que tenemos nuestras diferencias, pero no quiero que le rompan el corazón.

Dan asiente con la cabeza, vuelve a suspirar y se queda pensativo, mirando al frente. Al principio, creo que es porque va a añadir algo más, pero cuando pasa casi un minuto, me doy cuenta de que lo más probable es que sus pensamientos hayan decidido desviarse hacia otro lado.

—Oye, ¿preferirías reencarnarte en un animal acuático o en uno que vuela?

Se me escapa una carcajada ante lo inesperado de la pregunta, pero aun así me lo pienso.

—En un pájaro —respondo, muy convencida.

—¿Por qué?

—Podría volar todo lo alto que quisiera y ver todo el mundo. ¿Y tú?, ¿qué preferirías?

Dan cruza las piernas sobre la cama y apoya los codos en las rodillas.

—Uno marino. Me daría vértigo volar, y seguro que me distraería y acabaría estrellado contra algo.

—Pero en el océano no hay ningún sitio donde esconderte si aparece…, no sé, un tiburón. —Me echo hacia atrás en la cama para apoyar la cabeza en un cojín.

—¿Y si me reencarno en un tiburón?

—¿Te ves capaz de matar peces a mordiscos? ¿No te darían pena?

Veo la contradicción en su gesto y se tumba a mi lado.

—Bueno, si tuviera cerebro de tiburón no creo que tuviera muchos dilemas morales, así que supongo que no me importaría. ¿Y entre ser del tamaño de una hormiga o de un elefante?

Pasamos un rato así, haciendo elecciones entre situaciones hipotéticas cada vez más absurdas. Al final, nos entra la risa floja y no paramos hasta que nos duele la barriga. Me gusta hablar con Dan, ya sea sobre música, de cómo nos ha ido el día o si preferiría no tener dientes o tenerlos de castor. Es agradable escuchar su voz y ver su sonrisa cuando soy yo la que habla.

Algo después, Dan se levanta, todavía muy sonriente.

—Voy al baño, ahora vuelvo.

Sale de la habitación, dejando la puerta entreabierta. Tengo las mejillas doloridas por su culpa, de tanto reír por algo así de absurdo. Cuánta falta me han hecho, a lo largo de los años, estas tardes en las que cualquier comentario absurdo nos provocaba agujetas en la tripa. Ahora, recuperar este tiempo lo siento como encontrar algo que llevo media vida buscando; algo que ni siquiera sabía que necesitaba.

Una ráfaga de viento se cuela por la puerta del cuarto y tira algunos papeles que había sobre el escritorio, así que me acerco para recogerlos y dejarlos en su sitio. Algo más alejado ha caído un folio lleno de anotaciones y tachones, y cuando lo cojo para ponerlo con el resto, me doy cuenta de que es la letra de una canción.

Tan solo me hace falta un rápido vistazo para darme cuenta de que esta no me la ha enseñado. En cuanto vuelva, le pediré que la toque, porque a simple vista parece estar completa o, al menos, bastante avanzada.

La curiosidad me hace mirar un poco más, y con apenas leer un par de frases entiendo por qué no me la ha enseñado. El calor me sube por las mejillas y pronto siento la cara a punto de entrar en ebullición.

El corazón me late tan rápido que parece querer salírseme del pecho, pero no puedo dejar de leer. Está escrita a mano, con letra rápida y varias flechas que seguramente solo entiende él. Tengo que parpadear varias veces para alejar las lágrimas que se me vienen a los ojos.

—Oye, se me ha ocurrido que para el vídeo podríamos…

Dan se interrumpe a sí mismo. Alzo la cabeza para encontrarlo de pie, en la puerta.

—¡No, esa no! —exclama, apresurándose a quitarme el papel de entre las manos, con la cara descompuesta y tan rojo como debo de estarlo yo—. Es decir, está regular, ¿sabes? Es una primera idea y, eh…

Por mi cara, imagino que se da cuenta de que ya es tarde. De que ya la he leído y, además, he comprendido de qué habla.

—Es muy bonita —le digo, y la emoción hace que la sonrisa me tiemble un poco—. Me gustaría mucho escucharla.

Duda, muy serio, y estoy segura de que va a negarse. En cambio, traga saliva y asiente.

—Sí, claro.

Va hacia el teclado y lo destapa. Se sienta en un extremo del banquito y me invita con un gesto a que me ponga a su lado.

Lo hago. La falta de espacio hace que nuestros cuerpos se toquen, lo que me provoca más calor todavía. Entrelazo las manos sobre el regazo, sin saber dónde ponerlas.

Él pone el papel con las anotaciones delante, a la vista. El título de la canción, *Entre líneas,* está escrito en la parte superior, con las letras un tanto apretujadas, como si se le hubiera ocurrido más tarde. Dan tose un par de veces para aclararse la voz, y respira hondo con los ojos cerrados.

Los abre, acaricia un par de teclas con las yemas de los dedos, y empieza a tocar.

La melodía es suave, acogedora. Me envuelve como una cálida manta y me hace sentir en casa. Dan comienza a cantar muy muy flojito, con una timidez impropia de él; no cuando canta, al menos. La voz le falla un poco, pero no se detiene. Le pongo una mano en la espalda. «No pasa nada —quiero decirle—. Soy yo, no tienes por qué estar nervioso».

Se destensa un poco y creo que, a pesar de no haber abierto la boca, el mensaje ha llegado.

Continúa, algo más firme. La canción coge ritmo a medida que avanzan los versos. La letra habla de saberse tan cerca y a la vez tan lejos de alguien; de sentimientos que se esconden entre líneas, unas que a veces son tan difusas que cuesta distinguirlas. Habla de aquello que nunca se llega a decir en voz alta por miedo a que todo se rompa en mil pedazos.

De una chica con ojos que son un mar de plata y de dejarse arrastrar por cualquier marea por ella. De recuperar algo que se creía perdido. De encontrar el camino a casa.

En algún momento se me escapan unas lágrimas que dejo caer en silencio por no interrumpirlo; no quiero dejar de escuchar su voz, de sentir su hombro acariciar el mío mientras sus dedos se deslizan sobre las teclas con tanta naturalidad como supone respirar.

En los segundos que siguen al final de la canción, permanecemos en silencio, sin que ninguno se atreva a mirar al otro y con las

respiraciones casi contenidas. El corazón me late tan fuerte y él está tan cerca que no me extrañaría que pudiera escucharlo.

Lo oigo sorberse la nariz con disimulo y es entonces cuando me vuelvo hacia él. No está llorando, pero tiene los ojos enrojecidos, clavados en las teclas del piano.

Dan gira la cara hacia mí y de pronto estamos tan cerca como lo estuvimos días atrás en el tejado. Me pierdo de nuevo en sus ojos castaños, en las diminutas pecas que le cubren la cara. Trago saliva y, cuando nuestras narices se rozan, él me pone una cálida mano en la mejilla y me acaricia con el pulgar.

Cierro los ojos esperando un beso que no tarda en llegar. Sus labios se unen a los míos, y me inundan el estómago de fuegos artificiales, de un calor que derrite todo el invierno que me corre por las venas.

Dan se aleja solo lo suficiente como para que nos miremos a los ojos una vez más y sonríe, contagiándome el gesto.

—¿Estás bien? —pregunta en un susurro, como si temiera romper la magia.

—Lo estoy —respondo, porque es verdad—. ¿Y tú?

Su sonrisa se ensancha más y vuelve a besarme. La mano que tenía en mi cara pasa a enredarse en mi pelo mientras se apoya con la otra en el banco. Yo pongo una de las mías sobre esa última; la otra, en su rodilla.

Es muy cuidadoso, como si creyera que puedo desaparecer si hace algún movimiento brusco. Nuestras lenguas se encuentran, cautelosas primero, más seguras después. Todo Dan es calidez, dulzura y cariño. Todo él es un lugar seguro, un refugio en el que ocultarse cuando arrecia la tormenta. Y yo he sido una estúpida por huir todo este tiempo.

Cuando nos separamos, ambos tenemos las mejillas sonrojadas y las respiraciones entrecortadas. Me aparta un mechón de pelo de la cara y me lo pasa por detrás de la oreja.

—Tenemos un vídeo que grabar —le recuerdo en voz baja, todavía muy cerquita de su boca—, y se nos va a ir la luz.

Él continúa observándome con una sonrisa embobada, no estoy muy segura de que me haya escuchado.

—¿Puedo besarte otra vez?

Me río ante su pregunta y le doy dos besos: uno en los labios, fugaz y breve, y otro en la mejilla. De pequeña jugaba a contarle las pecas, y ahora me pregunto cómo sería jugar a besárselas.

—¿Vamos? —insisto con suavidad—. Hay que grabar el vídeo.

—¿Tú crees que estoy para pensar en algo que no sea lo que acaba de pasar?

—¿Por qué no tocas esta canción? Igual no soy muy objetiva, pero me parece que ha sido la mejor.

—No sé —duda, torciendo un poco el gesto—, es que es muy personal. Me hace sentir… expuesto.

—Solo si te sientes cómodo. —Le pongo una mano en el brazo y la dejo ahí—. Pero de verdad que es preciosa. Transmite mucho, y tiene algo que la hace muy especial.

Se lo piensa un poco, pero al final asiente.

—Podemos probar, y luego ya decidimos.

Asiento también. Ya que la va a tocar en el piano, soy yo quien se levanta para dejarle sitio. Alcanzo la cámara, la preparo y apunto hacia él. Es un ángulo parecido al que acostumbro a ver en sus vídeos de TikTok, pero en directo siempre gana mucho.

Dan siempre gana mucho en las distancias cortas.

26
El Sitio Correcto

DANIEL

Durante las dos semanas siguientes, me cuesta hacer cualquier cosa que no sea pensar en Hannah.

Ella, por supuesto, no permite que el amor me nuble demasiado y me obliga a centrarme en los exámenes del primer trimestre, ya a la vuelta de la esquina. Quedamos un montón de tardes para estudiar juntos y se encarga de llamarme la atención cada vez que me distraigo o quiero procrastinar ya sea viendo TikTok o dándole besos (aunque a esto último tampoco se resiste todas las veces).

Además, por algún motivo, siempre me concentro más cuando hay alguien en la misma habitación que yo, así que soy un poco más productivo de lo que lo sería a solas.

Cada tarde de estudio con Hannah me recuerda a aquellos días haciendo los deberes antes de jugar al Mario Kart, y me llena el corazón de una nostalgia que, ahora que la tengo a mi lado, es menos amarga y mucho más dulce.

Una de esas tardes, en su casa, damos por finalizada la sesión de estudio y Hannah se levanta para coger de la estantería la cámara de su padre.

—El otro día estuve revisando la memoria —dice, toqueteando el aparato—. Y hay un montón de vídeos antiguos. No me he atrevido a verlos sola, pero… ¿quieres que los veamos juntos?

Se me escapa una sonrisa y asiento, ilusionado.

—¿Los ponemos en el ordenador?

Hannah asiente y conecta la cámara a mi portátil mediante un cable. Cierro las pestañas que tenía abiertas para hacer un trabajo de clase y, en cuanto el ordenador reconoce el dispositivo, abrimos la carpeta llena de vídeos de cuando éramos pequeños.

—Veo que a tu padre no se le ocurrió comprar un disco duro —bromeo.

—Mi madre le regaló uno, pero siempre decía que le daba pereza pasarlos.

La sonrisa de Hannah se vuelve algo más triste, pero sigue siendo sincera.

Buscamos entre las miniaturas de los vídeos hasta encontrar una en la que reconocemos nuestras caras. Recuerdo al padre de Hannah siempre con la cámara en la mano, listo para capturar cualquier momento y poder atesorarlo; con la certeza de que en el futuro podría mirar hacia atrás y revivir el pasado gracias a aquellos archivos.

Ese futuro nunca llegó para él, pero sí lo hace ahora para nosotros cuando el vídeo comienza a reproducirse y nos vemos con unos ocho años menos, correteando por el parque del barco y saltando de ola en ola en lo que parece una especie de pillapilla. El pelo negro de Hannah está recogido en dos tiernas coletas y el mío está mucho más corto e incluso más rubio que ahora.

Por la ropa, debía de ser verano. La cámara nos sigue y, poco después, veo a Hannah decirme algo que no escucho y ambos nos acercamos a su padre.

—Papá, tengo sed —dice su voz aniñada.

—¡Yo también, yo también!

Salgo detrás de Hannah, prácticamente dando saltos como el manojo de nervios que siempre he sido. No recuerdo ese día, pero seguro que después dormí genial.

—¡Marvin! —exclama el hombre que sujeta la cámara—. ¡Compra también agua!

Distingo a mi propio padre a lo lejos, más joven y junto a un puesto de helados. Alza un pulgar en señal de asentimiento y me hace un gesto para que vaya a echarle una mano.

Paro el vídeo un momento y dejo escapar una carcajada.

—Muy fan de mi padre, que me estaba viendo dar saltos y decidió que era buena idea darme azúcar —bromeo entre risas—. Si mi

madre llega a estar ahí, se lo carga.

Hannah también se ríe, algo temblorosa.

—Hacía años que no escuchaba su voz.

Le paso un brazo sobre los hombros y la atraigo más a mí. Se seca los ojos, apoya la cabeza en mi pecho y no quiero que se separe nunca.

—¿Quieres terminar de verlo?

Como respuesta, le da al *play* y la imagen continúa moviéndose. Esta vez, ella dice algo en coreano y él responde en el mismo idioma, divertido. No sé de qué hablan, pero a la Hannah de diecisiete años también parece hacerle gracia, así que me parece más que suficiente.

Cuando el vídeo termina, decidimos ver otro, y luego algunos más. A Hannah se le escapan unas cuantas lágrimas, pero sus sonrisas son cada vez más amplias.

Quiero decirle que el pasado no siempre tiene por qué morder. Que, a veces, la nostalgia puede ser una suave y cálida caricia dentro del corazón. Sin embargo, me quedo callado; ya se está dando cuenta sola.

—¿Te apetece ir a dar una vuelta? —le pregunto un rato después—. Así nos despejamos.

Hannah asiente y yo apago el portátil para guardarlo en la mochila.

—Déjalo aquí, si quieres. Luego vienes a recogerlo.

—Vale, genial. Por cierto, ahora que estamos hablando de vídeos… —Me dirijo a la puerta—. Todavía no asumo haber mandado el mío. Cada vez que lo pienso me pongo nervioso.

Hannah me dedica una sonrisa tan bonita que el corazón me da un salto en el pecho. Qué guapa está cuando sonríe con esa sinceridad.

—Pues sí, ya está hecho. Ahora solo falta esperar.

—Si paso de fase, voy a tener que tocar la canción delante de gente —digo, aunque creo que se lo he repetido ya tantas veces que no sé cómo no me ha mandado a la mierda—. Y no es…

—No es lo mismo que en TikTok —termina por mí—. Claro que no, porque en TikTok te ve muchísima más gente. ¿Cuánta habrá allí? El jurado, un puñado de personas que estén de acompañantes y poco más. Lo harás genial, Dan.

Cojo aire despacio y lo suelto de golpe.

—Si tengo que hacerlo, vendrás a verme, ¿verdad? —le pregunto. Con ella cerca, las cosas complicadas se vuelven más sencillas, y todo lo que asusta lo hace un poco menos.

—¿Lo dudas? Por supuesto que sí.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. No me lo perdería por nada en el mundo.

Sonrío con ilusión y recorto la distancia entre ambos para darle un beso en los labios.

—Oye, ya sé qué podemos hacer —le propongo en cuanto me separo de ella.

—¿El qué?

—Un miedo por otro —empiezo a decir, y la sorpresa le hace fruncir el ceño—. No me habría atrevido a mandar el vídeo de no ser por ti, así que yo también quiero ayudarte. ¿Me llevas a dar una vuelta en coche?

Hannah se queda congelada un segundo, procesando mi pregunta.

—No necesito superar nada, estoy bien así.

—No te voy a obligar —me apresuro a añadir al verla palidecer—. Podemos dar una vuelta corta por Hawthorn; no tienes que salir a carretera. Pero solo si quieres.

El entrecejo se le arruga más todavía y estoy seguro de que va a negarse. Sin embargo, se mordisquea el labio y duda.

—No me importa conducir por la ciudad.

—Vale. Entonces, ¿cuál es el problema?

—De acuerdo, vamos. Pero una vuelta corta.

—Cortísima, te lo prometo. Tú decides cuándo parar.

Hannah sigue sin parecer del todo convencida. Aun así, coge las llaves del coche de su madre y me agarra la mano para salir.

♪ ♫ ♩

HANNAH

Cuando subimos al coche de mi madre, lo primero que hace Dan es ponerse cómodo en el asiento del copiloto y preparar una lista de reproducción en el móvil.

—¿A dónde quieres ir? —le pregunto, dubitativa.

—A ningún lado en particular. Ve por donde te sientas más cómoda hasta que lleguemos al Sitio Correcto.

—¿El Sitio Correcto?

—Sí, claro. Esto se ha convertido en una cita, tendremos que ir a alguna parte.

Asiento con la cabeza, me pongo el cinturón y arranco. Tras el ataque de pánico al volver del aeropuerto, la mera idea de conducir ya me pone en tensión incluso en los trayectos más cortos. Me prometí que me lo tomaría con calma y avanzaría a pasitos pequeños, pero desde entonces ni siquiera he vuelto a coger el coche.

Respiro hondo, salimos del aparcamiento y Dan pone música.

—¿Por dónde queda ese Sitio Correcto?

—Ni idea, tendremos que estar atentos, no vayamos a pasárnoslo.

—¿Y cómo sabremos que hemos llegado? —pregunto, sin poder disimular la nota de diversión que se cuela en mi voz.

—Lo sabremos.

Sonrío y sigo conduciendo. Si esto se trata de dejarse guiar por el instinto, la intuición me dice que el lugar que buscamos no está en el centro de Hawthorn, así que conduzco en dirección a la periferia. Las calles cercanas a la playa nos regalan unas bonitas vistas de las olas, que parecen más agitadas que de costumbre debido al viento.

—Me encanta cuando el agua está así de revuelta —comenta Dan, mirando a través del cristal—. Voy a comprobar algo.

—¿El qué?

No responde, sino que baja la ventanilla. Al instante, el aire de final de noviembre se cuela en el interior del coche, revolviéndonos el pelo y poniéndome la piel de gallina por el frío. Unas diminutas gotas de agua arrastradas desde el mar nos llenan la piel de sal, y su olor inunda el vehículo.

Intento arreglarme el pelo sin llegar a soltar del todo el volante, y Dan saca el brazo por la ventanilla para disfrutar de la ventolera que acalla, casi por completo, el sonido de la música.

—¿Cómo va esa comprobación? —pregunto, intentando hacerme oír por encima del aire.

—Muy bien. Hace tanto aire y huele tanto a sal como imaginaba.

—Eso también te lo podría haber dicho yo. ¡Solo querías abrir la ventana!

Entre risas, protesto un poco para que la suba y él hace un mohín, pero sabe que soy muy friolera, así que termina por hacerme caso. Luego, se pone a canturrear la canción animada de Ed Sheeran que suena por los altavoces de su móvil. No sé cómo se las arregla para siempre contagiarme su buen humor, pero nunca falla.

Cuando me doy cuenta, estamos en la carretera que bordea la costa, fuera de Hawthorn. A pesar de que los nervios se me agarran al estómago, sí que me siento más valiente. Y sé que es gracias al chico que tengo al lado, el mismo que me da un concierto personal mientras finge tocar la batería sobre el salpicadero al ritmo de *Long Live,* de Taylor Swift. El que canta cada verso con tanta emoción como si fuera su última oportunidad de hacerlo.

Yo también canto, pero más flojito. Me gusta más escucharlo a él.

Llevamos ya un buen rato en la carretera cuando Dan se interrumpe a sí mismo:

—¡Gira en la siguiente!

Luego, sigue canturreando como si nada.

Pongo el intermitente para girar a la izquierda en la siguiente salida y pronto perdemos de vista la costa, internándonos en una carretera secundaria. Tras un par de bifurcaciones en las que dejo que Dan me guíe, el camino no tarda en volverse tierra y a nuestro

alrededor aparecen algunas granjas y vacas pastando entre la alta hierba.

—¿Qué hay por aquí?

Dan se encoge de hombros.

—No sé, supongo que algo. Si no, nos damos la vuelta.

Meneo la cabeza, pero no digo nada más; su respuesta ni siquiera me sorprende a estas alturas. No me disgusta la idea de perderme a su lado, de explorar el mundo sin mapa ni un camino determinado. He pasado media vida huyendo, y ahora que no sé ni a dónde voy lo estoy pasando tan bien que quiero pedirle que repitamos más veces. Que convirtamos en una tradición esto de ir a donde el corazón nos dicte, fluir y perdernos un poco para luego volver a encontrarnos.

De pronto, unas pequeñas motas moradas salpican la maleza como gotas de pintura en un lienzo.

—Para, para —pide, con una sonrisa que podría iluminar el mundo entero—. Es aquí.

Yo también siento que *es aquí* —sea lo que sea que eso signifique ahora mismo—, así que detengo el coche a un lado de la carretera y ambos nos apeamos. El campo está lleno de flores diminutas que no tengo ni idea de cómo se llaman. Aun así, saco la cámara de mi padre de la mochila para grabarlas más de cerca y, de paso, capturar unos segundos de Daniel a través del visor mientras él mira distraído alrededor.

Una vez se da cuenta, su sonrisa se ensancha.

—¿Me la prestas?

Mi primer impulso es negarme a que alguien que no soy yo tenga la cámara de mi padre entre manos, pero luego se la tiendo. Sabe lo mucho que significa para mí, y no la dejará caer del mismo modo en que no me deja caer a mí.

Dan se esconde tras el visor y yo saludo a la cámara y me río un poco incómoda, sin saber bien qué hacer. Doy la vuelta para echar a andar entre la maleza crecida, y la humedad que desprende la hierba me cala la tela de los vaqueros.

El sol, aunque no calienta mucho por la época del año, sí que brilla en un cielo moteado de nubes que parecen algodón. Las estelas de aviones lejanos surcan el cielo para poco después deshacerse y desaparecer en el viento

Me detengo para mirar atrás y veo a Dan todavía apuntándome con la cámara. Sin decir nada, termina el vídeo y recorre el camino que he dejado al abrirme paso hasta donde estoy. La forma en que me mira, con los ojos llenos de ilusión, hace que se me acelere un poco el corazón.

Cojo la cámara cuando él me la devuelve y la guardo en la funda. Una vez la meto en la mochila, él me pone una cálida mano en la mejilla, y su tacto es tan agradable que no puedo evitar inclinar la cabeza ligeramente hacia un lado, como un gato. Dan se agacha un poco para besarme y paso los brazos por su cuello para poder absorber un poco más de su calor.

—Estoy muy orgulloso de ti —dice, con la frente pegada a la mía.

—¿Por qué? —me sorprendo—. No he hecho nada.

—Sé que no te sientes cómoda conduciendo fuera de Hawthorn, pero lo has hecho.

Sus palabras provocan que se me haga un nudo en la garganta. Parpadeo todo lo rápido que puedo para no llorar, pero los ojos se me humedecen y los cierro, esbozando una sonrisa que me queda un poco triste.

—Era una carretera muy tranquila.

—¿Y? —Dan hace una pausa en la que sus labios acarician mis párpados cerrados—. Dijimos que poco a poco. Eres muy valiente.

Su aliento contra mi piel provoca que un escalofrío lleno de electricidad me recorra el cuerpo. «Valiente». Si lo fuera de verdad, nunca habría salido corriendo, pero tal vez pueda aprender a serlo ahora. Me abrazo a él como si fuera un salvavidas y yo flotara en mitad del océano. Dan me acaricia la espalda y me aprieta contra sí. A nuestro alrededor, el aire vuelve a moverme el pelo, y este me hace cosquillas en la nuca.

Antes, viendo los vídeos, los recuerdos no me han matado. Algunos han dolido, sí, y me han hecho sentir triste, pero no me han matado.

Tal vez pueda dejar de huir por una vez. O huir solo cuando es con él.

Daniel me mira a los ojos y sus manos se posan en la parte baja de mi espalda. Acaricia una franja de piel que ha quedado al descubierto por habérseme subido un poco el jersey y siento una oleada de calor ante su tacto. Vuelvo a besarlo, esta vez con más ganas.

Nuestras lenguas se encuentran y pronto su respiración se agita tanto como la mía. Aquí, entre las diminutas flores lilas, todo lo que no somos nosotros dos se desvanece por completo. Tan solo existe este instante, sus manos sobre mí y el movimiento de nuestros labios.

Con Dan es tan fácil sentir que estoy en casa que cualquier lugar se vuelve hogar. Incluso ahora, que ni siquiera sabemos dónde estamos con exactitud, estoy segura de que este es ese Sitio Correcto del que hablábamos antes, en toda la amplitud de la expresión.

Me aparta un mechón de pelo de la cara y se separa de mí para mirarme, un poco serio. En su mirada encuentro cierta inseguridad con la que no esperaba tropezarme.

—¿Vamos al coche? Tampoco quiero que se nos haga de noche aquí en medio.

Lo miro, preocupada por su expresión. Aun así, asiento y le dedico una sonrisa tranquilizadora.

Busco su mano para encaminarnos de nuevo al vehículo. Esta vez es él quien se sienta frente al volante porque, si bien no me ha resultado difícil llegar hasta aquí, sí que he tenido bastante por un día.

Paso a paso.

Dejo la ventana un poco abierta; por una vez, no tengo nada de frío.

—¿Estás bien? —le pregunto antes de que arranque.

—Sí, no te preocupes.

—¿Seguro? Podemos hablar, si te apetece.

—Estoy bien —insiste, aunque la sonrisa le flojea un poco—. Es que me gustas mucho, Hannah. No sabes el miedo que me da cagarla contigo.

Alzo ambas cejas, sorprendida.

—¿Por qué estás pensando en eso? —Como tarda en responder, añado—: Tú también me gustas un montón, no tiene que darte miedo ser sincero.

Él me dedica media sonrisa y, a pesar de que está jugueteando con su anillo, parece que mis palabras lo calman un poco.

—Siempre meto la pata —admite, casi en un susurro, y baja la vista—. Me preocupa hacer algo mal y arruinarlo todo de nuevo.

—Dan, la última vez, tú no…

—Ya, ya. Me dijiste que no fue culpa mía, y lo entiendo. Es solo que… no quiero que desaparezcas otra vez.

Una diminuta grieta se abre paso en mi corazón al oírle hablar. Odio lo insegura que suena su voz, como si en serio temiese que las palabras equivocadas pudieran hacer que me evaporase en el aire.

Me inclino hacia delante, agachándome para entrar en su campo de visión. Él me observa, expectante. Quiero demostrarle que estoy aquí, que no soy un espejismo y que no me esfumaré si alarga el brazo en mi dirección.

—Esta vez soy yo quien hará las cosas bien —le aseguro, porque de verdad quiero hacerlo; de verdad quiero seguir siendo parte de su vida—. No voy a desaparecer, y menos sin dar explicaciones.

Se le escapa un discreto suspiro, como si acabase de quitarle un peso de encima, y esboza una sonrisilla que se ensancha cuando le doy un beso fugaz en la mejilla.

El brillo de siempre ha vuelto a sus ojos para cuando habla de nuevo:

—¿Volvemos ya? Madre mía, estoy reventado, y eso que no he hecho nada.

Me río, porque siempre le ha pasado lo mismo, y me parece adorable. Recuerdo al Dan de siete años que igual un momento estaba corriendo por la playa y jugando con las olas mientras hablaba de todo a lo que teníamos que jugar aquella tarde, y de pronto se quedaba sopa debajo de la sombrilla con la batería a cero. En el momento me frustraba que no distribuyera un poquito mejor la energía en vez de gastarla toda de golpe, pero luego aprendí que no era queriendo ni era algo que él pudiera manejar.

—¿Pongo yo la música esta vez?

—Claro, pero elige bien.

—¿Elijo algo mal alguna vez?

Daniel se encoge de hombros, arrancando el motor para ponernos en marcha.

—Bueno, tienes tus días.

—¡Eh! —protesto, fingiendo estar ofendida.

Y, entre bromas y música, dejamos atrás el campo, las vacas que ya acuden a resguardarse del relente de la noche y, además, un par de miedos enterrados bajo las flores.

27
La verdad sobre @dxnielhdson_

DANIEL

Cuando el viernes nos dan la nota del último examen de Historia, estoy tan contento que podría ponerme a dar saltos en medio de la clase.

Siempre he sido más de aprobados justos que de buenas notas, así que este siete y medio lo celebro como si fuera un diez. Se lo enseño a James, que alza ambas cejas y me choca la mano, tan feliz como yo.

—A alguien le ha sentado bien echarse novia —comenta con picardía. Sé que todavía no ha perdonado a Hannah, pero al menos ha decidido poner a un lado sus diferencias con ella. Aunque sea por mí—. Mientras lo que se te peguen de ella sean estas cosas, no está mal.

—¡Oye! —protesto entre risas—. Dame un poco de crédito, que el que ha hecho el examen he sido yo.

James se encoge de hombros con un «si tú lo dices…» escrito en la cara, pero también se ríe. Al devolver los exámenes me siento motivado con este curso por primera vez desde septiembre. Ya solo me falta mantener esta buena racha.

Ha pasado ya casi un mes desde que James se declaró a Beth. Sé que aún le pone triste pensar en ello y que todavía tiene el corazón roto. Aun así, creo que le sirve de consuelo el no haberse quedado con la duda de lo que pudo haber sido si hubiese sido un poquito más valiente.

Entre unas cosas y otras, Beth no pasa mucho tiempo con nosotros, pero entre ellos dos al menos han arreglado las cosas tras un par de conversaciones sinceras.

Aprovecho el descanso tras la clase para ir al baño. En cuanto pierdo de vista al profesor que hay en el pasillo, saco el móvil. Tengo un montón de notificaciones de TikTok, pero las aparto a un lado sin tan siquiera mirarlas y le escribo un mensaje a Hannah:

[8 de diciembre]

Daniel, 12:44

HE SACADO UN SIETE
Y MEDIO EN HISTORIA

NO ME LO PUEDO CREER

Hannah, 12:44

TOMA YA!!!

enhorabuena, dan, te lo
mereces muchísimo!

Daniel, 12:45

Estoy muy muy contento

Quieres quedar luego
y lo celebramos?

Podemos ir a alguna cafetería,
te invito a merendar

Hannah, 12:45

esta tarde me viene un poquito mal, tengo que hacer un trabajo con unos compañeros y lo queremos dejar listo antes del finde

mañana puedes?

Daniel, 12,45

Mañana está bien 💙

Qué ganas de verte

Oye, me acabo de acordar de que James me dijo que le parecería guay quedar los tres algún día. Qué te parece?

Hannah, 12:46

por mí genial, como si quiere venir mañana 😊

sé que no soy su persona favorita, pero no quiero que estemos de malas, y menos ahora

Daniel, 12:46

Genial! Entonces se lo digo! Eres la mejor 💙

Guardo el móvil en el bolsillo y salgo del baño, sin dejar de sonreír. Me siento como si estuviera en una nube, y recorro el pasillo pensando en que, además de lo increíble que me parece estar

saliendo con Hannah, la posibilidad de que James y ella hagan las paces me hace sentir que todo está por fin donde debe estar.

Intento borrarme la sonrisa boba de la cara antes de entrar a clase. En el instante en el que cruzo el umbral de la puerta, sin embargo, los murmullos habituales desaparecen y se hace el silencio al tiempo que los ojos de todos mis compañeros se clavan en mí.

Me quedo pillado en el sitio. No suele ocurrir que se interrumpan conversaciones con mi presencia.

—¿Ha pasado algo?

Nadie me contesta, pero tampoco dejan de mirarme. James, que es el que más serio está, se levanta casi de un salto y avanza hacia mí. Me agarra del brazo para que salgamos de la clase y nos alejamos unos metros de la puerta, mientras lo miro esperando una explicación.

—¿Lo has visto? —pregunta en cambio.

—¿El qué?

—El vídeo.

—¿Qué vídeo?

James tuerce el gesto y se pasa una mano por la cara. A pesar de no entender qué pasa, se me revuelve el estómago de los nervios.

—¿De qué hablas, James?

—Joder, es que Kylie ha subido un vídeo a TikTok, y… Te juro que acabo de verlo, porque le ha salido en recomendados a unos cuantos de la clase. Es casi mejor que no lo veas.

Dos chicas de otro curso pasan a nuestro lado cuchicheando algo y nos lanzan breves miradas. Alarmado, me apresuro a sacar el móvil y entrar en TikTok; está claro que no voy a encontrar nada bueno.

Lo primero que veo es ese puñado de notificaciones que antes he ignorado y leo por encima algunos comentarios en mi último vídeo, que no es más que un *cover* de una canción de Bastille que subí ayer.

«Qué fuerte! Habéis visto el vídeo de esa chica??? No me lo puedo creer».

«Menuda decepción, Daniel. Más vale que tengas una explicación».

«Alguien más viene desde el vídeo de @itskylie22__ esperando a que le confirmen que es una broma?? 😭😭».

«Patético».

«Al final todos los tíos son iguales!».

«Puede que luego lo aclare, tampoco hay que saltar a la yugular de la gente a la primera, chiques…».

«😢😢😢 canceladísimo».

Hay un montón de comentarios y siguen llegando cada vez más. Miro a James muy confuso, pero, como no me dice nada, entro al perfil de Kylie sintiendo cómo toda la sangre se me va del cuerpo como por un desagüe.

En su perfil solo hay algunos vídeos de viajes o bailando con sus amigas y que, en general, no tienen muchas reproducciones. La miniatura del último, sin embargo, muestra su cara en un primer plano y ya lo han visto quince mil personas. En la parte superior, además, se lee en letras grandes: «LA VERDAD SOBRE @DXNIELHDSON_».

—¿Qué me voy a encontrar? —le pregunto a James, conteniéndome para no poner el vídeo de inmediato. Él me mira con los brazos cruzados, incómodo, pero en cuanto veo que abre la boca, me adelanto—: No me digas que no lo vea. Necesito verlo.

—Un montón de mentiras y estupideces —responde, frustrado—. No te va a sentar bien.

Ya se me ha acelerado el corazón cuando toco el vídeo y este comienza a reproducirse.

—*Storytime* de cuando cierto *tiktoker* famosillo me utilizó para liarse con mi mejor amiga —dice a modo de presentación, con una sonrisilla algo triste. El vídeo está subido desde esta mañana, pero tal vez ha tardado un rato en viralizarse y por eso mis compañeros tampoco lo han visto antes—. Hola, yo soy Kylie y tengo diecisiete años. Hace unos meses estuve saliendo con Daniel Hudson y, bueno, no iba a hacer este vídeo porque no me gusta crear conflicto, pero…

creo que debo contar mi experiencia para que nadie vuelva a sentirse tan utilizada como yo lo he sido.

Kylie hace una pausa para coger aire y yo siento que me lo saca directamente de los pulmones. ¿Qué está haciendo? ¿Por qué ha subido un vídeo hablando de esto? *¿Cuánto* va a contar?

—Como muchos de vosotros, lo conocía por TikTok, porque me encantaban sus *covers*. Un día nos conocimos en una fiesta, conectamos mucho y una amiga en común nos consiguió una cita. Al principio todo era precioso, de cuento, pero después me di cuenta de que le prestaba más atención a mis amigas que a mí. Cada vez que yo me acercaba, me ignoraba o me daba largas…, incluso se inventó una orientación sexual solo para excusarse. —Su voz suena tan segura de lo que dice, tan dolida, que el corazón me quema—. Lo peor fue en mi cumpleaños, porque me trató muy muy mal, sin importarle que me pusiera a llorar delante de él. Al otro día rompimos y se largó con una amiga mía. Me dejaron tirada en Bristol y tuve que volver a casa en autobús.

La mirada se le llena de lágrimas, y yo parpadeo para ahuyentar las que se me están viniendo a los ojos.

—No fue así —murmuro, abrumado por la impotencia. No sé si de verdad han sido así las cosas desde su punto de vista, pero no es justo. No es justo porque en su versión de la historia parece que he buscado herirla todo el tiempo.

—Lo sé —asegura James, y me pone una mano en la espalda.

Kylie sigue hablando, con unos surcos húmedos que le empapan las mejillas:

—Como he dicho, no quería hablar de esto en público. Ya sabía que en realidad nunca le importaron mis sentimientos, pero ahora me he enterado de que está liado con una de mis mejores amigas, con la que se fue ese día. Y he comprendido que, en realidad, todo lo que pasó entre nosotros fue un plan para acercarse a ella. Me utilizó, me ilusionó y me trató fatal, y puede que esto no llegue a mucha gente, pero creo que es justo que sepáis a qué clase de persona apoyáis e idealizáis en redes sociales. Daniel no es como

pensáis que es; solo se preocupa por sí mismo y no le importa jugar con los sentimientos de los demás para conseguir lo que quiere.

Para finalizar el vídeo, Kylie se despide con una sonrisa ladeada y un gesto con la mano. Entro en la sección de comentarios, llena de personas que le dan ánimos y hablan de lo sorprendidas que están y lo poco que esperaban algo así de mi parte. Algunos me llaman manipulador; otros, sinvergüenza y retorcido, y los que menos idea tienen de mi vida incluso me tildan de asaltacunas por salir con una niña de diecisiete años (¿y qué edad tengo yo, entonces?).

Me cuesta respirar con normalidad, como si alguien se me hubiera sentado encima del pecho. Tengo la sensación de que el mundo se tambalea bajo mis pies, de que los ladrillos que sostienen el instituto amenazan con caerse y aplastarme por completo.

—Creo que voy a vomitar.

James me quita el móvil de la mano y sale de la aplicación.

—Ni se te ocurra —me regaña—. No vas a dejar que esto te afecte, ¿vale? Porque nada de lo que ha dicho tiene ningún sentido y tanto tú como yo sabemos que las cosas no han sido así. *Cualquiera* que te conozca sabe que no eres nada de lo que te dicen y que no ha ocurrido como ella lo cuenta. El vídeo es ridículo. Kylie es ridícula.

No soy capaz de responder, quizás porque es tarde para que no me afecte. El corazón me va tan deprisa que estoy mareado. Rehúyo de la mirada de James, que espera una confirmación que no puedo darle.

—Chicos, venga, ¿qué hacéis en el pasillo? James, guarda el móvil o voy a tener que quitártelo.

El señor Baker nos hace un gesto para que entremos a clase. James se mete mi móvil en el bolsillo y nos dirigimos a los pupitres seguidos de nuestro tutor. Aunque los ojos de todo el mundo vuelven a clavarse en mí, las piernas me tiemblan tanto que agradezco poder sentarme.

—Bueno, hoy vamos a empezar corrigiendo las preguntas del texto que os mandé el otro día. ¿Quién quiere leer la primera?

Mike levanta la mano desde la última fila y saco la libreta y el libro de Filosofía. James lanza mi móvil dentro de uno de los bolsillos de mi mochila, asegurándose de que veo dónde lo deja.

Desde detrás, escucho un «eh, ¿es verdad lo que ha dicho la chavala del vídeo?», aunque estoy tan sobrepasado que no sabría decir a cuál de mis compañeros pertenece la voz. Sea quien sea, James lo manda a la mierda, y luego redirige su enfado hacia Beth, que se ha girado a mirarnos en algún momento:

—Te parecerá bonito lo que ha hecho tu amiguita del alma, ¿no? ¿En serio crees esas cosas de Dan?

Estoy a punto de echarme a llorar, pero no quiero hacerlo delante de toda la clase. Así que aprieto la mandíbula, hago como que no los escucho y miro la pizarra, que aún tiene anotaciones de la clase anterior.

—No. —La voz de Beth suena sincera, triste—. Claro que no lo pienso.

—¿Entonces? Porque cualquiera diría que es incapaz de hacer algo malo, cuando yo de momento no he visto que haga nada bueno.

Beth guarda silencio durante unos instantes. Luego, suspira.

—Ni siquiera sabía que iba a hacer un vídeo así, yo… Ella no es así, no lo entiendo.

—No, no quieres entenderlo, que es distinto. —Evan abre la boca por primera vez, a su lado—. Porque avisada estabas.

—Evan…

—También la creíste a ella antes que a mí. Nunca te lo he tenido en cuenta, Beth, porque éramos unos críos, pero esta vez se ha pasado tres pueblos.

—Lo ha hecho. Dios, Dan, no sé qué le ha pasado a Kylie por la cabeza para hacer esto; ya casi ni hablaba del tema. Por mal que le haya sentado enterarse de que estás con Hannah, no tenía derecho a…

La frase queda en el aire y yo me encojo de hombros, sin mirarla. Los ojos me arden, así que me los froto y me obligo a respirar hondo

para calmarme, aunque tampoco sirve de mucho. Todos los comentarios que he leído se me repiten en la cabeza una y otra vez. Sé que tanto en el vídeo de Kylie como en el mío hay más comentarios, más personas diciéndome lo malo que soy, lo cruel y retorcido.

Siempre he sido bastante simple, casi un libro abierto, y no termino de llevarme bien con las dobles intenciones. Pero ahora, en cambio, siento que el mundo entero tiene una visión de mí que no cuadra para nada con la que tengo de mí mismo, y me asusta pensar en que tal vez he estado equivocado. Que, quizás, no soy tan buena persona como siempre he creído ser. He debido de hacerle mucho daño para que quiera devolvérmela de esta manera. ¿De verdad me he portado tan mal con Kylie?

Escucho algunos murmullos de mis compañeros hablando de mí y me siento tan atrapado en la silla que no sé qué hacer.

En algún momento he empezado a darle vueltas a mi anillo y a sacudir la rodilla de arriba abajo, incapaz de estarme quieto. Ninguna de estas cosas me ayuda ahora mismo; necesito salir de aquí, y no hacerlo requiere toda mi voluntad.

James se pasa la última hora defendiéndome cada vez que escucha a alguien decir algo, cada vez más cabreado. Yo, en cambio, no soy capaz de abrir la boca en todo el tiempo. Tampoco lo soy de prestar atención a la clase, ni de hacer otra cosa que no sea esforzarme en no hacerme pedazos delante de todos.

28
Una torre de naipes

HANNAH

[8 de diciembre]

Daniel, 12:46

Genial! Entonces se lo digo! Eres la mejor 💟

—Tía, mira esto. —Bianca llama mi atención, sentada a mi lado en las escaleras entre la segunda y la tercera planta, donde solemos pasar los descansos para alejarnos del barullo de nuestros compañeros de clase.

Guardo el móvil en la mochila, sin poder aguantar la sonrisilla estúpida que asoma a mis labios cada vez que hablo con Dan. En cualquier otro momento de mi vida, me habría abofeteado a mí misma por lo cursi que me estoy volviendo.

—¿El qué?

Me pasa uno de los auriculares inalámbricos que ha estado usando.

—Tú mira.

Me lo coloco en el oído y, para mi sorpresa, encuentro la cara de Kylie en la pantalla de Bianca. Frunzo el ceño, extrañada.

—¿Esto qué…?

Me interrumpo a mí misma cuando Kylie comienza a hablar. Al principio, no doy crédito a sus palabras. A medida que las proceso, siento cómo la sangre me hierve en las venas.

—Y lo peor son los comentarios. —La cabeza de Owen asoma entre las nuestras, en cuclillas en el escalón de atrás.

—¿Tú también lo has visto? —le pregunta Bianca.

Él asiente y se sienta en el escalón.

—Se lo están comiendo vivo, al pobre. Ahora sí que puedo decir que está podrida por dentro sin herir a nadie, ¿verdad?

—Déjame eso. —Le quito el móvil a mi amiga y entro en la sección de comentarios.

El corazón se me acelera a medida que leo lo que dice la gente. Escriben cosas tan horribles de él que no tienen ningún sentido, y esos me joden todavía más que los que hablan de la «mala amiga que se ha liado con el ex de Kylie». Reconozco algunas cuentas de gente de mi instituto y del suyo, y tengo que contener las ganas de gritar cada vez que veo que Kylie incluso ha tenido tiempo de contestar a varios comentarios dando las gracias por el apoyo.

—Pensaba que igual había cambiado, pero se ve que no —murmura Bianca, y se muerde el labio inferior, frustrada—. ¿Debería hacer Daniel un vídeo dando su versión? O sea, no sé si sería peor aún, pero me da rabia que todo el mundo se quede siempre con la historia de Kylie.

—¡Total! Además, ¿meter a Hannah de por medio? No habrá dicho su nombre, pero está claro que le jode que estén saliendo. ¿Tú qué dices, tía?

Como única respuesta, suelto una risa amarga que suena más bien como una exhalación de aire, y me levanto del escalón con las piernas temblorosas por la rabia. Me dirijo hacia la clase a paso rápido, bajo la curiosa mirada de Owen y Bianca.

No me cuesta encontrar a Kylie: está sentada en su pupitre con esa estúpida cara de santurrona, mirando algo en la libreta mientras llega la profesora. Me planto frente a su pupitre y ella alza la mirada.

—Estoy flipando contigo. —Apoyo las manos en su mesa con fuerza, echando el cuerpo hacia delante para mirarla a la cara—. No sé cómo has podido hacer una cosa tan rastrera.

—¿Rastrera? —Kylie alza las cejas con sorpresa—. Solo he contado la verdad.

—¿La verdad? Pero ¿de qué coño hablas, tía? ¿En serio tu visión de la realidad está así de distorsionada? ¿De verdad ganas algo haciendo esto?

Kylie resopla, como si fuera tan obvio que no comprendiera por qué tiene que explicarlo.

—Era evidente que solo me estaba utilizando para acercarse a ti. ¿Es que no lo ves? Creo que tengo derecho a sentirme herida y no querer que más gente pase por lo mismo. Se llama *solidaridad,* por si no sabes lo que es, porque te ha faltado tiempo para ir a liarte con él.

—Así que haces esto porque estoy saliendo con Dan.

—Ya te he dicho por qué lo he hecho. —Su voz suena de todo menos convincente—. Aun así, igual deberías pensártelo antes de perder a todas tus amigas por un chico, no creo que valga la pena. Y ya que lo dices, ¿qué tal es comerte mis babas?

Parpadeo, atónita. No puedo creer lo que oigo, y menos aún la ligereza con la que habla, como si sus palabras no estuvieran cargadas de puñales hacia todos los años que hemos sido amigas.

—Eres lo peor —escupo, impregnando de rabia cada sílaba. Todos nuestros compañeros nos miran, pero me da igual: no me importa que escuchen lo que tengo que decir—. No, ya veo lo que pasa. Como yo me he hartado de ser la que pide siempre perdón y Dan no ha ido detrás de ti suplicando, has decidido que es mejor manipular al resto del mundo para que seamos nosotros las malas personas, ¿no?

Me río por no llorar y meneo la cabeza, entre decepcionada y asqueada por su comportamiento. Kylie, en cambio, me dedica su peor cara, da un golpe en el pupitre y se pone de pie.

—¡Yo no manipulo a nadie! —Rodea la mesa para acercarse y ponerme un dedo en el pecho—. ¡Es él quien me ha roto el corazón, y eres tú quien ha traicionado nuestra amistad! ¡Has preferido ir detrás de un chico antes que mantener a tus mejores amigas!

—¡Nadie te ha traicionado! ¡Eres tú la que lo trató como una mierda! Joder, tía, sabes que si no hubiera estado delante te habría

creído hasta la última palabra, pero es que te he visto gritarle y luego darle la vuelta a la situación por completo. ¡Así que no pretendas que precisamente *yo* me compadezca de la pobrecita que…!

Kylie me interrumpe con una bofetada tan fuerte que me hace girar la cara y me impide reaccionar por un par de segundos. Ahí está, supongo. La Kylie de verdad que me negaba a ver.

Cuando lo hago, con la mejilla ardiendo, termino de perder los papeles. Empujo a Kylie y ella trastabilla hacia atrás, pero se las arregla para agarrarme del pelo. Se me escapa un grito de dolor y me doy en la cadera con el pico de una mesa. En medio del forcejeo, le araño la cara con las uñas y ella se esfuerza en devolvérmela.

—¡Oye, oye! —exclama Phoebe, que debe de acabar de entrar en la clase—. ¡¿Estáis locas?!

Se mete en medio para separarnos, pero se lleva un codazo accidental en el pecho de parte de Kylie y eso hace que otras personas intervengan. Owen me sujeta desde atrás, y cuando lo hace pataleo y lo llamo de todo —lo más suave, probablemente, sea «cerdo traidor»—, aunque en el fondo sé que lo hace para evitar que me hagan más daño.

El revuelo continúa en la clase mientras Kylie y yo nos chillamos las cosas más horribles la una a la otra, cada una desde una punta del aula mientras otras personas nos agarran.

—La violencia no es la solución —me recuerda Bianca, medio en broma, en un intento de que me calme cuando me sacan de la clase casi a rastras.

Luego, me abraza cuando me pongo a llorar como una idiota.

DANIEL

Lo primero que hago al llegar a casa es encerrarme en mi habitación.

No sé ni cómo me las he arreglado para mantener la compostura en el instituto, pero no ha sido fácil. Desde que he visto el vídeo, he

sentido una mano estrujándome el corazón, intentando exprimirme hasta la última gota de sangre del cuerpo.

Sentado en la cama, me esfuerzo en respirar hondo y convencerme a mí mismo de que no pasa nada, de que solo es un vídeo estúpido lleno de mentiras derivadas de la rabia. La mayoría de quienes comentan no tienen ni idea de mi vida ni de lo que ha ocurrido en realidad.

Cuando creo tener ya la situación gestionada y todo bajo control, tengo la brillante idea de volver a abrir TikTok y ver la avalancha de notificaciones acumuladas.

Entonces el mundo se me vuelve a caer encima y es ahí cuando termino de romperme.

Ahora que estoy a solas, me desmorono como una torre de naipes, y una vez empiezo a llorar es como si se hubiera abierto un grifo que soy incapaz de cerrar.

Es lo único que hago durante el resto del día: llorar como un crío con el corazón encogido mientras leo los montones de comentarios que no dejan de llegar a ambos vídeos. No contesto a ninguno, porque siento que tan solo lo empeoraría.

Me siento como si mi vida se hubiera acabado, y cuando pienso en que ahora todo el mundo me odia y piensa todas esas cosas de mí, siento que me ahogo.

Intento escribir en las notas del móvil una justificación, algo con lo que defenderme; esa explicación que me están exigiendo. Pero todos los intentos me salen patéticos y estúpidos, y solo consigo frustrarme y sentirme más impotente todavía.

Después de un par de horas tirado en la cama con la aplicación abierta parece que me va a explotar la cabeza, así que me digo que no tengo por qué leer esto. Que debería desactivar los comentarios en mis vídeos, borrar los que ya hay y bloquear a Kylie para no ver nada más. Borrarme la cuenta de TikTok, desinstalar la aplicación para siempre y tirar el teléfono al fondo del mar. Y, luego, darme una ducha para despejarme y pedirle un abrazo a mi madre.

Sin embargo, por más que me repito que tengo que levantarme una y otra y otra vez, estoy tan paralizado y tan sobrestimulado que soy incapaz de hacerlo. Pronto recibo también mensajes privados por Instagram en la misma línea que todo lo demás, de gente que se siente con el derecho de exigir que le cuente con detalles mi vida.

A la hora de la cena, les digo a mis padres que me encuentro mal y me quedo en mi habitación, porque lo cierto es que no tengo cuerpo para sentarme a la mesa con ellos y hacer como que no tengo la ansiedad por las nubes. No puedo fingir frente a ellos que no ha pasado nada.

A James y Hannah, sin embargo, les pido que no se preocupen demasiado, porque me da mucha vergüenza admitir cuánto me está afectando. No quiero que vean la forma obsesiva en la que no dejo de leer todo lo que dicen de mí, ni cómo he estado llorando tanto que de vez en cuando se me olvida cómo respirar.

Me paso la noche entera debajo de una manta, a oscuras salvo por la luz de la pantalla y deseando no haber conocido jamás a Kylie.

No es hasta las dos y media de la madrugada, cuando hace ya mucho que se me han gastado las lágrimas, que las notificaciones se quedan en completo silencio y siento algo cercano al alivio por primera vez en horas. Tengo la cara más caliente que el resto del cuerpo, así que le doy la vuelta a la almohada para sentir algo de fresco.

La angustia no desaparece del todo, pero disminuye lo suficiente como para permitir que me quede dormido.

29
Como siempre ha sido

HANNAH

[9 de diciembre]

Daniel, 11:07

Hannah, soy James

Estoy con Dan

Puedes venir a su casa???

Hannah, 11:09

qué ha pasado?
está bien?

Daniel, 11:09

Reunión de emergencia, tía, venga. En serio tengo que explicarte más???

Hannah, 11:09

llego en quince minutos

A toda prisa, me pongo unos vaqueros y una sudadera y me despido de mi madre mientras salgo por la puerta. Quiero ver a Dan desde

que vi ayer el vídeo, pero me dijo que quería estar a solas un rato y apenas me respondió a un par de mensajes en toda la tarde.

Y si James me ha pedido que vaya, no voy a quedarme quieta.

Me planto frente a su casa en tiempo récord. No sé si sus padres estarán aquí ni cuánto saben acerca de lo sucedido, y como no me veo con fuerzas para comprobar ninguna de las dos cosas, me cuelo hasta el jardín trasero y trepo por el contenedor de basura hasta el tejado. De ahí, a la ventana de Dan.

Dentro, los dos chicos hablan sentados en la cama, aunque desde fuera tan solo les veo la espalda. Doy un par de toquecitos en el cristal y James es el primero en girarse. Se apoya más en la cama para alcanzar la ventana y abrirme.

—¿En serio? ¿Por la ventana?

—Estoy aquí, ¿no?

Veo en la expresión de James cómo se contiene por no poner los ojos en blanco y resoplar. Dan, por otro lado, esboza una sonrisa tan débil al verme que sería fácil confundirla con una mueca. Tiene muy mala cara: está más pálido que de costumbre y dos sombras oscuras se marcan bajo unos ojos hinchados y enrojecidos.

Me quito los zapatos, los tiro al interior de la habitación para no pisar la cama con ellos puestos y entro a darle un fuerte abrazo. Él suspira y me devuelve el gesto, hundiendo la cara en el hueco de mi hombro. Se sorbe la nariz y me dedico a acariciarle el pelo con dulzura. A pesar del frío que hace fuera, el calor que emana su cuerpo me envuelve como un manto.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta James, con los ojos clavados en mi cara.

—Kylie me ha demostrado que no era necesario tratarla con guantes de algodón, sabe defenderse solita.

James me mira con una aprobación que no esperaba encontrar en su mirada. Dan, en cambio, se separa de mí y frunce el ceño, preocupado.

—¿Te duele? —Me pone una mano en la mejilla, sin llegar a tocar el arañazo que tengo en el pómulo.

—No mucho, pero sí que me han expulsado tres días. ¿Cómo estás tú?

—Pues James me ha castigado sin móvil. —Se ríe sin ganas.

—Porque tienes que dejar de mirarlo, joder. Hannah, dile que no puede pasarse el día leyendo comentarios.

—No puedes pasarte el día leyendo comentarios.

—Gracias —dice él, antes de volverse hacia Dan—. ¿Ves? Encima solo dicen gilipolleces.

Daniel suspira, bajando la mirada. Hacía mucho tiempo que no lo veía *así* de apagado, y no me gusta.

—Y no quiero leerlos, pero me da más ansiedad no saber lo que dicen.

—Me da igual, tío. Te vas a volver loco si no paras.

Asiento para darle la razón a James. Dan tuerce el gesto, contrariado, y apoya el lateral de la cabeza en la pared.

—Es que no sé qué hacer —murmura, con la vista fija en la colcha—. ¿Por qué ha hecho esto ahora? ¿Tan malo he sido con ella?

—¡Que no es tu culpa! —exclama James, frustrado, y sé que no es la primera vez que se lo dice—. ¿No ves que es ella la que está siendo cruel?

—Me obligó a tocarla en su cumpleaños —dice, tan bajito y tembloroso que, de no ser por lo mucho que James abre los ojos, creería haberlo imaginado—. No supe cómo decirle que no, y… Yo no la he utilizado. Yo no he querido jugar con sus sentimientos.

Se me hace un nudo en la garganta, pero me obligo a tragármelo. Sabía que había pasado *algo* con lo que él no había estado cómodo, si bien hasta ahora no me había contado qué era.

Me clavo las uñas en la palma de la mano hasta que se me quedan los nudillos blancos. Si ayer lo hubiera sabido, al pelearme con Kylie más que un empujón le habría dado un puñetazo en la cara.

—Sé que no lo has hecho —digo, con mucha más calma de la que en realidad siento—. Esto no es culpa tuya, Dan, ¿vale? Le ha dado

la vuelta a la situación como le ha dado la gana. Y no tenía ningún derecho a obligarte a hacer algo que no querías.

Pero Dan no parece escucharme, o al menos no responde. En cambio, aprieta los ojos y empieza a respirar más fuerte. El pecho le sube y baja con pesadez, algo más rápido de la cuenta, como si no pudiera controlarlo. Le agarro una mano temblorosa y le pongo la otra sobre el corazón, que late desbocado.

—Eh, no pasa nada —le digo con toda la suavidad que puedo—. Esto va a arreglarse, ¿sí? Sé que ahora mismo no lo parece, pero en una semana todos lo habrán olvidado. Ven aquí, anda.

Muevo la mano que tenía sobre su pecho hasta su nuca y tiro de él para abrazarlo. Al instante se desmorona entre mis brazos y el cuerpo se le sacude en un sollozo que me destroza el corazón en mil pedazos. Odio verlo así. Odio que esto le duela tanto.

Alzo la vista y me encuentro con los ojos verdes de James, que aprieta los labios, y sé que se siente tan impotente como yo lo hago. Sé que por dentro está hirviendo de rabia, y que si tuviera delante a Kylie se encargaría él mismo de pegarse con ella. Es evidente que odia la situación tanto como yo, y que estaría dispuesto a lo que hiciera falta con tal de que esto fuera diferente.

—¿Se lo has contado a tus padres? —pregunto cuando noto que Dan empieza a calmarse.

Él niega con la cabeza y se le escapa un hipido.

—No quiero que lo sepan; me da mucha vergüenza.

—Deberías decírselo. Si no te atreves a contárselo todo, al menos lo del vídeo. No tiene que ser ahora mismo, pero me parece que deberían saberlo.

James me apoya y al final lo convencemos de que hable más tarde con sus padres; ellos van a entenderlo. Lo conocen mejor que nadie, y son los últimos que van a juzgarlo o a pensar mal de él.

Cuando se tranquiliza lo suficiente, decidimos poner una película en el ordenador para distraernos de todo esto un rato. James se sienta en la silla del escritorio y yo apoyo la espalda en el cabecero

de la cama. Dan, por otro lado, descansa la cabeza en mi regazo mientras le acaricio el pelo y los brazos.

No llevamos ni veinte minutos de película cuando ya se ha quedado dormido.

—Gracias por venir —me dice James un rato después, esbozando una media sonrisa.

—Gracias por avisarme.

—Dan te necesitaba. —Su vista se desliza hacia el chico que duerme en mi regazo abrazado a un cojín, exhausto tras tantas emociones. Luego, vuelve a mirarme a mí—. Siempre se te ha dado bien hacerlo sentir mejor.

—*Nos* necesitaba. A los dos.

«Como antes. Como siempre ha sido».

De pequeños, siempre nos apoyábamos unos a otros. Ellos fueron quienes me mantuvieron a flote los primeros meses tras perder a mi padre. Siempre fuimos un equipo, y aunque me alegro de que ellos dos lo hayan seguido siendo a pesar del paso de los años, ahora me gustaría seguir formando parte de esto. Si no es demasiado tarde para dejar las diferencias a un lado, al menos.

James se echa hacia atrás en la silla y se suelta el moño que le sujeta el pelo castaño. Se lo revuelve con los dedos para luego dejar que le caiga a ambos lados de la cara. No deja de mirarme mientras lo hace, como si tratara de analizarme.

—Llevo años enfadado contigo, ¿lo sabes?

—Sí, lo sé.

—Me jodió muchísimo que de un día para otro no quisieras saber nada de nosotros.

—Lo entiendo.

—Eras mi mejor amiga, y nos cambiaste sin pensártelo dos veces.

—Habíamos vivido demasiadas cosas juntos como para cambiaros. Si me alejé no fue porque no me importarais, pero sí que fue una decisión estúpida y egoísta.

No responde al instante, sino que sigue observándome con los ojos ligeramente entornados. Conozco esa cara: no sabe si decirme

o no aquello en lo que sea que piensa. Al final, decide que no está dispuesto a seguir callándose:

—Lo que más me dolió no fue el daño que me hiciste a mí, sino el que le hiciste a él. —Señala a Dan con la barbilla, pero sin apartar la vista de mí—. No sabes lo mal que lo pasó por tu culpa, Hannah. Yo estaba enfadado *contigo,* pero el imbécil este te ha adorado siempre tantísimo que no se le ocurrió pensar ni por medio segundo que el problema eras tú; se ha pasado cuatro años echándose la culpa de que te fueras, intentando averiguar qué coño hizo que a ti te sentara tan mal.

La culpa me pincha el pecho como un alfiler. Sabía que no había sido fácil para él, pero no imaginaba que la herida no hubiese terminado de cerrar nunca. Y, aun así, es evidente que no me guarda rencor. Quiero disculparme, darle un abrazo y llenarle la cara de besos hasta asegurarme de que no queda ni una grieta en su corazón.

Pero como no quiero despertarlo, me limito a seguir acariciándole la espalda con suavidad.

—Nunca fue mi intención haceros daño —digo, porque es verdad.

—Tampoco me escuchaste. —Creo que James tiene reproches guardados para el resto del día, y soy in capaz de pedirle que se los guarde; sé que me los merezco. Que enfrentar mis fantasmas implica escuchar lo que él tiene que decirme—. Cuando fui a buscarte a la puerta de tu instituto hiciste como que no me conocías. No quisiste ni oír lo que tenía que decirte. Tenía un motivo para estar allí, ¿sabes? No fui a humillarme por gusto.

Me paso una mano por la cara. Recuerdo ese día, por supuesto. Fue meses después de alejarme de ellos, tras las vacaciones de Navidad. Hacía mucho frío y Kylie y yo íbamos a pasar aquel viernes por la tarde en casa de Phoebe, tomando chocolate caliente y viendo películas. A la salida del instituto, James me esperaba junto a la puerta y, cuando se acercó, el pulso se me aceleró tanto que me limité a aligerar el paso hasta el coche de la madre de Phoebe.

No podía dejar que mencionara a mi padre delante de mis amigas; no podía mezclar mi pasado con mi presente, o todo el futuro volvería a irse a la mierda. Y por aquel entonces tenía que luchar día tras día por levantar cabeza y seguir adelante.

—Dan lo estaba pasando fatal —continúa, al ver que no digo nada—. No era capaz de entender por qué habías desaparecido así. Yo quería hablar contigo y pedirte que, aunque fuera solo una vez, hablases con él y echáramos una tarde juntos por su cumpleaños. Que le explicases…, que nos explicases qué había pasado y me ayudases a animarlo, joder. Habíamos sido amigos toda la vida, no podía darte igual saber que no estaba bien. Él te necesitaba. *Yo* también te necesitaba.

A James le brillan los ojos y me cuesta tragarme el nudo que tengo en la garganta. Dan debería odiarme tanto como lo hace él, pero no lo hace. Lo único que ha querido de mí durante estos años ha sido una explicación que ha tardado demasiado en llegar. E, incluso así, ni siquiera se ha enfadado conmigo.

—Lo siento —susurro—. No sabía que os había hecho tanto daño.

—¿Cómo ibas a saberlo? Nos bloqueaste de todas partes, tú… —Resopla, frustrado—. Mira, no quiero discutir contigo ahora mismo, porque de verdad me gustaría que nos volvamos a llevar bien. Lo único que te pido es una cosa: si te vas a volver a largar, hazlo antes de que él se haga más ilusiones. Antes de que el golpe sea más duro todavía. No vuelvas a romperle el corazón, Hannah, por favor.

Sus palabras me caen como un jarro de agua fría. ¿Cómo dejas de sentir que debes salir corriendo cuando llevas años sin dejar de hacerlo? ¿Puedo, acaso, prometerle a James que no cometeré los mismos errores?

Tengo que hacerlo. Es verdad que no quiero irme. Lo último que deseo ahora mismo es alejarme de todo esto.

—No quiero romperle el corazón. He echado mucho de menos todo esto, James. De verdad quiero volver a tenerlo en mi vida; a teneros en mi vida.

Extiendo en su dirección la mano que no tengo encima de Dan, intentando tender un puente entre ambos. James duda, debatiéndose acerca de si realmente lo digo en serio; si merezco su perdón o, al menos, una tregua entre ambos. Es probable que no la merezca, pero cuando nuestros ojos vuelven a encontrarse, se permite bajar la guardia. Me agarra de la mano y sonríe.

La primera sonrisa sincera que me dedica en años.

Esta vez, creo que sí podemos conseguir ser de nuevo un equipo.

♪ ♫ ♩

Esta misma tarde, Bianca me propone quedar para merendar y acepto porque, aunque después de haber visto a Dan y a James estoy más tranquila, todavía necesito despejarme para no seguir dándole vueltas al tema.

Quedamos en la puerta del polideportivo donde ella va a nadar unos cuantos días a la semana. Llego pronto y, como hace un poco de frío, decido entrar. Me trae recuerdos, porque Debbie estuvo viniendo aquí unos años a clases de patinaje artístico. Sin pensarlo mucho, doy un paseo por las instalaciones. Escucho el chirriar de zapatillas contra el suelo, pelotas rebotando y algún silbato a medida que paso junto a la cancha de baloncesto. Al ser sábado por la tarde no hay mucha gente, solo un par de equipos de los mayores que aprovechan que durante el fin de semana no están los grupos de niños haciendo más alboroto y lanzando pelotas por todos lados.

Atravieso unas puertas dobles y, cuando el olor a cloro me inunda la nariz, sé que he llegado a las instalaciones de natación. Llego directamente al pasillo de los vestuarios, donde una barandilla da a un espacio abierto en el que, una planta por debajo, se encuentra la piscina de tamaño olímpico.

Me apoyo en la baranda para mirar. De nuevo, no hay demasiada gente nadando, pero con los gorros y las gafas soy incapaz de distinguir a Bianca. No creo que tarde en salir, de todas formas.

Observo las ondulaciones que se forman en la superficie por las brazadas de los nadadores y cómo se mueven por el agua con naturalidad, como si fueran parte de ella. Uno de los chicos, con un gorro azul, va bastante más rápido que los de los carriles contiguos, y lo miro dar una especie de voltereta cuando llega al final e impulsarse contra la pared para hacer el siguiente largo.

—Veo que has encontrado la piscina. —La voz dulce de Bianca llama mi atención y, cuando me giro, la veo vestida, con una bolsa de deporte colgada al hombro y el pelo suelto y húmedo cayéndole por la espalda. Aún tiene las marcas de las gafas de natación alrededor de los ojos.

—Pensaba que seguías en el agua.

—Qué va, salí hace un rato para ducharme. ¿Vamos?

Asiento y recorremos juntas el pasillo hacia la salida.

—¿No te vas a secar el pelo? —le pregunto, mirándole las suaves ondas que empiezan a formarse a pesar de seguir mojadas—. Hace frío.

—Me lo he secado un poco ya. —Levanto una ceja, extrañada, porque si de verdad se lo ha secado, no se nota. Debe de darse cuenta por mi cara, porque se ríe y menea una mano para quitarle importancia—. Es que tengo mucho pelo, y con lo largo que está tardo mil años en secarlo, entonces suele darme pereza. Prefiero que se seque al aire.

Cuando estamos a punto de salir por la puerta, esta se abre y un chico alto en bañador con el pelo castaño y empapado aparece con una toalla al hombro y un gorro azul en la mano. Está muy serio, pero sus ojos azules se suavizan al ver a Bianca.

—Eh, hola.

—Evan, hola. No sabía que entrenabas también hoy.

—Tenía el día libre, en realidad.

Bianca tuerce el gesto, y me doy cuenta de que está un poco colorada.

—También hay que respetar los días de descanso. Lo sabes.

—Lo sé. No es que me haya matado, tampoco. Tan solo me apetecía nadar un rato.

Ella no parece del todo conforme, pero lo deja pasar.

—Vale, está bien. Ella es Hannah, por cierto, una amiga de clase. Hannah, él es Evan. Es el mejor amigo de Owen.

—Oh, encantada.

—Igualmente. Ah, espera, ¿Hannah? ¿Eres la novia de Dan?

Parpadeo un par de veces, pillada por sorpresa. Ya empiezo a acostumbrarme a que *todo el mundo* sepa quién es Dan, pero sí me sorprende que me relacionen con él así de rápido. Supongo que Owen debe de tenerle al día con los chismes.

—¿Lo conoces?

—Vamos a clase juntos. ¿Cómo sigue con lo del vídeo?

Suspiro antes de responder:

—He estado antes con él y creo que está un poco más tranquilo, pero lo está pasando muy mal.

Evan frunce el ceño, preocupado.

—Ya, normal. Tenía muy mala cara ayer en clase.

—Kylie se ha superado a sí misma, como siempre —suspira Bianca.

—Y tanto. Bueno, chicas, voy a ducharme, que me quedo helado. Pasadlo bien. Y sécate el pelo, Bee, que te vas a resfriar.

Él sigue su camino y Bianca lo sigue con la mirada unos segundos antes de darse la vuelta de nuevo y hacerme un gesto para que continuemos hacia la salida. Sigue con la cara un poco roja, así que en cuanto estamos lo bastante lejos, la miro alzando ambas cejas:

—Así que te gusta el mejor amigo de tu hermano.

Ella se gira hacia mí de forma tan súbita como si la hubiera electrocutado. Durante un segundo, parece estar atragantándose.

—¿Qué? —pregunta con voz estrangulada, casi un graznido—. No digas tonterías.

—Eh, no te juzgo. Es muy guapo.

—¡No me gusta! Y no serviría de nada que me gustara, porque Evan no me hace ni caso.

—De acuerdo, *Bee* —le digo, un poco burlona, y creo que se le podría secar el pelo en segundos solo con lo caliente que debe de tener la cara.

Salimos del polideportivo y paseamos por Hawthorn Bay hablando de otras cosas, hasta que, un rato más tarde, decidimos entrar en una cafetería de aspecto acogedor. Dentro suena una suave música y ya han montado la decoración navideña, con guirnaldas de luces, espumillones y un arbolito en una esquina. Nos sentamos una frente a la otra y ojeamos la carta. Acabamos por pedir un par de cafés, un sándwich para mí y un pedazo de pastel de zanahoria para ella.

Cuando me ponen delante la taza caliente, recuerdo la mañana en Bristol y a Kylie saliendo entre lágrimas de la cafetería. La cara de Dan cuando regresábamos hasta el coche. Ella no lo hacía feliz, y claramente él tampoco a ella. Kylie en ningún momento habló de sentimientos ni de estar enamorada, solo de lo guapo que era, de la voz tan bonita que tenía. Entonces, ¿a qué viene todo esto?

—Bianca —la llamo, removiendo el café con la cucharilla. Ella me mira, con su taza entre las manos—. ¿Qué pasó entre Kylie y tú?

Bianca inclina con suavidad la cabeza hacia un lado, pensativa, y se lleva la taza a los labios como para ganar tiempo. Luego, la deja sobre la mesa y chasquea la lengua.

—Fue hace mucho tiempo.

—Lo sé. Solo quiero entenderlo.

Juguetea con el lóbulo de su oreja, pellizcándolo con suavidad.

—Empezamos a ir juntas a natación. Mis padres apuntaron a Owen también, y allí se hizo amigo de Evan. A Kylie le gustaba, así que insistía en que nos juntáramos con ellos todo lo posible, pero teníamos como doce años y ellos iban a su bola, la verdad, y yo tampoco quería pasarme el día pegada a mi hermano.

Bianca pone los ojos en blanco y me río. Moriría por mis hermanas, pero cuando era más pequeña estábamos todo el día peleando, y tampoco me habría hecho gracia tener que compartir cada minuto y cada amiga con ellas.

—¿Así que se enfadó porque no hacías lo que ella quería? —adivino.

—Ojalá eso hubiera sido todo, pero sí. Lo que pasa es que, cuando vio que yo no la ayudaba, me acusó de estar enamorada de Evan y de querer sabotear su relación. Intentó volverlo en mi contra tanto a él como al resto de nuestros compañeros, hablaba mal de mí a mis espaldas y me humillaba siempre que podía… No solo en natación, claro, en clase también.

Bianca hace una pausa y suspira, como si los recuerdos pesaran demasiado. Yo siento de nuevo un burbujeo de rabia bajo la piel al ver que su táctica no ha cambiado en tantos años. Lo injusto que es que Bianca pasara por algo así solo por llevarle la contraria a Kylie.

—Me encanta nadar, pero estuve a punto de dejarlo —continúa—. Un día Evan se quedó a hablar con ella después de entrenar para pedirle que parara, y al otro día, Kylie empezó a decir que él la había arrinconado y amenazado. Lo pintó como el malo de la película, y algunos la creyeron del tirón, pero en su propia versión había detalles que se contradecían y días después el entrenador acabó revisando las cámaras. Y lo que viofue a Kylie montarle un pollo al pobre Evan y empujarlo cuando él intentó irse. Como todos se dieron cuenta de cómo era en realidad, dejó de ir a nuestra hora y tiempo después dejó de ir por completo.

Mi amiga parte un trozo de tarta con la cuchara y se lo lleva a la boca, sumida en sus pensamientos, en el pasado. Supongo que todos cargamos con heridas que no terminan de cerrar, de una forma o de otra, pero Bianca suspira una vez más, un poco temblorosa, y luego me sonríe.

—Creo que lo único que quiere es llamar la atención, ¿sabes? —me dice, y sé que lleva toda la razón del mundo—. Sus padres están poco por casa y no le hacen mucho caso, así que busca la validación por otros lados, y en algún momento ha aprendido que hacerse la víctima le funciona, y termina por creerse su propia versión de las cosas. Me da un poco de pena, en el fondo, porque debe de ser muy triste vivir así.

—Pero eso no justifica el daño que le hace a los demás.

—No, claro que no. Me da pena, sí, pero no tengo pensado perdonarla. Tampoco es que me haya pedido perdón, claro —dice, y se le escapa una risita amarga—. Pero bueno, con suerte vuestra pelea le bajará un poco los humos. Toda la clase ha visto quién ha soltado la primera hostia.

—Creía que la violencia no era la solución.

—No lo es. —Niega con la cabeza, y deja escapar una sonrisa dulce bajo la que se esconde algo más—. Casi nunca, al menos.

Ambas nos reímos y le doy un mordisco a mi sándwich. Luego, alguna de las dos cambia de tema casi sin pensarlo y no volvemos a hablar de Kylie en toda la tarde.

30
En busca de soluciones

DANIEL

Pensar en hablar con mis padres sobre el vídeo se me antoja de lo más complicado que he hecho en la vida.

De todas formas, me obligo a hacerlo antes de comer, cuando James y Hannah se marchan —llevándose bastante mejor que cuando me quedé dormido, por algún motivo—. Después de despertarme y darme cuenta de que me he perdido casi toda la peli, ambos han seguido animándome y convenciéndome de que en nada todo volverá a la normalidad. Y aunque la ansiedad no termina de irse y lo último que quiero es volver a clase el lunes, sí que siento el nudo del pecho un poco más ligero.

Carol me ha llamado varias veces; ella también debe de haber visto el tiktok de Kylie. Como sé que estará muy preocupada, le envío un audio prometiéndole que se lo contaré todo más tarde, pero que no le diga nada a papá y mamá. No quiero que se enteren por nadie que no sea yo.

Aun así, tras bajar las escaleras y despedir a mis amigos, me tomo unos segundos de más antes de hablar con mis padres. Las piernas me tiemblan y estoy un poco mareado, pero eso también puede tener algo que ver con que llevo unas veinticuatro horas sin comer nada. No sé cómo sacar el tema, así que me apoyo en el marco de la puerta del salón y miro a mis padres, sentados en el sofá: él viendo un partido de fútbol; ella tiene una manta en el regazo y lee un libro de romance de esos que tanto le gustan.

Y sé que o arranco la tirita sin pensar demasiado o no seré capaz de hacerlo.

—Hola —digo con suavidad, llamando la atención de ambos—. ¿Estáis ocupados?

—No, claro que no. —Mi madre da unas palmaditas en el sofá para que me siente entre ellos. Lo hago y me tapa un poco con la manta. Lo agradezco, porque tengo el cuerpo cortado—. ¿Te encuentras mejor, tesoro?

—Más o menos. En realidad, anoche no estaba enfermo, es que… ha pasado una cosa.

Mi tono de voz enciende todas sus alarmas. Mi padre es el primero en hablar:

—¿En el instituto?

Veo cómo se tensan de inmediato a la espera de una respuesta. A Carol le hicieron *bullying* en el colegio porque en su clase había algunas niñas que eran unas imbéciles y la tomaron con ella por ser distinta. Yo tuve mucha más suerte, porque tenía a Hannah y a James y había buen rollo con el resto de compañeros.

Para mi hermana, las cosas mejoraron en el instituto y por fin encontró su sitio, pero nuestros padres siempre han vivido con el miedo a que la historia se repita.

—No, no exactamente.

—¿Entonces?

Cojo aire para calmar el latido desbocado de mi corazón y empiezo a hablar. Me remonto al principio, desde la fiesta en la que conocí a Kylie hasta la discusión en Bristol, saltándome a propósito algún detalle de por medio. Les hablo del vídeo que ha subido ahora que sabe que salgo con Hannah y me vengo abajo una vez más al decirles que no soy capaz de dejar de mirar los comentarios, las cosas horribles que me llaman y el miedo que me da que no paren nunca.

También les pido que, por favor, no miren el vídeo. Ellos lo comprenden, y entre los dos me dan un abrazo tan fuerte y tan largo que mantiene todos mis pedazos en su sitio, e incluso me recompone un poco.

—Gracias por contárnoslo. —Mi madre me da un beso en la coronilla—. Sé que hay cosas de las que no es fácil hablar.

—¿Quieres que pidamos comida china y pensemos qué se puede hacer para solucionarlo?

Asiento con la cabeza. A pesar de que sé que están preocupados y que no le quitan importancia al asunto, el hecho de que no reaccionen como si fuera el fin del mundo me hace sentir que, de verdad, las cosas volverán a estar bien de nuevo.

♪ ♫ ♩

Tras pasar media tarde hablando del tema y la otra media jugando a juegos de mesa con mis padres y haciendo videollamada con Carol, la conclusión es que necesito alejarme un poco de las redes sociales, tomarme una tila doble antes de ir el lunes a clase y, si veo que no soy capaz de gestionar tantas emociones por mi cuenta, pedir algunas citas con mi psicóloga. Esto último tampoco es nada nuevo, porque ya me he visto sobrepasado algunas veces antes, y nunca viene mal un poquito de ayuda extra.

El domingo, a pesar de todo lo que he hablado con mi familia, una parte de mí aún siente la necesidad de defenderse y dejar claro que lo que ha dicho Kylie no es del todo verdad. O, al menos, no la única verdad.

Pero resulta que las palabras se me dan mejor cuando van acompañadas de música, y quizás es por eso que al intentar explicarme en las notas del móvil me hago un lío y todo lo que escribo me queda caótico y absurdo. O muy patético, o muy incendiario.

Y no tardo en darme cuenta de que lo último que quiero es una batalla campal en TikTok, pues la simple idea de verme abrumado a notificaciones del mismo modo que el viernes hace que me falte el aire. No quiero que mi vida se convierta en un intercambio de vídeos agresivos en los que montones de personas opinan sin saber la verdad.

Así que cambio de idea, desinstalo TikTok e Instagram del móvil y le escribo un mensaje a la única persona que tiene que estar

involucrada en esto.

[10 de diciembre]

Daniel, 16:42

Hola, Kylie

Soy Dan, no sé si has borrado mi número

Tienes un minuto?

Kylie, 16:47

Dime

Daniel, 16:47

Es que me gustaría hablar contigo

La respuesta tarda en llegar. Con un pinchazo de decepción, empiezo a pensar que va a mandarme a la mierda o a ignorarme. Sin embargo, contesta:

Kylie, 17:03

Vale, está bien

Te llamo

Antes de poder responder, la pantalla de mi móvil se ilumina con una videollamada entrante y mi primer impulso es colgar, porque mi plan era mandarnos un par de notas de voz o, como mucho, una llamada normal. No sé si estoy listo para mirarla a la cara ahora mismo.

Aun así, me siento en el escritorio y contesto, apoyando el móvil contra la pared.

La imagen de Kylie aparece frente a mí; lleva un jersey rosa palo de cuello alto y una coleta baja, y algunos mechones ondulados le enmarcan el rostro tostado. Alza un poco la barbilla, en la que tiene un arañazo. Culpa de Hannah, seguramente.

Objetivamente, es tan guapa como el día en que la conocí, aunque nada tiene que ver la forma en la que me miran sus ojos almendrados. Toda la ilusión que hubiese podido existir en algún momento ha desaparecido por completo.

Me veo en la esquina superior y compruebo que no tengo muy buena cara, con el pelo revuelto, ojeras y la camiseta arrugada del pijama. Aun así, no me siento ni la mitad de mal que el viernes.

—¿Vienes a gritarme o pedirme que borre el vídeo? —pregunta con amargura, al ver que no digo nada—. Porque lo hice ayer por la tarde, ya no lo verá nadie más. No te preocupes, que tu carrera musical no está arruinada.

Pestañeo un par de veces, sin poder esconder la sorpresa. No venía a pedirle que lo borrara (aunque el alivio de que lo haya hecho es abrumador), sino a que me diera una explicación. Comprender por qué había hecho esto ahora. Intentar arreglarlo.

—No sabía que habías… Me he desinstalado las redes sociales. Gracias por borrarlo.

Ella frunce el ceño. Está sentada en el sofá de su casa, y deja escapar un suspiro antes de apoyarse contra el respaldo.

—No lo he hecho por ti. Todas mis amigas se han enfadado conmigo, incluso Beth. A lo mejor no debería haberlo publicado, pero me hiciste daño. Estaba enfadada.

—No fue mi intención, Kylie. En ningún momento quise…

—Me rompiste el corazón y estuviste conmigo cuando la que te gustaba era Hannah. Y sabías que me estaba haciendo ilusiones, así que no te atrevas a hacerte el tonto.

Sus palabras me escuecen en el corazón, pero tengo que admitir que, si bien nunca quise hacerle daño, en eso tiene razón. Era

imposible no ver que ella estaba mucho más ilusionada que yo con lo que fuera que teníamos.

—Quise que funcionáramos —murmuro, porque en algún momento fue verdad—, pero supongo que algo así no se puede forzar.

—No, supongo que no. —Kylie mira hacia otro lado y veo que también tiene otro arañazo en el pómulo—. Pero ¿sabes qué? Me merecía algo mejor, y no que jugaran conmigo. Alguien que de verdad me prestara atención y me escuchara.

Siento un pinchazo en el pecho. Mi primer impulso es el de siempre, el de disculparme. Llevo desde el viernes sintiéndome una mierda, sintiéndome culpable por las cosas que no hice bien con ella. Pero es cuando veo que no hay ni rastro de culpa en su mirada que me doy cuenta de que he estado haciendo el tonto, pasándolo mal por alguien a quien no le ha importado humillarme y gritarme en público y poner en duda mi orientación sexual e incluso mi discapacidad.

Por alguien incapaz de ver lo que ha hecho *mal*.

—Yo también —le digo, y pestañeo para contener las lágrimas que me pican de pronto en los ojos—. Yo también me merecía a alguien que me entendiera y que me quisiera por quien soy y no por quien quería que fuera. Alguien que no me obligara a hacer cosas que no quería. Merecía a alguien que me tratara con respeto.

No estoy acostumbrado a tener que defenderme, y aunque me tiemblan las manos, se siente bienno dejarme pisotear, no arrastrarme por una vez.

Kylie me mira con la barbilla alzada, con un orgullo que ahora parece un poco herido. Tiene los ojos húmedos, pero yo no quiero pelearme con ella. No quiero guerras. No quiero redenciones.

Tan solo quiero distancia y paz.

—Voy a colgar —le digo, y mi voz suena extrañamente tranquila—. Me hubiera encantado que tuviéramos una conversación diferente, Kylie, en serio. Gracias por borrar el vídeo y espero que te vaya todo muy bien.

Kylie suspira y no sé si va a decir algo más, pero no le doy la oportunidad. Cuelgo la llamada y me echo hacia atrás en la silla. No sé si he arreglado algo con esta conversación como pretendía o si lo he estropeado más aún, pero me permito suspirar de alivio.

La situación no ha acabado como esperaba ni mucho menos como quería, y la gente no olvidará el vídeo de Kylie de un día para otro, pero ahora que sé que lo ha borrado y al menos no lo verá más gente, me quedo más tranquilo. También sé que no estoy solo, que toda la gente que me importa me ha demostrado que está de mi lado, así que quizás la opinión de desconocidos no debería importar tanto.

Y, de algún modo, siento los hombros y el corazón mucho más ligeros que antes de la llamada.

31
Cuando encaja el puzle

HANNAH

De pequeña, estaba totalmente convencida de que había personas que nacían para estar juntas.

No en el sentido romántico necesariamente, sino en la forma en que las piezas de un puzle están diseñadas para encajar a la perfección en los lugares adecuados. A veces cuesta encontrar cuáles son las piezas correctas, y en otras ocasiones resultan estar una junto a la otra, casi esperando su momento.

También hay piezas que parecen encajar a primera vista, pero luego hay algo que no termina de estar bien del todo.

Por aquel entonces, estaba segura de que los bordes de mi pieza encajaban con los de Daniel y James por un lado, y con los de mi familia por otro. Estaba donde debía estar, o así fue hasta que mi padre se fue y esa pieza se rompió por la mitad. Hasta que yo misma tiré el rompecabezas de mi vida al suelo y sentí que debía encontrar mi sitio en otro lado; buscar otras conexiones que me ayudaran a mirar al futuro en lugar de llorar el pasado.

Hasta que me convencí a mí misma de que alguien debía de haber recortado mis bordes, o que estos se habían erosionado hasta convertirme en una pieza lisa, sin nada que la uniera a otras sino de forma temporal.

Cuando veo a Dan tirar la bola de bolos y a James reírse de él cuando falla estrepitosamente, siento que las piezas vuelven a encajar. Que he encontrado eso que creía perdido para siempre.

—Tienes que pensar un poco hacia dónde va a ir la bola antes de lanzar, tío.

—¡Uf! Es que la física no es lo mío.

—No te pido que hagas cálculos, pero ¿no te da ninguna pista que la bola se te vaya siempre a la derecha?

Dan protesta con todo el dramatismo posible por lo mal que se le dan los bolos y se sienta a mi lado en el sillón en el que me encuentro, mullido y azul. James menea la cabeza, divertido, y agarra con ambas manos una bola de un verde parecido al de sus ojos. Nos da la espalda y se prepara para lanzar.

Apoyo la cabeza en el hombro de Dan y él me pasa un brazo por encima para atraerme un poco más hacia sí.

—Es verdad que eres malísimo a los bolos.

Su risa es casi un resoplido, pero no dice nada más. Por el camino ya me había advertido de que se le daban *fatal,* pero no me parece importante. Solo he propuesto venir porque en estos meses he visto por Instagram que a James parece que aún le gustan, y yo también creo que son divertidos.

Y creo que la bolera es un buen sitio para seguir cruzando esos puentes que tendimos hace unos días.

El sonido de las bolas al rodar y chocar con los bolos llena el ambiente, acompañado del chirrido de las suelas de las zapatillas al deslizarse por la superficie abrillantada y lisa. En la pantalla sobre nuestro carril aparecen nuestros nombres junto a la puntuación de cada uno. James va el primero, y yo lo sigo no muchos puntos por detrás.

Miro a Dan sin despegarme mucho de él. Las luces de neón que adornan las paredes bañan su rostro en rosas y azules, y dibujan sombras que hacen que sus rasgos se vean más definidos. Él sonríe al notar que lo observo y alarga el brazo que tiene libre para coger el batido de vainilla que hay sobre la mesa, en una copa alta de cristal y con nata por encima. Sorbe de la pajita, con la vista puesta en James, que continúa «preparándose» para tirar la bola.

—¡Venga! —exclama Dan, impacientándose un poco—. ¡Que no vamos a terminar nunca!

—¡Ya voy!, ¡ya voy!

Entiendo la presión a la que se está viendo sometido: después de cómo se ha burlado de Dan, tiene que hacerlo bien. O me compadezco de la que va a tocarle aguantar.

James lanza por fin la bola y esta rueda hasta golpear los bolos justo en el centro y haciéndolos caer a todos de un solo golpe. Cuando lo ve, da una especie de saltito celebrativo y se gira para mirarnos con una cara de «¡¿habéis visto eso?!» llena de emoción. Le aplaudimos entre risas y soy yo quien se levanta a coger otra bola.

No me sale tan bien como a James, pero tampoco tan mal como a Dan. Supongo que estoy un poco entre ambos, pero eso no es nada nuevo. Siempre he estado en el centro de la balanza, haciendo equilibrios entre el orden casi obsesivo de uno y el caos del otro.

Tras lanzar, vuelvo a mi asiento y Dan me recibe con un beso en la mejilla antes de ponerse de pie. Pasamos un buen rato así, turnándonos para lanzar la bola, celebrando los éxitos y riéndonos de las derrotas, y la tarde transcurre entre conversaciones breves, batidos y tantos recuerdos de la infancia que perdemos la noción del tiempo.

Hace ya bastante que me di cuenta de que echaba de menos a Dan, pero es hoy cuando soy plenamente consciente de cuánta falta me había hecho también James. No el James que ponía cara de culo cada vez que me veía, sino este que a veces se ríe hasta que se pone rojo como un tomate y que a menudo finge que no le importan las cosas cuando en realidad sí lo hacen.

Cuando apenas quedan un par de turnos para acabar, Dan se queda mirándonos en silencio con la bola redonda y amarilla casi abrazada.

—¿Qué miras? —le pregunta James, alzando una ceja.

Dan se encoge de hombros, y se le escapa una sonrisilla que trata de contener toda la ilusión que destilan sus ojos.

—Es que creía que nunca volveríamos a estar los tres juntos así. Me hace muy feliz.

La emoción y la culpa se me entrelazan en el pecho unos instantes. Yo también he echado de menos esto, y aunque cuando me alejé sentía que no tenía otra opción, en realidad sí la tenía. Dan no la tuvo. No se la dejé.

Me levanto del sillón para darle un abrazo que parece pillarlo por sorpresa. Se ríe en voz baja y deja la bola a un lado antes de rodearme con los brazos.

—Y esta puede ser la primera de muchas —le aseguro, y él me aprieta un poco más a modo de respuesta.

Luego, sin despegarse de mí, estira un brazo hacia James y le hace un gesto para que se acerque también. Él frunce el ceño como si le hubiese pedido que se comiera un bicho y Dan empieza a reírse.

—¡Ven aquí!

—No, gracias.

—¡Jameees, venga!

Dan y yo nos reímos más todavía cuando James se une al abrazo con recelo. Lo estrujamos un poco entre los dos y él protesta porque lo estamos ahogando. Sin embargo, no tarda en abandonar esa actitud de alergia al contacto físico y unirse también a nuestras risas.

De pronto, volvemos a tener diez años y a ser ese equipo que ningún vendaval podía separar. Y esta vez no quiero ser yo quien nos rompa.

♪ ♫ ♩

Para cuando salimos de la bolera, me duele la mandíbula por todo lo que he sonreído en las últimas horas. Pero es un dolor agradable; uno que no cambiaría por nada del mundo.

—¿Qué os apetece hacer ahora? —pregunta Dan—. ¿Cenamos algo?

—Por mí sí; tengo hambre.

A James también le parece bien, así que vamos hacia la zona de restaurantes de la planta baja del centro comercial. Por el camino,

Dan no duda en cogerme la mano, como si quisiera estar todo lo cerca de mí posible.

Ya estamos llegando cuando distingo a Beth a lo lejos, acompañada de un grupo bastante grande. Debe de ser una quedada de la piscina, porque al momento veo también a Bianca, a Owen y al chico alto que nos cruzamos en el polideportivo, Evan.

No veía a mi amiga desde la mañana después del cumpleaños de Kylie. Y es que si bien con Phoebe las cosas están ya medio arregladas, con Beth no me tropiezo por los pasillos, por lo que ha sido mucho más fácil mantener la distancia.

—¡Hannah! —Owen sacude el brazo en el aire y le da un toquecito a Bianca para que me vea también.

Aunque un poco recelosa con la idea de encontrarme cara a cara con Beth, me voy acercando al grupo y Dan y James me siguen para saludar a Beth y a Evan.

—¡Hola! —me saluda Bianca—. ¿Qué hacéis aquí?

—Hemos ido a la bolera. ¿Y vosotros?

—Teníamos un encuentro de convivencia con otros clubs, así que nos hemos tirado todo el día en la piscina y hemos venido a cenar por aquí —explica Owen, sonriente, y su vista se desliza hacia James y Dan antes de volver a mí—. ¿Os apuntáis?

Los ojos de James y Dan se clavan en mí, dejándome la decisión. Estoy a punto de encogerme de hombros y decirles que me da igual, aunque en el fondo me gustaría negarme. Por lo general, no tengo nada en contra de conocer a gente nueva, pero por primera vez en mucho tiempo, estábamos tan bien los tres a solas que no quiero que el momento acabe.

Supongo que tardo demasiado en responder, porque James se me adelanta:

—Teníamos pensado ir a cenar a otro lado.

—Pues otra vez será —responde Evan—. Nos vemos el lunes, chicos.

Los otros asienten y empiezan a despedirse. A excepción de Beth, que no me quita los ojos de encima, y la conozco lo suficiente como

para saber que quiere decir algo.

Le devuelvo la mirada y alzo ambas cejas, invitándola a hablar de una vez. Ella me entiende sin necesidad de palabras y carraspea para aclararse la garganta.

—Hannah, ¿puedo hablar contigo antes de que os vayáis? Será un momento.

Me encojo de hombros. Después, asiento.

Tras compartir una breve mirada con Dan, Beth y yo nos separamos del resto del grupo. Caminamos por la planta baja del centro comercial, en silencio. La miro de reojo; lleva medias negras y un vestido verde de lana que se ajusta a sus curvas, y los rizos de su melena afro, que hoy lleva sueltos y algo húmedos, se mueven un poco a cada paso.

—Bueno —empiezo a decir—, ¿de qué querías hablar?

Ella suspira y esboza media sonrisa.

—Quería disculparme —suelta sin más—. Me puse por completo del lado de Kylie y solo escuché su versión de la historia.

—Sí, algo he notado.

—También tendría que haber hablado contigo del tema, oír tu versión. No es la primera vez que solo la escucho a ella, ¿sabes? He tenido que disculparme varias veces estos días.

—A estas alturas ya no estoy enfadada, Beth. Lo que estoy es un poco decepcionada porque me dejases de lado. Se supone que somos amigas. Phoebe al menos ha buscado hablar conmigo en este tiempo. Y más aún después de lo del vídeo. No han sido días fáciles.

Beth se queda en silencio unos momentos, aceptando el golpe con dignidad. Pasamos junto a una tienda de cosméticos naturales desde la que suena una melodía tocada al piano. Seguro que a Dan le parecería bonita.

—Kylie siempre me ha parecido más frágil. Cuando la conocí me contó que se sentía muy sola, que solo quería que la quisieran, así que quise estar ahí para ella. Por el contrario, tú… No sé, Hannah. Tú parece que nunca necesitas a nadie. Pensé que si tenía que volcar mi apoyo en alguien era en ella, porque tú ibas a estar bien.

—Que parezca que no necesito a nadie no significa que sea así.

Mis propias palabras me sorprenden incluso mientras las pronuncio. A pesar de todo el tiempo que he pasado empujando a la gente que me importa a un lado al menor inconveniente, ahora me doy cuenta de que necesito a mis amigas. De que necesito a mi madre, a mis hermanas. A Dan, a James y todo el pasado que traté de enterrar. A todas las piezas que hacen que mi puzle esté completo. Quizás un poco roto y dañado por el tiempo, pero completo.

—Tienes razón —murmura ella—. Por eso quería disculparme. Quiero que las cosas vuelvan a ser como antes.

—Yo no quiero que sean «como antes». —Ante su gesto herido, sigo hablando—: Sí quiero que seamos amigas, pero no voy a volver a esa estúpida dinámica en la que todas nos moldeamos a lo que quiere Kylie y le tengo que pedir perdón hasta por respirar. Puedes seguir siendo su amiga si quieres, no me meto en eso, Beth, pero aunque borró el vídeo ni siquiera se ha disculpado con Dan, por si no lo sabes. Yo desde luego no tengo ganas de saber nada de ella ni de coincidir con ella más que lo justo. Ojalá algún día cambie, pero hoy por hoy, es lo que hay.

Beth lo entiende. O al menos, ahora no la defiende como si la vida le fuera en ello y Kylie fuera una especie de princesa de porcelana a la que proteger incluso del aire. Creo que el vídeo y el arañazo del que aún tengo un recuerdo en la mejilla nos ha demostrado que sabe defenderse sola.

No queremos hacer esperar al resto, por lo que volvemos sobre nuestros pasos, con el ambiente algo más ligero que antes. Me hace algunas preguntas sobre cómo me va con Dan y por el camino hablamos sobre la confesión de James y cómo ella no tiene interés en mantener ninguna relación romántica con nadie. Al menos, siguen siendo amigos.

James y Dan están hablando con Evan y Owen cuando llegamos. A Dan se le ilumina la cara con una sonrisa al verme, y el corazón

me da una voltereta en el pecho. Supongo que aún no estoy acostumbrada a que nadie se alegre tanto por mi presencia.

—Me alegro de que hayamos hablado —me dice Beth antes de despedirse—. Te echo de menos, Hannah.

—Yo también. Espero que nos veamos pronto.

Ella sonríe y abre los brazos dubitativa. Acepto y le doy un breve abrazo antes de que vuelva con sus amigos. Nosotros tres, por otro lado, nos dirigimos hacia la salida.

—¿Ha ido bien? —pregunta James con curiosidad.

—Sí, no me gustaba que no nos hablásemos. —Entonces, me doy cuenta de algo—: ¿Has dicho que habíamos pensado en ir a otro sitio porque no querías estar con ellos?

—Me daba igual, en realidad. Tan solo me ha parecido que tú no tenías ganas. Pero ahora tenemos que irnos de aquí y cenar en otro lado; hay que llevar la mentira hasta el final.

A pesar del tono bromista de la última parte de la frase, no puedo evitar sentirme enternecida ante la idea de que James se haya preocupado de que estuviera cómoda. Hace un mes no creo que le hubiese importado tirarme a los leones con tal de torturarme un poquito.

—Ah, yo conozco un sitio aquí cerca que tiene *pizzas* sin gluten —interviene Dan, que no había estado prestándonos mucha atención—. ¿Queréis ir?

—Sí, guay. ¿Está cerca cerca o cerca según tu criterio?

Dan alza ambas cejas ante la pregunta de James.

—¿Qué significa eso?

—No te hagas el sorprendido. A veces dices «cerca» y tenemos que andar cuarenta minutos.

—No quiero andar cuarenta minutos —protesto—; tengo hambre.

—¡No está a cuarenta minutos! —protesta él—. Está aquí al lado. Literalmente.

—No es «literalmente» si no puedo verlo ya. —Meneo la cabeza, pero cuando Dan me pone cara de ofendido no me queda más remedio que reírme.

James sigue picándolo un poco más hasta que nos demuestra que, efectivamente, la pizzería está tan solo a un par de calles del centro comercial.

Aunque tengo hambre, lo cierto es que estoy tan a gusto que no me habría importado caminar dos horas más con tal de seguir bromeando con ellos y recuperando una parte pequeñita de todo el tiempo perdido.

32
Qué parte besar primero

DANIEL

Después de la conversación con Kylie, lo cierto es que me siento mucho más tranquilo.

Las cosas están volviendo a su sitio en el mejor sentido posible, como un hueso roto que sana por los lugares correctos sin dejar más que una fina cicatriz. Aunque sigo alejado de las redes sociales, noto cómo el asunto del vídeo cae en el olvido progresivamente durante las siguientes semanas. Además, quedo muy a menudo con Hannah, ya sea para hacer tareas de clase o pasear un rato, y James también se nos une a veces.

Estar los tres juntos es muy divertido.

La lluvia, por otro lado, apenas nos da un descanso durante días. No me importa, porque el ambiente navideño empieza a cubrir las calles a medida que nos adentramos en diciembre.

Hoy soy yo quien ha ido a casa de Hannah, aprovechando que no están ni su madre ni su hermana pequeña. Es viernes, y el primer día de las vacaciones de Navidad, así que estamos tumbados bocarriba sobre su cama, escuchando una de mis *playlists* en aleatorio, hablando de tonterías. De vez en cuando, interrumpo lo que sea que esté diciendo para cantar el estribillo de alguna canción, ella se une a mí si se la sabe y luego me recuerda entre risas qué era lo que estaba contándole.

Estar con ella es cómodo, cálido. Es saber que puedo ser yo mismo sin prejuicios. Con la mayoría de la gente me obligo a enmascarar todo lo que pueda señalarme como *raro.* A moverme y hablar menos, a fingir que no me molestan tanto algunos sonidos como en realidad lo hacen, a parecer más atento, más tranquilo.

Más *normal*. Con Hannah, en cambio, no tengo que esforzarme por ser algo que no soy, porque ella *me conoce*.

Conoce al Dan que no sabe estarse quieto, al que se ahoga en un vaso de agua, al que tiene la cabeza en un millón de cosas al mismo tiempo. Al que a veces es demasiado intenso para su propio bien y el que de vez en cuando se concentra tanto en algo en concreto que se olvida del resto del universo.

Y, por increíble que me parezca, a ella no le importa. Me quiere así, y no *a pesar* de cómo soy.

—No sabes las ganas que tengo de que llegue el verano —confiesa en algún momento—. Echo de menos la playa.

—Tenemos que ir. El verano pasado abrieron una tienda de tablas de pádelsurf. ¿Sabes cuál te digo? James y yo alquilamos una entre los dos. Nos caímos un montón de veces, pero fue muy divertido.

—Suena bien, pero si intentamos no ahogarnos, mejor.

Me río.

—¡Pero si eso fue lo más divertido!

—¡Sí, claro! —Hannah suelta una carcajada—. ¡Tuve arena hasta en los oídos durante días!

—Qué exagerada…

Me clava un dedo en el costado y me doblo hacia un lado por las cosquillas, aunque intento disimularlo. No sirve, porque Hannah se da cuenta y vuelve a repetirlo hasta que empiezo a reírme.

—¡Vale, vale! ¡Para! ¡Lo retiro!

—¡Tarde! ¡Esto por llamarme exagerada!

Sigue haciéndome cosquillas a traición mientras mis carcajadas y ruegos por que pare inundan la habitación. Cuando no puedo más, me revuelvo con las pocas fuerzas que me deja la risa y me pongo encima de ella, sujetándole las muñecas por encima de la cabeza, contra el colchón.

—Te vas a enterar —la amenazo.

—Yo no tengo cosquillas —se apresura a decir, tan rápido que casi se traba con las letras.

Alzo ambas cejas. *Y tanto* que tiene cosquillas.

—¿A quién pretendes engañar?

A ella se le escapa una risa nerviosa y se revuelve un poco, intentando soltarse. Yo, en cambio, me tomo mi tiempo antes de la venganza. Está guapísima así, tumbada en la cama y mirándome desde abajo, con el flequillo morado y el pelo oscuro desparramado sobre la colcha. Lleva una sudadera lila con un sol bordado en el pecho y unos pantalones cómodos y calentitos y que le quedan genial.

Sus ojos rasgados están fijos en mí y su sonrisa es tan radiante y sincera que hace que el corazón me salte en el pecho como si mi diafragma fuera un trampolín.

De pronto, tengo tantas ganas de besarla que no las puedo contener. Me apoyo sobre los antebrazos sin soltarle las muñecas y uno sus labios a los míos. Debo de pillarla por sorpresa, porque se ríe contra mi boca —una risa que me vuelve loco—, pero al momento me sigue el beso.

Es preciosa. Es preciosa cuando se ríe y cuando no lo hace; con ropa de fiesta y con el pijama puesto; recién peinada y con el pelo alborotado. Cualquier versión suya es capaz de robarme el aliento.

Le suelto una de las manos y, sin que se lo espere, le hago cosquillas en el costado. Ella abre los ojos de golpe y protesta, revolviéndose. No la torturo mucho, sino que me dejo caer a su lado y vuelvo a besarla antes de que se queje más.

—Traidor —murmura contra mis labios, poniéndome una mano en el hombro para atraerme más hacia sí.

—Ya estamos en paz.

Se me escapa un suspiro y el calor que me inunda por dentro me hace querer sentirla más y más cerca. Le pongo una mano en la cadera y noto el deseo en la forma en que sus besos se vuelven más intensos; la misma hambre de ella que yo también siento.

La tensión en mi entrepierna aumenta y se me agita la respiración. Hannah lo nota y suelta un suave gemido que me hace sentir que voy a explotar.

—Me gustas mucho —susurro, casi con desesperación—. No sabes cuánto me gustas.

Y es verdad: me gusta Hannah. Me gusta tanto que a veces creo que el corazón se me va a desbordar de todo lo que siento cuando la veo. Tanto que, ahora que puedo, no sé qué parte de ella quiero besar primero.

Pero es que es más que eso, aunque no llegue a decirlo en voz alta.

Estoy absoluta y perdidamente enamorado de Hannah.

—Tú me gustas a mí —responde ella—. ¿Estás bien?

Me muerde la oreja con suavidad y esta vez es a mí a quien se le escapa un gemido. Cada una de sus caricias se vuelve fuego a su paso, y todas mis terminaciones nerviosas envían miles de señales a mi cerebro al mismo tiempo.

Es tan intenso que ni siquiera sabía que era posible sentir *tanto*.

—Sí —es lo único que soy capaz de decir—. ¿Y tú?

—Mejor que nunca.

Tengo mucho calor, así que, en cuanto mete la mano bajo mi camiseta, se lo pongo fácil y me la quito. La lluvia cae con fuerza al otro lado de la ventana, del mismo modo en que lleva haciéndolo toda la semana, y el sonido de las gotas de agua golpeando el cristal jamás me ha parecido tan acogedor.

Los dedos de Hannah por mi espalda trazan formas que desearía que permanecieran en mi piel para siempre. Se quita también la sudadera y se queda en una camiseta de tirantes de color blanco. Quiero besar cada centímetro de piel que ha dejado al descubierto, así que empiezo por los hombros y sigo el camino a su clavícula. Luego, hago lo mismo en el otro hombro y, para cuando llego al esternón, vuelvo a su boca. Ya echo de menos sus labios.

—Si te incomoda cualquier cosa o quieres parar, avísame —le pido, pegando la frente a la suya.

—Claro que sí. Lo mismo digo, ¿vale?

Lo único que se escucha en la habitación son nuestros besos y nuestras respiraciones agitadas. Pronto la ropa estorba tanto que

nos quedamos en ropa interior. Estoy nervioso, pero saber que es Hannah a quien tengo delante me hace sentir bien. Si es ella, todo está bien.

La empujo sutilmente para tumbarla bocarriba y mi boca desciende por su cuerpo hasta su ombligo, pasando por cada lunar en su abdomen. Luego, por sus muslos e ingles. No quiero parar de besarla jamás.

No puedo creer que de verdad esté así con ella; que esto esté pasando en serio. La agarro de los muslos y disfruto escuchando sus suspiros. Beso cada centímetro que no he besado aún hasta que noto todo su cuerpo temblar. Luego, le acaricio y beso un poco más las piernas solo porque me parecen preciosas y subo a recostarme a su lado.

Tiene una sonrisa relajada en los labios, y aprovecho para darle un beso en la frente.

—¿Qué tal?

—Buah —es su única respuesta, pero a mí me parece más que suficiente—. Dame un segundo para que me reponga, que yo no te he hecho a ti nada.

—Y no tienes que hacerlo, estoy bien.

Ella tuerce un poco el gesto, contrariada.

—Pero te vas a quedar con las ganas.

—Estoy perfecto así, Hannah, de verdad. Dios, más que perfecto; estoy en el cielo ahora mismo.

Lo digo de verdad. Y es que, aunque sigo excitado, las únicas ganas con las que me quedo son las de besarla todavía más. Lo único que necesito es sentirla cerca de mí.

—¿Estás seguro?

—Totalmente. Luego me haces lo que tú quieras, tenemos tiempo de sobra. ¿Te puedo abrazar desde atrás un rato?

Ella sonríe. Luego, asiente y se da la vuelta. No tengo frío, pero nos tapo con una manta para que ella esté bien y la abrazo desde atrás.

Y me encantaría quedarme así para el resto de mi vida.

33
Revolver el pasado

HANNAH

Besar a Dan no tarda en convertirse en mi actividad favorita.

De pequeño lo vi muchas veces en bañador, pero había olvidado la cantidad de pecas que le cubren los hombros y la espalda. Cada vez que tengo la oportunidad, me dedico a besarlas una a una como si se tratase de una colección que quiero completar. Me rindo ante la idea de contarlas porque, por supuesto, es incapaz de quedarse quieto más de quince segundos seguidos.

Todo con él es natural y cómodo; un lugar seguro en el que todo parece estar bien.

Aun así, a pesar de la burbuja de felicidad en la que me siento flotar gran parte del día, las palabras de James no dejan de repetirse en bucle en mi cabeza.

«No le rompas el corazón, Hannah, por favor».

Es lo último que quiero. Y es por eso que la mañana de Navidad decido seguir aprendiendo a quedarme. Llevo más o menos una hora viendo los vídeos antiguos de mi padre, esos que llevaban cogiendo polvo desde que él se fue y ninguna de nosotras se atrevió a mirar más. No hasta días atrás, al menos.

He encontrado en ellos una especie de agridulce serenidad, como si algo dentro de mí se rompiera y sanara a la vez. Llevo años tratando de cerrar unas heridas que aún escuecen, pero ahora siento que las partes que cicatrizan lo hacen de verdad.

He estado viendo los vídeos cuando estoy sola en casa. Cuando mi madre está en el trabajo o sale a comprar. Hoy, sin embargo, estoy tan inmersa en uno de los que mi padre grabó en su última Nochevieja que no escucho la puerta hasta que es demasiado tarde.

—¿Qué haces? —pregunta, y su voz es fría como el hielo.

De mi ordenador suenan risas, exclamaciones de «¡feliz Año Nuevo!» y el pitido de los matasuegras. La cámara debía de estar apoyada en algún lado, porque salimos todos. Detengo el vídeo, y cuando me vuelvo hacia mi madre, está tan inmóvil que parece que la he pausado también a ella.

—Estoy viendo vídeos antiguos de papá —empiezo a decir, y se me escapa una sonrisa nerviosa mientras tanteo el terreno—. He estado usando su cámara para ayudar a Dan con…

—¿Por qué la has cogido? —me corta—. ¿Y si se rompe?

—Hemos tenido mucho cuidado. De todas formas, llevamos años sin utilizarla. Ni siquiera hemos pasado los vídeos al disco duro.

—¡Me da igual! Era de tu padre, Hannah. Como poco, deberías haberme pedido permiso. Y no tendrías que perder el tiempo en estas cosas cuando deberías estar estudiando.

Es la misma excusa que he empleado durante años: revivir el pasado es perder el tiempo; decir adiós y olvidar, la única forma de seguir adelante. Pero es que mi madre también lleva años corriendo de todo lo que siente.

—¿Perdiendo el tiempo? Son los vídeos que hizo papá, eran importantes para él.

—Por supuesto, por eso los dejamos donde están. Sus vídeos, y su cámara. No te puedes agarrar al pasado si quieres dejarlo ir.

—Yo no me…

—Sí lo haces —afirma con severidad—. Ni siquiera eres capaz de conducir fuera de Hawthorn todavía, y otra vez te has hecho amiga del niño de Diane y Marvin. Habíamos pasado página, ¿por qué quieres volver a atascarte? ¿No lo hemos pasado lo bastante mal, Hannah? Y ahora, tú…

Menea la cabeza, decepcionada. Herida. No necesito que termine la frase para darme cuenta de que me está culpando de sacar a rastras el pasado de la tumba y airearlo por toda la casa. «¿No lo *hemos* pasado lo bastante mal?».

—¿Y qué tiene de malo que Dan haya vuelto a mi vida?

—¡Que no te deja avanzar! ¡Tan solo mírate!, ¡mira lo que estás haciendo! —Señala el ordenador—. ¿Crees que a mí no me duele verlo entrar y salir de casa como cuando erais unos críos?, ¿o saber que tú vas a la suya? Eran tiempos más sencillos, más bonitos, sí. Pero ahora… —coge aire despacio y lo suelta de golpe—, ahora intentar volver a ellos no hará otra cosa que rompernos.

Miro a mi madre y veo el esfuerzo que ambas hacemos por no llorar delante de la otra. Sus ojos muestran todo el enfado que bulle en su interior, y por una vez es sincera conmigo: no quiere que esté cerca de Dan porque a ella también la transporta a momentos que le duele recordar.

Jamás se me había ocurrido que estar con él tuviese algún efecto más allá de nosotros. Que no fuese solo de mí de quien se apoderase la nostalgia al ver sus ojos castaños y escuchar esa risa que me devuelvea mi infancia.

—No se va a romper nadie —murmuro, y mi voz suena más insegura de lo que pretendía—. Me está ayudando mucho. Si he visto los vídeos ha sido gracias a él, y también hemos cogido el coche para…

—Hannah, solo estás con él porque te recuerda al pasado. La nostalgia tiende trampas y es difícil no caer en ellas.

—Eso no es verdad. —Doy un paso atrás y los ojos se me llenan de lágrimas. Quiero salir corriendo, o taparme los oídos para no escucharla decir ni una sola palabra más—. Estoy con él porque me gusta.

—Te gusta que te recuerde a esos tiempos bonitos, no él.

Una parte de mí quiere gritarle que se equivoca, mientras que la otra se siente conmovida por aquel instante de vulnerabilidad entre las dos. Me siento una niña pequeña de nuevo, y no puedo evitar preguntarme si, en el fondo, no lleva algo de razón.

Hasta ahora he creído que permitirme estar cerca de él era un acto de valentía, de recuperar lo que me obligué a perder tanto tiempo atrás. A fin de cuentas, alejarme del pasado nunca ayudó a borrarlo; no realmente.

¿Y si estar con él es otra táctica desesperada por pasar página?, ¿una forma cobarde de volver a aquellos «tiempos sencillos»?

¿Estoy utilizándolo para que todo deje de doler?

La primera lágrima cae cuando soy consciente de mi egoísmo, y mi madre me mira sin saber qué hacer. Es fácil ver en su postura que se debate entre salir y dejarme sola o hacer algún intento por consolarme. Ella no va a llorar; no va a permitirse hacerlo delante de mí.

Nunca lo ha hecho.

Al final, se acerca a darme un par de palmaditas en el hombro, con el gesto más suave que antes.

—Tan solo no miremos más esos vídeos, ¿vale? —La desesperación se cuela en su voz por mucho que trata de disimularlo, y la cara se le contrae en un gesto de dolor cuando lanza una breve mirada a la pantalla y ve la cara de mi padre, tan alegre—. Mira lo que hacen. El pasado no hay que revolverlo, Hannah. Hay que dejarlo quieto para que no levante polvo.

Otra palmadita, media sonrisa temblorosa y sale de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Miro la pantalla de mi ordenador, la imagen pausada en plena celebración de un nuevo año que hace mucho que dejamos atrás. Una imagen feliz que jamás volverá a repetirse. De pronto, el lila de mis paredes parece más gris, y el sabor que me deja el vídeo es tan ácido que me quema la garganta y me revuelve el estómago.

El primer y último sollozo que escucho desde la habitación de al lado adopta la forma de un puñal y se me clava en el pecho.

Mi madre tiene el corazón hecho pedazos desde hace años, por mucho que finja lo contrario. Ya ha sufrido demasiado como para que sea yo quien la haga llorar. Así que cierro la pestaña del ordenador, desconecto la cámara de mi padre y la pongo en el altillo en el que ha pasado todo este tiempo.

Y es que, si sigo revolviendo el pasado, es probable que su polvo nos ahogue a las dos.

34
El calor de la Navidad

DANIEL

Nunca he visto mayor sonrisa de satisfacción que la de Carol cuando, en la comida de Navidad, le cuento que estoy saliendo con Hannah.

Sí que se ofende un poco por ser la última en enterarse, pero lo pasa por alto diciendo que, en su corazón, fue la primera en saberlo.

—No me lo puedo creer: he llevado razón todo este tiempo. —Se lleva las manos a las mejillas, sin parar de sonreír—. Por fin nos habéis convertido en familia a Debbie y a mí. ¿Te acuerdas de cuando bromeaba sobre cómo acabaríais juntos y te ponías como un tomate?

—Pues fíjate, yo creía que a Hannah le hacía tilín James —interviene mi madre, sirviéndose más puré de patatas—. Daniel, nene, no me mires así. Me gusta más que esté contigo, pero entonces me parecía que harían una pareja mona.

—No lo estás arreglando.

—Déjala, Dan. Siempre ha sido igual de torpe para ver lo evidente. —Carol se ríe; se lo está pasando bomba con la conversación—. ¿Y tú por quiénes apostabas, papá?, ¿por James y Dan?

Mi padre alza las cejas y menea la cabeza con desaprobación, aunque en su mirada se cuela un gesto de diversión.

—Yo no emparejaba mentalmente a críos de doce años. Y menos a mi hijo.

—¡Gracias! —Alzo los brazos—. ¡Por fin alguien normal en esta casa!

Los cuatro nos reímos, sobre todo Carol, a la que todavía no se le quita esa sonrisilla orgullosa de los labios. Luego, mi padre se

acuerda de contarnos algo que le pasó en el trabajo unos días antes y la conversación se desvía durante el resto de la comida. De fondo, mi madre ha puesto villancicos y en la tele hay una película navideña a la que no hacemos mucho caso.

Desde que Carol se fue para la universidad no estamos los cuatro juntos muy a menudo. Antes, nuestra Navidad no era mucho más que una fecha en la que comer más de la cuenta, pero ahora los reencuentros la han convertido en un día más especial.

Cuando los platos se vacían, nos quedamos un rato más hablando y riéndonos de anécdotas que a estas alturas deberían estar más que desgastadas, pero que siguen haciéndonos reír hasta que nos duele la cara. Más tarde, recogemos la mesa entre todos y nuestros padres se cambian para ir a tomar un té con los vecinos.

Una vez nos quedamos solos, Carol propone dar un paseo para bajar tanta comida. Antes de salir, le escribo un par de mensajes a Hannah para contarle lo que ha dicho mi madre sobre ella y James porque creo que le hará gracia. No me ha respondido desde esta mañana, debe de estar ocupada con su familia.

Luego, dejo el móvil en el salón y me pongo el abrigo para irnos. Fuera el suelo aún está húmedo por las últimas lluvias, con algunos charcos en el asfalto y las aceras; es un lugar tranquilo para pasear, lleno de casas suburbanas y calles anchas.

—Oye, volviendo a lo de antes, y bromas aparte: me alegro muchísimo de que estés saliendo con Hannah. Espero que os vaya genial, enano.

No puedo evitar sonreír.

—Yo también lo espero. Este curso está siendo… muy movidito. Al menos, parece que las cosas ya se están calmando.

—El último curso de instituto siempre es intenso. —Suspira, y no hace falta que me diga más para saber que habla desde la experiencia—. Solo el hecho de ser el último ya lo hace distinto al resto. Acabar el insti es un cambio importante.

—Ya, pero es que todavía no sé qué quiero hacer. Es complicado que me den la beca, así que si no entro… En fin, no me veo yendo a

la uni.

Recuerdo la conversación que tuve con Hannah en el parque del barco. Aquel día en que hablamos sobre lo perdido que estaba y lo idiota que me sentía gran parte del tiempo, y lo mucho que me animó con un puñado de palabras correctas que tanto necesitaba oír.

La primera vez que hablamos sobre globos y cactus.

—La universidad no es obligatoria. —Mi hermana se encoge de hombros—. Sabes que a papá y mamá les va a parecer bien cualquier cosa que escojas, mientras lo pienses bien y te haga feliz. Y sé que da la sensación de que la vida se acaba a los dieciocho y que tienes que encontrar tu camino para ese momento, pero no es así. Es probable que ahora no lo veas, pero lo harás en unos años.

—Los veintitrés te están haciendo hablar como la abuela.

Carol me da una palmada en el brazo.

—Cállate. Estoy compartiendo contigo mi sabiduría de hermana mayor.

Se me escapa una carcajada y meto las manos en el abrigo. De todas formas, sé que tiene razón. Pase lo que pase, creo que el año que viene estaré bien, a pesar de no tener ni idea de qué será de mí ni de dónde estaré. La tendré a ella de mi lado, y también a mis padres y a James. Y, ahora, a Hannah.

Si puedo contar con Hannah, está claro que irá bien.

—Gracias —le digo, más serio. No creo que una simple palabra pueda abarcar todo lo que quiero decir, pero sé que ella lo entiende. Luego, cambio el tema—. ¿Y a ti cómo te va todo?

Carol sonríe y me actualiza sobre su vida en Toulouse, sus amigas y sus estudios. Damos unas cuantas vueltas por la zona y les deseamos felices fiestas a los pocos vecinos con los que nos cruzamos. Al pasar junto a algunas casas, las risas y la música se cuelan por los resquicios de las puertas, y el brillo de las chimeneas y de las luces de Navidad al otro lado de las ventanas tiene algo que hace del mundo un lugar más acogedor.

Cuando volvemos, Hannah apenas me ha respondido con unas risas, y no puedo evitar preocuparme un poco. Sé que estará

ocupada, pero normalmente me escribe, aunque sea un puñado de palabras; algo que dé pie a seguir con la conversación.

Al preguntarle si está todo bien, solo recibo un escueto «sí», así que le mando unos corazones.

No termino de creerme su respuesta, pero si ha ocurrido algo, ya me lo contará cuando esté lista y tenga un rato. Ella respetó que necesitara estar a solas cuando me hizo falta y que me tomara mi tiempo en contarle otras cosas. Así que, pese a las ganas que tengo de saber si *de verdad* está bien, lo justo es que yo también le dé algo de espacio.

O quizás es cierto que no pasa nada. Quizás solo está ocupada con su familia y me estoy rayando solo sin ningún motivo.

De cualquier modo, subo a mi cuarto a practicar un poco con el teclado y dejo el móvil a un lado. Carol entra algo después y se tumba en mi cama a escucharme tocar mientras mira las redes sociales, y de vez en cuando me pide que le cante algo en concreto. Ella tararea también por lo bajo e improvisamos algunos duetos muy caóticos, pero con los que nos divertimos mucho.

Luego le enseño a tocar una canción con el ukelele. Lo hace de pena, pero tras un rato consigue cambiar de acorde sin perder el ritmo. Algo más tarde nos aburrimos y vemos vídeos cortos en YouTube.

Pasamos el resto de la tarde juntos, entre música y risas, hasta que llegan nuestros padres para la hora de cenar.

Y Hannah no vuelve a escribirme en lo que queda de día.

35
La fragilidad de un corazón de hielo

HANNAH

Las palabras de mi madre se repiten dentro de mi cabeza una y otra vez, tan familiares que, a estas alturas, ya las siento incluso mías. Tan parecidas a algo que podría decir yo que quizás sea por eso por lo que suenan mucho más verdaderas e intimidantes.

Es lo único en lo que puedo pensar desde la mañana de Navidad. Ahora, un par de días después de que comience el nuevo año, parecen un enjambre de abejas que revolotean por mi cabeza y eclipsan con su zumbido cualquier otro pensamiento.

Freno en un semáforo en rojo y Dan me mira desde el asiento del copiloto. La sonrisa que me dedica es tan radiante que ya entiendo por qué fuera está tan nublado: está toda la luz dentro de este coche.

«Te gusta que te recuerde a esos tiempos bonitos, no él».

Es mentira. Claro que es mentira. Solo tengo que mirarlo para que se me acelere el corazón.

Pero ¿y si estoy confundiendo las cosas?, ¿y si mi madre lleva razón?

—¿Quieres merendar tortitas? —propone de pronto, ilusionado. Vamos de camino al centro comercial para cambiar un jersey que le han regalado sus padres, y después de echarlo a suertes, me ha tocado conducir a mí—. El otro día pasé con James por delante de una cafetería y entré a preguntar si las hacían sin gluten. Tenían muy buena pinta.

—No sé, no tengo mucha hambre ahora mismo.

—Oh, vale, no hay problema. ¿Y a dar un paseo por…? Bueno, mejor no, que hace frío. Podemos entrar en los recreativos del

centro comercial, ¿has ido alguna vez? Yo hace mucho que no. El que pierda paga la próxima vez que comamos juntos.

Tardo un poco en responder. Lleva días diciéndome que me echa de menos y que quiere que nos veamos, y ahora que le he «hecho un hueco» está contentísimo. En cambio, a mí me cuesta hasta mirarlo a la cara.

Con la excusa de que Debbie y Eunju están por casa, he estado ignorándolo más de la cuenta, por lo que apenas hemos hablado desde que tuve la discusión con mi madre. Me siento fatal por ello, porque sé que se ha estado rayando por mi silencio.

Pero no sé cómo organizar mis sentimientos si no es con distancia de por medio.

—Tengo un poco de prisa, prefiero que no tardemos mucho.

Él asiente, comprensivo, pero veo la desilusión dibujada en su rostro.

Poco después, llegamos al centro comercial. Con el mal tiempo que hace, está lleno de gente. Me recuerda a la vez que fuimos al cine con James y Kylie; fue la primera vez que pasamos algo de tiempo juntos tras la fiesta de Beth, el momento en que nuestras vidas terminaron de entrelazarse de nuevo. Todo ha cambiado tanto fuera y dentro de mí que siento ese día muy lejano, como si en lugar de unos meses hubieran pasado años.

Acompaño a Dan a una tienda mientras él rebusca entre las perchas un jersey de un color distinto al que le han regalado.

Tras varios minutos en silencio, saca una percha y me enseña un jersey fino de mangas largas y cuello redondo.

—¿Crees que me queda bien el rosa?

—Todos los colores te quedan bien.

Esbozo una sonrisa escueta y desvío la mirada hacia una falda plisada de color negro. Acaricio el tejido con los dedos, intentando parecer ocupada.

Noto los ojos de Dan puestos en mí incluso sin mirarlo.

—¿Qué te pasa?

—¿Eh?

—Estás muy seria —dice, y cuando me vuelvo hacia él, veo la preocupación en sus ojos—. Y llevas días sin apenas hablarme. ¿He hecho algo mal?

Aprieto los labios, sin saber cómo responder. ¿Le digo la verdad? ¿Le digo que llevo una semana sin dejar de darle vueltas a que, tal vez, no me gusta tanto como creo?

¿A que es posible que lo que creo sentir no sea más que un mecanismo de defensa frente al dolor?

—No has hecho nada mal. He estado un poco atareada, y he dormido mal hoy. Eso es todo.

—¿Estás segura? Porque si ha pasado algo… Me lo puedes contar, sea lo que sea.

—Lo sé. Tranquilo, no es nada.

Parece dudar unos segundos, pero al final asiente, más tranquilo. Ni siquiera se está planteando que tenga algún motivo para no ser sincera con él. Se acerca a mí y se agacha un poco para darme un beso en la mejilla. Veo que va a pasarme un brazo por los hombros, pero hago como que no me doy cuenta y me escabullo a mirar algo al otro lado de la tienda.

No puedo usarlo para que el pasado no duela; no sería justo. Porque, si lo que digo es cierto, estoy segura de que antes o después acabaré rompiéndolo, cuando las ganas de salir huyendo vuelvan.

Y, de hecho, ante ese mero pensamiento ya están regresando.

Tras un rato de búsqueda, Dan se decide por una sudadera rosa. Cambia el jersey en el mostrador y volvemos al coche de mi madre sin más paradas por el camino.

Lo acerco a casa y paro un momento el coche en la acera de enfrente. Retrasa lo posible el momento de bajarse, porque quiere estar un rato más conmigo. Pero necesito pensar más en todo esto; esconderme hasta ser capaz de entender.

Me bajo también para despedirnos y él me da un fuerte abrazo. Suspira sin soltarme, como si estuviera totalmente a gusto

teniéndome entre sus brazos. Y a mí me dan ganas de echarme a llorar.

Cuando nos separamos, me besa con el cariño de siempre. Sus labios son suaves, cálidos, y sus manos en mi cara ahuyentan como siempre al invierno y al frío. En cualquier otro momento, haría que me derritiese por dentro. Esta vez, en cambio, deja un regusto amargo muy distinto al dulzor habitual.

—Te quiero —susurra, separándose de mis labios solo lo necesario—. Te quiero mucho, Hannah.

Me acaricia la mejilla con esa suavidad tan propia de él y me alejo, porque de otro modo voy a venirme abajo aquí mismo.

Esas palabras hacen que el miedo me trepe por el estómago. De pronto, me doy cuenta: se está enamorando de mí y yo voy a hacerle añicos el corazón.

Dan se está enamorando de mí, y las dudas asaltan mi mente sin piedad. No puedo seguir con esto. No es justo para él que yo no esté segura de lo que quiero. No puedo hacerle algo así.

Hace mes y medio que estamos juntos y sé que va a dolerle, pero ¿no será peor cuando llevemos un año?, ¿cuando él esté completamente enamorado y yo tenga que salir corriendo? No puedo. Jamás me lo perdonaría.

—Dan —digo, y mi voz suena queda, contenida—. Debería irme ya.

—Vale, está bien, sé que tienes prisa. —Exagera un puchero y me da un beso rápido en la frente—. ¿Nos vemos estos días antes de que empiecen de nuevo las clases?

Me mordisqueo el labio inferior y cojo aire antes de hablar:

—Me parece que será mejor que no nos veamos en un tiempo.

La ilusión desaparece de su cara y en su lugar tan solo queda pura confusión.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunta, cauteloso—. ¿Es por lo que acabo de…? Si tú no lo sientes, no estás obligada a decirlo. Puedo esperar.

—No es por lo que acabas de decir.

—No tienes que sentir lo mismo que yo al mismo tiempo —continúa diciendo, a pesar de mis palabras. Ante mi falta de respuesta, veo la preocupación incrementarse—. Solo lo he dicho porque es como me siento, pero no pasa nada si no estás en ese punto todavía. Cada uno tiene sus ritmos.

Se frota un brazo, nervioso, esperando a que diga algo, que le dé una explicación. Bajo la vista, porque no puedo hacer lo que estoy haciendo y además mirarlo a los ojos.

—No es por eso —repito—. No deberíamos estar juntos.

—Hannah, ¿de qué hablas?

—Voy a hacerte daño si me quedo. Tengo cosas que solucionar por mi cuenta, y es mejor que lo dejemos aquí y que cada uno siga con su vida.

Él me alza con suavidad la barbilla para obligarme a mirarlo. Sus ojos están teñidos de miedo, pero también hay cierta esperanza en ellos.

—No vas a hacerme daño, nunca lo has hecho. Al revés. Deja de pensar que eres un cactus, Hannah.

—Sí que te he hecho daño. Durante años, incluso. Nunca ha sido mi intención, pero lo has pasado muy mal por mi culpa. No quiero romperte el corazón, Dan.

Doy un paso atrás y él se queda con una mano en el aire, ahí donde un segundo atrás ha estado mi cara. La forma en que me mira me hace saber que para él nada de esto tiene ningún sentido, que no entiende lo que está pasando.

—Me lo estás rompiendo ahora. —Sonríe sin fuerzas.

—En nada me iré a la uni, no sé aún a dónde, y tú no tienes ni idea de qué harás. Esto iba a pasar antes o después. Cuanto antes, mejor.

Es mejor que duela ahora y no cuando le haya dicho lo mucho que lo quiero. No cuando esté completamente enamorado y me haya convertido en parte fundamental de su rutina.

Aunque de una forma distinta, he visto en mi madre lo que pasa cuando una parte de tu día a día desaparece. Lo he vivido en mi

propia piel. Y la sensación te arranca la piel a tiras hasta que no eres más que una herida abierta en carne viva que siente cada roce como una puñalada.

—Pensaba que lo intentaríamos, aunque te fueras lejos. Por mí la distancia no es ningún problema. Es verdad que no sé dónde estaré el curso que viene, pero podemos organizarnos para vernos. Yo… —Le falla la voz y se calla. Con los hombros hundidos, sus ojos me suplican que cambie de opinión—. No puedo perderte de nuevo, Hannah.

Esto es de lo que hablaba James: del daño irreparable que le hice con trece años. Dan tiene tanto miedo a que vuelva a desaparecer de su vida que es incapaz de ver que es lo mejor para él.

Que cuando un cactus se acerca a un globo no hay otro final posible.

Hace años que aprendí que es más fácil decir adiós. Si no borrar, sí enterrar un pasado que arde para que el presente no estalle también en llamas. Y puede que sea tan buena con las despedidas que ya no sé vivir sin ellas, que he aprendido a verlas venir de lejos.

Por ello, sé que es cuestión de tiempo que vuelva a huir y romper con todo una vez más.

—No sé si voy a sentir lo que se supone que tengo que sentir por ti, Daniel.

El frío que siempre anda pegado de mis venas termina de expandirse hasta mi pecho y me vuelvo de hielo. Lo que pasa con los corazones de hielo es que son mucho más frágiles que los de carne.

Y la mirada que me dedica hace que el mío se rompa en mil pedazos, y que cada una de las esquirlas se me clave en los órganos y me destroce por completo.

—Has dicho que tienes cosas que solucionar por tu cuenta, ¿no? Vale, te doy el espacio que necesites. Te esperaría el tiempo que hiciera falta. Si hemos ido muy rápido, podemos dar un paso atrás —murmura inseguro, y un último resquicio de esperanza brilla en su

mirada a pesar de la humedad que la empaña—. Podemos seguir siendo amigos, pero no me saques otra vez de tu vida. Por favor.

Se sorbe la nariz y se seca una lágrima con el dorso de una mano temblorosa.

Yo también estoy esforzándome por no llorar, así que aprieto los labios y niego con la cabeza.

—No quiero que me esperes. Y no quiero ser tu amiga. No puedo.

La mentira cae sobre nosotros como una pesada losa. Dan ni siquiera reacciona, pero me mira tan dolido que soy incapaz de seguir mirándolo ni un segundo más.

Vuelvo a convencerme de que es mejor así. De que después será demasiado tarde. Soy demasiado complicada y él se merece alguien mejor. Se merece a alguien que sepa si de verdad lo quiere o si solo está buscando formas de que deje de doler.

Y prefiero arrancar la tirita antes de que sea demasiado tarde. Si estoy destinada a ser una herida en su vida, será mejor que no vuelva a ser una de esas que nunca cierran.

36
Cuando un cactus se acerca a un globo

DANIEL

«No quiero ser tu amiga».

Esas cinco palabras me dejan clavado en el sitio incluso un rato después de que Hannah se suba al coche y se vaya. No sé cuánto tiempo me quedo en la acera, porque estoy demasiado ocupado asumiendo que no es una pesadilla como para reaccionar.

«No quiero ser tu amiga».

Hannah ha roto conmigo. Ha vuelto a irse. He vuelto a perderla. Le he dicho que la quiero y ella se ha dado cuenta de que nunca será capaz de quererme a mí. Tal vez debería haberlo visto venir.

No debería haberla besado. No debería haber cruzado líneas que estaban borrosas. Si no lo hubiera hecho, quizás no se habría sentido obligada a sentir cosas que no siente y habríamos seguido como estábamos. Así no estaría reviviendo un dolor tan parecido a ese que se me pegó a las entrañas hace cuatro años. No tendría estas ganas de vomitar ni este temblor en las extremidades que parece nacer de lo más profundo de mi alma.

«No quiero ser tu amiga».

Lo he vuelto a arruinar todo.

«No quiero ser tu amiga». «No quiero ser tu amiga». «No quiero ser tu amiga».

La última vez usó las mismas palabras antes de desaparecer de mi vida durante años. «No quiero seguir siendo vuestra amiga», escribió, y se salió del grupo. Fin.

Miro la puerta de casa, a tan solo unos metros de donde estoy. Los coches de mis padres están aparcados en la puerta, y sé que debería entrar. Pero no soporto la idea de hablar con nadie ahora mismo.

Ni siquiera soporto pensar en mi habitación. He pasado muchas tardes entre esas paredes, cantándole canciones a Hannah, y fue sentados en el banquito del piano donde nos besamos por primera vez.

Solo de pensarlo me siento enfermo.

Me froto la cara con las manos y me revuelvo el pelo con fuerza, obligándome a reaccionar. Echo a andar sin dirección establecida, esperando que eso me ayude a pensar con algo más de claridad, y una vez empiezo a moverme soy incapaz de estarme quieto.

Ahora que ya no suenan villancicos, la calle es mucho más gris, más triste. Las nubes que cubren el cielo no ayudan, y me froto el pecho para tratar de aliviar un dolor que no parece que vaya a desaparecer.

Resoplo, dándole vueltas a mi anillo entre los dedos de forma compulsiva. Me pican los ojos y el nudo en la garganta está tan apretado que al aire le cuesta pasar. Pero no quiero llorar, porque si empiezo tengo miedo de no ser capaz de parar nunca. Ya fue horrible cuando ocurrió lo del vídeo, pero una cosa es que me insulten desconocidos por internet y otra, mucho más devastadora, es perder a Hannah.

Prefiero mil veces la primera.

Así que saco el móvil y, sin dejar de andar, le escribo un mensaje a James:

[3 de enero]

Daniel, 16:29

James

Ha vuelto a pasar

James, 16:34

El qué?

Daniel, 16:34

Me ha dejado

Me ha dicho que no quiere ni siquiera ser mi amiga

Y se ha ido

James, 16:35

Qué dices, tío

De verdad?

Daniel, 16:35

No sé qué hacer

James, no sé qué hacer, me duele mucho

No puedo casi ni respirar

James, 16:35

1. Lo primero que tienes que hacer es tranquilizar te y coger aire despacito

2. Hannah es una imbécil la mayor parte del tiempo, eso lo sé, pero estás seguro de que no ha sido un malentendido?

3. Quieres que vaya
a tu casa y hablamos?

Daniel, 16:36

Necesito estar solo un rato

Y no es ningún malentendido,
lo ha dejado bien claro

James, 16:37

Vale, está bien, si cambias de
idea avísame y voy para allá

Es una estúpida, y si te ha dicho
eso es que no te merece

Mucho pelo de colores y
pintas de alternativa, pero no
ha cambiado ni un poco desde
que teníamos trece putos años

Joder, qué rabia, en serio

Daniel, 16:37

Y lo peor

Lo peor de todo

Es que me ha dejado justo después
de decirle que la quería

Nunca me he sentido
tan estúpido

Por más que intento contener las lágrimas, cada vez que parpadeo se me escapan algunas, emborronándome la vista. Apenas veo la pantalla del móvil, así que lo guardo en el bolsillo del pantalón y continúo caminando con la cabeza gacha a paso rápido, como si así pudiera dejar atrás al dolor, andar más rápido que él.

Me siento un globo que ha explotado. Esta vez no hay parches suficientes para arreglar los agujeros.

Lo único que quiero es llamar a Hannah, decirle que necesito que se vuelva a colar por la ventana de mi habitación y que me dé un abrazo de los suyos. Pero ni siquiera quiere ser mi amiga, y se ve que llevo meses haciendo el ridículo.

Lo he arruinado. Lo he arruinado todo.

He vuelto a cagarla con ella, y tan solo ese pensamiento hace que la angustia se vuelva tan insoportable que siento que me voy a morir.

Vuelvo a frotarme el pecho, obligándome a respirar hondo.

Giro una esquina y, por no mirar, me doy de bruces con una persona. Estoy a punto de caerme, pero unos brazos se apresuran a sujetarme y, cuando levanto la cabeza, me encuentro con los ojos azules y sorprendidos de Evan. A su lado va una chica pelirroja que me resulta familiar, pero no sé de dónde.

—Hostias, tío, ¿te has hecho daño? —Lo último que quiero es que me vean así, por lo que balbuceo un «lo siento» e intento seguir andando, pero Evan me bloquea el paso—. Eh, ¿a dónde…? ¿Te encuentras bien?

Me seco las lágrimas a toda prisa y me obligo a sonreírle, aunque al hacerlo me tiemblan las comisuras de los labios.

—Sí, tranquilo. No te preocupes.

—¿Seguro? —pregunta la chica, no muy convencida—. ¿Quieres que te acompañemos a algún sitio?

—No hace… Ahora se me pasa, es que… —Algo a medio camino entre un sollozo y un hipido sale de mis labios sin querer. ¿«Ahora se me pasa»? No me lo creo ni yo—. Necesitaba dar un paseo.

—¿Quieres compañía?

—No tenemos nada que hacer, acabamos de volver de entrenar. Yo soy Bianca, por cierto.

Le he dicho a James que necesitaba estar solo, y es verdad. Y, al mismo tiempo, es mentira. Así que asiento.

Ellos dos comparten una mirada, pero no dicen nada más. Se limitan a pasear a mi lado mientras yo hago lo que puedo por calmarme, por respirar.

Poco después, Evan murmura algo acerca de un sitio que conoce, y lo seguimos cuando gira en la siguiente esquina. Caminamos hasta que la acera da paso a un camino de tierra. Este se interna entre unos árboles que en esta época del año apenas conservan un puñado de hojas. Seguimos el olor a sal y no tardamos en llegar a una explanada con un muro al fondo que hace de barandilla. Al otro lado y unos cuarenta metros por debajo, está el océano, que se expande hasta perderse en el horizonte. Reconozco el lugar, aunque hace tanto que no vengo que lo había borrado de mi memoria. Carol me enseñó este mirador cuando era pequeño, y siempre que se agobiaba era casi seguro que podía encontrarla aquí. «Voy para pensar —me explicó un día—. Para ordenar mi cabeza cuando todo está por medio».

Luego dejó de venir; estar aquí empezó a traerle malos recuerdos.

Supongo que incluso nuestros sitios favoritos pueden mancharse de dolor cuando dejamos que otros entren a ellos. Todos tenemos lugares que no queremos volver a pisar.

Me dejo caer en una mesa de pícnic y la brisa marina me acaricia la cara. Hace frío y se me van a quedar las mejillas heladas en poco rato, pero no me importa. Evan se sienta a mi lado y Bianca lo hace frente a ambos.

—¿Quieres hablar? —me pregunta Evan, comprensivo—. Esto no será por lo que pasó con Kylie, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—No, es… Hannah me acaba de dejar. Llevaba días un poco rara, pero creía… creía que estábamos bien. Creía que quería estar conmigo. Y ahora la he perdido, y yo…

Miro a otro lado, sin dejar de sacudir la pierna. Bianca suelta un «¿cómo?» tan sorprendido y sincero que me dan más ganas aún de llorar.

Evan me pone una mano en la espalda.

—Sé que ahora parece el fin del mundo—me asegura con suavidad, aunque hay cierta tensión en su voz—, pero va a mejorar. No te vas a sentir así para siempre. Confía en mí.

Esas palabras eran lo último que necesitaba para terminar de romperme. Escondo la cara entre las manos y los hipidos me sacuden el pecho sin control. No quiero sentirme mejor; quiero que esto sea una pesadilla. No quiero volver a perder a Hannah.

No puedo volver a pasar por esto.

—¿Te puedo dar un abrazo? —pregunta Bianca. Asiento, porque estoy temblando y no sé distinguir si es por el frío o por la ansiedad. Ella se levanta y se acerca para rodearme con los brazos. Su abrigo es tan mullido que parece que estoy abrazando a una manta; es muy agradable—. Oh, Dan, eres un chico muy dulce, pero me vas a hacer llorar a mí también.

Entonces ocurre lo más inesperado del mundo: se me escapa una risa en medio del llanto.

Es breve y dura poco, pero durante un instante duele un poquito menos.

Uso toda mi fuerza de voluntad en calmar mis latidos y tranquilizarme, y Bianca me abraza hasta que consigo regular la respiración y dejo de sentir que me ahogo. Cuando me suelta, cojo aire despacio y lo dejo salir de golpe.

—¿Más tranquilo?

Miro a Evan, asiento y cojo un pañuelo de papel que me tiende, me seco las lágrimas y me sueno la nariz. Es raro, porque por primera vez soy yo quien tiene las manos heladas.

Me levanto.

—Gracias por preocuparos, de verdad.

—Faltaría más —dice Evan—. ¿Te vas a ir a casa?

—A la de James.

—¿Vive lejos?

—Cerca del ambulatorio.

—Te acompaño.

—No tienes por qué, Evan.

—Lo sé —responde, demasiado rápido—. Quiero hacerlo. Me pilla de camino.

Bianca se acerca a mí y me frota los brazos con energía.

—Yo voy en la otra dirección, pero bebe mucha agua e intenta distraerte con tu amigo, ¿vale?

La preocupación de ambos es tan genuina que estoy a punto de llorar de nuevo. Me sorbo la nariz y, poco después, nos despedimos de Bianca y camino con Evan en dirección a la casa de James, a quien le mando un mensaje para hacerle un resumen rápido de la situación y decirle que voy para allá.

—No sabía que tenías novia —digo, porque no quiero hablar más de mí ni de Hannah.

—¿Novia? —pregunta, y por un segundo parece completamente perdido—. Ah, no. Bianca es la hermana de mi mejor amigo. Hemos coincidido en la piscina y la he acompañado a casa, eso es todo.

—¿Siempre haces esto?

—No, normalmente se va con su hermano, o sola. Pero a mí también me apetecía darme un paseo.

Se me escapa una risa suave y meneo la cabeza.

—Me refiero a… lo de preocuparte tanto por todo el mundo. Siempre que te veo estás preocupado por alguien.

Evan se ríe y mira hacia otro lado.

—No me gusta dejar sola a la gente cuando lo pasa mal. Hace unos meses a alguien que conozco le pasó una cosa horrible y… En fin, supongo que me quedo más tranquilo así. Sé que a veces parezco un poco intenso.

Parpadeo un par de veces, sorprendido. Evan parece un poco avergonzado, y de pronto siento que lo veo con una luz totalmente distinta. Suspiro.

—Pues ya somos dos.

Evan me dedica una sonrisa comprensiva y un poco tristona al mismo tiempo.

Sigo estando muy triste, pero al menos la ola de emociones que me ha revolcado sin piedad parece haberme dado algo de tregua. Esta vez no tenía a mi lado a la persona que tantas veces ha sido mi ancla, y no puedo evitar que me queme un poco por dentro. También, por eso mismo, me va a tocar encontrar por mi propia cuenta la forma de no ahogarme.

James me responde al mensaje y me dice que va a ir poniendo un par de *pizzas* en el horno y encendiendo la Play. Que, si quiero, que le diga a Evan que suba también. Y sé que tengo el mejor amigo del mundo. Que me rodeo de la gente adecuada.

Y es que James, aunque de otras maneras, también ha sido mi ancla más veces de las que puedo contar.

37
En cualquier estación

HANNAH

No vuelvo a saber nada de Daniel en las siguientes dos semanas. A menudo, cojo el móvil sin pensarlo y estoy a punto de enviarle un mensaje para contarle lo que sea que haya pasado en clase, o tan solo para saber cómo está.

Pero cuando veo en el chat la cantidad de días que llevamos sin hablar, recuerdo lo que he hecho y cierro la aplicación.

De quien sí tengo noticias es de James, que me informa en un par de mensajes de lo mucho que se arrepiente de haber confiado en mí y de haber creído por un momento que había cambiado. Recibo sus palabras como una puñalada en el corazón, y soy lo bastante cobarde como para no dignarme a responderle.

Los días pasan en una especie de bucle en el que no hago otra cosa que buscar formas de distraerme a mí misma y lograr así ser una persona funcional. En cuanto terminan las vacaciones, mi rutina consiste en pasar las mañanas con Bianca y Owen, obligarme a estudiar toda la tarde, y por las noches llorar hasta que me quedo dormida. Por la mañana, me lavo la cara y empiezo de nuevo.

Aunque no hablo mucho del tema, Bianca sabe lo que ha pasado con Dan. Lo supo la misma noche que ocurrió, de hecho, porque me mandó un mensaje preguntándome si estaba bien y qué narices se me había pasado por la cabeza para decidir romperme el corazón a mí misma.

A Phoebe, por otro lado, la evito toda la semana, aunque me doy cuenta de que cada vez pasa más tiempo con las otras chicas de la clase y menos con Kylie. Sin embargo, se le da demasiado bien ver a través de mí y lo único que quiero es mirar hacia delante, echar mis emociones a un lado como siempre y enterrarlas bajo tierra para que

dejen de doler. Y, aun así, cuando el viernes me dice de quedar para dar una vuelta, acepto. Es mi mejor amiga, al fin y al cabo, no quiero ignorarla para siempre. La echo de menos.

Cuando llego a Silver Park, el sol de enero se cuela con inocencia entre las copas peladas de los árboles que rodean el parque; desciende para reflejarse en el lago y emitir diminutos destellos de luz.

Phoebe me espera junto a la estatua blanca de un ángel que observa el agua. El pelo rubio le cae sobre los hombros, y lleva los labios tan rojos como siempre. Cuando se percata de mi presencia, me dedica una sonrisa ladeada.

—Hola —me dice—. ¿Qué tal?

Me encojo de hombros.

—He estado mejor. ¿Y tú?

—Casi me congelo esperándote. Damos una vuelta para entrar en calor, ¿o qué?

—También podemos entrar en alguna cafetería con calefacción —propongo, frunciendo el ceño.

—Menos protestar y más mover el culo, nena. Que luego en Educación Física parece que vamos a escupir un pulmón.

Phoebe se agarra de mi brazo y echamos a andar por el parque. Es un día bonito, incluso con el frío que me quema las mejillas y las fosas nasales cada vez que respiro.

—He escuchado por ahí que eres imbécil —comenta ella poco después.

Se me escapa una risa amarga.

—¿Quién dice eso? Porque se me ocurre una larga lista de gente que podría pensarlo.

—¿Importa la fuente? La cuestión es que hay dos chicos por ahí que parecen haberse propuesto que todas en nuestro grupo les rompamos el corazón. Por lo general, incluso me ofrecería a ser la siguiente en torturar un poco a alguno de ellos solo por el drama adolescente, pero algo me dice que no estás muy contenta con la ruptura.

Tuerzo el gesto. De pronto, las piedrecitas que rodean el sendero de piedra por el que caminamos se vuelven lo más interesante que he visto en la vida.

—Tiene que ser así. —Suspiro, hundiendo los hombros—. Las tiritas es mejor quitarlas antes de que se peguen del todo a la piel.

—Nena, a veces no sé cómo aguantas el peso de esa cabezota que llevas sobre los hombros. ¿Cómo va a ser lo mejor, si estáis llorando los dos por los rincones?

—Yo no «lloro por los rincones».

—Como si no te viera todos los días en clase… —Phoebe pone los ojos en blanco—. En cuanto a Daniel, Beth dice que parece que le han chupado la vida desde que hemos vuelto de las vacaciones, y eso ya es decir cuando por lo general el chaval tiene la energía de un *golden retriever* de seis meses.

Estoy a punto de rebatir que es una exagerada, pero ni siquiera tengo argumentos. Así que me limito a torcer el gesto antes de hablar:

—Así que es Beth la que dice que soy imbécil.

—¿Con eso te has quedado de todo lo que te he dicho? —pregunta, incrédula—. ¡Ese no era el mensaje!

Niego con la cabeza, con una débil sonrisa asomando a los labios. Phoebe, por su parte, me aprieta el brazo con cariño mientras seguimos andando, un poco más seria de pronto.

—¿Por qué has roto con él?

Dos niñas pasan corriendo a nuestro lado, tan cerca que tengo que apartarme para que no se choquen conmigo. Una persigue a la otra, jugando al pillapilla. Detrás, un hombre que debe de ser el padre les pide que tengan cuidado.

Recuerdo a mi padre regañándonos a Debbie y a mí cuando hacíamos alguna trastada juntas, siempre con su inagotable amabilidad. Daba igual cuáles fueran sus palabras, estas nunca sonaban bruscas.

—Me cambié de instituto cuando murió mi padre porque necesitaba un cambio para no ahogarme en mi propio dolor

—admito, y me permito bajar la guardia un momento—. Me he alejado de vosotras porque era más fácil que enfrentar el problema a pesar de que os echo de menos a Beth y a ti. Y he dejado a Dan porque antes o después querré salir corriendo y, cuanto más tarde en hacerlo, más le dolerá. Ni siquiera estoy segura de si me gusta él o solo cómo me hace sentir.

Cuando me callo, mi amiga me mira, analizando mis palabras. Tarda unos segundos en hacerlo, pero al final suspira.

—Entiendo lo que quieres decir, pero no me has convencido en absoluto.

—No tengo que convencerte; solo te estoy contando cómo es.

—Hannah, en la vida todo tiene final —suelta sin más, como la obviedad que es—. Pero no puedes ir por ahí obsesionándote con ello o nunca serás capaz de disfrutar de nada.

—Dar por garantizado algo y luego perderlo es mucho peor. —Me encojo de hombros—. Si te preparas, al menos puedes amortiguar el golpe.

—No es dar cosas por asegurado. Es vivir en el momento y no tratar de adelantarte a todo. Estoy segura de que Daniel tampoco tiene ya planes de boda; habéis estado juntos menos de dos meses. Y, vale, las relaciones no tienen que durar toda la vida, pero tampoco hay escrita ninguna ley que diga que tienes que salir corriendo. ¿Y a qué viene eso de que no sabes si te gusta? Y una mierda, nena, estás enamoradísima de él.

La miro como si acabase de darme un bofetón.

—No lo puedes saber. No lo sé ni yo.

—¿A quién quieres engañar? Hannah, está clarísimo; solo hay que verte. Si no fuera así, no parecerías un alma en pena que ha tomado la decisión más estúpida de su vida. ¿Y la forma en que os mirabais el uno al otro incluso antes de salir juntos? Nunca he visto que te brillen los ojos *así* con nadie, y él te mira como si pudiera hacerlo toda la vida sin cansarse ni un segundo.

No respondo, porque pensar en que Phoebe lleva razón es casi más doloroso que si no lo hiciera. Porque si la tiene significa que soy,

efectivamente, una imbécil.

Suspiro y una ramita seca cruje bajo mis pies. En el suelo hay un puñado de hojas marrones, y no puedo esperar a que llegue la primavera y vista de nuevo a los árboles de verde. Estoy harta de esta estúpida estación, y apenas acaba de empezar.

Odio el invierno. Odio cómo me hace extrañar la calidez del sol al acariciarme el rostro, la arena caliente bajo los pies, y odio, sobre todo, pasarme el día tiritando de frío.

Y hay una sola persona capaz de hacerme sentir el verano en los huesos sea la estación que sea; la misma persona que me rompe el corazón en un millón de pedazos haber perdido.

Esa a la que no solo he dejado ir, sino que he echado a patadas de mi vida. Por segunda vez.

Así que supongo que sí, que soy una imbécil.

—Ya no puedo arreglarlo —murmuro, y siento que el corazón se me cae dentro de un charco sucio.

—No lo sabrás si no lo intentas. Y cuando mires atrás, te arrepentirás más de lo que no te atreviste a hacer que de lo que salió mal.

Lo dice como si fuera simple, pese a que no lo es. No puedo fingir que todo está bien, que no me odio por haberlo dejado allí, en medio de la calle y roto en mil pedazos.

¿Cómo pude ser tan cruel, cuando lo tenía delante con el corazón abierto?

No puedo pretender cerrar una herida que yo misma he causado y esperar que no se noten las suturas. Ojalá pudiera, porque siento que esto me va a doler para toda la vida.

—¿Podemos entrar ya a una cafetería? —pregunto tras encogerme de hombros—. Tengo frío.

Phoebe asiente, porque sabe que tras mi máscara de indiferencia solo hay una chica a un abrazo de distancia de echarse a llorar en medio del parque. Una chica que, por más que ande siempre huyendo del pasado, lo único que querría es retroceder en el tiempo y paralizarlo antes de que toda su vida se torciera con un volantazo.

Una chica que se ha dado cuenta, demasiado tarde, de que su amor no es un mecanismo de defensa, sino una prueba de que estaba lista de una vez para empezar a sanar.

♪ ♫ ♩

Un par de días más tarde, entro en el salón cuando mi madre está allí con Nora. La primera arregla un agujero de un pantalón, mientras la otra juega con las muñecas. Le doy un beso a mi hermana en esa coronilla despeinada y me pongo junto a mi madre.

—Mamá, ¿tienes un momento?

Ella me mira a mí, luego a la aguja que tiene entre los dedos y otra vez a mí. «¿No ves que estoy liada?», dicen sus ojos. Aun así, insisto:

—Necesito hablar contigo.

Deja escapar un suspiro, pero aparta el pantalón a un lado y se pone de pie. Cuando echo a caminar hasta mi cuarto, viene detrás.

—¿De qué quieres hablar?

—Siéntate, por favor.

Le señalo la silla de mi escritorio y yo me quedo de pie, a su lado. Desbloqueo la pantalla del ordenador y enchufo la cámara de papá. Cuando mi madre lo ve, está a punto de levantarse, pero le pongo las manos sobre los hombros con delicadeza para retenerla un poquito más.

—Hannah, no quiero ver los…

—Lo sé, mamá. Pero yo *necesito* que veas este. Si te importo, hazlo por mí.

Así que no se mueve. No quería tener que recurrir al chantaje emocional, pero es verdad que necesito con desesperación que ella también lo mire. Que vea que el pasado no solo es agrio cuando le das la oportunidad.

Cuando el vídeo empieza, me siento sobre la cama. La pantalla muestra nuestra cocina, la encimera gris llena de harina y un

banquito frente a esta para que una niña alcance a llegar con mayor comodidad.

La niña soy yo, con el pelo largo y lacio como siempre, el flequillo recogido hacia atrás con una diadema y las mejillas más regordetas. Mamá está a mi lado, enseñándome cómo amasar los ingredientes para hacer galletas.

—¿Así? —pregunta una versión mía de ocho años en coreano y con las manos llenas de masa.

—Lo estás haciendo genial; ahora hay que seguir hasta que todos los ingredientes estén bien mezclados. —Alza la vista, hacia la cámara. Hacia mi padre—. Y tú, deja ya de grabar, que hay muchas cosas que hacer.

Se escucha la risa alegre de mi padre por los altavoces. En la habitación, sin embargo, resuena un sollozo de mi madre al oírlo. Se tapa la boca con una mano, como si así pudiera evitar desbordarse por completo.

Mi padre, en el vídeo, habla:

—Esta es la más importante. ¡Inmortalizar cómo se hacen las mejores galletas de la historia!

Mamá menea la cabeza, sonriente, y él deja la cámara en una repisa, grabándonos a los tres. Al ver su rostro, mi madre se rompe por completo, y yo también lo hago. La mujer y la niña del vídeo, en cambio, están encantadas y pasando un día estupendo.

Papá le da un abrazo y un beso, y justo entonces pasa una Debbie de catorce años por delante, poniendo cara de asco ante la muestra de apego. Coge una botella de agua de la nevera, me revuelve el pelo y se despide diciendo que va a patinar con Carol, que le guardemos galletas.

Seguimos con la masa entre los tres, jugando un poco con los ingredientes, y yo les cuento algo de que James me ha cambiado una pegatina muy bonita por otra que yo tenía repetida. Luego, de la nada, protesto porque no me parece justo que castiguen a Dan sin recreo por interrumpir en clase, porque no lo hace queriendo, y

que su mamá nos explicó el año pasado que su cerebro funciona un poco diferente, y si yo podía entenderlo, ¿por qué la profesora no?

Y poco después, el vídeo termina con las galletas entrando en el horno.

Mi madre llora sentada en la silla, abrazándose a sí misma por el abdomen como si solo así pudiera evitar caerse a trozos. Nunca la he visto así y, aunque con ella hace mucho que no me sale natural, la abrazo y se deja caer en mi hombro.

Sé que las heridas de mi madre son distintas de las mías. Las suyas sangran, supuran una infección que lleva cuatro años sin darle respiro. Es de ella de quien he aprendido a guardar el pasado bajo llave, a evitar lo que duele y creer que toda mi vida debe girar alrededor del duelo y la superación.

Pero la vida va de más cosas: del amar con todo el corazón y de sentarte a descansar cuando no puedes más, de admirar las vistas antes de seguir escalando montañas. Está bien. A veces puedes detenerte a rememorar todo lo que has recorrido y ver lo lejos que estás del punto en el que empezaste. Todo lo que has crecido, lo mucho que has avanzado.

Así, llorando las dos a moco tendido, siento que por fin puedo hacerle ver esa lección que hace poco que yo he aprendido. Y sé que llevo razón cuando ella se calma y, con los ojos húmedos, dice:

—Quizás es hora de pasar los vídeos al disco duro antes de que se pierdan.

Me río y asiento mientras me regaña un poco por haberla hecho llorar así. Sin embargo, me abraza un poquito más fuerte.

Y sé que es el comienzo de algo, así que me alegro de haber seguido, en otro sentido, el consejo de Phoebe.

«No lo sabrás si no lo intentas».

A lo mejor puedo aplicarlo a alguna cosa más.

38
Mendigar por amor

DANIEL

A diferencia de la última vez que Hannah se largó de mi vida, ahora la culpa no me araña el pecho de la misma manera.

Sí lo hace los primeros días. En las tres siguientes semanas, sin embargo, James me da las suficientes charlas como para hacerme entender que decirle a Hannah que la quiero no es algo de lo que deba arrepentirme y que si a ella le echa para atrás que lo haga no es culpa mía.

Si no me quiere de la forma en que yo lo hago, no puedo obligarla.

Así que la desesperación inicial da paso al enfado. Pero la rabia no es un sentimiento al que sepa cómo agarrarme mucho tiempo, así que la mayor parte del día tan solo estoy cansado. Y triste.

Pero ya lo intenté todo cuando teníamos trece años, y estos meses he vuelto a hacer lo posible por recuperar su amistad, por tenerla en mi vida. He estado dándolo *todo* de mí. No puedo dar, dar y dar hasta quedarme sin nada, menos aún si ella no quiere recibirlo.

Esto último me ha ayudado a entenderlo Evan. El día que me acompañó a casa de James, este descubrió que una vez finalizada esa competencia unilateral que tenía con él por la atención de Beth, no tenía más motivos para odiarlo. Al final entre los dos me estuvieron distrayendo y unos días después acabamos haciendo un grupo al que James llamó «*This is fine* ✨», con el meme del perrito en una habitación en llamas y por el que hablamos muy a menudo.

El sábado por la mañana, cuando suena mi móvil, estoy sentado en el suelo de mi habitación con la guitarra entre los brazos. Me he concentrado tanto que no sé cuánto rato llevo tocando, pero intuyo

que mucho, porque tengo las yemas de los dedos doloridas y muchas ganas de ir al baño.

Paro para afinarla de nuevo. Luego, cojo el móvil para responderle a James, que hace rato me pidió que empezara a pensar qué quería para mi cumpleaños, que es dentro de poco.

Lo cierto es que no estoy muy de humor para celebrar nada, porque a pesar de que lo llevo mejor que al principio y ya soy capaz de distraerme y no pasar el día en bucle, la aguja que siento en el corazón desde que Hannah me dejó no se ha ido.

Cuando le estoy escribiendo a James, sin embargo, veo una notificación del correo electrónico:

Estimado Daniel:

Hemos revisado su solicitud para la séptima edición de la beca para la Escuela de Música y Artes de Bath, y nos complace anunciarle que su canción Entre líneas *ha pasado a la segunda fase del programa. Por ello, deberá presentarse el próximo domingo 28 de enero a las 10:30 de la mañana en las instalaciones de la Universidad de Bath, de acuerdo con las indicaciones especificadas en el documento adjunto a este correo.*

Enhorabuena, le deseamos mucha suerte en la siguiente fase.

Tras la firma, un documento especifica el lugar exacto al que ir y las instrucciones a seguir; tendré que tocar la canción en directo delante del jurado y de las personas interesadas en acudir, puesto que es un acto público.

Este correo es lo que más he deseado recibir durante meses, desde antes incluso de enviar el vídeo. Ahora que está aquí, sin embargo, no siento ni la mitad de la ilusión que esperaba.

Aun así, se lo cuento a James, y después a mis padres, que se alegran mucho más de lo que soy capaz yo mismo. Carol, por videollamada, me promete que irá corriendo a comprar un billete de avión para venir a verme el próximo finde.

Disimulo todo lo que puedo que, en realidad, no me veo capaz de hacerlo. No voy a ser capaz de tocar la canción que escribí sobre Hannah sin romperme en pedazos allí delante. Apenas queda una semana. No puedo superar lo de Hannah en una semana.

Quizás la poca ilusión que me hace se debe a que parte de lo que hacía el proceso tan especial era compartirlo con ella. Lo mucho que me apoyaba en un sueño en el que me daba miedo creer. Lo divertido que fue cada paso juntos y la forma en que terminó de unirnos.

Quizás es por eso que, aunque casi puedo escuchar la voz de James gritarme que ni se me ocurra, le envío un mensaje a Hannah:

[20 de enero]

Daniel, 11:21

Hola, igual no quieres que te escriba, pero ya te dejo tranquila

Solo quería contarte que he pasado de fase en lo de la beca

El domingo que viene tengo que ir a Bath a tocar la canción

Hannah, 11:26

qué bien!

no sabes cuánto me alegro, aunque ya sabía que pasarías

El nudo en la garganta es instantáneo. Que lo lleve mejor que la otra vez o que al principio no significa que lo lleve *bien,* solo que ya no me paso el día recordándome que tengo que respirar ni con

ganas de hacerme una bola en el suelo. No cambia el hecho de que en los momentos de bajón la echo tantísimo de menos que me duele físicamente.

Pero no voy a mendigar por el amor de nadie.

Así que me obligo a escribir un simple «gracias» acompañado de una carita sonriente y dejarlo ahí. No me va a responder a eso, yo no pareceré desesperado por seguir la conversación y James estará orgulloso de mí (a pesar de haber ignorado el consejo sobre el «contacto cero» que sé que me habría dado de estar aquí).

Un par de minutos después, sin embargo, me llega otro mensaje:

Hannah, 11:29

y cómo estás? nervioso?

Daniel, 11:29

Un poco

No he practicado mucho últimamente

Hannah, 11:29

estoy segura de que lo harás genial

Daniel, 11:32

Es una canción complicada, ya sabes

Estoy a punto de abrirme en canal y decirle que creo que no voy a ser capaz de hacerlo; la canción es demasiado personal. Si lo hubiera sabido, habría mandado otra, incluso si hubiera tenido menos posibilidades.

Pero dejo el móvil a un lado antes de escribir ninguna tontería y me paso la mano por la cara.

Hannah, 11:35

lo entiendo

siento que las cosas hayan sido así

y romper la promesa que te hice

«No me lo perdería por nada en el mundo» fue lo que me dijo después de prometerme que estaría allí para verme si pasaba de fase. Luego, salimos en coche para perdernos y acabar en un campo lleno de flores.

Nos besamos allí en medio y recuerdo haber pensado que jamás podría cansarme de besarla, de descubrir el mundo con ella. Estaba seguro por completo de que solo era la primera de muchas más veces.

Ahora, aquel día parece tan lejano que casi parece un sueño.

Daniel, 11:36

No te preocupes

Supongo que es una promesa que ya no tiene sentido mantener

Hannah, 11:36

aun así, lo siento

espero que te vaya muy bien el domingo, de verdad

espero que te vaya muy bien
el domingo, de verdad

No respondo. Bloqueo la pantalla y miro al techo, tratando de reprimir las lágrimas.

Respiro hondo un par de veces. Mentiría si dijera que, en el fondo, no esperaba *algo más*. Un poco de insistencia, un «te prometí que estaría, así que allí estaré». Algo que me diera la más mínima esperanza de que no todo está perdido.

Pero supongo que sí lo está, y yo no pienso insistir más.

Ya no voy a volver a escribirle, ni a arrastrarme hasta acabar bloqueado por pesado. Esta vez no. Tantas horas de terapia para manejar la ansiedad y controlar impulsos a lo largo de mi vida tenían que servir de algo.

Aunque duela, tengo que aceptar que Hannah ha salido de mi vida.

Y aunque no me vea capaz de hacerlo, tengo que tocar la canción que escribí sobre ella el domingo que viene.

Pero hoy no. Hoy no puedo. Así que cojo la guitarra y toco melodías que otros han compuesto y que nada tienen que ver conmigo; lo que sea con tal de volver a dejar la mente en blanco.

39
Una promesa rota

HANNAH

El último domingo de enero amanece nublado, y el frío no se hace de rogar para pegárseme al cuerpo en cuanto salgo de debajo de las mantas. Es por ello que voy directa a la ducha tras desayunar con mi madre y mi hermana pequeña. No me voy a lavar el pelo, por lo que me hago un moño, me aparto el flequillo de la cara con una diadema y dejo que el agua caliente me acaricie los hombros.

Esta mañana me he despertado pensando en Dan.

En los nervios que deben de burbujear en su interior, más a medida que se acerca el momento de convencer a los jueces de que su música merece una beca. Porque la merece, sin importar lo que pase hoy ni lo que diga nadie más.

Cuando me escribió para contarme que había pasado de fase, no podía dejar de desear que la conversación no acabara. Y cuando no hubo más que decir, me sorprendí muriéndome de ganas de cumplir una promesa que ahora estoy rompiendo.

Si Dan me hubiera pedido que estuviera allí el domingo, le habría dicho que sí sin pensarlo. Sin embargo, ni me atreví a sugerirlo ni habría sido justo esperar que me lo pidiera él. Menos aún después de lo que le he hecho.

Llevo días queriendo hablar con él y disculparme, pero resulta que encontrar el momento y el modo es más difícil de lo que creía. Sé que no es rencoroso, pero también que le he hecho mucho daño.

Yo no me perdonaría.

Salgo de la ducha y me envuelvo en una toalla. Me la anudo al pecho y, entonces, veo en la pantalla del móvil que James me está llamando.

Una parte de mí quiere dejar que suene, pero sé que James no me llamaría sin un motivo de peso, y de pronto el corazón se me acelera. ¿Y si ha pasado algo grave?

Trago saliva y me apresuro a contestar:

—Dime.

—Eh, ¿dónde estás?

—En mi casa. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

Escucho un pesado suspiro al otro lado de la línea.

—Eres una pesadilla, tía. Lo digo en serio.

Suena cansado, más fastidiado que otra cosa. A pesar del tono, me relajo y tacho todas las posibilidades catastrofistas de mi cabeza.

—Vaya, gracias.

—De nada. —Casi puedo verlo encogerse de hombros—. Entonces, ¿por qué no estás aquí ya?

—¿En Bath?

—¿Dónde si no? Has tenido que ver por huevos las cuarenta historias de hermana orgullosa que Carol ha estado poniendo en Instagram desde el sábado pasado, y sé que Dan habló contigo para contarte que era hoy. Así que no sé por qué no estás aquí.

—James, no creo que Dan quiera verme. Hemos roto, no sé si te ha llegado esa información.

—¡Anda, no lo sabía! —exclama, cargado de sarcasmo. Luego, suelta otro suspiro tan hondo que creo que es su forma de evitar perder los papeles—. Aunque fíjate, me encantaría escuchar tu explicación de por qué has decidido hacer justo lo que te pedí, por favor, que no hicieras.

—Al revés —murmuro—. Hice lo que me pediste: irme antes de que se ilusionara más aún.

—¡También te dije que no le rompieras el corazón! ¡Esa parte me importaba más! Dios mío, Hannah, ¿cómo puedes ser tan lista para algunas cosas y tan tontísima para otras?

Me quedo callada. Después de todo, ni siquiera me siento con el derecho a llevarle la contraria. Clavo los ojos en la colcha. Ojalá hubiera tomado mejores decisiones.

Al ver que no respondo, James vuelve a hablar, y esta vez su tono se suaviza:

—Mira, no soy idiota, y es más que evidente que no has dejado a Dan porque no lo quieras. Y a pesar de que parece que tomas a propósito las peores decisiones, sé que dentro de tu cerebro esto ha tenido que tener algún sentido al igual que lo tuvo la otra vez. ¿Me haces el favor de explicármelo? Porque no te sigo.

Esta vez soy yo quien suspira. Supongo que, si quiero empezar a hacer las cosas bien, le debo una explicación a James.

—Creía que lo estaba protegiendo —admito con voz temblorosa—. Me asusté y pensé que tal vez no me gustaba tanto como creía. Solo quería evitar hacerle daño, y al final le he hecho el doble. Pero sí que estoy enamorada de él, James, y lo quiero muchísimo. —Un sollozo me sacude el pecho—. Pero es un momento muy importante, no quiero desconcentrarlo. Él mismo dijo que era una promesa que no valía la pena mantener.

—Si no se cumplen las promesas, ¿dónde queda todo lo demás? Mira, Hannah, te voy a ser muy sincero ahora mismo. Cuando me dijiste que habías roto con él, estuve a punto de llamarte y liártela a gritos, pero me contuve porque no me pareció bien meterme, así que me limité a consolarlo a él y a enfadarme conmigo mismo por creer que habías cambiado. Pero este es el puto día más importante de su vida, me cago en la hostia. Claro que te quiere aquí. Ya fui una vez a tu instituto a pedirte que no me decepcionaras y lo hiciste, y no me gustaría que lo repitieras.

—James, no puedo ir ahora y hacer como si…

—Dan está ahora en una sala esperando a que lo llamen —me interrumpe—, y te juro que si tuviera más tiempo me plantaba en tu puta casa y te traía arrastrando de los pelos si hace falta, pero yo sí que voy a estar aquí para él. Así que más te vale estarlo tú también cuando se suba al escenario. Y si Dan te importa lo más mínimo, si *yo* te importo lo más mínimo, o si nuestra amistad en algún momento ha significado algo, estarás aquí. Porque si no, el mensaje quedará muy claro.

Las palabras de James son como una bofetada con la mano abierta. Una que me dice que espabile, porque si no lo hago, no habrá vuelta atrás.

No sé si Dan me perdonará, o si querrá que siga formando parte de su vida de alguna manera. Yo daría cualquier cosa por que fuese así, a pesar de lo mal que me he portado con él y lo mucho que le rompí el corazón.

Pero, como dice Phoebe, solo lo sabré si lo intento. Lo que está claro es que si me quedo en casa los habré perdido a los dos para siempre.

«El mensaje quedará muy claro». No, ese no es el mensaje que quiero que reciban. Lo que quiero es, por una vez, ser valiente. Aprender a *quedarme*.

—¿En qué momento te has vuelto tan malhablado? Salgo ya, pero no sé si llegaré a tiempo. Y lo siento mucho, James. Sé que también te estoy haciendo daño a ti con todo esto.

James deja escapar una risa amarga que me hace saber que llevo razón.

—No te creas tan importante. Venga, aligera. Voy a entrar ya con el resto, te guardo un sitio.

Le doy las gracias y cuelgo, de camino a la puerta.

Ya no quiero seguir huyendo.

40
Los peores oleajes

DANIEL

Llevo tanto rato en esta sala sin ventanas que siento que, para cuando salga, ya será de noche.

En realidad, sé que no ha debido de pasar tanto tiempo y que solo es que aquí dentro el minutero del reloj parece haberse detenido. Nos trajeron nada más llegar, así que no podemos ver las actuaciones de los que tocan antes que nosotros ni escuchar los comentarios del jurado. En parte lo agradezco, porque creo que me pondría más nervioso todavía. De vez en cuando, la puerta se abre para que salga el siguiente participante, y en todas las ocasiones el corazón me da un vuelco.

En la habitación hay unos veinticinco chicos y chicas de más o menos mi edad, sentados en silloneso repartidos en algunos sofás blancos y un poco incómodos. Algunos parecen tenerlo todo controlado, mientras que otros dan la impresión de estar al borde del llanto. Salvo un par de chicas que parlotean nerviosas y entre susurros, el resto se mantiene en silencio.

Durante un rato me uní a la conversación con ambas, pero hace ya mucho rato que salieron, así que ya no hay nada que me quite los nervios, salvo mover tanto las piernas, lo que ya me ha ganado un par de malas caras.

El lugar se vacía poco a poco y, en un momento en el que bajo la guardia, la puerta vuelve a abrirse y una mujer delgada con una media melena blanca se asoma una vez más.

—Participante número dieciséis, Daniel Hudson.

Recorre la sala con la mirada y me levanto del sillón, con los nervios burbujeándome en el estómago con tanta intensidad que creo que necesito ir al baño. Me doy un tirón de la camisa azul que

me he obligado a mí mismo a ponerme; la tela es áspera y la noto como una lija sobre la piel. Me muero de ganas de ir a casa y quitármela, pero me alegro de habérmela puesto, de todos modos, porque todo el mundo va muy bien vestido.

—Soy yo.

Me hace un gesto para que la siga. A pesar de que le he deseado suerte a cada persona que deja la habitación, a mí nadie me dice nada.

Voy detrás de la mujer, que debe de tener unos sesenta años, y recorremos un pasillo estrecho con puertas a ambos lados. Me obligo a respirar hondo unas cuantas veces para tranquilizarme.

—Cuando subas, ve a la parte delantera y preséntate: nombre, número y canción. Luego, espera a que te digan que puedes comenzar.

Asiento y repito las instrucciones mentalmente para no meter la pata. «Nombre, número y canción. Nombre, número y canción».

Llegamos al pie de unas escaleras y la mujer se detiene.

—Que vaya bien. —Me sonríe.

Le devuelvo el gesto y subo los escalones que me separan del escenario. Arriba, la luz natural se cuela por las ventanas y la acústica de la sala hace que mis pasos resuenen sobre la madera del escenario. Al plantarme delante del micrófono que hay al frente del escenario, tiemblo tanto que no sé cómo me mantengo en pie.

Delante de mí, el jurado está formado por tres mujeres y dos hombres, todos muy trajeados y formales. Entre el público están los que asumo que son los familiares de otros participantes, y reconozco a algunos chicos que han estado conmigo y que han debido de quedarse a mirar tras su actuación. Una de las chicas con las que he estado hablando me saluda y levanta un pulgar desde la distancia.

Mis padres, Carol y James están casi al fondo, aunque desearía que se hubieran sentado un poco más cerca. Mi padre y mi hermana me sonríen y hacen gestos de ánimo desde sus asientos, en silencio.

Hay bastante más gente de la que esperaba, pero un doloroso pinchazo en el pecho me recuerda que no está la persona a la que

más necesito ver.

«¿Y qué esperabas?», me reprocho a mí mismo.

—Hola —digo, y los altavoces amplifican mi voz de forma que esta llena el auditorio—. Me llamo Daniel Hudson, soy el participante número… —¿Cuál era? Ah, sí— número dieciséis. Y mi canción se llama *Entre líneas*.

No sé si tengo que decir algo más, pero me quedo callado, pasando el peso del cuerpo de una pierna a la otra y jugueteando con mi anillo mientras los jueces anotan algo en los papeles que tienen delante. Finalmente, la mujer que está en el centro asiente y se acerca a un pequeño micrófono enganchado a la mesa.

—Muy bien, Daniel. Puedes empezar cuando quieras.

—Vale, gracias.

Camino hacia el piano que hay en el centro de la sala, cojo aire despacio y lo suelto de golpe, pero no me ayuda demasiado a tranquilizarme. Tenía la esperanza de que, al subir, los nervios desaparecieran. No lo hacen.

Miro las teclas del piano, respiro una vez más y empiezo a tocar, pero la melodía no fluye como debería. Siento los dedos rígidos y temblorosos, y cuando tengo que empezar a cantar, apenas puedo pronunciar un par de versos antes de que se me rompa la voz.

Me detengo. Lo peor es que sabía que no sería capaz, y aun así he venido.

Tener esta oportunidad es un sueño; *mi* sueño.

Entonces, ¿por qué no puedo dejar de sentir un agujero en el pecho?

—Perdón —digo en el micrófono que hay sobre el piano para captar mejor el sonido—. ¿Puedo empezar otra vez?

—Sí, no te preocupes. Tómate un minuto si quieres.

Sí quiero, pero no debería. Estoy tan nervioso que tengo ganas de llorar, y como empiece no voy a ser capaz de terminar la canción.

Y ya estoy aquí, así que tengo que sacarlo adelante.

Toso para aclararme la garganta, respiro de nuevo y vuelvo a empezar, esta vez con más seguridad. «Puedo hacerlo —me digo—.

Y va a salir bien».

Alzo la cabeza para entonar los primeros versos y empiezo a cantar con suavidad. Esta vez mantengo la compostura y consigo que me salga como quería. Como tantas veces he practicado.

Con Hannah o sin Hannah, puedo hacerlo. Tengo que hacerlo. La música es lo único en lo que soy bueno, lo que quiero pasar la vida entera haciendo. Junto con las personas que más me importan, es mi mayor refugio. A medida que avanzo, vuelvo a sentirme seguro.

Entonces la puerta trasera se abre y la chica del flequillo morado y los ojos de plata sobre la que escribí la canción me observa en la distancia.

No me interrumpo ni cuando el corazón se me acelera tanto que creo que se me va a salir por la boca. James también la ve y le hace un gesto para que se le acerque.

Nuestros ojos se encuentran cuando se sienta. Su presencia y la sonrisa de ánimo que le asoma a los labios terminan de darme la confianza que no encontraba al principio. No me calmo por completo, claro, pero que ella esté aquí llena ese hueco que sentía en el pecho, como si por fin la pieza que faltaba encajase en su sitio e impidiera que todo se desmoronara.

La voz aún me falla un par de veces y los nervios siguen traicionándome en algunas notas, pero me sale mucho mejor que al principio. Para el final, me he soltado mucho más y casi he olvidado que hay más gente mirando.

Una vez el eco de la música se evapora en el aire, todo el mundo empieza a aplaudir.

Me levanto de la banqueta, con el corazón aún desbocado y la respiración tan agitada como si acabase de correr una maratón.

Los aplausos cesan y los jueces me felicitan, sobre todo por reponerme a pesar de los nervios, por lo buenas que son la letra y la melodía, y por lo mucho que les ha transmitido mi voz. Se me escapa una sonrisita orgullosa al saber que, a pesar del mal inicio, ha gustado.

También señalan algunos puntos débiles y fallos en la ejecución (los nervios, más que nada, y otras cosas técnicas que nadie me ha enseñado nunca). La valoración global es buena y me informan de que en dos semanas recibiré un correo con el resultado final, pero al mismo tiempo la forma en que me hablan me hace darme cuenta de algo más: precisamente por esos errores, no van a darme ninguna beca.

En el momento en que esa certeza me golpea, siento un pinchazo en el corazón. Aunque siempre he sabido que era muy complicado que saliera bien, parte de mí se agarraba a esa posibilidad como a un clavo ardiendo. Ahora sí que no tengo ni idea de qué haré el año que viene. Pero tal y como dijo Carol, quizás no tener la vida decidida a los dieciocho no es el fin del mundo. No todos los caminos son iguales, y tengo bastante experiencia en que el mío sea un poco distinto al de la mayoría.

Así que estoy seguro de que estaré bien, de que me las arreglaré. Siempre lo he hecho, al fin y al cabo, y aunque el futuro siga pareciendo lanzarse al medio del océano sin salvavidas, es un salto que no daré solo.

Además, estoy más orgulloso que triste, así que no pasa nada.

Cuando bajo del escenario, lo hago temblando de puros nervios y por la adrenalina que me corre por la sangre. Carol casi me tira al suelo al abrazarme, con lágrimas en los ojos y una sonrisa enorme en la cara.

Mis padres y James también me felicitan y me repiten lo bien que lo he hecho. Hannah, en cambio, guarda un poco las distancias.

—¿Hablamos fuera? —le pregunto cuando nuestras miradas se encuentran.

Asiente y mi madre me da un beso en la frente antes de dejarme ir. Salgo con Hannah de la sala y paseamos sin hablar por los pasillos de la Universidad de Bath durante más de un minuto, hasta que no soy capaz de aguantar sin romper el silencio:

—Has venido.

—Te prometí que lo haría, ¿no? —Esboza media sonrisa, sin atreverse a mirarme a los ojos.

—Lo habría entendido si no lo hubieras cumplido. Ni siquiera esperaba que vinieras.

Hannah tarda un poco en responder. En esta facultad, las paredes son de madera, y unas vigas amarillas de metal atraviesan los techos altos. Estamos en el segundo piso, y la barandilla da a un espacio abierto por el que se ve la planta de abajo.

—Lo sé —dice al final—. Pero he hablado con James, y… digamos que me ha ayudado a entrar en razón.

—¿Por eso has venido?, ¿porque te ha obligado James?

—No. Me moría por venir y escucharte cantar, pero tenía miedo de arruinarlo todo si aparecía, o de desconcentrarte. Te echaba de menos, Dan. Te echo de menos desde que tuve la brillante idea de romper contigo.

Suspiro para deshacer el nudo que tengo en la garganta. Dudo que a estas alturas sea necesario decirlo, pero yo también la he echado de menos cada segundo desde la última vez que nos vimos.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

Por la forma en que suena mi voz, me doy cuenta de que, aunque hoy también busco respuestas, no las *necesito* con la misma visceralidad que antes, cuando llevaba cuatro años preguntándome qué había hecho mal. Esta vez, no estoy tan desesperado por saber el porqué, a pesar de que sí quiero comprender sus motivos.

—Pensé que te haría más daño si me quedaba. Siempre estás diciendo que te da miedo cagarla, pero soy yo la que siempre lo arruina todo, Dan. Porque si tú eres un globo y yo soy un cactus, lo único que podía hacer para no destrozarte con mi egoísmo era mantenerme lejos.

Hemos dejado de caminar en algún momento y ahora estamos en medio del pasillo vacío. A Hannah se le saltan las lágrimas. Yo doy un paso en su dirección y le cojo una mano, pillándola por sorpresa.

—Mira, ¿ves? Ni yo me rompo, ni tú tienes espinas. —Con la mano libre, le acaricio la cara con suavidad y atrapo con el pulgar

una lágrima que cae de sus ojos grises como la primera gota de lluvia que se desprende de las nubes—. Es tarde para seguir creyendo que mantener las distancias es la forma de protegerme, ¿no te parece?

Ella pone la mano sobre la que tengo en su mejilla, cierra los ojos y deja escapar un suspiro tembloroso.

—No tienes que perdonarme, pero lo siento. Siento haberte roto el corazón y haberte dicho que no quería ser tu amiga y que no iba a quererte nunca, porque ninguna de esas cosas son verdad.

El corazón se me detiene durante unos instantes en los que incluso olvido cómo respirar. Recorto la escasa distancia que existía entre nosotros y la abrazo con fuerza. Distingo el momento exacto en el que Hannah termina de romperse, y se siente como toda la vajilla cayendo al suelo a la vez: intenso, violento y al mismo tiempo catártico. Los sollozos le sacuden los hombros y me limito a sostenerla del mismo modo en que siempre nos hemos mantenido a flote juntos.

—Llevo media vida huyendo de todo —admite entre sollozos—, pero te quiero tanto y eres tan importante para mí que ni siquiera puedo imaginar no querer tenerte cerca. Perdón por haberme dado cuenta tarde.

Le acaricio el pelo con suavidad mientras ella llora contra mi pecho. No soy capaz de olvidarme en cinco minutos de lo mal que lo he pasado este mes, pero tampoco puedo evitar apretarla un poco más contra mí; ahora que la tengo entre los brazos, no quiero volver a soltarla.

—No es tarde —susurro cuando se calma un poco, intentando que no me tiemble la voz—. Todavía quiero estar contigo, Hannah.

Se separa de mí con los ojos enrojecidos, pero antes de que diga nada, vuelvo a hablar:

—Lo que sí voy a necesitar es que nos lo tomemos con calma un tiempo, porque te he echado muchísimo de menos, pero sí que me has hecho daño.

Un par de lágrimas más le resbalan por las mejillas y baja la mirada.

—Lo entiendo.

—Aun así, sigo enamorado de ti. Y si sientes que necesitas huir, siempre puedes llevarme. Estoy dispuesto a perderme contigo todas las veces que sean necesarias. Es como mejor me encuentro a mí mismo. La próxima vez que tengas miedo de algo, habla conmigo y lo solucionaremos juntos. Por favor.

Ella se sorbe la nariz, se encuentra con mis ojos y asiente.

—Te prometo que lo haré. Quiero seguir siendo parte de tu vida, Dan, que me enseñes tus canciones antes que a nadie y estar aquí para todos los momentos importantes. —Me aprieta la mano—. Quiero que sigamos superando miedos juntos. Sin prisas, pero juntos.

Las lágrimas me emborronan la vista, pero parpadeo para ahuyentarlas. Le cojo la cara entre las manos y pego la frente a la suya. Luego, la beso.

Los labios de Hannah saben a sal, pero a mí me parecen más dulces que nunca. Cuánta falta me ha hecho escuchar su voz y acariciar su piel. Respirar su olor, que su pelo me haga cosquillas en la cara al abrazarnos.

Cuando deshago el abrazo, ella deja escapar una risita.

—¿Y lo de tomárnoslo con calma?

—¿Perdona? —Me río, fingiendo estar ofendido—. *Esto* es con calma. Tampoco tenemos que volver a la primera casilla, ¿sabes?

Ella me mira con esa cara de «No tienes remedio, Dan» y los ojos llenos de ternura, y me pasa los brazos por el cuello para abrazarme. Suspira con alivio, y yo también lo hago.

Epílogo

Perderse para encontrarse

HANNAH

El primer día de universidad, Dan viene a recogerme a casa para llevarme al campus.

La Universidad de Bristol no está a más de cuarenta minutos de Hawthorn Bay, y aunque siempre creí que aprovecharía la menor oportunidad para huir de aquella pequeña ciudad y empezar de cero lo más lejos posible, lo cierto es que quedarme cerca de las cosas que me son familiares no está tan mal. Tengo el resto de la vida para echar alas, pero no porque sienta que me ahogo donde estoy.

El trayecto se me hace más corto de lo que esperaba, entre canciones y unas risas para las que debería ser demasiado temprano, pero que me ayudan a sacudirme de encima los nervios del primer día de clase.

Poco más de un año después de reencontrarnos en el cumpleaños de Beth, Dan aparca el coche y me mira desde el asiento del piloto.

—Sé que ya te lo he dicho, pero qué guapa vas. —Pone el freno de mano antes de inclinarse hacia mí y darme un beso en los labios—. ¿Estás segura de que no te importa volver en bus? Te puedo esperar cuando acabe.

Hago un gesto con la mano para quitarle importancia y me quito el cinturón. Hace tiempo que Dan volvió a sentirse cómodo con la idea de regresar a TikTok. El drama del Kylie cayó en el olvido poco después, sobre todo después de que ella borrara el vídeo y Beth la obligara a reconocer que las cosas no habían sido así si quería mantener un mínimo de amistad con ella. A pesar del parón, le va igual de bien que antes. O mejor, incluso, porque tras su vuelta, los seguidores han seguido subiendo, y más aún desde que se atreve a compartir pedacitos de sus canciones originales.

Hoy, por ejemplo, ha quedado con unchaval de Bristol que rapea para componer algo juntos.

—No te preocupes, pero en cuanto termines espero un audio contándome qué tal ha ido.

Dan me dedica una sonrisa que podría iluminar hasta el día más gris, asiente con la cabeza y ambos salimos del coche. Aunque al final no le dieron la beca, sí que le mandaron un correo muy alentador en el que lo felicitaban una vez más por lo bien que lo había hecho y lo mucho que habían disfrutado escuchándolo tocar, y lo animaban a presentarse de nuevo en la siguiente edición.

Así que el resto del curso se dedicó a perfeccionar y componer otras canciones, grabar vídeos y buscar opciones para después de la graduación. Donde sí le han dado una beca es en una empresa que se dedica a hacer videojuegos. La mayor parte del día le encargan hacer el papeleo aburrido y las tareas que nadie quiere, pero de vez en cuando el diseñador de sonido lo llama para que le eche una mano con alguna melodía o efecto sonoro.

Así que, entre TikTok, el trabajo y sus proyectos personales, Dan está encantado de pasar el día entero rodeado de música, y yo no podría estar más orgullosa de él.

Sin soltarme la mano, me acompaña hasta la entrada de la facultad de Económicas. Atravesamos el campus y caminamos por una plaza con varias zonas de césped y árboles rodeada de otras facultades, residencias de estudiantes y otro tipo de dependencias. Hace un día tan bonito y soleado que desearía no tener nada que hacer para poder dar un paseo y perdernos un rato entre las calles de Bristol.

Una vez al pie de las escaleras que llevan a la puerta de la facultad, nos detenemos y me pongo frente a él. Nos miramos el uno al otro unos instantes, posponiendo todo lo posible el momento de despedirnos.

—¿Era mañana cuando habías quedado con James y Evan? —le pregunto.

—Sí, James vuelve este finde de la uni, pero si te apetece podemos vernos por la noche e ir a cenar a algún lado. Quiero detalles de cómo te van los primeros días.

—Faltaría más.

Dan no duda en estrecharme entre los brazos con fuerza.

—Irá genial hoy —me promete, con esa voz capaz de calmar todos mis miedos. Luego, se separa como si acabara de darse cuenta de algo y señala un edificio cercano—. ¿Cuál es la facultad de Phoebe?, ¿esa de ahí?

—Qué va, está por allí. —Señalo en la dirección opuesta, un edificio del que solo asoma el tejado, acabado en punta—. Pero hoy no viene; dice que el primer día es para pringados y que ya mañana le pedirá a alguien que le explique lo que se ha perdido.

—Vamos, que le daba pereza madrugar.

—Vaya, veo que ya la conoces tan bien como yo.

Él deja escapar una sonora carcajada, divertido. Desde que volvimos a estar juntos a final de enero, ha tenido muchas más oportunidades de conocer mejor a Phoebe y, ahora que nos hemos librado del drama previo, se han acabado llevando muy bien.

—Entonces nos vemos mañana, ¿no?

—Claro que sí. Luego si quieres te llamo un rato y decidimos la hora.

—Sí, perfecto. Te quiero mucho, Hannah.

Todavía me pilla por sorpresa cada vez que lo dice, pero todas ellas, incluso si ya han pasado meses, consiguen que la barriga se me llene de mariposas.

—Yo sí que te quiero a ti.

Me pongo de puntillas para darle un beso en los labios. Luego, vuelve a preguntarme si estoy segura de que no quiero que me espere para llevarme de vuelta a casa, y una vez más rechazo la oferta.

Nos despedimos y subo las escaleritas para entrar en la facultad. Es un edificio de ladrillo, con una puerta doble de cristal y un par de macetas a cada lado. El lugar donde estudiaré los próximos tres

años; un sitio que, aunque ahora sea nuevo por completo, pronto me resultará tan familiar como la palma de mi propia mano.

Entro por unos pasillos llenos de gente que busca su clase con la confusión propia de las primeras veces; esa que se mezcla con el miedo y la emoción a partes iguales. Este curso sí que se siente como un nuevo comienzo, pero uno que emprendo rodeada de personas que me quieren, sin cortar lazos con quien soy ni con mi historia, sino sabiendo que mis vínculos son más fuertes y estables que nunca.

Comenzar algo nuevo aceptando el pasado resulta mucho más liberador que tratar de borrarlo.

Últimamente estoy cogiendo más el coche, porque mi objetivo de aquí a final de este curso es ser capaz de conducir hasta la universidad. También seguir revisitando el pasado sin sentir que me asfixio.

Mi madre también lo intenta. Cada día se hace un poquito más fácil hablar de papá, contarle anécdotas a Nora de cuando ella apenas era un bebé o incluso de antes de que naciese. He empezado a hacer mis propios vídeos para recordar todos esos momentos pequeños y cotidianos que él tanto amaba. Se siente, de algún modo, una forma de honrar quien fue y todos los regalos que nos dejó en forma de grabaciones y recuerdos.

Y es que quiero aprender a disfrutar del momento sin pensar en el adiós. Perderme mil y una veces del mismo modo en que llevo haciendo todo el verano, con Dan a mi lado. Encontrar siempre juntos el camino de vuelta a casa, y no sentir la necesidad de salir corriendo.

Con Dan, perderse deja de ser un mecanismo de defensa y se convierte en una aventura que atesorar para siempre.

Porque creo que por fin he aprendido a quedarme.

Agradecimientos

Cuando escribí esta novela con la idea de publicarla en Wattpad, ni en un millón de años habría imaginado que me daría tantas alegrías como lo ha hecho. La escribí sin más pretensiones que las de crear una novela tierna y ligerita y compartir por fin una historia mía con el mundo. Quizás por eso es especialmente surrealista estar tres años después escribiendo los agradecimientos y, sobre todo, que vaya a estar en papel.

En primer lugar, mil gracias a Milo. Mi persona favorita, la mano que sostiene la mía cada vez que sube la marea. Gracias por creer en mí y escucharme hablar de libros durante horas (y vivir rodeado de ellos por mi culpa). Este sueño no sería ni la mitad de especial sin ti a mi lado. Te amo con todo mi corazón.

Gracias también a mi madre, a mi padre y al resto de mi familia por todo el apoyo y el amor incondicional. Os quiero mucho, y tengo muchísima suerte de teneros y saber que siempre puedo contar con vosotros.

También quiero darle las gracias a Marta y a todo el equipo de Fandom Books por haberle dado una oportunidad a mi novela y apostar por ella. Publicar con esta editorial es el tipo de sueño que veía a otros cumplir sin creer realmente que pudiera llegarme a mí, porque a mí no me pasan estas cosas. Y, sin embargo, me ha pasado y todavía estoy en una nube. Gracias en especial a Fredy por sacarle brillo a la historia con tanto cariño y hacer que el proceso de edición haya sido tan fácil. Gracias también a Celia Mallada por ilustrar una cubierta tan increíble y de la que estoy tan tan enamorada.

Mil gracias también a Catherine, que incluso en la distancia y sin importar el tiempo que pase sigues siendo mi hermana y sé que estás ahí. Te quiero muchísimo y estoy infinitamente orgullosa de ti.

A mis amigos, por acompañarme en el proceso, chillar conmigo y alegraros de mis victorias como propias. A Carmen, por preguntarme tantas veces por cuándo iba a salir el libro en papel (¡aquí está, qué fuerte!). A Mar Bassa, me hace muy feliz compartir todo esto contigo y verte cumplir tus sueños. A Carlos, estoy deseando ver qué escenas de este libro te parecen relleno (ya estoy haciendo mis apuestas).

A Natalia Cardona, por siempre creer en mí y en mi libro «del desván». Y a Bibiana, mi compi de musicales en la distancia (*«do you have to live an ocean away?»*), me encantó conocerte y ojalá nos veamos pronto de nuevo.

Gracias también a Mar Poldark, por tu amistad, los podcasts y las tardes hablando hasta que se nos queda la lengua seca. A Noe, mi mitad literaria y con la que quiero compartir personajes, sueños y *fangirleos* durante mucho mucho tiempo. También a Darkwake, la reina del chisme, por tus dotes de premonición cuando dijiste que sería la próxima en publicar, aunque en ese momento no me lo creyera. Y a Anne, por muchos más libros y años recorriendo juntas este camino literario. También a Zoé, eres pura inspiración y una persona increíble; tengo mucha suerte de tener una amiga que escribe mis libros favoritos y me deja leerlos en primicia.

A todas las personas que han leído esta novela en Wattpad; cada voto y comentario me tiene sonriendo como una boba todo el día. Es increíble que incluso tres años después aún haya gente leyéndola, así que gracias por mantener esta historia viva.

Y, por último, gracias a ti que estás leyendo esto y que has escogido leer este libro de entre los montones de novedades chulísimas que salen a diario. Gracias por darnos una oportunidad a mi novela y a mí. Ojalá Dan y Hannah se queden contigo mucho tiempo, y recuerda: que nadie nunca te haga sentir que eres *demasiado* o *insuficiente,* porque para la gente que te quiere lo importante es que seas *tú*.

¡Espero que nos leamos pronto!

Edición en formato digital: febrero de 2026

© Mai M. Moreno, 2026
© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.fandombooks.es

ISBN ebook: 978-84-19831-58-3

Diseño de cubierta: Lola Rodríguez Soler
Ilustración de cubierta: Celia Mallada, 2026

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Table of Contents

1. El reencuentro
2. Una propuesta inesperada
3. La nostalgia huele a sábanas limpias
4. De tiktoks y desayunos
5. Lo agridulce de las despedidas
6. Para dejar de ser cobarde
7. Certificado de santo
8. Unos segundos más
9. De autopistas y aeropuertos
10. Tu risa en cualquier multitud
11. Bromas privadas
12. Una conclusión
13. Mantener las distancias
14. De globos y cactus
15. El cumpleaños de Kylie
16. En la misma página
17. Invierno en las venas
18. Mi cable a tierra
19. Donde los recuerdos no ahogan
20. Tu mirada en la penumbra
21. Razones para estar nervioso
22. Magia
23. Atardecer en el tejado
24. El corazón de James
25. Entre líneas
26. El Sitio Correcto
27. La verdad sobre @dxnielhdson_
28. Una torre de naipes
29. Como siempre ha sido
30. En busca de soluciones
31. Cuando encaja el puzle
32. Qué parte besar primero

33. Revolver el pasado
34. El calor de la Navidad
35. La fragilidad de un corazón de hielo
36. Cuando un cactus se acerca a un globo
37. En cualquier estación
38. Mendigar por amor
39. Una promesa rota
40. Los peores oleajes
Epílogo. Perderse para encontrarse
Agradecimientos
Créditos